

UNIVERSOS INFINITOS

una novela romántica musical

GUILLERMO TATO

A nighttime cityscape featuring a prominent, illuminated tower with a blue and pink gradient. The tower is the focal point, with its lights reflecting on the surrounding buildings and streets. The sky is a deep blue, and the city lights create a warm, glowing atmosphere.

UNIVERSOS INFINITOS (TODO LO QUE PUDIMOS HABER HECHO)

Una novela musical romántica escrita por
Guillermo Tato

A mis abuelos, por regalarme tantos recuerdos maravillosos

© Guillermo Tato Reig, 2018

© Diseño de la portada, Guillermo Tato Reig

Guillermo Tato nació en Alicante en 1978. Su pasión por el cine y los videojuegos le llevó a obtener la licenciatura de Comunicación Audiovisual en la Universidad Ramon Llull y a entrar en la productora de cine Filmax como Ejecutivo de Desarrollo. Como tal ha participado en el guión de las películas *[REC] 3. Génesis*, *[REC] 4: Apocalipsis*, *Retornados*, *Sweet Home* y *Summer Camp*, además de colaborar en la segunda temporada de la serie de televisión *Polseres vermelles* (Pulseras rojas). También ha publicado “[REC]. El libro oficial” y “Una partida más y me acuesto”, así como las novelas “El torreón de las muñecas” y “Lycaon”, y ha participado en las antologías “[REC]. Los relatos perdidos” y “Momias y embalsamados”. En la actualidad reside en Barcelona.

NOTA DEL AUTOR

¿Nunca has pensado en cómo habría podido ser tu vida si en algún momento importante hubieses tomado una decisión distinta? ¿Si ese destino que siempre juega en tu contra, por una vez, hubiese estado en tu favor? ¿Qué habría sucedido? ¿Qué rumbo habría tomado tu vida?

El protagonista de “Universos infinitos” se realiza esa misma pregunta después de una noche de fiesta. De las buenas, de las que empiezan como una noche más y acaban como la mejor de tu vida. Pero, ¿y si el final de la noche hubiese sido distinto? A través de su imaginación nos adentramos en una de esas posibilidades. Un universo paralelo en el que las cosas sucedieron de otra forma.

Los capítulos avanzan con el mismo horario que la fiesta, siguiendo todo lo que nuestro protagonista vivió esa noche.

Pero también nos ayudan a descubrir el después de esa fiesta si todo hubiese sido distinto.

La segunda parte de cada capítulo la dedico a ese otro universo. El que no existió nunca. El que está solo en la imaginación del protagonista. El que pudo ser y no fue. Pero que solo puede existir gracias a lo que sucedió esa mágica noche.

Porque al final, el límite de nuestra imaginación viene marcado por el límite de nuestras vivencias. Y a veces, lo que deseamos, no es más que una proyección de lo que conocemos.

Viajemos juntos a esos dos universos.
Al real y al imaginario.

Adentrémonos en los universos infinitos.

“Universos infinitos” es una novela musical.

Te recomiendo que, para sumergirte de lleno, escuches las canciones al mismo ritmo que lo hace el personaje.

Puedes encontrarlas en esta lista de Spotify:

<https://open.spotify.com/user/aylmer1978/playlist/0HxegLXbhmU8ZGiZDXt>

“Sensitive heart, you're doomed from the start”

Tennis, *Origins*

ÍNDICE

[17:00](#)

[22:30](#)

[00:00](#)

[1:00](#)

[2:00](#)

[3:00](#)

[3:40](#)

[4:20](#)

[5:45](#)

[6:30](#)

[7:10](#)

17:00

En cuanto te vi, supe que nunca podríamos estar juntos.

Al principio no pensaba haber ido a la fiesta, fatigado después de haberme levantado para trabajar a las seis de la mañana. El incesante martilleo del despertador seguía resonando, inclemente, en mi cabeza. Hasta ese momento, había sido un día corriente de trabajo, en un mes cualquiera, en un año completamente indiferente para mí. Era un período en el que no esperaba nada de la vida, como si esta ya no tuviera nada más que ofrecerme más allá de la monotonía del día a día. Y precisamente por todo esto, era el momento ideal para conocerte.

A lo largo de toda la mañana, el móvil no había dejado de vibrar cada pocos minutos, con la pantalla repleta de decenas de emoticones sonrientes y de diversas exclamaciones. Todos ellos con una misma intención: provocarme la imperiosa necesidad de acudir a aquella fiesta, en el piso de una persona que apenas conocía, repleta de gente que había visto un par de veces en toda mi vida. El culpable de todo esos mensajes era Rafa, quien no dejaba de enviarme *whatsapps* con mensajes, insistiendo en lo de puta madre que lo íbamos a pasar y en lo bien que me vendría para levantarme la moral, después de un par de meses algo complicados tras la ruptura con Silvia.

Durante casi un año, aquella chica lo había sido todo para mí. Los dos nos habíamos mudado juntos hacía poco a un piso y, durante todo el tiempo que estuve con ella, pensaba que iba a ser la chica de mi vida. Teníamos la

misma pasión por la música, los mismos gustos cinematográficos (era difícil encontrar a una mujer tan entendida en cine de terror) y nos queríamos con locura. Pero de alguna forma, el hecho de ser tan parecidos funcionó en nuestra contra, como todo el rollo ese de los polos opuestos. Era como salir conmigo mismo, pero con tetas y bastante más atractivo. Esta era la versión que me intentaba explicar a mí mismo, pero muy dentro de mi corazón siempre supe que tenía a Silvia en un pedestal. Quizás demasiado. Con el paso del tiempo, tanta devoción por mi parte fue minando de forma irreversible nuestra relación. Por muy parecidos que fuéramos, notaba que ella necesitaba algo más, algo que no era capaz de darle. Nos íbamos desgastando muy poco a poco, lo justo para ser conscientes de esa agonía. Hasta que finalmente, Silvia decidió irse de casa y dejarme solo en el piso. Creo que en realidad conoció a otro tipo, pero nunca lo pude comprobar. Fue en esos momentos cuando me quedé vacío por completo. El momento ideal para que alguien como tú viniera a llenar ese hueco.

Con el paso del tiempo, me pregunté varias veces qué es lo que estarías haciendo exactamente en el momento en que finalmente decidí asistir a la fiesta. Te imaginé en casa de Sonia, despertándote al mediodía, con la relajación que produce estar de viaje en otro país, sin la obligación de cumplir un horario fijo. Un poco como eras tú, sin ataduras ni nada parecido. A diferencia de mí, tú sí que tenías claro que ibas a ir a la fiesta, al fin y al cabo Sonia era el motivo principal por el que Rafa quería acudir. Los dos llevaban saliendo un par de semanas y estaban en ese momento de las relaciones en las que no sabían si era algo que podía ir en serio o no. Se veían de vez en cuando y quedaban para echar apasionados polvos, pero poco más. La típica intensidad que se vive cuando estás empezando a descubrir cada milímetro del cuerpo de la otra persona, cada recoveco en su memoria. Cuando todo te parece perfecto. Algo que, hasta el momento, no me había afectado de

ninguna manera. De hecho, Rafa había dejado de aparecer en la cervecería a la que solíamos acudir con el resto de la panda, normalmente cada viernes, como preludeo a una noche de alcohol, alguna que otra raya y mucho humor heterosexual (que en el fondo se podía resumir en hablar de pollas y culos, lo cual me resultaba bastante paradójico). Antes de eso, no había tenido noticias de él desde que había regresado a Barcelona de sus viajes, hasta que el timbre característico del WhatsApp me sacó del adormecimiento que suelo sentir en mi puesto de trabajo.

Echaba de menos a Rafa después de tanto tiempo sin verle. Si bien era cierto que no tenía nada nuevo que contarle sobre mi vida (me encontraba en esa fase en la que no quería mencionar mucho el tema de Silvia), siempre era agradable tenerle a mi lado, pues era el único con el que tenía una confianza auténtica dentro de nuestro grupo de amigos. A Rafa lo conocía de hacía muchos años, de nuestra época en el instituto. A veces, tengo la impresión de que la raíz de nuestra amistad se basa en el hecho de que nos caímos francamente mal nada más conocernos. Era un tipo ruidoso, mal estudiante, cansino, ordinario y muy poco formal. Justo lo contrario de lo que era yo por aquel entonces. Pero, misterios de la vida, de esa complicada relación basada en las disputas y las malas miradas, empezó a surgir una camaradería que se vio coronada cuando, por mera obligación, nos quedamos los dos juntos bebiendo una cerveza durante una de las fiestas de final de curso. Fue entonces cuando descubrí que, tras aquella fachada de tipo maleducado, Rafa escondía una fuerte y amistosa personalidad, directa y sincera. Los vasos de cerveza se fueron vaciando sobre la mesa, en la misma medida en que nuestra amistad se estaba empezando a fraguar.

Es a él, además, a quien le debo mis primeras grandes juergas universitarias. Al año siguiente de acabar el instituto, que él aprobó de forma “milagrosa”, los dos coincidimos en la carrera de Económicas. Fue él quien

consiguió un auténtico grupo de amigos, el clásico tipo social que se hace enseguida con la gente. Yo siempre era el que se quedaba en un lateral de la clase, apartado del bullicio mientras terminaba de corregir los apuntes del día anterior. Rafa, por su parte, se pasaba la mayor parte del tiempo en la cantina, “disfrutando de la auténtica vida universitaria ,” como le gustaba decir. Día tras día intentaba arrastrarme hasta aquellas mesas de plástico, casi siempre cubiertas de naipes, periódicos deportivos, ceniceros llenos de colillas y botellines de cerveza. Hasta que un día, tras mucha insistencia, finalmente accedí.

No es que a partir de ese momento mi vida universitaria se fuera al traste. No, eso habría sucedido en una serie de televisión americana. El clásico estudiante que aspira a comerse el mundo y que se fuma su primer porro y acaba enganchado a la heroína en un callejón de mala muerte. En realidad, la cosa fue más sencilla y natural. Rafa, me ayudó a abrirme un poco más al mundo de lo que había hecho en toda mi vida, siempre obsesionado por recluirme en mi turbulenta intimidad. Salir con Rafa era experimentar una montaña rusa de emociones étlicas, un sinfín de locuras que se iban sucediendo al mismo ritmo al que el alcohol nos iba desinhibiendo a los dos. La cerveza de la tarde se empalmaba con un picoteo rápido acompañado de unos vinos en El Estudiantil, en la plaza Universitat. Más tarde, nos dejábamos caer por uno de esos locales donde servían cerveza barata, atiborrados del ruido incesante de las conversaciones y cubiertos por una espesa capa de humo que dejaba impregnadas nuestras ropas durante varios días, para disgusto de nuestras madres. Esto ahora, pese al poco tiempo que ha pasado, parece una locura que solo puedes encontrar en un *after*. Finalmente, buscábamos algún local con música rock en el que dejarnos caer, para fumarnos unos petas y, con suerte, encontrar alguna chavala que nos hiciera un poco de caso.

Las llamadas de Rafa se convirtieron en lo que más esperaba a lo largo de la semana, ansioso como me encontraba de dejar durante unas horas los estudios y dejarme llevar por la dulce liberación que producía el alcohol. Pero cuando Rafa dejó la universidad a los dos años, decidió darse un tiempo para reflexionar sobre su vida. Decidió recorrer Europa sin rumbo fijo, aprender de otras personas y de otras culturas, asignaturas que la universidad nunca podría llegar a ofrecerle. La clásica escuela de la vida que todo a rockero como él le gustaba citar. La idea que en aquel momento me pareció inmadura y estúpida, con el tiempo se me antojó la más cuerda de todas. Enclaustrado en la universidad entre libros y números, envidié la nueva vida de Rafa. Incluso alguna vez pensé en dejarlo todo y unirme a él, pero siempre tenía algo pendiente, apareció Silvia en mi vida. Siempre aparecía alguna excusa que me alejaba de aquel sueño de viajar por distintos países sin ningún tipo de obligación. No como un turista, que observa las otras culturas como lo haría el visitante de un zoo, sino viviendo la realidad del día a día de aquellos lugares. Como hizo Rafa en los años que estuvo en el extranjero. El cabrón de Rafa.

De esa forma, dejé de relacionarme con el grupo con el que solíamos salir de marcha, liberado como estaba de nuestro nexo de unión que era Rafa. Mi ánimo se fue agriando con el tiempo y el hecho de finalizar con éxito la carrera no hizo más que complicarlo. Por fin era un miembro productivo más del país. Un número más que agregar a las listas de la monotonía perpetua. A partir de ese momento fue como si nada me hiciera ilusión, pues parecía que había dejado atrás todo el encanto desenfadado de la juventud. Me sentía demasiado mayor para ser joven y demasiado joven para ser mayor. Mi trabajo como administrativo en una empresa de importaciones, anodino y monótono, no hacía más que incrementar esa terrible sensación de claustrofobia en la que me había instalado y a la que por desgracia me

empecé a acostumbrar a los pocos meses. O más bien podría decir a la que me rendí, abrumado por las reuniones, los compañeros competitivos y la sensación de ser completamente prescindible por parte de mis jefes. Una sensación que tuve que aguantar durante más de tres años.

El regreso de Rafa supuso un vuelco en mi vida. La esperanza de poder recuperar lo que había perdido durante ese largo periodo recobró fuerza. Rafa me decía lo necesario para sacarme del estado vegetativo en el que me encontraba. Lo haríamos por los viejos tiempos, recuperaríamos las viejas costumbres y nos correríamos unas buenas juergas. Pero cuando quedé de nuevo con él, me di cuenta de que Rafa había cambiado. O mejor, aquellos viajes habían hecho de él una persona distinta a la que yo conocía. Poco quedaba de aquel espíritu rebelde y destructivo que tanto me había fascinado. No dejaba de hablar de sus viajes y de lo maravillado que se sentía con todo lo que había descubierto. Las chicas que había conocido en Ámsterdam, las tiendas que había visitado en Londres, los museos que había recorrido en Roma o la comida que había saboreado en París. Incluso me habló de Islandia y de su paisaje lunar que le hizo sentirse como si estuviera en otro planeta. Sus detalladas y emocionadas descripciones hicieron que aquel extraño país me atrajera de inmediato.

Pese a que intentamos salir un par de veces juntos, enseguida notamos que las cosas habían cambiado. No solo por el hecho de estar saliendo con Silvia, sino por el propio Rafa. La poca química que tenía con el resto de sus amigos y el cambio que Rafa había experimentado hicieron que las cosas no fueran como en los viejos tiempos. En lugar de beber sin pensar si habría un mañana, como si se tratara de un previsible eslogan juvenil, nos dedicábamos a contar viejas anécdotas de nuestras salidas, de forma continua, como un grupo de abuelos alrededor de una mesa de dominó. Y Rafa llegó a decir, “me pido una última cerveza, que tengo que madrugar”. El horror. Esta

agonía continuaba hasta que alguien miró el reloj y dijo que se le había hecho tarde. El efecto dominó se había iniciado, la siguiente ficha, el clásico “he quedado con la novia”. Al final nos acabó afectando a Rafa y a mí. Nos miramos a la cara y, entonces, reconocimos sin necesidad de decir nada lo que habíamos perdido durante ese tiempo. Nada que un simple apretón de manos y un “nos veremos pronto” no pudiera ocultar. Quizás un golpe de camaradería en el hombro. Así somos los tíos. Pura comunicación.

Casi me alegré cuando Rafa conoció a aquella chica. Visto con perspectiva, lo agradezco incluso más porque gracias a ella conocí a Lorena. La venezolana. Aunque me temo que ahora me estoy adelantando demasiado en la historia.

Repetir otra de aquellas patéticas reuniones con Rafa y el resto de chicos era lo último que habría deseado para aquel viernes. Y ya era decir. En mi mente tenía planificado todo un horario que incluía de forma exclusiva el visionado de múltiples episodios de alguna de mis series predilectas, como *Breaking Bad*, *Los Soprano*, *The Wire*, *Battlestar Galactica*, *The Office* (la de Steve Carell, por si hay alguna duda) o *Juego de tronos*, probablemente hasta altas horas de la madrugada. Con suerte incluso podría ver alguna película. La simple idea de alterar mis planes me hizo pensar en rechazar de inmediato la propuesta. Además, a las malas, estaba seguro de que Rafa se engancharía con aquella chica con la que estaba saliendo y me dejaría toda la noche con la panda y un grupo de desconocidos a los que no me querría acercar ni aunque mi vida fuera en ello. Después de lo de Silvia, mi ánimo socializador se había reducido a cero, y eso que nunca ha sido una de mis especialidades. Pero al final, la terca insistencia de los mensajes de Rafa me hicieron decantarme por aceptar la propuesta de acudir a la dichosa fiesta. Al menos de esa forma el teléfono me dejaría de vibrar cada pocos segundos, lo que provocaba que las miradas del resto de mis compañeros de trabajo se levantasen en mi dirección

constantemente, algo que odiaba profundamente.

Una vez salí del trabajo me dirigí a casa a darme una ducha y vestirme para la ocasión. Vivo en un pequeño piso de alquiler en el centro de Barcelona, en una estrecha callecita situada cerca del Borne y del Palau de la Música. No es que sea exactamente un palacio, pero he conseguido reunir en ella todas y cada una de mis aficiones, las cuales atiborran por completo un salón en el que apenas cabe nada más que el sofá y, por supuesto, una inmensa televisión de trepecientas pulgadas que cubre casi toda la pared disponible. Creo que con el tiempo me he vuelto más desordenado, o al menos eso pensé al salir de la ducha y ver que la mesa del salón estaba cubierta por decenas de cajas de Blu-Rays y de restos de pizza de días anteriores. Cometí entonces el terrible error de sentarme en el sofá, permitiendo que mis posaderas transmitieran a mi cerebro un falso mensaje de relajación que a punto estuvo de hacer que me quedara profundamente dormido. Pero antes de que eso sucediera, el molesto timbre del WhatsApp resonó de nuevo con estrépito. Era Rafa, insistente como él solo, con una misteriosa motivación extra por asistir a esa fiesta que solo él podía conocer. ¿Acaso no podía ir él a la fiesta y dejarme pasar la noche tranquilo? Quizás alguna parte de melancolía, del recuerdo de los tiempos dorados que habíamos vivido en el pasado había aflorado en él, al igual que había anidado en mí durante todos esos meses. Unir a la antigua panda, recuperar el espíritu alocado y rebelde. Quemar la ciudad con la estupidez de nuestra masculinidad regada en abundante alcohol.

Por suerte para mí, el piso donde se iba a realizar la fiesta estaba en pleno barrio del Raval, con lo que podía ir andando hasta allí. No había nada que me deprimiese más que la expectativa de tener que coger el metro una vez quisiera salir de casa. En general, siempre he odiado moverme por la ciudad con el metro. Y lo peor era regresar a casa tras una borrachera. La idea

de revivir la claustrofóbica sensación de estar bajo tierra, cuando uno aún tenía la cabeza aplastada por los efectos del alcohol hacía que mi cuerpo se estremeciera y empezara a sufrir arcadas. Y aquello solía acabar con el suelo de algún andén completamente salpicado por los restos apenas reconocibles de una cena grasienta. Al salir del portal, noté que la noche era fría, pero no demasiado. Al menos para mí. Aunque me he sentido a gusto con los días calurosos, siempre he preferido la dureza inexorable del frío helándome los huesos. Caminaba a paso ligero, disfrutando del frío mientras la gente se cruzaba conmigo y miraban extrañados mi camiseta de manga corta. La mayoría llevaban chaquetones que los protegían de las frías corrientes que atravesaban la vía Laietana, en dirección hacia el puerto. Yo, en cambio, llevaba la chaqueta en la mano, desafiando al mundo y a la noche.

Era una noche animada. Al llegar al Portal del Ángel me seguí cruzando con decenas de turistas que llevaban cervezas en sus manos y cuyos rostros reflejaban los primeros brillos de una borrachera que no les presagiaba nada bueno para esa larga noche. Cuando llegué a la altura de Las Ramblas, se podían ver varios grupos de adolescentes que no dejaban de cantar como locos frente a las puertas del Hard Rock. A pocos metros, llegando a Canaletas, esos primeros borrachos se cruzaban con algunas familias que decidían regresar a casa tras una tarde de agradable paseo por la ciudad. Por eso me gustaba también ir andando a los sitios. Por las noches podías descubrir cosas increíbles que a la luz apenas eran visibles. Esos contrastes entre dos vidas casi opuestas que se mezclaban por cuestión de algunos segundos. A esas horas la gente camina más desinhibida, como si la ciudad se hubiera transformado en un enorme patio de recreo para adultos.

Mirando hacia todas partes, finalmente me interné en la calle Tallers, desde donde empecé a callejear por las sinuosas y misteriosas calles del Raval. Siempre que tenía tiempo me gustaba perderme por esa parte de la

ciudad, recorrer calles que apenas me eran familiares o que apenas recordaba. Tras varios minutos andando, llegué al portal que me había indicado Rafa, situado no muy lejos de la bulliciosa Rambla del Raval. Al llamar al timbre no recibí respuesta alguna. Simplemente escuché el bullicio que surgía del interior de uno de los pisos, como un estallido metálico que me taladró el oído con fuerza. Un sonido metálico me indicó que alguien había abierto la puerta, sin preguntar siquiera por mi nombre. Rafa me esperaba arriba e imagino que algunos de los chicos. Con cierta desgana empecé a subir los desgastados peldaños de la casa. Era uno de esos edificios terriblemente antiguos, con humedades por las paredes, cubiertas de tubos de plástico y cañerías oxidadas que se cruzaban de forma amenazadora. Un eco amortiguado me guió hacia la puerta del tercer piso. Al empujarla, cedió con facilidad. El sonido de la música inundó las escaleras y decidí entrar en la casa.

Un grupo de cinco personas, que no habrían pasado los veinticinco me recibió con cara de pocos amigos, mientras detenían la conversación que estaban teniendo. Fueron apenas unos segundos, ya que enseguida perdieron el interés en el recién llegado y siguieron a lo suyo, sin preguntarme ni quién era. No les importaba lo más mínimo, como a mí no me importaban sus nombres. Atravesé un largo pasillo, apreciando que el interior del piso no encajaba para nada con la fachada. Estaba completamente reformado y habían aprovechado a la perfección la enorme superficie disponible para crear un ambiente moderno y agradable. Al final del pasillo llegué a un espacioso salón, dividido en dos ambientes: una zona que parecía una pista de baile y otra con sofás donde descansar. Al internarme, me vi rodeado por dos decenas de personas que no había visto en toda mi vida. Pero antes de que me diera cuenta, Rafa se situó a mi lado, arropándome en uno de sus míticos abrazos que denotaban que estaba empezando a superar la primera barrera ética.

Junto a él estaba su chica, quien apenas me prestaba atención.

–Voy a buscarme una cerveza –le dije tratando de aparentar un entusiasmo que apenas sentía. Porque viendo el ambiente, pensé en ese momento que tardaría poco en largarme a casa.

Llegué hasta la cocina, completamente poblada por almas sedientas de alcohol, arremolinadas alrededor de una enorme cubeta repleta de latas de cerveza flotando sobre agua y bloques de hielo. Me vi rodeado de esa gente, peleando por una de esas promesas de borrachera, cuando pensé en qué demonios estaba haciendo allí cuando en realidad quería estar en casa, tumbado en el sofá y viendo la televisión. Alcancé una de las latas y empecé a beber mirando a mi alrededor.

Fue entonces cuando escuché de fondo cómo surgían los primeros compases de “Midnight City” de M83. Mi cuerpo se empezó a mover al ritmo de la canción, sin pedirme permiso. Entonces, empecé a valorar la posibilidad de que quizás no fuese tan mala noche como pensaba.

Pudimos haber follado esa noche...

Nunca llegué a saber dónde te habías metido durante las primeras horas que pasamos en aquel piso, escondida de mí sin que ninguno de los dos lo supiéramos. De hecho, tampoco supe exactamente en qué momento de la noche llegaste a la fiesta. Pero si te hubiese visto antes, me habría fijado en ti al instante, sin importar la multitud que te rodease. A mis ojos, brillabas en la oscuridad. Cuando nos presentaron, a altas horas de la noche, ya fue demasiado tarde para que nos hubiésemos conocido de verdad. O puede que, al conocer una versión menos alcoholizada de mí hubieses descubierto el tipo anodino y vulgar que realmente soy. Es una de esas cosas que no te llegué a decir sobre mí y es que bebo para socializar y hacerme pasar por simpático,

cuando realmente no creo serlo. Aunque tampoco creo que sea muy distinto a la media. En resumen, soy algo tonto. Eso sí te lo repetí varias veces a lo largo de la noche.

Pero todo eso sucedió en la vida real, en la fiesta cuyo recuerdo he interrumpido para empezar a imaginar ese otro universo en el que el destino no me gasta jugarretas. Todo empezó con el momento en que te conocí. Pudimos habernos visto antes de lo que sucedió en realidad esa noche. No en el momento en que llegué a la fiesta, cuando al ver el ambiente reinante empecé a mirar el reloj de forma compulsiva, sino cuando abrí la primera cerveza y escuché que alguien había pinchado una de mis canciones favoritas de M83. Ese fue el momento ideal para conocerte, cuando los pegadizos compases de “Midnight City” lograron que los músculos de mi cuerpo se moviesen de forma rítmica, en que por primera vez me empecé a sentir a gusto en aquel lugar. Perfecto. Voy a situarte ahí, en mi imaginación. Justo cuando he dejado el recuerdo real. Quiero saber qué habría sido de mi vida si te hubiese visto en ese preciso instante. Habríamos empezado a hablar después de que Sonia, la chica que estaba saliendo con Rafa, nos hubiese presentado.

Así que ahí estoy, en la misma fiesta, en la misma cocina, pero cambiando un pequeño e insignificante detalle. En esta ocasión, cuando salgo de la cocina con una cerveza en la mano, nos chocamos por casualidad. Esa es la excusa que nos permite empezar a hablar con naturalidad, sin que la historia que estoy creando resulte demasiado forzada. Una charla tan espontánea como educada, un mero formalismo de dos desconocidos que se acaban de conocer en una fiesta. Gracias a eso descubrimos que has venido con Sonia, hasta que nos percatamos, con una cara de perplejidad seguida de unas buenas risas, que es la misma Sonia que está saliendo con Rafa. “Menos mal que veo a alguien más o menos conocido”, me atrevo a decir.

Me dices que has venido unos días a Barcelona para visitar a Sonia. Que eres de Venezuela pero que llevas varios meses por Europa haciendo un posgrado o algo parecido, apenas me concentro en tus palabras porque no puedo dejar de mirarte. Me has hipnotizado con tu belleza. En esta historia no tienes que coger ningún vuelo al día siguiente, y no tienes ninguna prisa por regresar a Maracaibo porque quieres seguir disfrutando de tu viaje europeo, sin ataduras. Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Noto en tu mirada que estás en una situación similar a la mía. Tiene sentido. Tú tampoco conoces a casi nadie en ese piso, salvo a tu amiga Sonia. La vemos al fondo del salón, acoplada a Rafa en un sofá como si fueran dos caracoles. Nos reímos al verles dándose el lote de forma apasionada y poner voz de un documental de animales sobre el apareamiento del orangután en celo.

Pero yo sigo sin poderme concentrar, tus ojos azules lo son todo en ese momento. Algo en ellos me impiden desviar la mirada y eso te hace reír. No entiendo por qué te ríes, lo que te provoca más risas. Es una buena forma de conocernos, la mejor que podía haber imaginado. De fondo, recuerdo escuchar justo en ese momento la voz agotada y melancólica de Christopher Owens cantando “Alex”.

–¿Quién demonios está pinchando? –te pregunto.

–Esto es Girls, ¿no? –tu acento venezolano me seduce al instante y siento que en cualquier momento me voy a bloquear. Siempre me ha pasado lo mismo con las chicas que me gustan. Me invade esa sensación de que no puedo hacer nada que no me conduzca invariablemente a cometer una monumental cagada. A decir alguna tontería que revele quién soy en realidad. Un tipo anodino y vulgar.

–Pensaba que en Venezuela sólo escuchabais salsa o mierdas de esas – en ese momento, me percaté de que he cruzado una barrera. Hay gente a la que una frase así le puede ofender, pero aun así la suelto. ¡Bingo! El premio

al comentario más estúpido de la noche ya tiene ganador. Ese es uno de mis talentos ocultos, parecer un cretino cuando pienso que estoy siendo el tipo más gracioso del mundo. Un cuñao en toda regla.

Para mi sorpresa te ríes de nuevo. Vale, es oficial. Tienes una sonrisa preciosa que ilumina tu rostro y ensombrece el mío. Incluso me parece que el salón, cuyas luces se han atenuado hace varios minutos para animar el ambiente de la fiesta, resplandece por completo como si se hubiera hecho de día de golpe. Siento que suena estúpido, una obviedad muy cursi que me invade durante unos instantes. Pero me resulta inevitable empaparme por tu sonrisa permanente, que hace que tus ojos se achinen y en tus mejillas aparezcan dos hoyuelos adorables.

–Y yo pensaba que vosotros sólo escuchabais flamenco... O mierdas de esas.

Lo sabía. Estaba seguro de que habría sucedido. Habernos conocido antes no es un problema para que conectemos, como siempre había temido. Al contrario, enseguida estamos gastándonos bromas, como si nos conociéramos de toda la vida.

–¿Eres el amigo de Rafa? –me preguntas al oído, con el volumen de la música y los gritos de la gente, apenas podemos escucharnos. Te respondo que sí con la cabeza, aunque tu duda me hace presumir que ya has hablado con Sonia sobre mí. Me pregunto qué es lo que te habrá dicho de mí, aunque espero que no sea nada que le haya comentado Rafa.

Así es como pudo empezar la fiesta. Mejor, cómo debió empezar si el destino fuera más generoso con la gente solitaria como yo. Ahora puedo conocerte mejor porque hablamos con más calma. Ese maravilloso momento en el que empiezas a achisparte y tienes toda la noche por delante. La misma sensación de ser joven, cuando las hormonas te hacen ir chutado a todas horas y tienes toda la vida por delante. Estamos menos borrachos y eso me

permite descubrir que te encanta viajar, que tienes un hermano en Maracaibo mayor que tú, que hace unas semanas cumpliste veintiséis años cuando estabas de viaje por Berlín con otras amigas que regresaron a Venezuela unas semanas antes que tú, que pese al poco tiempo que llevas en Barcelona te has enamorado de la ciudad... Hablamos sin parar durante lo que a mí me parecen horas, sentados en uno de los sofás del salón, como si fuera un oasis que hemos creado para nosotros dos y que rompemos únicamente cuando vemos que no nos queda cerveza. Vas a la cocina a por más bebida, mientras saco mi paquete de Marlboro Light mirando al salón, tomando conciencia de lo que sucede a mi alrededor. La cabeza me está dando vueltas por culpa del alcohol. Tras dos caladas, me empiezo a relajar, pues la noche está tomando un rumbo que nunca habría podido imaginar. Al fondo, veo cómo mis amigos con quienes apenas he hablado se están largando del piso, con el mismo gesto de amargado que habría tenido yo si no te hubiese conocido.

Me colocas la lata de cerveza en la frente, haciendo que dé un respingo por el frío intenso que siento de golpe. Con la brusquedad del movimiento, se me cae el cigarrillo entre las piernas, lo que me hace saltar desesperado, aleteando los brazos, dándome palmadas en los muslos. Cuando quiero darme cuenta, mi cabeza choca contra la lata y todo el contenido se vierte sobre mi espalda. El líquido se derrama por mi zona lumbar, empapando por completo mi camiseta. Las personas a nuestro alrededor permanecen en silencio, atónitas ante la absurda escena que acaban de presenciar. Intentan contener las risas, no quieren profundizar en la herida social que se ha creado. Nos quedamos mirando el uno al otro durante unos segundos hasta que damos nosotros el paso y estallamos en unas sonoras carcajadas.

–Eres un patoso de mierda –me dices entre risas. –Has dejado el piso hecho un asco.

–Y tú acabas de hacer que desperdicie un cigarrillo y una cerveza. Y

encima has mojado mi camiseta preferida. Estarás orgullosa.

–Ven, catalán, vamos a secarte.

Llegamos hasta el aseo, donde un par de chicos salen después de haberse metido una raya. No dices nada recriminatorio, lo cual me gusta. Tu forma tan natural de ver las cosas es otra de las cosas que me tienen completamente enamorado. Eres tú misma, pese a quien le pese. Eres la seguridad a la que siempre he querido aferrarme. Entramos en el aseo y me levanto la camiseta, dejando mi espalda descubierta. Pese a que no tengo mal cuerpo, no me gusta ir descamisado por ahí, y mucho menos delante de una chica que me gusta. De pronto, noto cómo tus manos me agarran del faldón de la camiseta y me la levantan con rapidez dejándome el torso desnudo.

–No me vengas con timideces de niño pequeño.

Antes de que pueda replicar, siento el suave contacto de la toalla contra mi espalda. Hay algo íntimo y agradable en esa situación tan cotidiana, que me hace sentir que nos conocemos de toda la vida, aunque apenas llevemos unos minutos juntos. Como si esto mismo lo hubiéramos hecho decenas de veces. La música suena de forma menos intensa, amortiguada por la puerta cerrada del cuarto de baño, creando un ambiente especial. Cierro los ojos y trato de retener ese momento en mi cabeza. Creo que es imposible sentirse más feliz de lo que lo soy en ese momento. No quiero abrir los ojos de nuevo, temiendo que todo se acabe, que tú te vayas y me dejes allí con el corazón roto. Tengo miedo a que llegue la mañana y pienses que todo ha sido una locura. Tengo miedo a despertar de este sueño. Tengo miedo a que pase un solo segundo, rompiendo ese instante para siempre.

Me tocas el hombro con suavidad y, cuando me giro, ahí sigues. Estás frente a mí, mirándome con esos ojos azules que me golpean la cara con fuerza, como si fueran dos rocas de granito. Te has quitado la camiseta, dejando al descubierto tu cuerpo menudo y delicado. No tienes mucho pecho,

pero me gusta que seas así. No te habría cambiado por ninguna otra. Tu piel es blanca y suave, con los hombros poblados de pecas. Me miras con gesto divertido, probablemente al ver la cara que estoy poniendo.

–Ahora estamos igualados –me dices. –Puedes mirarme a la cara si quieres.

Tu sonrisa delata que no lo dices como un reproche. Estás jugando conmigo, o al menos eso es lo que pienso. Las chicas como tú deben tener una lista de cientos de tipos haciendo cola solo para estar a tu lado. Tipos mucho más guapos y más listos que yo. Te sigo mirando, bloqueado ante tanta belleza, hasta que al final me atrevo a regresar al azul de tus ojos.

–¿Por qué yo? –pregunto alucinando.

–Porque eres tonto –me susurras al oído.

Cuando me quiero dar cuenta, tus labios están posados sobre los míos. Por primera vez disfruto de la intimidad de tu olor. Mis manos recorren tu espalda, buscando de forma nerviosa el enganche del sujetador, el mismo con el que peleo ferozmente durante lo que parecen ser minutos. Nuestros labios forcejean en un húmedo combate mientras me apartas la mano de tu espalda, con ansiedad. Tú misma te acabas desprendiendo del sujetador con ese elegante movimiento que sólo una mujer puede realizar. Me quedo observando tus pechos desnudos durante unos segundos, antes de abalanzarme sobre tus pezones rosados para saborearlos con avidez.

Me separas, no tenemos tiempo que perder. Con la misma habilidad con la que te has quitado el sujetador, te bajas en un solo movimiento el pantalón, dejándome completamente paralizado. Está claro que no me esperaba tanta iniciativa, lo que me hace sentir como un crío a tu lado. Yo, en cambio, me intento bajar con admirable torpeza los pantalones, hasta que al final desisto de mi esfuerzo y me los dejo arrugados alrededor de mis pies, lo que me obliga a moverme como si fuera un pato. Tú no estás para tonterías.

Con la boca has desgarrado el envoltorio de un condón que no tengo ni idea de dónde ha salido.

Golpean a la puerta con insistencia, pero eso no parece importarte. Me colocas el condón con habilidad. Noto cómo mi corazón se acelera, golpeando con fuerza mi pecho, cuando veo cómo te sientas sobre el lavabo y te abres para mí.

–No pierdas tiempo, chico tonto –me dices con la voz impregnada por la excitación.

Empezamos a follar con rapidez, lo que hace que me quede bloqueado. Los golpes en la puerta son cada vez más fuertes y no creo que me vaya a correr. Empujo y empujo, como si estuviera en el gimnasio y no disfrutando del sexo contigo. Notas el agobio en mi mirada y paras el ritmo durante unos segundos. Me coges la cara y nos miramos a los ojos durante unos segundos, mientras mueves tus caderas sin prisas, con suavidad, alrededor de mi polla. Me besas con intensidad, deslizando tu lengua sobre la mía haciendo que mi excitación llegue a niveles insospechados. Estoy completamente dentro de ti. Consigues que me refugie en tu abrazo, como si estuviéramos en el final del mundo los dos solos.

Al final, consigo correrme.

22:30

Mientras, en la fiesta real, se acercaban las once de la noche y aún no te había conocido. En mi mente no valoraba ni de lejos la posibilidad de encontrarme con alguien como tú. Tan sólo miraba al resto de invitados a la fiesta, sentado junto con los amigos de Rafa, meros espectadores de un aburrido partido de fútbol condenado a un triste empate a cero. Estábamos sentados en un largo sofá, un oasis de tedio en medio del jolgorio que nos rodeaba. Ninguno de los invitados nos hacía el más mínimo caso, era como si no existiéramos. Normal, ¿quién en su sano juicio habría dejado una interesante conversación o la compañía de una chica atractiva para fijarse en esa panda de perdedores? Fue en ese momento cuando pensé en marcharme de allí de forma discreta, a la francesa.

Pasadas las horas, es cuando me doy cuenta de todos los pequeños detalles que habrían evitado que conociese aquella noche. Me podría haber quedado dormido en el sofá antes de salir de casa, o incluso haber apagado el móvil para no recibir más molestos mensajes de Rafa, me pude haber marchado cuando pensé en hacerlo, o que nadie pinchase M83 cuando peor veía que iba a transcurrir la noche. Eran tantas las variables que, pensado con la frialdad de un astrofísico, parecía un auténtico milagro que finalmente te hubiese llegado a conocer. Aunque fuese tan tarde. Pero en ese momento, el efecto de “Midnight City” se había diluido y estaba dispuesto a marcharme a casa, con la sensación del deber cumplido solo por haber hecho acto de

presencia en la fiesta.

Cuando me dirigía hacia la puerta, con la chaqueta en la mano, Rafa se acercó hacia mí, con gesto de perplejidad. En sus manos llevaba un par de Estrella Galicia recién abiertas. Antes de que me diera cuenta, puso una en mi mano, mientras cogía mi chaqueta y la lanzaba en dirección opuesta. Que no me importase dónde cayera lo percibí como una buena señal. Por fin estaba ante el amigo que conocía de siempre, el Rafa de toda la vida.

–¿Me vas a abandonar, amigo? –me dijo después de dar un largo trago a su cerveza. –No seas capullo. Hay una amiga de Sonia a la que quiero que conozcas.

Apenas le pude escuchar con claridad, justo en ese momento todo el mundo empezó a chillar al unísono al reconocer los primeros acordes de “Sprawl II (Mountains Beyond Mountains)”, el más que emocionante tema de Arcade Fire. Entre la canción y el hecho de volver a reconocer a mi viejo amigo, me provocó un subidón que hacía años no experimentaba. Me bebí toda la cerveza de un golpe, aunque la parte final se me derramó por la comisura de los labios manchándome parte de la camiseta. Después, lancé la lata al suelo, mientras retaba a Rafa con la mirada. Mi amigo me sonrió, de la misma forma que hacíamos años atrás. Tras acabarse lo que le quedaba de cerveza, agarró la lata que sostenía en la mano un chico que estaba junto a nosotros y también se la bebió. Su sonrisa triunfal contrastó con el quejido del chico, al que apenas prestamos atención.

–Qué cojones, la amiga puede esperar. Vamos a pegarnos unos tiros. Por los viejos tiempos –me dijo, rodeándome con su fuerte brazo, con el que me arrastró para sacarme de allí.

Nos abrimos paso entre todos los invitados que se habían agolpado en el pasillo. Era un grupito que discutía de forma acalorada sobre los últimos temas de la tumultuosa actualidad política nacional. Siempre he considerado

que es una pérdida de tiempo discutir sobre ese tipo de temas cuando uno está de fiesta. Suficiente teníamos que aguantar cada día de esa mierda como para que encima nos jodieran los únicos momentos que teníamos para disfrutar. Y si la discusión se complicaba, incluso se podía acabar la noche de mal rollo. No, lo mejor es ceñirse a las clásicas discusiones absurdas de cada sábado de fiesta.

El aseo estaba vacío. Con la calma con la que siempre se había caracterizado, Rafa sacó un pollo de cocaína de uno de sus bolsillos. Con un gesto cómplice me hizo una indicación con la cabeza para que sacara la cartera. Pese a que hacía años que no practicábamos ese ritual, lo hacíamos con destreza y naturalidad, como si no hubiera pasado el tiempo. La emoción me empezó a invadir, pensando que la noche podría salir mucho mejor de lo que esperaba. Coloqué mi cartera sobre la cisterna y Rafa volcó una pequeña montañita de coca. Con su tarjeta de crédito, empezó a aplastarla, para eliminar todas las molestas piedras que podrían reventarnos la nariz y hacernos sangrar como unos cerdos.

–Te he echado de menos, gilipollas –le dije embargado por la emoción que provoca compartir ese momento de mala vida.

–No me seas marica y ve preparando un rulo –me replicó Rafa con su tono seco y directo habitual. Cuando se trataba de esnifar cocaína, Rafa no se andaba con tonterías. –Ahí tienes la tuya, goloso. De las que hacen sombra, como a ti te gusta.

En efecto, sobre la cartera había dejado dos gruesas rayas de cocaína. Con el billete en la mano, lo introduje en mi nariz y, tras comprobar cuál de mis fosas nasales estaba más despejada, aspiré con fuerza mientras con la otra mano apretaba el botón de la cisterna, para que el sonido camuflase mi aspiración. El recuerdo de otras tantas noches de fiesta se agolpó en mi cabeza, a medida que empezaba a notar cómo se empezaban a adormecer

parte de la nariz y los dientes. Me di cuenta de lo mucho que había necesitado una fiesta de esas en mi vida.

–No sé para qué coño tiras de la puta cadena, si todos los que están metidos en este piso van de coca y cristal hasta las cejas.

Alguien golpeó con fuerza la puerta del aseo.

–¡Está ocupado, cojones! –gritó Rafa instantes antes de meterse su raya, de forma más sonora de lo que lo había hecho yo. Con los dedos recogió los polvos que quedaron repartidos por la superficie de cuero y se los pasó por la encía, mientras me ofrecía la cartera de vuelta con la otra mano.

–Es una buena mierda.

–¿Buena? Es una mierda de puta madre. ¿Y sabes lo mejor? –le hice un gesto de negación con la cabeza. –Que me queda un puto gramo para que tú y yo pasemos una noche como nos merecemos. Como las de hace años.

De nuevo, los golpes en la puerta retumbaron en el aseo, algo que sacaba a Rafa de quicio. Se dirigió hacia la puerta y la abrió con brusquedad.

–¿Es que no nos podemos meter unas rayas tranquilos o qué?

La franqueza de Rafa dejó completamente descolocado a la pareja que estaba golpeando la puerta. Era una chica rubia, bastante atractiva, abrazada a uno de nuestros amigos, que cuando le reconoció empezó a reírse con ganas. Se notaba que se habían estado besuqueando mientras esperaban a que abriésemos la puerta. Entre risas, les dejamos entrar en el aseo, deseándoles un buen polvo.

Nos dirigimos hacia la cocina, donde nos hicimos con otras dos latas de cerveza. Por suerte, estábamos solos, con lo que nos encontramos más cómodos para hablar sin tapujos. Además, la cocaína estaba empezando a hacer su efecto, a medida que iba notando cómo me iba bajando por la garganta, deliciosamente amarga, como decía la canción de El columpio asesino, “Toro”.

–Sé que te he dejado de lado, tío. Desde el momento en que regresé supe que estaba en deuda contigo –me dijo Rafa tras pasarme una de las latas. Después, se abrió la suya con una mano y le dio un buen trago para compensar la sensación amarga de la cocaína en su garganta. –Pero al volver a casa me he sentido vacío de golpe. Como si fuera un extraño en mi propia ciudad, ¿sabes? Tengo la sensación de que ya nada de esto va conmigo. Todo ha ido estupendamente sin mí, como si no existiera. Y tengo esa sensación de que podría haber seguido así durante años, que nadie me habría echado de menos. Es extraño esto de regresar a tu ciudad después de tanto tiempo. Este vacío que tienes en las tripas. Veo los sitios por donde pasábamos las tardes y me dejan indiferente, como si no hubiera vivido nada allí. Y me jode. Me toca los huevos pensar que el mundo no se ha quedado parado en ese instante –me quedé en silencio durante unos segundos, sorprendido por el emotivo monólogo de Rafa, algo muy poco habitual en su forma de hablar. Aunque fuera fruto de la cocaína, me dio la sensación de que iba a ser la única vez en mucho tiempo en que se abriría tanto.

–Pues yo siento que sí me he quedado todo este tiempo atrapado en esta ciudad –le dije dando un largo sorbo a mi cerveza. –Para mí ese instante sí que se ha quedado detenido durante muchos años. Demasiados. No sabes lo mucho que te he echado de menos, gilipollas.

–¿Nos vamos a comer las pollas? –dijo Rafa recordándome una vez más al de los viejos tiempos. –Porque te juro que me están entrando ganas de hacerlo como sigas así de mimoso.

Antes de que me pudiera dar cuenta, su mano me había rozado la entrepierna y apretó con fuerza, provocando que me doblara del dolor. Tuve que controlarme para no derramar toda la cerveza en el suelo. Estaba siendo víctima de una de esas clásicas estupideces juveniles. Ese humor marcadamente homosexual que tanto pretendía remarcar la heterosexualidad

de quien lo practicaba.

–Venga, levanta, no me seas nena. Tenemos toda la noche por delante para recuperar el tiempo perdido.

–¿No me hablaste de una amiga de Sonia? –le pregunté mientras me recuperaba del dolor en la entrepierna.

–No tengas prisa, colega. Vamos a quemar la pista de baile primero.

Pudimos haber ido a bailar al Razzmatazz...

Al día siguiente, tras la fiesta en la que follamos en el salón al poco de conocernos, me despierto con una terrible resaca. Pensar en ti y en lo que hicimos la noche anterior hace que me ría como un tonto, tumbado en el colchón, sobre el que yace repartida de forma anárquica la ropa que llevaba puesta. Repito tu nombre en voz baja, “Lorena” y me invade la triste sensación de que nunca más volveré a verte. De que te has despertado pensando en la estupidez que hiciste en la fiesta, con la misma cara que pone uno cuando chupa un limón. Un WTF en toda regla, vamos.

No recuerdo si diste tu número de teléfono. Lo único que tengo en la cabeza es nuestro polvo salvaje en el aseo. Prefiero hacerlo con tranquilidad, sabiendo que te has podido correr, pero con las prisas con las que lo hicimos era algo inviable. Ni siquiera hiciste el esfuerzo por disimular, lo que me gusta bastante. De todas formas, el sexo de una noche tampoco es algo a lo que esté muy acostumbrado. Las chicas con las que he estado, aparte de Silvia, se pueden contar con la mano de un artificiero veterano del Vietnam. Mi experiencia sexual siempre ha sido más escasa de lo que habría deseado.

A pesar de todo lo que digo, tampoco es que pueda considerarme feo del todo. Al menos, cuando me miro al espejo veo a alguien decente, lo que es mucho. No podría ligarme a Scarlett Johansson aunque fuera hasta las

cejas de ácidos, pero quien se crea que puede conseguirlo que levante la mano. Mentiroso, vuelve a bajarla. En resumidas cuentas, no creo que esté mal, la verdad, pero no tanto como para que me suceda algo como lo de la noche anterior. Y mucho menos con la más guapa de la fiesta. Además, no eres la típica chica a la que todos los tíos se quedan mirando con cara de salidos. No. Eres la chica que está a tus espaldas, pero que sabes que está allí porque la tienes controlada. La que le dices sutilmente a tus amigos si la han visto bien porque, cuando posan la mirada en ti, deslumbras como el reflejo de la luna en una noche oscura. La chica de la que todo el mundo habla, pero que pocos se atreven a mirar con descaro.

Enciendo el móvil, con la esperanza de haber apuntado tu teléfono en algún sitio. Pero no hay ni rastro. Ni en las notas, ni en la agenda, ni en los recordatorios... Nada. Desesperado, miro las fotos de la noche, con el mismo resultado. Es como si no hubieras existido. Después de nuestra apasionada sesión de sexo en el baño nos separamos durante un tiempo, creo que fueron un par de horas. No quería agobiarte con mi presencia y me encontraba lo suficientemente exultante como para deambular por la fiesta con una cerveza en la mano, sonriendo como un idiota a todo el mundo. Pasando de una conversación a otra sin apenas prestar atención a nada y a nadie. Me bastaba conmigo mismo y con lo que me había sucedido. Para cuando me quise dar cuenta, te vi junto a Rafa y a Sonia, mirándome a lo lejos y despidiéndote con la mano, esbozando una leve sonrisa. Ta habías escapado.

Dejo el móvil sobre la cama, valorando todos y cada uno de los detalles de tu rostro. ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Estabas avergonzada por lo que habíamos hecho o quizás no te atrevías a que nos vieran juntos? ¿Y esa sonrisa tan apagada? ¿Hasta qué grados de inclinación del labio se puede considerar que una sonrisa es realmente emotiva? Tu sonrisa podía ser más de compromiso que de otra cosa. Quizás lo hablaste con Sonia y te hizo

entrar en razón después de la locura transitoria que habías experimentado. Todas esas preguntas se agolpan en mi cabeza, apelotonadas y sin respuesta, mientras me preparo el desayuno.

Pienso en llamar a Rafa, pese a que en este universo no tuvimos ese momento tan cercano como en la fiesta real, el que me hizo alejarme de ti. Si le llamo me podrá decir si le contaste algo a Sonia o lo que pensabas de mí. Entonces, mientras mi cabeza no deja de dar vueltas sobre todas esas posibilidades, el móvil vuelve a sonar como el día anterior.

“Ya está Rafa contándome sus hazañas de anoche. O preguntándome qué pasó con la venezolana”, pienso al reconocer el timbre distintivo del WhatsApp. Al mirar la pantalla veo que se trata de un número que no tengo guardado. La foto de perfil no deja lugar a dudas de quién se trata. Lorena. El corazón me da un vuelco. En la pantalla, un mensaje corto, “Me he despertado. Resacón.”, enviado un par de horas atrás, cuando todavía tenía el móvil apagado. De inmediato, me fijo en el apartado de estado, el cual me indica que te has conectado por última vez en el momento que me enviaste el mensaje. Me invade una profunda rabia por no haber tenido el móvil encendido y le doy vueltas a lo que habrás pensado ante la ausencia de respuesta. Por un lado, creo que es bueno que me haga un poco el duro, pero por el otro temo que hayas perdido el interés al ver que no he contestado tu mensaje.

Me abalanzo sobre el teclado táctil, pero tras marcar una letra casi al azar, me quedo pensando qué demonios te voy a decir. No sé si disculparme por la tardanza. O si mencionar lo que sucedió entre nosotros. Un mensaje demasiado corto podrías interpretarlo como desinterés, mientras que otro excesivamente largo puede resultar bastante cargante. ¿Una cara sonriente? No. Un emoticono puede hacerte pensar que soy muy infantil. Vale, dudo mucho. Demasiado. Es lo que tiene ser una persona con tantas inseguridades

como yo. Tras varios minutos, me decanto por ser escueto y escribo “Estoy despierto. Anoche lo pasé genial. ¿Nos volveremos a ver?”, siendo esta última frase la que más tiempo me lleva escribir, pues no sé si es demasiado directa o si era mejor dar un poco de rodeo para invitarte a salir. Como siempre, envió un segundo mensaje con una cara amarilla que guiñaba el ojo con gesto divertido. Ahora sí, me decanto por el emoji. Una forma absurda de darle mayor naturalidad a la frase.

Tras cinco minutos mirando fijamente tu estado en la pantalla, me empieza a invadir una cierta desesperación. El mensaje que indica tu última conexión no varía y respiro con cierta ansiedad esperando que cambie a ‘En línea’. De nuevo, me invaden las mismas dudas: ¿habrás escuchado el mensaje y lo has ignorado al ver que se trata de mí? Aunque también es posible que tengas el móvil apagado. Pero te habías despertado horas antes, lo cual era extraño. En cualquier caso, me empiezo a obsesionar con el maldito WhatsApp. Como me había sucedido meses atrás con Silvia. Quiero dejar de mirar la pantalla, pero por mucho que me intento concentrar en otras cosas (me puse la tele un rato para ver una serie), mis ojos se desvían de forma continua a la pantalla de mi iPhone, esperando que suceda algo.

Por desgracia, en una de esas veces, veo fugazmente que estás en línea durante pocos segundos, para volver a aparecer como desconectada antes de que pueda reaccionar. Vale, es oficial. Has visto el mensaje y te has asustado. Doble check azul. Por si quedaba alguna duda. Bingo, la ocasión de mi vida desperdiciada, justo ahora que he conocido a la que creo es la chica de mi vida. Llevo varias horas seguidas sin dejar de pensar en ti y, por mucho que lo intente, no puedo sacarte de mi cabeza. Y ahora mucho menos, dándole vueltas a los motivos por los que has decidido ignorar mi mensaje. Seguramente era tan forzado como me había temido en un primer momento. En tu mensaje no hablabas de quedar hoy ni me ponías ningún smiley

absurdo. Para no obsesionarme también pienso en cuándo te di mi número de móvil durante la noche anterior y cada vez estoy más seguro de que no te lo pasé en ningún momento.

Rafa. Quizás fue él quien te lo dio, si es que se lo pediste. Eso querría decir que podrías tener algún interés real en mí. El hecho de que tengas mi número y me hayas escrito a esas horas debe querer decir algo. Decido llamar a Rafa, con quien la noche anterior apenas intercambié un par de frases. Ya sabes, en este universo.

Pasados tres tonos, Rafa me coge el teléfono.

–Tío, estaba sobado. ¿Qué ha pasado? –me dice con voz gastada por culpa de la resaca.

–¿Le diste mi móvil a Lorena?

–¿Lorena? ¿Quién es...? ¡Ah! La amiga de Sonia. Qué va.

La contestación de Rafa me deja algo confuso. ¿Cómo demonios has conseguido entonces mi número de móvil?

–Oye, quiero descansar un poco. Luego hablamos, si eso. Esta noche vamos a salir por el Razz a tomar algo, podrías pasarte un rato –tras lo cual me cuelga sin darme apenas tiempo a preguntarle nada más sobre lo sucedido en la fiesta.

Miro la pantalla, por si durante la conversación con Rafa me has contestado al mensaje y no me he dado cuenta. Pero todo sigue igual, no te has conectado desde hace varios minutos. Una eternidad. Consigo calmarme. El corazón me vuelve a latir a velocidad normal y no tengo esa sensación de vacío en el pecho a medida que voy asumiendo que lo de la noche anterior fue algo fortuito en mi vida. Me tocó la lotería una vez. Felicidades. He cobrado el premio, me lo he gastado y ya puedo volver a casa tranquilo. Ahora toca seguir viviendo mi vida.

Pese a ellos no puedo evitar sentir un cierto desánimo con tu ausencia

de respuesta. Es entonces cuando de verdad empiezo a notar el cansancio de la resaca. Además, me he olvidado de tomarme un Espidifen y eso mi cabeza lo acaba notando. Por suerte, la noche anterior había tomado únicamente cerveza, con lo que el malestar es más llevadero. Mucho más que si hubiese mezclado con cubatas.

Voy hacia la cocina, donde vierto los polvos del Espidifen en un vaso de agua. Me lo trago de golpe y la sensación mentolada me invade la garganta, recordándome otras mañanas, después de otras noches de fiesta. Por suerte, Rafa me explicó en su momento su infalible receta para la resaca: un Espidifen antes de dormir y otro al despertarse. La combinación perfecta para el borracho moderno.

Cojo el móvil, con la intención de escribir a Rafa y decirle que paso de quedar esa noche. Por muy bien que me lo pasara en el Razz, no me encuentro con fuerzas como para salir de casa. Pero entonces, para mi sorpresa, leo un mensaje que aparece en la parte superior de la pantalla del móvil: “Claro! Esta noche?”.

Sería demasiado dramático decir que el móvil está a punto de escurrirse entre mis dedos, pero la realidad no anda muy lejos. En ese momento me doy cuenta de que podríamos quedar otra vez. Una ola de cobardía me invade desde los pelos de la cabeza hasta los dedos de los pies. Una parte de mí quiere refugiarse en el dormitorio y esconderse hasta que pase una semana, asustado. Pero también deseo con todas mis fuerzas verte de nuevo. Ansío poder conocerte mejor de lo que hice la noche anterior, ya que apenas tuvimos una conversación superficial. Quiero regresar a tus ojos, volver a perderme en tu sonrisa y, sí, también me apetece echar otro polvo. Pero, por extraño (y algo cursi) que parezca, no es la mayor de mis prioridades. Quiero descubrir si la conexión que tuvimos la noche anterior fue algo real o fruto únicamente de mis deseos románticos.

Toda la vida me he considerado una persona muy romántica. Quizás en exceso. Desde que tengo uso de razón, mi relación con el género femenino ha estado cargada de esa aura entre el victimismo y la tragedia. Siempre me he dejado llevar por el rollo de la chica imposible de conquistar por una maldición misteriosa, quien con una simple mirada embauca al héroe hasta el punto de hacerle perder la razón. Esa sensibilidad romántica me había llevado a suspirar por las chicas más extrañas, conflictivas e inalcanzables que iba conociendo, lo que no me ha servido de mucha ayuda a la hora de encontrar una pareja estable. En resumen, vendría a ser lo que me sucedió con Silvia meses atrás. Pero contigo siento algo especial, diferente a todo lo anterior que me ha pasado en la vida. Quizás seas mi media naran... Vale, me estoy pasando. Espíritu romántico, déjame en paz un rato, por favor.

No tardo mucho en contestar el mensaje, con tal de no cometer el mismo error de antes y permanecer durante tantos minutos, inmóvil delante del móvil como un tonto, esperando una respuesta.

“He quedado con Rafa para ir al Razz. Te apuntas?”.

Cuando el mensaje en el WhatsApp que indica que estás en línea cambia a “escribiendo”, me invade una mezcla de relajación y nerviosismo. Creo que es la primera conversación que mantengo contigo estando sobrio, lo que supone un estado diferente en nuestra relación. Estamos hablando como dos personas normales. La voy a cagar en tres, dos, uno...

“Sí. También va a ir Sonia con otros amigos. Quedamos tu y yo antes para tomar algo?”.

Vale, lo ha dicho. Estoy a punto de cagarme encima de los nervios. Tal y como me temía vamos a quedar antes de ponernos a beber, en plan sobrio. Confiaba en poderme cobijar durante varios minutos (al menos durante el principio de la noche) entre la multitud, mientras el alcohol empezase a hacer efecto en mi simpatía, con el fin de poder volver a hablar contigo poco a

poco. Pero no me queda más remedio que seguir hacia adelante. A palo seco. Me tienes que conocer tal y como soy.

“Hecho. Nos vemos en l’Ovella Negra, a eso de las once? Sabes dónde está?”.

“Cap problema! Allí estaré ;)”.

Un smiley de guiño. Lo miro un par de veces, reconfortándome en la complicidad que esos dos estúpidos signos de puntuación me transmiten. Un smiley de guiño siempre aligera cualquier conversación por texto. Aunque te estén mandando a la mierda. Nunca falla. Y con eso, por fin, puedo respirar tranquilo. Debes de estar loca para ver algo en mí que ni yo mismo podía imaginar. Pero algo me dice que te he caído bien, lo que indica que supe disimular bien la noche anterior. En unas horas comprobaremos si es todo cierto.

Me paso el resto de la tarde delante del televisor, relajado, viendo *Drive*. La había visto en Sitges y me flipó. La vuelvo a ver, confiando en poder adquirir algo de ese magnetismo casi animal que desprende Ryan Gosling en cada uno de sus fotogramas. Aunque me temo que no soy ni la mitad de guapo, ni mis silencios resultan tan poderosamente atractivos. Al contrario, cuando me mantengo en silencio parezco un idiota que no sabe qué decir, y cuando me emborracho me convierto en un auténtico bocazas que no deja de decir tonterías. No hay punto intermedio. ¿Qué demonios te pude decir anoche como para que todavía sigas interesada en mí? Nota mental: apuntar todas las conversaciones por si necesito recuperarlas más adelante.

Cuando acaba la película, apenas me quedan treinta minutos para ducharme y arreglarme un poco. Nunca he sido muy detallista con mi imagen personal, así que no tardo mucho en estar preparado para salir. Me pongo lo de siempre: los típicos vaqueros algo desgastados y la clásica camiseta *freak* de las que a mí me gustan. Esa vez llevo la de Los Soprano que tanto me

gusta, la azul marino con el logo del Bada Bing. Aunque en general, la mayoría de gente no capta la referencia. Y a los demás directamente les importa una mierda. Pero sí, soy de esos inmaduros a los que les gusta definirse por las camisetas que llevan. Aunque resulte extraño, mi forma de vestir no forma parte del extenso listado que componen todas mis inseguridades.

Pese a que la zona del Razz está algo lejos de donde vivo, de nuevo me niego a coger el metro. Hace buena noche y la gente sigue en la calle, como a mí me gusta. Como sucedió la noche anterior, la temperatura es perfecta, con ráfagas de un agradable viento frío. Camino con calma, dándole vueltas a las primeras palabras que te podré decir, cuando llego al Passeig Lluís Companys, con el Arc de Triomf a mi izquierda y la explanada que conduce hacia la Ciutadella a mi derecha. Es una de mis zonas favoritas de Barcelona. No sólo porque allí estén situadas las mejores tiendas para el freak de hoy en día (en pocos metros cuadrados puedes encontrar Norma Còmics, Kaburi, Gigamesh o Freaks), sino por la maravillosa mezcla que ofrece entre tranquilidad y ajeteo. Antes de que caiga la noche, el paseo está poblado por familias que vienen de pasar la tarde en la Ciutadella y, con el paso de las horas, los jóvenes empiezan a caminar en dirección a Plaza de Catalunya o hacia Marina. En cambio, los domingos por la tarde, si no hay ajeteo en la zona de Arc de Triomf, esa zona parece un pueblo, el momento en que más se puede disfrutar.

A medida que voy avanzando por la calle Almogàvers, mis nervios crecen de forma exponencial. No sé si me debería haber preparado este primer encuentro. Lo que me recuerda a la vez que, estando en el colegio, llamé por teléfono a una chica que me gustaba y me apunté en un papelito varias posibles frases que decirle, con tal de no meter la pata. Contigo me podría haber actualizado y haber preparado un Power Point con el que

explicarte todos mis puntos fuertes y debilidades. Por ejemplo, puntos fuertes. Puntos fuertes. Vale, mejor empiezo por las debilidades. Ser tonto, inseguro, nervioso, a veces un poco obsesivo, algo infantil, temeroso, poco realista... De acuerdo, me lo apunto. Mejor dejar eso de lado. Nada de puntos fuertes y debilidades, esto no es un puto curso de márketing. Diremos simplemente que soy gracioso y culturalmente inquieto, que siempre queda bien, pero que en el fondo no es más que decir que me gusta ver películas y series en el sofá. Espero que eso sirva de algo. También me gusta la música. Mucho. Espero que eso también sea de ayuda. Eso ya hacen... ¿Tres cosas positivas? Mierda, eso no dice mucho en mi favor. Es todo tan patético que no puedo más que sacar un cigarro para fumármelo. Fumar. Otro punto negativo. ¿Qué coño habrás visto en mí? ¿O es que estoy viviendo una trama al estilo de *Amor a quemarropa*? Tampoco sacaré eso en la conversación. Porque en esa película Patricia Arquette es una puta y no es plan de decirte eso a la cara en nuestra primera cita.

Me estoy acercando a Marina y, como me suele pasar, llego con unos minutos de antelación. Me gusta llegar puntual a los sitios, aunque cuando es una cita que me pone nervioso, prefiero esperar unas manzanas más allá del sitio donde tengo que estar. Sentarme en un banco y hacer tiempo para aclarar mi mente y poder aparentar una cierta calma. Porque en ese momento, mi corazón no para de palpar como si estuviera montando un caballo de carreras a punto de ganar el derbi de Kentucky por un morro de diferencia. Venga, cálmate, aún te quedan unos minutos para acabar el cigarro y pensar en lo que le vas a decir a esa maravillosa chica que conociste anoche.

—¡Ahí estás! —oigo tu voz tras de mí, mientras tu mano me agarra por el hombro para girar mi cuerpo con delicadeza.

Ver de nuevo tus ojos azules, sin estar con las defensas preparadas supone todo un golpe bajo. Hasta el punto de que casi hace que se me caiga el

cigarrillo al suelo. Otra vez que está a punto de caérseme algo de la mano por tu culpa.

Voy a parar un momento para recrearme en esta imagen. La que nunca tuve y nunca pude disfrutar: verte con otra ropa, en otro ambiente, siendo otra persona, en parte diferente a la que conocí anoche y en parte la misma. La misma a la que echo de menos irremediabilmente. Pero ahora puedo detener el tiempo todo lo que quiera y recrearme al verte. Puedo hacerlo en este universo paralelo. Como si me quiero pasar toda la noche analizando todos y cada uno de los rincones que componen tu rostro. Y lo haría, lo sabes. Te miraría tan detenidamente que podría hablar de cómo se te estiran los labios cuando sonríes de esa forma que podría noquear al mismísimo Mayweather de un golpe. Podría hablar de la forma de tu cabeza, pequeña, casi redonda, perfecta. Podría hablar de tu piel, suave y delicada, que apenas se arruga cada vez que sonríes. También podría hablar de tus labios, sedosos y que invitan a besarlos una y otra vez. Podría hablar durante horas de ti, pero es el momento de darle de nuevo al botón de play y seguir escuchando tu voz, aunque para ello tengamos que escuchar también la mía.

–Sí, estaba haciendo algo de tiempo –esa es mi voz. Lo siento.

Me arrebatas el cigarro de la mano y le das varias caladas. Te lo quedas. Es todo tuyo, no me importa. Al contrario. Sigues haciendo lo mismo que cuando te conocí. Nunca rechazas un trago de cerveza ni una calada a un cigarro. Eso me encanta de ti. Compartimos vicios como lo harían dos condenados a pena de muerte. Cuando te acabas el cigarro, saco de forma instintiva el paquete del bolsillo y te ofrezco otro, mientras me llevo uno a la boca. De nuevo, lo aceptas sin rechistar. No dudas de la mala vida. Me gustas demasiado. Te enciendo con naturalidad el cigarro y nos quedamos mirándonos el uno al otro. O más bien, me atrapas en el hechizo que desprenden tus intensos ojos azules. Me pregunto si alguna vez me podré

acostumbrar a ellos y lo triste que eso sería.

–¿No me llevas a l’Ovella Negra? Te recuerdo que soy yo la que viene de fuera y tú el que debe enseñarme la ciudad –dices tras esos segundos de silencio.

Cuando nos acabamos el cigarro nos internamos en el bullicioso ambiente de la famosa cervecería barcelonesa, que queda a pocas calles de donde hemos coincidido. La mayoría de los clientes a esa hora son jóvenes que charlan animadamente, mientras beben inmensos tanques de cerveza y cubatas, tratando de emborracharse lo máximo posible antes de entrar en el Razzmatazz, donde los precios de los cubatas son bastante mayores y la calidad general del alcohol es, siendo generosos, bastante discutible. Como todavía es temprano, hay varios sitios donde podemos sentarnos algo tranquilos, alejados de la mayoría de la gente. Te dejo allí sola unos minutos, mientras me acerco a la barra a pedir dos buenas jarras de cerveza. Ya sé que no te andas con chiquitas a la hora de beber. Creo que acabo de mencionar que eso me gusta de ti. Espero no ser demasiado repetitivo.

A medida que me dirijo hacia la barra, me percató de la mirada de los chicos que se sientan en el resto de las mesas. Algunos de forma furtiva, y otros de manera más descarada, miran hacia donde estás. Me sucedió anoche, pero de nuevo me invade la gratificante sensación de estar con la chica más guapa del local. Porque, después de ver el entusiasmo con el que me has hablado, me siento bastante más seguro que hace unas horas, cuando era todo un manojo de nervios. Que se jodan y se te queden mirando, porque es lo máximo que van a conseguir. Tras una corta espera, finalmente consigo que me sirvan las cervezas y de vuelta hacia la mesa, aprovecho para lanzar una mirada triunfal a los mismos tipos que te estaban mirando como desesperados minutos atrás. No les sienta muy bien a ninguno, pero poco pueden hacer salvo quedarse con cara de malas pulgas. Cuando en tu equipo juega Messi,

los rivales saben que el partido está perdido, por mucha rabia que les dé.

Dejo la jarra ante ti y antes de que me haya sentado, le has dado un buen trago. O estás sedienta o con muchas ganas de emborracharte. O las dos cosas a la vez.

–Pensaba que no volvería a verte –digo cuando he terminado de dar mi primer trago.

–¿Y eso? –respondes sorprendida.

–Esta mañana no recordaba haberte dado mi número de móvil durante la fiesta. De hecho, recuerdo muy pocas cosas de anoche. Bueno, la parte esencial sí.

–Espero que el polvo que echamos esté dentro de esa “parte esencial” – un nuevo trago. Eres una bebedora de primera. Me gus... Vale, no me voy a repetir, lo prometo. Pero ganas no me faltan, lo aseguro.

–Sí, claro –creo que notas que me estoy ruborizando y también que eso te gusta de mí, porque sonríes al ver mi gesto. –Pero vamos, que tampoco fue mi mejor actuación. Quiero decir, que estuvo bien y eso, pero no fue la situación más cómoda para hacerlo.

–Tendremos tiempo para descubrir si lo puedes mejorar –dices con mirada pícara. Entonces, tu rostro cambia al recordar algo –¡Se nos ha olvidado brindar!

Levantamos nuestras jarras y, antes de chocarlas, me emociono al gritar.

–¡Por las segundas oportunidades!

Me miras extrañada, pues al fin y al cabo aquí no sabes lo que sucedió en realidad en la fiesta. Cómo acabó la noche y todo eso. Para ti todo esto es una ficción en este universo paralelo. Pero yo tengo la sensación de haber vivido algo contigo, algo que dejamos a medias y que me maldije cada día de mi vida por no haber podido continuar. No, aquí debo recordar que no un

hubo día siguiente. Lo demás sería demasiado confuso.

–Por nosotros –digo ahora una frase más manida y convencional, pero que da menos pistas sobre este universo.

–¿En serio? ¿Tan poco original eres? Anoche pensé que podrías ser alguien más divertido e imaginativo. Podríamos brindar... Por el tipo que pinchó esa música tan maravillosa anoche.

–¿Quién demonios era?

Apenas me escuchas y chocas con fuerza tu jarra contra la mía, haciendo que casi reviente en mil fragmentos. Tu única respuesta es sonreír de forma traviesa y seguir bebiendo. “Así que este es tu juego”, pienso. Eres desenfadada y lanzada, pero siempre manteniendo tu feminidad con una enorme seguridad. A los pocos segundos, me siento a gusto a tu lado, dejando atrás todas las dudas que me reconcomían horas atrás. Es como si realmente nos conociéramos de toda la vida. Igual que cuando te conocí en realidad.

Me explicas que has venido a Europa para viajar por varios países, que quieres estudiar nuestra cultura y nuestra historia y que eso en Venezuela resulta bastante exótico. Que por ese motivo no tienes ninguna prisa por regresar, que todo ese rollo bohemio te encanta y que en tu vida te habías propuesto hacer eso de viajar sin rumbo al menos una vez antes de morir y ya te tocaba. Que antes has estado en Francia, Alemania, Italia o en Irlanda y que, en uno de esos viajes, conociste a Sonia y que, sin planificarlo, te viniste a vivir con ella a Barcelona durante una temporada.

–¿Y cuál es tu próxima parada? –te pregunto tratando de que no se me note el miedo que me produce la posibilidad de dejar de verte. El temor a que me contestes que te vas a ir en unos días.

–¿Me estás dando la patada? ¿Tan pronto? –me contestas con gesto serio. Sí, se nota mucho que me lo dices de broma, pero yo en esa situación no estoy para coñas. Estoy tan nervioso que te habría creído incluso si me

hubieses dicho que eres una asesina en serie que devora a sus víctimas cocinándolas con dos ramitas de canela y una pizca de sal. Sí, también sé que estoy actuando de forma un poco estúpida y que puede ser que me esté enamorando de ti y todo eso. Pero todos esos son pensamientos a muy largo plazo que debo dejar aparcados durante unas horas.

–No, sólo quería decir que...

–Qué lindo. Te ruborizas enseguida –me dices mientras me acaricias la mano con ternura infantil. –¿Piensas que soy una chica fácil?

–¿Y tú piensas que soy normalmente tan tonto cuando hablo con una chica?

–¿Tengo que contestar a eso?

–Mira, sé que puede resultar un poco extraño de primeras, pero estoy deseando conocerte. Mucho más de lo que hicimos anoche. Y muchísimo más de lo que hicimos la noche en que realmente te conocí. Quiero saber qué cosas te gustan, a qué le tienes miedo, cuál es el recuerdo favorito de tu infancia, cómo te llevas con tu familia, la ropa de tu armario que te hace más feliz cuando la llevas puesta, la forma que tienes de despertarte por las mañanas, si te gusta que la gente sea puntual, cuál es tu libro favorito, tu canción favorita, cuántos amigos tienes en verdad en tu vida, la tontería más grande que te han dicho nunca y las cosas que te gustaría que te susurraran al oído cuando estás triste sin ningún motivo. Necesito que me digas la verdad. Que seas la lo más fiel posible a la Lorena que nunca llegaré a conocer. Necesito que me ayudes para que este universo sea lo más real posible. ¿Puedo contar contigo?

Me miras extrañada tras escuchar mi monólogo. Entre asustada y perpleja. Echamos un fugaz vistazo a nuestro alrededor y todo el mundo parece expectante en el resto de mesas. La música se ha detenido y se ha producido un silencio sepulcral en el ambiente. Todos nos miran a nosotros,

esperando a poder continuar con sus vidas. Tú sigues algo confusa con la situación, no esperabas tanta sinceridad y mucho menos que ese momento pudiera resultar tan relevante.

–Sí. Por supuesto. Yo también estoy deseando conocerte –me contestas de forma sincera, haciendo que el resto de clientes suspiren aliviados. El plan sale según lo previsto. La música regresa contundente, al igual que el ambiente típico de un sábado por la noche en l’Ovella Negra.

Te gusta viajar, leer y ver antiguas películas en blanco y negro.

Le tienes miedo a las arañas, a que tus padres contraigan una enfermedad grave y a morir ahogada sin que nadie se acuerde de ti.

Tu recuerdo favorito de pequeña fue un día que fuiste con tu padre a una aburrida visita al dentista. Antes de llegar a la consulta, se puso a llover a cántaros y el coche se os estropeó en mitad de la carretera. Os quedaban apenas dos kilómetros para llegar y tu padre decidió que fuerais andando. Los dos os calasteis hasta los huesos, pero a medida que avanzabais, él empezó a correr en otra dirección, de forma espontánea. Tú le seguiste, mientras te dabas cuenta de que no podías dejar de reírte. Os habíais vuelto locos, emocionados por la lluvia. Corristeis hacia un bosque cercano, donde seguisteis corriendo sin parar. Pasasteis el resto de la tarde jugando bajo la lluvia, sin acordaros la visita al dentista ni ninguna otra cosa. Tan sólo importaba la sensación de estar en ese bosque perdido, bajo la lluvia, disfrutando del hecho de estar vivos. Es también el último recuerdo que tienes de tu padre antes de que falleciera tras un accidente de coche. Y no lo quieres perder bajo ningún concepto.

Amas a toda tu familia, pero en especial a tu abuela Rosa. Estar abrazada a ella es lo más parecido a la felicidad que puedes experimentar en este mundo. La abrazas con fuerza, para que no se te escape. Para que no te la quiten de las manos.

Eres feliz cuando te pones un viejo vestido de color verde turquesa que conservas desde hace años. No sólo te hace sentir especialmente guapa (me apunto mentalmente que te quiero ver con ese vestido puesto), sino que cuando te miras al espejo, te hace recordar a la niña que fuiste. La que sigues siendo. La que nunca volverá.

Por las mañanas te despiertas seria, desorientada y cansada. Necesitas siempre unos minutos para aceptar que alguien te dirija la palabra. El tiempo suficiente para reconciliarte con la vida, después de haberte arrebatado de la dulce caricia de las sábanas contra tu cuerpo menudo.

No te importa que la gente sea impuntual. A veces incluso lo agradeces, porque prefieres que la gente sea espontánea y divertida. Que no tenga miedo a ser quien es, pase lo que pase. Que no tenga miedo a cagarlas las veces que sea necesario. Que no tenga miedo a decir lo que siente, por mucho que duela.

Tu novela favorita es *Rayuela*, de Julio Cortázar. Aunque tampoco le haces ascos a *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. Te gustan los autores latinoamericanos que hablan sobre personas que sufren y tienen vidas atormentadas en un mundo mágico. Odias las novelas de terror, porque no entiendes que alguien quiera pasarlo mal en la vida leyendo cosas desagradables.

Si tuvieras que elegir una canción, tarea siempre compleja, elegirías “I Heard You Looking” de Yo La Tengo, porque sus tristes acordes y su final guitarrero te hace sentirte melancólica y animada al mismo tiempo. Porque te encanta tararearla cuando estás en la ducha. Porque te hace sentir más segura. Y porque te recuerda a tu primer novio, cuando os dabais el lote al salir del instituto.

Tienes muchos amigos, y en cada país en el que estás haces muchos más. Pero en el fondo de tu corazón sabes que sólo puedes contar con dos que

son las más especiales. Las dos viven en Venezuela y no siempre hablas con ellas. Pero sabes que estarán a tu lado cuando te rompan el corazón o cuando estés sufriendo. No quieres perderlas nunca, porque te ayudan a definirte como persona. A ser quien eres. Aunque te gustaría decirles más a menudo lo mucho que las quieres.

La tontería más grande que te han dicho en tu vida te la reservas para mí. Porque sabes que no me puedo contener cuando estoy a tu lado y diré algo que te haga sonreír. Por muy absurdo y loco que sea. Por mucho que meta la pata.

Y cuando estás triste de verdad, no quieres que te susurren nada al oído. Sólo quieres que te abracen en silencio y echarte a dormir, confiando en que llegue el nuevo día y borre todos los recuerdos negativos.

—Creo que eso es todo —me dices, con gesto cansado. Después, miras el reloj y nos damos cuenta de que se nos ha hecho tarde. En ese momento tres enormes jarras reposan sobre la mesa, todas vaciadas en nuestras gargantas motivo por el que nos cuesta avanzar en línea recta al salir del local. Por suerte, estamos a pocos metros de la entrada del Razz, con lo que andamos sin prisas, mirando a todos los jóvenes modernos que se están empezando a aproximar a los alrededores de la conocida discoteca. A esas horas se ha formado bastante cola a las puertas. Por suerte, unas manos salvadoras sobresalen del grupo de gente y hacen aspavientos en nuestra dirección.

—¡Parejita! ¡Estamos aquí!

Enseguida reconozco a Rafa, que nos saluda sonriente junto a Sonia. Los dos nos miran con gesto condescendiente, casi de forma paternal (“míralos, qué monos que se les ve a los dos juntos”, parece que piensen). Nos acercamos a ellos y notamos un rumor de quejas a nuestro alrededor, algo desesperados porque la cola avanza con mucha lentitud a esas horas. La gente va algo achispada y tiene ganas de bailar y seguir bebiendo. De lo que

menos tienen ganas es de pasar frío en la calle. A nuestro lado, está el edificio de aspecto industrial que es el Razzmatazz, centro de la música alternativa pop, rock y electrónica de la ciudad, donde la mayoría de jóvenes más modernos vienen a mover el esqueleto espoleados por las apasionantes mezclas del DJ Amable. Es un local que en cierta medida (y salvando las diferencias) recuerda a la filosofía de The Hacienda, el famoso club nocturno de Manchester que revolucionó las pistas de baile. Ahora no hay tanta sensación de cambio social en el entorno ni nada de eso, pero el ambiente es siempre festivo y emocionante.

Como si estuviéramos algo avergonzados de que nos hayan pillado, me coloco junto a Rafa y Lorena se sitúa con Sonia. Nos presentan a algunos de los amigos de Sonia, pero apenas presto atención a lo que dice. La mayoría de sus caras me son vagamente familiares de la noche anterior, pero me resulta imposible asociar cada una a un nombre. Además, yo sólo quiero hablar con Rafa y explicarle todo lo que me sucedió anoche. Al fin y al cabo, en este universo no compartimos esas amistosas rayas de cocaína en el aseo. No. Aquí hice otra cosa bastante más divertida en ese mismo aseo.

—Todavía no sé quién demonios le ha dado mi móvil a Lorena —le digo extrañado. Aún no hemos recuperado esa gran confianza que teníamos después de que volviera de sus viajes por Europa. No aquí.

—No sé. Puede que tu imaginación tenga un límite.

—¿Perdona?

—Que no le des tantas vueltas a eso. Ella tiene tu número y se ha puesto en contacto contigo. Eso es lo único que importa.

—Sí. Supongo —le contesto mientras, sin querer, me quedo absorto mirando cómo Lorena charla con Sonia. Normal que me haya fijado en ella. No deja nunca de sonreír a todo el mundo sin dejar de ser absolutamente preciosa. Está claro que es alguien especial. Entonces, me mira de reojo y

creo que me voy a desmayar en cualquier momento. Me agarro a Rafa que se me queda mirando como si estuviera loco.

–Vamos, avanza, que ya entramos –me dice extrañado. Lo noto algo serio conmigo, pero en ese momento tampoco me importa mucho pues únicamente tengo ojos para ti. Los dos.

Todo lo que me rodea desaparece cuando, tras pagar la entrada, me siento sumergido por completo en la tormenta musical que se ha desatado en el interior del Razzmatazz, con los pegadizos y bailables acordes de “Young Blood” de The Naked And Famous sonando a todo volumen. La gente baila extasiada a mi alrededor, con los ojos cerrados, como si estuvieran en otra galaxia gracias a las drogas y a la emoción del momento. No puedo evitar unirme a todo ellos. El alcohol me ha desinhibido, haciendo que empiece a dar botes como un loco. Por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente feliz y relajado, sabiendo que estás a mi lado. Aquí, en este lugar. Disfrutando la misma música. Compartiendo ese momento que con cada segundo que pasa se nos va escurriendo de las manos. Como nos pasó esa noche, en la fiesta de verdad.

Abro los ojos y te veo delante de mí, preciosa. Sonriendo a un tipo tan tonto y vulgar como soy yo. Te has quitado la chaqueta vaquera descubriendo un top negro de tirantes que te queda de maravilla.

Me siento desatado. Me da igual todo lo que puedas pensar de mí, porque sorprendentemente, sé que te gusto.

–¡The bittersweet between my teeth... Trying to find the in-betweens.... Fall back in love eventually... Yeah Yeah Yeah Yeah! – cantamos al unísono, como si nos fuera la vida en ello. Como si se hubiera apoderado de nosotros una deliciosa locura temporal.

Cuando acaba la canción encadena con “Need You Now” de Cut Copy cortesía del omnipresente DJ Amable. Te miro a los ojos, emocionado por

poder estar viviendo ese momento a tu lado. Pero apenas puedo decir nada, pues enseguida nos sumergimos en un beso intenso. Eterno. Te abrazo con fuerza, tratando de evitar que te puedas escapar de mi lado. Te atrapo con mis labios, mientras a nuestro alrededor la gente no deja de bailar al ritmo de la música, envolviéndonos con ternura.

00:00

–¡Te voy a hacer bailar toda la noche! –cantábamos Rafa y yo al unísono, siguiendo los compases de “Toro”, la canción de El columpio asesino que alguien había pinchado como si nos hubiera leído la mente minutos antes. O como si hubiera apreciado la cara de drogados que llevábamos en ese momento.

Lo estábamos dando todo en la pista de baile, como solíamos hacer en los viejos tiempos. No nos importaba la gente que había a nuestro alrededor, mirándonos con gesto torcido, molestos por nuestros impertinentes brincos y exageradas demostraciones de camaradería. Me imagino que, por alguna casualidad, me hubieses podido ver en ese momento, mucho antes de conocerme en persona. Que pasaste a nuestro lado sin que me percatara de tu presencia y nos mirabas con una cara entre impresionada y sorprendida, como el resto de invitados que nos rodeaban. Porque cuando Rafa y yo nos desmelenamos, perdemos un poco el norte, para qué engañarnos.

–No tengo ni idea de quién está pinchando, pero lo hace de puta madre –le grité a Rafa al oído, para que me pudiera escuchar. Estábamos situados lo más cerca posible de los altavoces. Aunque no eran excesivamente grandes, la música se escuchaba a buen volumen por todo el salón, lo que me llevó a pensar que no tardaría mucho en subir alguno de los vecinos a pedirnos que bajáramos la música. Aunque también era probable que la mayoría de ellos estuvieran en la fiesta en esos momentos. Quien hubiese organizado aquella

fiesta, lo había hecho de puta madre, porque medio Raval debía estar allí. Y encima estaban pinchando una música de cojones, como en ese momento, que había empezado a sonar “If I Ever Feel Better” de Phoenix, lo que me hizo acordarme de *Lost in Translation*, una de mis películas favoritas.

–Recuérdame que te tengo que presentar a la amiga de Sonia –me dijo Rafa exhausto, con la voz cada vez más cansada por los brincos que estábamos dando. Un hilillo de sudor se empezó a deslizar por su frente en dirección a sus cejas.

–¿A qué viene tanta insistencia? ¿Está buena? –le dije divertido.

–Es una amiga que Sonia hizo en un viaje. Una venezolana, creo. Y bueno, estaba sola en la fiesta y ella ha pensado que tiene que conocer a gente antes de volverse a su país. Y sí, por lo que he visto está para mojar pan – Rafa remarcó el ‘mojar’ con la voz exageradamente grave, consiguiendo que la curiosidad me invadiera.

–Vale, si insistes creo que...

La canción se terminó en ese momento y se escucharon las voces de unos niños alegres. Rafa y yo nos miramos, apenas una milésima de segundo antes de que nuestros cuerpos estuviesen a punto de saltar como locos. Fue algo instantáneo, pues los dos reconocimos casi en el mismo microsegundo los acordes de “Kids”, de MGMT. Una canción con la que habíamos bailado mucho. Con la que habíamos vivido infinidad de cosas juntos.

Nos emocionamos demasiado en aquel momento. Hasta el punto de que empujamos fácilmente a diez personas entre los dos, de forma casi simultánea. No nos importaba nada, tan sólo ir borrachos, dar brincos sin parar y disfrutar de la canción y de la fiesta. El brazo de Rafa impactó con fuerza en el rostro de una chica que bailaba a su lado, provocando que cayera sobre una mesita con estrépito. La gente se nos quedó mirando con un cierto desprecio, mientras nosotros apenas podíamos contener las risas. Pese a ello,

nos acercamos a ella, para comprobar si se encontraba bien tras el golpe. Que fuéramos unos idiotas no quería decir que también fuéramos unos cretinos.

Pero antes de que llegásemos a donde estaba la chica, recibí un fuerte empujón por la espalda, que me hizo caer al suelo de cara. Un intenso dolor se apoderó de mi pómulo, mientras sentía que los labios se me empapaban. En aquel momento pensé que había caído sobre algún cubata, pero a los pocos segundos me palpé los labios y al mirar mis dedos, vi que estaban manchados del rojo de mi sangre.

Apenas me percaté de que a mis espaldas Rafa estuvo a punto de llegar a las manos con el tipo que me había empujado. Creo que me dijo más tarde que había sido el novio de la chica, pero que por algún motivo se había pensado que fui yo el responsable de todo el follón. Tras varios empujones y palabras subidas de tono, Rafa me levantó como pudo y me sacó de allí para evitar más incidentes. Ya habíamos hecho bastante el ridículo por unas horas. Por suerte, tú no estabas por esa zona en ese momento, porque si me hubieses visto en ese momento las cosas habrían sido muy distintas entre nosotros.

Rafa me llevó hasta la cocina, donde una pareja subida en la encimera se enrollaba con pasión. Apenas nos hicieron caso en todo el tiempo que estuvimos allí. Rafa cogió un rollo de papel de cocina, con el que me limpió la sangre de la cara y de la nariz. Pese a que no era una gran herida, la sangre siempre hacía que adquiriera ese matiz exagerado que hace que todo parezca mucho más dramático de lo que es en realidad. Pero eso no iba con Rafa quien, después de tirar los papeles ensangrentados a una papelera cercana, sacó de nuevo el pollo de cocaína que llevaba en el bolsillo.

–Ahora que te ha sangrado la napa, no te queda nada que perder, ¿no?
–me dijo con una sonrisa malévol.

–¿Es grave? –le pregunté con cierta preocupación palpándome la nariz. Hacía años que no me dejaba llevar tanto por la situación y había perdido la

costumbre de actuar sin pensar en las consecuencias.

–Tranquilo. Te ha sangrado sólo por uno de los agujeros. Y por suerte tienes dos. Esnifa por el otro. Qué coño importa. Con esta mierda se te pasará el dolor.

–Pero si no me duele.

–Será cretino el tipo –dijo Rafa sin hacerme caso y mirándome los restos de sangre seca bajo mi nariz. –Te ha dejado hecho un estropicio.

Mientras hablaba, volcó con parsimonia parte de la cocaína directamente en la encimera, después de comprobar que estuviera bien seca para que la droga no se echara a perder.

–Creo que su novia está peor.

–Gilipollas –dijo Rafa antes de colocarse el rulo en la nariz y agacharse para esnifar la raya que había preparado. –Otra de las que hacen sombra, para el herido.

En efecto, vi que sobre la encimera reposaba una raya de un considerable grosor, que me esnifé sin dudarlo. En cuanto levanté la cabeza, vi que Rafa me extendía con seguridad otra cerveza. A esas alturas había perdido la cuenta de todas las que había bebido, pero todavía no recibía ninguna queja de mi estómago, lo que era buena señal. Poco a poco, el recuerdo de lo sucedido en el salón fue quedando aparcado en mi cabeza, gracias a la combinación de alcohol y cocaína.

–Cuando te volví a ver, no he podido quitarme la idea de que he estado perdiendo el tiempo todos estos años –le dije a Rafa después de dar un largo trago a la cerveza. De vez en cuando echaba miradas furtivas a la pareja, que a nuestro lado entrelazaban sus lenguas sin pudor.

–No seas idiota. Tienes un curro decente y has acabado una carrera, ¿qué más puedes querer?

–No lo sé, tío. Creo que es toda esa mierda que nos han vendido desde

que éramos pequeños. He cumplido los treinta y tengo la sensación de que no he hecho nada de provecho en la vida. Absolutamente nada. A veces me da por pensar que nos han educado con la idea de ser buenas personas, de portarnos bien con los demás, de ser respetuosos y no ansiar nada que no es nuestro. De ser humildes, pero sin pasarnos. Pero a la vez de querer conseguirlo todo y ser ambiciosos. De que tarde o temprano, sin que nadie haga nada, las cosas se solucionarán por algún estúpido giro del destino.

–Putas películas de Disney.

–Lo que te quiero decir, es que creo que no he vivido mi vida. Que he tenido siempre unos grilletes que me han impedido ser quien realmente soy. Que no me han dejado darlo todo de mí.

–Pero he vuelto, capullo. Vamos a recuperar todo el tiempo que hemos perdido. Y esa nueva vida empieza en cuanto te acabes esa maldita cerveza, esta misma noche. Tenemos todo el maldito tiempo del mundo para hacer lo que nos venga en gana. Podemos ir al Primavera, al Sónar, al jodido Benicàssim con todos esos guiris con la piel de gamba. Y lo mejor de todo es que nos queda todavía toda esta noche por delante. No me seas llorona.

–Putas películas de Disney –le contesté.

–Venga, te voy a presentar a la amiga de Sonia.

Qué distinto habría sido todo si, cuando encontramos a Sonia en el salón, hubieras estado con ella. Sin embargo, Sonia sonrió a Rafa al verle y le dio un apasionado beso en la boca, tras lo cual me dijeron que Lorena había salido un momento a comprar algo de tabaco. Podría haber salido en ese momento para buscarte, para haberme presentado por mi cuenta. Pero, francamente, ni siquiera lo pensé. Únicamente aproveché para encenderme un cigarro y apoyarme en una de las paredes, disfrutando de la música y viendo cómo Rafa se enrollaba con Sonia como si fueran dos adolescentes que acababan de conocerse.

–¡El famoso amigo de Rafa! –la voz provenía de detrás de mí y, antes de que me pudiera dar cuenta, un tipo de amplia espalda y sonrisa seductora me estaba dando la mano con fuerza.

–Perdona, ¿nos conocemos?

–No creo. Soy Marcos, un amigo de Sonia y nos lleva dando la tabarra toda la noche contigo. Parece que está bastante colgada por tu amigo –me dijo señalando a la pareja. Rafa apenas tenía ojos para nada de lo que estuviese sucediendo a su alrededor.

Hasta ahora no me he dado cuenta de que muchas de las cosas que sucedieron esa noche fueron como una de carrera de obstáculos que me impedían una y otra vez llegar hasta ti. En ese sentido, Marcos fue, con creces, uno de los retos más complicados que tuve que superar. Con Rafa sobando sin parar a Sonia, Marcos me enganchó por el brazo y me empezó a soltar todo un rollo sobre su trabajo, sus amigos y su carrera. Creo recordar que era químico o algo similar, pero apenas lo recuerdo. Sus palabras se confundían de forma atropellada en mi cabeza, sin que supiera cómo me lo podía quitar de encima. Ya no sabía qué postura adoptar para no caerme al suelo del aburrimiento. Le miraba fijamente con la impresión de que tarde o temprano desfallecería, ahogado por el torrente verbal al que estaba siendo sometiendo. A eso, debería añadirle mi incapacidad casi patológica para comunicarme con desconocidos que se abalanzan sobre mí con esas confianzas, lo que dio como resultado una auténtica pájara emocional.

Cuantos más minutos pasaban, más sentía que estaba desperdiciando el tiempo. El sueño se iba apoderando de mí a un ritmo endiablado, lo que me recordaba cada vez más lo pronto que me había despertado esa mañana para ir al trabajo. Por otra parte, el efecto de la cocaína se iba desvaneciendo y hubo un momento en que perdí a Rafa por completo de vista. ¡Mierda! ¿Y si me había vuelto a dejar tirado? La próxima vez que le viera le pediría

descaradamente que me pasara la mitad del pollo, para que así pudiera llevarla yo a mano y poderme pegar un tiritito en el aseo, que tan bien me habría venido. No quería más sorpresas como esa. Pero con cada minuto que pasaba, mis párpados se iban cerrando cada vez más. Apenas podía escuchar la música y, en general, mi cuerpo se iba sintiendo más y más fatigado.

Es cierto que muchas veces pienso qué pude haber hecho para mejorar esa noche, para estar contigo el mayor tiempo posible. Pero otras veces, también me doy cuenta de lo cerca que estuvo la posibilidad de haberme marchado sin que nada de todo eso hubiera sucedido. El riesgo terrible de no haberte conocido. Vale, reconozco que pudo haber sido todo mucho mejor. Muchísimo. Pero también pudo haber sido peor. Pudo incluso no haber sucedido nada de todo eso. Aunque, pensándolo bien, ¿qué es lo mejor? ¿Haber vivido un recuerdo maravilloso que se va a quedar para siempre en tu memoria y que no vas a poder cambiar? ¿O no haber vivido nada en absoluto, pero vivir más tranquilo, sin la sensación continua de querer volver al pasado, de temer continuamente perder tus recuerdos más valiosos? Ya os digo yo lo que concluí tras varios meses, por si os interesa. Creo que necesitamos recuerdos maravillosos, por mucho que nos duela no poder revivirlos, porque lo peor es haber vivido una vida plana y sin nada a lo que aferrarse. Así, dicho de carrerilla suena fácil e incluso obvio, pero os aseguro que me ha llevado mucho tiempo poderlo aceptar.

–Disculpa, pero creo que me voy a ir a casa –le dije finalmente a Marcos, prácticamente derrotado por su monólogo.

–Cómo, ¿tan pronto? –me contestó sorprendido.

–Sí, bueno. Me he despertado esta mañana bastante temprano para ir a trabajar y estoy molido –una mentira a medias siempre funciona mejor que una mentira completa. Eso está comprobado. Me quería ir porque este tipo me estaba dando la brasa y porque mi amigo me había dejado tirado.

“Pesado, que eres un pesado”, le dije con la mirada tratando de que no lo advirtiera.

Me levanté con ciertas prisas de aquel sofá, dejando a Marcos con cara de confundido. Miré a mi alrededor y solo pude ver caras desconocidas que charlaban de forma animada formando corrillos impermeables, a los que no podía acercarme. Desde ese sitio, pude ver de nuevo a Rafa cómo se enrollaba cada vez de forma más apasionada con Sonia. Ahí es cuando tuve la impresión nuevamente de que la fiesta se había acabado para mí. Nuestros amigos hacía tiempo que se habían largado y yo estaba allí solo cada vez más deprimido y desubicado. No sabía si era algo motivo por el bajón que produce la cocaína, pero empecé a sumergirme lentamente en un pozo de desánimo que me hizo abandonar mi cerveza sin acabar sobre una mesa.

El frío de la noche me sacudió con fuerza nada más salir a la calle. Pero, debido a la borrachera que llevaba en esos momentos, apenas le di importancia. Siempre me han pasado cosas así y por eso siempre me han considerado un poco el raro del grupo. Cuanto más borracho me pongo, más me da por actuar con extremos. O bien me pongo a hablar con todo el mundo que pasa, o bien me vuelvo introspectivo y meditabundo y me largo a dar una vuelta. El alcohol me hace ser a veces bastante impredecible.

Los pensamientos desordenados e irracionales cobran una misteriosa forma en esos momentos. Como si pudieras ver con claridad la dirección que debe tomar tu vida, en base a absurdas decisiones basadas en un exceso de emotividad y desconexión con la realidad. Ese ha sido el típico momento en que he enviado mensajes de móvil a todas mis ex (dicho así parece que sean muchas, pero lo cierto es que las podríamos contar con los dedos de una mano y aun así me sobrarían dedos), el momento de romper fotos importantes que luego no he podido recuperar (sí, porque hubo un momento en que si rompías una foto, muchas veces no se podía recuperar, especialmente si

estaba hecha con una cámara que no era tuya), el momento de hacer llamadas a gente que echaba de menos (y que por su tono de voz no sentían lo mismo por mí, mucho menos a esas horas) o el momento de sentarme en un banco y simplemente ver cómo pasaba la gente a mi lado.

Estuve a punto de hacer una locura y llamar a Silvia. Decirle lo bien que me lo estaba pasando esa noche y que la echaba de menos o alguna tontería de esas. Pero por suerte, cuando vi su rostro en la agenda de mi móvil, algo me hizo cambiar de opinión y preferí sentarme en un banco en la Rambla del Raval, para que se me pasara un poco la borrachera antes de regresar a casa. Desde allí vi cómo grupos de jóvenes se movían de un lado para otro. Unos iban a alguna parte, otros venían de esa misma parte y se dirigían hacia otro lugar, cruzándose entre ellos sin apenas mirarse. Todos ellos mostraban el fulgor de una noche cargada aún de posibilidades que brillaba con intensidad en sus ojos. Miré el reloj y vi que todavía no era ni la una de la madrugada. Hacía años, habría salido de casa a esa hora, y ahora estaba pensando en volver, como un anciano. Tenía la sensación de que nada de eso iba conmigo, pese al regreso de Rafa.

El móvil me vibró en el bolsillo. Con cierto cansancio, miré la pantalla. Una alerta de WhatsApp me indicaba que Rafa me había enviado un mensaje.

“Dónde cojones te has metido, desgraciado? Vente cagando leches que tengo un par de amigas que te quiero presentar.”

Vaya, ¿un par de amigas? ¿No era únicamente la venezolana?

Tras eso, recibí una foto que Rafa había tomado en el aseo en el que simplemente se podían ver dos rayas de cocaína sobre su cartera.

“Espérame, capullo. Voy para allá”.

Pudimos haber ido al Primavera Sound...

“Te vienes al Primavera?”.

Recibo tu mensaje en mitad de una reunión de trabajo. Una de esas tan aburridas que algún genio ha decidido poner media hora antes de la comida tan solo para fastidiar. Por eso miro el móvil a escondidas al notar cómo vibra en mi bolsillo y descubro tu mensaje. Espero que no me hayan visto sonreír cuando lo he leído, pues me podría caer una buena bronca. Por desgracia tengo un trabajo serio rodeado de gente seria. Así que prefiero guardarme de nuevo el móvil y contestarte cuando haya acabado, algo que espero no sea dentro de mucho tiempo.

Hace algunos días que no hemos vuelto a hablar y yo tampoco he querido insistirte, con lo que no hay prisa en contestar tu mensaje. Junto a Sonia y sus amigas has estado de viaje unos días por la zona de Girona hasta llegar al Pirineo y, después de que volvieras, nos hemos visto de forma esporádica para tomar algo y follar. De acuerdo, por fin pudimos echar un polvo medianamente decente. Mucho mejor que el primero, en los aseos durante la fiesta. De hecho, la misma noche en la que salimos por el Razzmatazz, estuvimos en mi casa, haciéndolo hasta que amaneció, momento en que nos quedamos profundamente dormidos, sin ninguna preocupación que nos agobiara. Estábamos aliviados, sudorosos y felices.

Ahora que estamos medio saliendo me encuentro más relajado, aunque he aprendido a aceptar que Sonia es tu prioridad. Por ese motivo no quiero agobiarte más de la cuenta y prefiero dejarte disfrutar sin complicaciones. Pese a ello, en el fondo, la situación me molesta un poco. Como esto del Primavera, pues pienso que me podrías haber avisado con más tiempo. De acuerdo que vas tomando las decisiones sobre la marcha, pero el festival comienza el jueves y estamos a miércoles. Tendré que pedir dos días libres en el trabajo de forma algo precipitada, lo que no me entusiasma demasiado pues no está la cosa como para pedir muchos favores. Además, está el tema

de comprar el abono tan tarde, que es cuando más caro está.

Pero, por otra parte, siempre he deseado ir al Primavera Sound. Por desgracia, nunca he conocido en todos estos años a nadie de mi entorno que fuera conmigo y la idea de ir yo solo me ha dado una pereza más que tremenda. Era una excusa perfecta para no terminar de animarme. Ni siquiera pude convencer a Rafa pese a que lo intenté durante un par de años, antes de que se fuera de viaje por Europa.

Tengo una sensación agri dulce. Por un lado estoy contento de poder ir contigo al Primavera, pero por el otro me siento como un añadido, como si de alguna forma te sintieras con la obligación de invitarme. No sé si me invitas porque realmente quieres o por no sentirte mal por habérmelo dicho. Es el típico momento en una relación en la que no sabes hasta qué punto estamos unidos, hasta qué punto debes informar a la otra persona de cada uno de tus movimientos. Podríamos ser un rollo ocasional que olvidarás en cuanto regreses a Venezuela, o algo más importante. Todo se empieza a decidir durante estos días de incertidumbre, pese a que yo tengo muy claro que quiero estar a tu lado durante más tiempo. Conocerme aún más de lo que he hecho y dejar que entres en mi vida. Pero, por otra parte, tampoco quiero agobiarte, darte la sensación de que estoy encima de ti con cada cosa que haces o dejas de hacer. Es todo bastante más complicado de lo que habría imaginado en un principio.

Cuando acabo la reunión, te contesto lo más rápido que puedo al mensaje, más nervioso que antes. Te digo que me parece un plan perfecto y que te recogeré al día siguiente para acercarnos al Parc del Fòrum los dos juntos. Pero tu respuesta me deja algo confuso, pues me dices que no hará falta, porque tú vas a ir con Sonia y con su grupo de amigos. Que nos veremos allí si eso.

“¡Mierda!”, pienso algo nervioso.

Grupo de amigos incluye otros chicos. No sé cómo he sido tan tonto como para no pensarlo. Puede que te fueras con alguno de ellos por Girona. Puede que salierais de marcha por la noche. Puede que... Mejor dejo de darle vueltas no sea que me empiece a poner realmente nervioso.

Le escribo a Rafa, pues me extraña que no me haya dicho nada, sabiendo que Sonia va estar allí. Puede que conmigo no se animara a ir al Primavera, pero estando su nueva novia de por medio me parecía francamente extraño que no se apuntara, o que no me hubiera dicho nada.

“Voy al Primavera con Lorena y Sonia. Te apuntas?”.

La contestación de Rafa tarda unos minutos en llegar y me pilla concentrado en un aburrido y monótono Excel que debo completar antes de salir del trabajo. Por suerte, no tengo mucho trabajo esos días, así que finalmente me han dado los dos días de vacaciones que les he pedido, aunque no me hayan puesto muy buena cara. Que les den.

“No. Ya no estoy saliendo con Sonia. Es una zorra, ten cuidado”. Releo el mensaje varias veces, sin dar crédito a sus palabras. Estas cosas no se pueden explicar de esta forma tan fría, con lo que decido llamarle.

–¿Qué ha pasado? –le pregunto en cuanto escucho su voz al otro lado de la línea.

–Lo siento, tío. No me apetece mucho hablar del tema. Me he enterado de que se ha liado con otro pavo del grupito y solo quiero que le den por el culo. A los dos.

–Pero aun así puedes venir conmigo. No les hagas caso a ellos y punto –le comento algo nervioso, tratando de convencerle.

–No tengo ganas de ver a ninguno de esos tipos. Sabes bien cómo se lo montan en esos grupos que van de liberales. Son un poco frívolos con las drogas, las relaciones y esas mierdas. Paso de meterme en líos y tú deberías hacer lo mismo. Esas pavas son un poco putas, qué quieres que te diga.

–Tranquilo, Rafa. No hables así de Lorena –le contesto mientras noto que estoy empezando a perder los nervios. Al fin y al cabo, aquí Rafa y yo no recuperamos nuestra casi olvidada amistad. Aquí no compartimos esa noche de fiesta.

–Hablo de ella como me da la gana. Sólo te estoy avisando de lo que te puede pasar con esa gente. Luego no me vengas llorando, que nos conocemos.

–Tranquilo, que no te volveré a dar el coñazo –he perdido finalmente los nervios por culpa del tono dejado y condescendiente de quien antes era mi amigo. Se producen unos segundos de silencio al otro lado de la línea, durante los cuales noto que Rafa está tratando de calmarse. Con esa actitud no vamos a ningún lado.

–He decidido volver a viajar durante unos meses. No estoy cómodo en Barcelona. Me encuentro fuera de lugar, porque las cosas no son como antes –¡Bingo! Por fin dice las cosas como son. Desde que llegó, Rafa se había comportado como un alma errante, vagando de encuentro en encuentro, de un lado para otro.

–Joder, tío. Si crees que es lo mejor...

–Sí. Es lo mejor –y sin decir nada más, me cuelga.

Al día siguiente, llego bien pronto al recinto del Parc del Fòrum, para poder cambiar la entrada por la pulsera sin problema. En internet había leído la noche anterior que se pueden producir enormes colas, algo que me pone especialmente nervioso. El sol pega fuerte en la explanada de entrada, pero por suerte a esas horas no debo esperar mucho para entrar. No tardo mucho en enviarte un mensaje por WhatsApp, pues en ningún momento me has dicho a qué hora tienes pensado estar allí.

“Estoy dentro. A qué hora nos vemos? Dónde?”.

Aprovecho la espera para pedirme una cerveza y esperar sentado en una

de las decenas de sillas de plástico con publicidad de San Miguel que pueblan la zona acondicionada para las comidas, entre el escenario San Miguel y el Ray Ban. Allí no pega tanto sol gracias a una enorme carpa que lo cubre y me puedo fumar un cigarro tranquilamente, mientras algunas corrientes de aire enfrían mi acalorada piel. No dejo de mirar el móvil, colocado de forma estratégica sobre la mesa de plástico para facilitar la tarea. Pero sigue todo igual, sin que des señales de vida. Creo que es absurdo estar perdiendo más el tiempo, pues escucho que los conciertos han empezado hace bastante rato, así que me pongo en movimiento.

Estoy viendo algunos de los primeros conciertos entre el escenario Ray Ban y el Pitchfork, pero apenas presto atención a ninguno de los grupos. Tengo la cabeza en otro sitio y mi mirada se escapa a la pantalla del móvil. Puede que haya llegado demasiado pronto al festival, o que no tengas encendido aún el tuyo, o simplemente que esperes a contestarme cuando llegues al Fòrum. Pero a medida que avanza la tarde y el sol empieza a caer, me doy cuenta de que la señal de telefonía desfallece por momentos. Como si de una cuenta atrás se tratara, te envíó un nuevo mensaje desesperado, por si acaso ha habido algún problema con el anterior. Me cito contigo a las once de la noche, en la máquina de tabaco que hay detrás del escenario San Miguel. Me parece mejor quedar a esa hora, por si acaso no has pensado venir antes.

Cuando el señor Chinarro empieza a tocar los primeros acordes de “Una llamada a la acción” me doy cuenta de que apenas tengo cobertura. Mierda. Puede que sea por la cantidad de gente que hay a esas horas en el Parc del Fòrum. Por mucho que mueva el móvil como un demente por el aire, las malditas barritas no terminan de procrearse. Miro de nuevo el WhatsApp para confirmar que has recibido mi último mensaje. Pero sigue apareciendo una única indicación verde, en lugar de las dos que me harían saber que te ha llegado el mensaje. Pese a ello, todavía confío en que lo acabarás leyendo y

nos encontraremos más tarde. Pese a ello, la sensación de no llegar a verte me impide relajarme del todo y disfrutar del concierto y, cuando quiero darme cuenta, se ha acabado y el público se empieza a desplazar en masa hacia otro de los escenarios.

Decido hacer tiempo en el Ray-Ban, viendo el concierto de Mazzy Star. Me siento en las gradas, completamente rodeado de gente, pues me siento algo cansado después de tantas horas seguidas de pie a pleno sol. La voz cálida y nostálgica de Hope Sandoval me rodea como un abrazo cariñoso, estremeciéndome hasta la médula cuando se pone a cantar “Fade Into You”, uno de mis temas preferidos. Una profunda sensación de vacío se apodera de mí y por segunda vez tengo miedo de que no acudas a la cita. De que me hayas olvidado como tanto he temido desde el momento en que te conocí.

Para cuando quiero darme cuenta, quedan solo quince minutos para las once. Con ansiedad, me acerco a la máquina de tabaco y aprovecho para comprar un paquete de Lucky. Cuando llevo tres cigarros fumados, miro el reloj en mi muñeca y me percató de que son casi las once y veinte y Wilco lleva un rato tocando en el escenario San Miguel. A lo mejor no has entendido bien el mensaje. O no sabes dónde está este sitio. O estás viendo algún otro concierto y esperas a que termine. O...

Sea como sea, no estás aquí. Mi móvil continúa sin ningún atisbo de cobertura, algo que se ha agravado con el paso del tiempo, según parece. Así que no puedo comprobar si has leído finalmente el mensaje. Mientras de fondo se escuchan las poderosas guitarras iniciales de “I’m The Man Who Loves You”, me acerco a uno de los chavales que, a mi lado, también parece esperar a alguien. Está sentado en una alfombra de césped artificial que ha colocado la organización, el sitio ideal para encontrarse.

–Perdona, esto es una urgencia. ¿Tienes cobertura? Te invito a una cerveza si me dejas hacer una llamada.

El chico me mira con gesto extrañado en un principio, pero creo que realmente ve algo de angustia en mi gesto, con lo que me acaba ofreciendo su móvil. Al ver la pantalla compruebo que tiene una valiosa barrita de cobertura que, a esas horas, bien vale diez cervezas bien frías. Mientras marco tu número, le paso un cigarrillo al chico, que me rechaza con un gesto de la mano. Él se lo pierde.

–El teléfono al que está llamando está apagado o fuera de...

Lo vuelvo a intentar, obteniendo el mismo resultado. El chico debe darse cuenta por mi rostro de lo que ha sucedido, porque apenas me recuerda la cerveza que le había prometido una vez que le devuelvo el móvil. Estoy en estado de shock, dolido y algo conmocionado. Me repito una y otra vez que debe haber habido una confusión. A lo mejor me dijiste que ibas a venir tan sólo el viernes en vez de los tres días. Debe haber alguna confusión, seguro. Pero cuanto más leo los mensajes que nos cruzamos, más me doy cuenta de que no es así. Debes estar por alguna parte en el recinto, lejos de mí. Escondida entre la multitud.

Sin demasiados ánimos, recorro el largo trecho que me separa del escenario Mini, justo el que queda más alejado de la entrada principal del recinto, a varios minutos andando. No tiene sentido que siga esperándote más tiempo, una vez ha concluido el concierto de Wilco. Está claro que no vas a aparecer. De que, como temía, no has visto mi mensaje o, incluso más dramático, lo has ignorado.

Me uno al fluir de la gente, en tránsito entre un escenario y otro. Para cuando llego, el concierto de The xx ha comenzado hace un buen rato y el público aplaude al concluir uno de los temas, para justo a continuación escuchar los primeros acordes de “Angels”. Hace unos años me habría vuelto loco con la posibilidad de ver a The xx en directo, pero ahora mi cabeza no se puede concentrar en sus oscuros acordes y compases. Al contrario, me siento

más deprimido a medida que avanzan las canciones (en especial “Angels”, que parece que me esté hablando a mí de forma directa), hasta el punto de que tengo que largarme de allí, completamente abrumado. Necesito irme del Parc del Fórum, pues no aguanto estar un minuto más, sabiendo que puedes estar cerca y que no has querido verme en toda la noche.

Es todavía pronto y no hay nadie que se esté marchando a esas horas, lo que me permite salir con rapidez del recinto. Los de seguridad me miran con gesto extrañado mientras me dirijo hacia la avenida Diagonal, donde detengo un taxi. Quiero llegar lo más pronto posible a casa y refugiarme entre las sábanas. Porque tengo decidido que no volveré al viernes siguiente. No quiero repetir lo mismo que me ha sucedido ese día.

El sonido de mi móvil me despierta por la mañana, bien pronto. Apenas unas horas sin usarlo y pensaba que no volvería a tener cobertura nunca. Miro la pantalla de manera mecánica, para apagar el molesto timbre cuando, para mi sorpresa, veo que me ha llegado un mensaje tuyo durante la madrugada.

“Perdoooooonaaaaaaaa. Anoche me quedé sin batería y preocupada! Quedamos hoy sin falta, por favor. Me gustaría estar contigo”.

Vale, has conseguido hacerme sonreír y borrar de un plumazo todos los malos momentos que pasé la noche anterior. Sintiéndome bastante aliviado, como si me hubiera quitado un peso de encima, contesto a tu mensaje, esperando que esta vez nos vuelva a suceder lo mismo que ayer. Me respondes casi al instante, diciéndome que el día de ayer fue bastante extraño y que al final casi perdiste a todo el mundo por el Fòrum, porque cada uno quería ver un concierto distinto. Sí, me imagino que puede ser algo bastante habitual en el Primavera, con la cantidad de escenarios que hay, algunos a bastante distancia del resto, y todos con buenas actuaciones. Pero me aseguras que esta vez no me vas a fallar y que irás al concierto de Evripidis and his Tragedies, porque uno de los miembros del grupo es amigo de Sonia.

Así que hoy va a ser imposible que no nos veamos. Que si por algún casual no nos viéramos, te quedarás en la zona del tabaco el tiempo que haga falta hasta que yo llegue, aunque para eso te tengas que perder todos y cada uno de los conciertos del día. También me explicas que me debes una cerveza por lo que me hiciste ayer. Una venezolana siempre paga sus deudas.

Todo eso compensa con creces el mal trago vivido, así que recupero de nuevo el optimismo y las ganas de pasar un día completo de conciertos en el Primavera. Esta vez no llego tan pronto como el día anterior, pues no tengo que pasar otra vez por el lío que puede llegar a ser el convertir la entrada en una pulsera. En general, me gusta llegar a ver algunos de los primeros conciertos. Es ese momento del festival en que más relajado me encuentro. Cuando me pido tranquilamente mi primera cerveza en una barra tranquila y sin aglomeraciones, en el que disfruto de los conciertos, saboreándolos con avidez, sabiendo que por delante me quedan muchas horas de buena música y mejor ambiente. Para mi sorpresa, descubro en el escenario San Miguel un grupo del que apenas había oído hablar, Other Lives. Una banda americana con cierto regusto a Fleet Foxes y con toques de The National, como en “Tamer Animals”, el tema que más fascinado me deja de su repertorio. El sol golpea con justicia a todos los valientes que estamos viendo el concierto, pero por primera vez en muchas semanas, me siento feliz estando solo. Feliz por lo que estoy viviendo y porque en unos minutos volveré a estar contigo.

Miro el reloj y me percato de que voy un poco justo para llegar al escenario Smint/Myspace, donde va a tocar el grupo que me comentaste. Pero tampoco quiero resultar muy ansioso y aparecer mucho antes de que empiece el concierto. Al fin y cabo no está muy lejos de donde estoy ahora. Por ese motivo, me tomo mi tiempo y me acerco a una de las barras a pedir otra cerveza. Reconozco que ya llevo varias en el cuerpo y estoy cogiendo el puntillo de lanzadera, el que te impulsa hacia una buena cogorza. No me

importa mucho, pues tengo toda la intención del mundo de emborracharme volverme a emborrachar contigo, mi pequeña alcohólica. Me dirijo al concierto, mientras una extraña sensación de déjà vu se apodera de mí, de que todo eso lo he vivido con anterioridad. En efecto, a las pocas semanas de que te fueras para siempre, realmente fui al Primavera con Rafa. Creo que hasta aquí fue todo igual ese viernes con mi amigo. O puede que fuera todo completamente distinto. No me importa mucho en ese momento. Ahora te estoy buscando, porque aquí sí que estás conmigo. Los dos juntos disfrutando del festival y debo aprovechar cada minuto.

Como me imaginaba, llego con el concierto ya comenzado. Aunque no conozco ninguno de los temas que tocan, enseguida me empapo de su desenfadada alegría veraniega. Me resultan ideales en ese momento, como si hubieran entendido todo lo que estoy viviendo por dentro, repleto como estoy de una satisfacción de adolescente inmaduro. Hay varios grupos de personas sentadas ante el escenario, sobre un tapete verde similar al que hay en la zona de la máquina de tabaco. Tras echar un vistazo, te descubro por fin, oteando a tu alrededor. Espero que buscándome. En efecto, cuando tus ojos contactan con los míos, sonríes alegre y levantas la mano, como si fueras a hacer una pregunta en clase. Evripis and his Tragedies están tocando “The Bluest Summer”, cuando veo cómo te levantas y te separas del grupo formado por Sonia y el resto de sus amigos. Apenas me fijo en ellos, pues solo tengo ojos para ti. Te acercas y, con una adorable timidez, me das un suave beso en los labios.

El concierto es bastante breve y cuando el siguiente grupo se está preparando para actuar, Sonia se acerca hacia nosotros. Si ha habido una ruptura grave con Rafa no hay rastro de ello en su actitud. De hecho, hasta me parece que está más alegre y relajada. Me da la impresión de que se ha quitado una carga de encima. Me da dos besos, algo que no había hecho

desde que la conocí y nos mira con ojitos de ternura a los dos. Tengo la impresión de que le gusta que estemos juntos, aunque a esas alturas aún no sé lo que quiere decir eso. Después, me presentan al resto de sus amigos, que se nos unen a los pocos segundos. Siempre he sido muy malo para eso de recordar nombres y mucho más cuando me los presentan así de golpe. Debo apuntarlos mentalmente para no olvidarme: Jordi, Susana, Natalia, Albert y Diego. Espero que me pase como siempre, que a fuerza de repetirlos me vaya acordando de todos ellos. En ese momento todavía me parece que todos se llaman igual. Tanto chicos como chicas.

Jordi parece el más abierto de todos y es el que se me pone al lado durante todo el camino que nos separa hacia el escenario Mini, donde va a empezar la actuación de Girls. Noto que va algo drogado, lo hace que sea bastante locuaz. Bien por él, no ha perdido el tiempo. Yo, en cambio, apuro mi cerveza. A esas horas he perdido la cuenta de las que he bebido, lo que es buena señal. En todo el trayecto no puedo dejar de mirar a Lorena, que de vez en cuando me lanza alguna mirada furtiva, como confirmando que sigo caminando junto a ellos.

–Te has llevado a la más guapa –me dice Jordi mientras me ofrece un trago de su cubata.

–Creo que es ella la que me lleva a mí –le contesto, mientras en mi cabeza se repiten las palabras que me envió Rafa sobre estos tipos. Así a esta distancia no parecen gran cosa, quizás Jordi sea el más atractivo de todos, pero con la actitud clara del típico cretino narcisista. Diego, tras unos minutos de observación, deduzco que debe ser gay. También me ayuda el hecho de que Lorena me haya avisado de que su novio se nos unirá un poco más tarde, pero la deducción visual es completamente mía. Albert y Susana son pareja, y parecen muy acaramelados, como si el resto de la gente orbitara alrededor de su galaxia, compuesta tan solo por dos planetas. Natalia es la típica chica que

algunos tipos dirían que es simpática, pero que irradia un magnetismo especial, no necesariamente físico.

–¡Ja! ¡Me gusta! Eres sincero y reconoces que son ellas las que nos llevan a nosotros –me dice Jordi mientras me golpea en el hombro. –Aunque también es un poco tópico, pero acepto el comentario.

Al llegar al escenario Mini, donde es el concierto de Girls, Jordi prepara varias rayas de cocaína sentado en el suelo, sin ningún tipo de tapujo. Cuando las tiene listas sobre su cartera, me pide que prepare un rulo con un billete. Algo ruborizado y mirando constantemente a la gente que hay a mi alrededor saco uno de mis billetes y lo enrolló con velocidad. No parece que a nadie le importe lo más mínimo.

–Tranquilo, estás entre amigos.

Con cierta incomodidad esnifo una de las rayas, mientras le paso el rulo a Jordi, que en una veloz maniobra hace desaparecer la otra a través de una de sus fosas nasales.

–Si no te importa me quedo el billete, así me cobro la raya que te has metido.

Me quedo paralizado unos segundos. Jordi es ese tipo de tíos que actúan antes que los demás, anticipándose a todas las posibles reacciones y consiguiendo así sentirse el que lleva el mando. A los pocos segundos de mirarme fijamente a los ojos, se empieza a reír con estridencia.

–¡Que no, tío! ¡Que es broma! Es un regalo de la casa, chaval. ¿Cómo te voy a cobrar veinte euros por una raya?

Viendo la incomodidad que siento en esos momentos, Lorena se acerca hacia nosotros y me rescata de su compañía. Nos quedamos por fin los dos solos, un poco más apartados del resto, disfrutando del concierto. Nos miramos emocionados cuando empiezan a tocar “Vomit”, una de nuestras canciones favoritas de Girls. Me coges de la mano por primera vez desde que

estamos juntos y creo que voy a estallar de la emoción. Miro a mi alrededor, con ese gesto tan masculino de “os jodéis pringaos, esta chica está conmigo”. Y sí, noto bastantes miradas fugaces que se escapan hacia ti. Seguid soñando, guapetones.

–Estuve ayer todo el día por aquí, esperándote –te digo cuando ha acabado el concierto. Tu rostro se ruboriza, lo que te hace ser todavía más guapa. ¿Es que no hay límite contigo? Y sí, sé que me estoy poniendo pesado, pero poneros en mi lugar durante unos segundos y lo entenderéis.

Con decisión, te acercas a Sonia y el resto de chicos, que se sientan para descansar un poco una vez finalizado el concierto. No tienen prisa, porque están haciendo tiempo para ver a The Cure en un rato. Charláis durante unos segundos y noto que el gesto de Sonia parece algo enojado al principio, hasta que finalmente empieza a sonreír. Tras unos minutos, te acercas nuevamente hacia mí y me coges de la mano. Me arrastras llevándome hacia la dirección opuesta.

–¿Y tus amigos?

–Esta noche estamos solos tú y yo, te lo debo. Los veremos más tarde si eso. Ahora vamos a dar una vuelta. Paso de The Cure. Va a estar petado y no me apetece nada pasarme dos horas dando codazos.

Las horas se me pasan muy rápidas a tu lado. Demasiado rápidas. Nos tiramos durante todos los conciertos bebiendo y enrollándonos, haciendo que me sienta como si estuviera en el séptimo cielo. Disfrutamos del magnetismo electrónico de M83, de la furia sonora de Sleigh Bells (no paramos de sacudir nuestros cuerpos ni un instante al frenético son de “Infinity Guitars”) y no dejamos de bailar como desesperados al ritmo pegadizo de The Rapture. Cuando tocan “How Deep Is Your Love?” siento que es muy difícil que pueda ser más feliz, que estoy tentando a la suerte y que, tarde o temprano, todo esto se va a perder para siempre. Te vuelvo a abrazar, porque te quiero

ahí quieta, sin que te escapes, que ya me es difícil mantener la ilusión de estar a tu lado.

–No me voy a ninguna parte, no te preocupes –me dices divertida.

–¿Por qué no nos vamos los dos? Hagamos un viaje. Hagamos alguna locura –digo todavía emocionado por el concierto. –Quiero saber si puedo ir en serio contigo, porque me gustas. Demasiado. Quiero que tardes una eternidad en regresar a Venezuela y aun así me parecería muy poco tiempo. Quiero vivir muchas más cosas contigo de lo que hemos hecho hasta ahora. Quiero que puedas conocerme mucho mejor. Quiero aprovechar la oportunidad de tenerte a mi lado todo lo que pueda. Quiero llevarte a Islandia conmigo. Quiero que no nos separemos nunca.

–Nunca es mucho tiempo.

–Pues a mí se me va a hacer muy corto.

Tus ojos me hacen dudar durante unos instantes, pues no sé si me he pasado de la raya y te he asustado con mi emocionado discurso. Vale, tenía que hacerlo, dar un paso adelante y ponernos a prueba. Saber con certeza qué es lo que estamos viviendo, lo que significa para ti. No creo que pudiera aguantar muchas más semanas como las que hemos vivido. Seguramente habrá sido todo el alcohol que llevo en el cuerpo el que me ha ayudado a lanzarme, pero ya lo he dicho. Lo he expulsado de mi cerebro y ahora la pelota está en tu tejado. Lo que pase a partir de ahora no depende de mí... Pero me afecta. Y mucho.

–Vale, sé que te estoy pidiendo demasiado con lo de no volver a tu país y todo eso, pero...

–Vayamos a Islandia –me dices emocionada. –Sí, quiero conocerte mejor.

Creo que en este punto me he adelantado demasiado, pues aún no he llegado a explicar la importancia de Islandia lo suficiente como para que

quede del todo claro. Pero hacedme caso, teníamos que viajar a ese país. Por ahora solo diré que he vivido casi toda mi vida adulta obsesionado con ese país: con su cultura, sus paisajes de otro planeta, su clima...

Pese a que son casi la cuatro de la madrugada, todavía nos quedan un par de horas para agotar los últimos coletazos que nos quedan del viernes. Casualmente, nos volvemos a encontrar con Sonia, que va junto a Jordi y Natalia. Más relajado, entro en el juego de Jordi y todos juntos terminamos de dar todo lo que nos queda mientras de fondo suenan los bailables ritmos funky de Aeroplane. Para cuando nos queremos dar cuenta, el amanecer nos da la despedida, mientras los miembros de la organización nos conminan educadamente a abandonar el recinto junto al resto de la masa que mira desorientada a todas partes, todavía afectados por el alcohol y las drogas consumidas.

Al día siguiente, nos mostramos algo más sociables, con la tranquilidad que me da el hecho de saber que puedo contar contigo para el futuro. Nos lo tomamos todo con más calma, ya que nuestros cuerpos se encuentran bastante fatigados después de la intensa noche anterior. Llegamos más tarde de lo habitual, lo justo para ver algunas melancólicas canciones de Kings of Convenience, coronadas por "I'd Rather Dance With You". No podemos evitar tararearla, mirándonos el uno al otro, provocando alguna fingida arcada en Jordi que se hace el bromista a nuestra costa. Creo que me he equivocado con este tipo. Aunque pueda parecer un cretino, se muestra amable y divertido conmigo. Más de lo que podría parecer en un primer momento. Después, acudimos con el resto de la gente hasta el escenario más alejado, el Mini, donde Lorena y yo nos emocionamos con cada una de las canciones de Beach House, hasta el punto de que estoy a punto de soltar unas lágrimas cuando tocan "New Year".

Pasadas unas horas, eres tú quien está a punto de llegar a las lágrimas al

escuchar a tus adorados Yo La Tengo, en el mismo escenario en que actuaron Beach House. Me uno a ti, cuando escucho lo primeros acordes de una de mis canciones favoritas, “Tom Courtenay”. Estamos algo borrachos y emocionados y nos fundimos todos en un abrazo de grupo, mientras no dejamos de botar como locos.

Pese al cansancio del día, uno no puede irse del Primavera si acabar escuchando la clásica sesión de Dj Coco. Así que conseguimos aguantar, como campeones, para cerrar como se merece el festival. Me encuentro completamente hipnotizado viéndote bailar. No eres especialmente habilidosa, pero tienes unos movimientos ágiles y divertidos, de los que hago burla en cuanto me das una oportunidad. Mientras nos abrazamos, como he ido haciendo a lo largo de todo el día, no dejo de pensar ni un solo momento en Islandia y en ese viaje que haremos juntos.

1:00

Cuando regresé a la fiesta, por muy difícil que me pudiera haber parecido horas antes, había aún incluso más gente que cuando me fui del piso. Apenas podía moverme con dificultad por el pasillo para llegar hasta el salón de la gente que había aglomerada. La música estaba todavía más alta, como si fuera una macro discoteca de Ibiza y reinaba en el ambiente un extraño frenesí, como si el mundo se fuera a acabar en unas horas y tuviéramos que aprovechar hasta el último de los minutos que nos quedaban de vida. El genio que estuviera pinchando había conseguido enloquecer a todo el mundo al poner la pegadiza “Munich” de Editors. Daba gusto volver a escuchar un espectacular tema como ese después de tantos años de haberlo olvidado. No pude evitar unirme al resto de la gente que no dejaba de bailar, pues el mal momento de bajón vivido por fortuna había quedado atrás. En cuestión de segundos, estaba sudando como un cerdo, debido a la intensidad con la que me entregaba a las epilépticas convulsiones de mi cuerpo.

Poco antes de que acabase la canción, pude ver a Rafa en una de las esquinas del salón. Estaba charlando con Sonia y con un grupo de personas. En ese momento aún no sabía quiénes eran, pero a vosotros ya os los he presentado. Era el mismo grupo de amigos con los que Lorena y yo podríamos haber coincidido en el Primavera. Evidentemente, aquí no tienen ni idea de que eso no ha pasado. Ni pasará. Disimularé y haré ver que nos les conozco de nada.

Tras las presentaciones, pensé algo muy similar a lo del Primavera. Jordi me seguía pareciendo un cretino como cuando le conocí, pero con Rafa a mi lado, compitieron entre ellos para ver quién era más machito de todos, con lo que me dejó bastante en paz. En ese momento no le di mucha importancia, pero noté que Jordi se acercaba demasiado a Sonia, muchos abrazos y esas cosas, para disgusto de mi amigo que no le dejaba de echar ojo. Con algo de confianza, me acerqué a Sonia y le pregunté por su amiga, la famosa venezolana.

—¿Lorena? Hace bastante rato que no la veo. Pero no te preocupes, o está por aquí o ha salido un momento a dar una vuelta por la calle. Ella va muy a su rollo, ya la conocerás. —Eso es lo que me habría gustado hacer, aunque no lo pensé en ese instante.

No me di cuenta entonces, pero con el tiempo he aprendido a valorar la forma en que parecía que estábamos predestinados a conocernos. Vale, sé que antes me he quejado de lo imposible que era, de todas las posibilidades que había de que no hubiese sucedido nuestro encuentro y todas esas cosas. Pero cuando pongo todo lo que pasó esa noche en una línea causal, tengo la impresión de que el universo confabulaba en nuestro favor. Como si el resto de personas que nos rodeaban dieran por hecho que tuviera que haber algo entre nosotros con solo vernos. Lástima que cometieran un leve error de cálculo que no entraba en sus previsiones.

Por la cara que puse, Sonia notó una cierta decepción respecto a lo que me había dicho. Se acercó más a mí para consolarme. Creo que me cogió cariño, pero no sabría decir por qué, pues apenas habías intercambiado unas pocas palabras.

—Todavía es pronto. Tendréis toda la noche por delante para conoceros.

Mentira. Tiempo es justo lo que nos faltó. Mucho. Todo el tiempo del mundo no habría sido suficiente.

Jordi y Sonia nos explicaron que se conocen desde que estudiaron la Historia en la Universitat de Barcelona. Mientras nos explicaban viejas anécdotas de la facultad, Rafa me hacía gestos indicándome que quería regresar al aseo a ponerse otro tiro. Le dije que pasaba, que prefería esperar unos minutos para no cortar la apasionante historia que nos estaban contando. Rafa me miró con cara de “estás loco” y desapareció entre la gente. La verdad es que me arrepentí a los pocos segundos el no haber aceptado su propuesta. Pensé sin embargo que en cuanto regresara le pediría que me pasase el pollo para irme a hacer yo una. Y de paso le preguntaría cuánto le debía por la fiesta que nos estábamos metiendo, nunca mejor dicho. De todas formas, seguramente me miraría con cara de malas pulgas y me amenazaría con darme una hostia, que entre amigos los vicios se comparten. Que invitaría yo en la siguiente fiesta. Así es él.

Habíamos formado un corrillo que permanecía un poco al margen del resto de la fiesta, lo que me ponía algo nervioso. No dejaban de hablar sobre gente que no conocía y anécdotas que no había compartido, como suele ocurrir cuando te juntas con un grupo de amigos y eres minoría absoluta. Únicamente Natalia se percató de que me encontraba algo cansado y se ofreció a bailar conmigo un rato. Creo que a ella tampoco le gustaba mucho eso de charlar durante horas en plena fiesta.

Pese a sus buenas intenciones, Natalia apenas duró una canción bailando antes de regresar de nuevo con sus amigos. Creo que “I Bet You Look Good On The Dancefloor” de Arctic Monkeys requería demasiada energía para ella. Además, me contó que estaba algo cansada después de un día bastante intenso y que, en el fondo, me había utilizado como excusa para poderse levantar de allí y largarse ahora que no le podrían recriminar nada. De esa forma, la perdí de vista mientras salía con paso ligero por el pasillo, igual de atestado que cuando llegué unos minutos atrás.

Me encendí un cigarrillo y me alejé un poco de la pista de baile que se había formado de manera natural en el centro del salón. Me apoyé sobre la pared mientras inundaba mis pulmones con la nicotina. Siempre hay un momento en cualquier fiesta en el que me pongo algo reflexivo y miro a mi alrededor para situarme. Como hice esa vez, observé a todos los tipos que bailaban casi pegados a mí. Era el típico ambiente desenfadado, en el que las caras descompuestas compartían espacio con las conversaciones a la oreja para poder escuchar a tu interlocutor o las parejas que no dejaban de entrelazar sus lenguas de forma lasciva sin temor a que les estuvieran viendo. Mala gente llevando una mala vida. Lo que llevaba deseando recuperar desde hacía varios años.

Presté especial atención a todas las mujeres que veía pasar, pues cualquiera de ellas podría ser la famosa Lorena. No me la habían descrito con claridad, pero de alguna manera supe que no estabas a la vista. Me fijé detenidamente en las chicas, tratando de imaginar cómo serían tus facciones, la forma de tu cuerpo y el ritmo de tus movimientos al andar. Quería jugar a comparar cómo te había imaginado con lo que me encontraría realmente. La única indicación era la valoración positiva de Rafa, las tres estrellas de la Guía Michelin del ligue. Pero por mucho que lo intentara, nada me podía haber preparado para lo que me iba a encontrar un rato más tarde.

–¿Ya estás con la bajona de siempre? –me dijo Rafa sacándome de mi ensimismamiento. –Siempre la misma mierda, capullo.

En sus manos llevaba dos latas de cerveza y no dejaba de sorberse la nariz y carraspear, señal de que se había metido una buena raya en su visita al aseo. El muy cabrón me supo leer los pensamientos.

–Venga, que el tito Rafa te va a acompañar al reino del placer, donde los polvos no los echas, sino que te los metes por la napia.

Como vimos que el aseo permanecía ocupado durante un tiempo muy

sospechoso y que la cola se extendía por todo el pasillo (una cosa que nunca antes había visto en una fiesta organizada en un piso), decidimos meternos en un dormitorio cercano donde reposaban decenas de chaquetas encima de una cama. Cuando quisimos darnos cuenta, descubrimos que al fondo una pareja se estaba enrollando de forma apasionada, pero ni a ellos les perturbó nuestra presencia ni a nosotros el poder echar algún fugaz vistazo al espectáculo carnal que nos ofrecían.

Tras esnifar dos nuevas rayas sobre la cartera de Rafa, nos quedamos sentados con la espalda pegada al colchón. De fondo, la música nos llegaba amortiguada, mezclada con el incesante murmullo de la gente en las decenas de conversaciones que debían estar manteniendo en esos momentos al otro lado de la puerta. De nuevo, me acordé de los vecinos y que, sin ninguna duda, debían estar repartidos por la fiesta, como unos invitados más. Pensé que podría ser la fiesta particular más grande que se había montado en el Raval en decenios.

–Tío, ¿tú crees que soy un tipo aburrido? –le pregunté a Rafa mientras apuraba mi cerveza.

–¿A qué viene eso?

–Llevo mucho tiempo cansado de mi vida, de la imagen que doy. No estoy seguro de lo que soy ni de lo que quiero para el futuro. Me siento solo, estúpido y desorientado. Cuando me miro al espejo me veo feo y terriblemente aburrido, como si no pudiera aportarle nada interesante a otra persona más que a mí mismo. Así que te lo vuelvo a preguntar, ¿crees que soy un tipo aburrido?

–Serás gilipollas, ¿crees que estaría contigo si pensase que eres aburrido? ¿Crees que habríamos pasado tantos momentos de puta madre juntos? –de acuerdo, no es Shakespeare, pero era lo más emotivo que le podría sacar a un tipo como Rafa. En el fondo me estaba diciendo que es mi

amigo y que me quiere y que piensa que soy un tipo cojonudo. Pero lo dijo a su manera, más directo, como suele hacer él.

–¿Por qué no os dais un besito y salís de una vez? –oímos la voz de la chica venir desde atrás. Nos habíamos olvidado de la parejita.

–¿Por qué no te vuelves a meter la polla esa en la boca y nos dejas tranquilos? –respondió Rafa con sequedad.

–Serás cretino –la chica no parecía tener ganas de movida y no hizo mucho más caso al comentario.

–Pues no es mala idea... –oímos que murmuró el chico, poco antes de que saliéramos de la habitación para regresar al pasillo, donde de nuevo el torbellino musical de la fiesta nos invadió por completo.

–Por fin aparecéis –la voz de Sonia se elevó sobre la música, lo que suponía una tarea de un gran mérito bucal. Cuanto más la iba conociendo mejor me caía. Sonia era una chica auténtica, sin pelos en la lengua, lo que podría haber hecho que a más de uno le cayera mal por su aparente autosuficiencia. Pero a mí me gustaba eso de ella. Se la veía una mujer muy segura de sí misma en todo lo que hacía, lo que me daba a pensar que lo suyo con Rafa no podía ir muy en serio.

Atravesamos el pasillo y Rafa aprovechó el trayecto para meter mano a Sonia por todas partes. Parecía que el ver a la pareja dándose el lote le había puesto algo cachondo. Yo, mientras, les miraba temiendo que tarde o temprano les volvería a perder de pista, así que más me valía ir haciéndome a la idea. Cuando volvimos con sus amigos, me acerqué a Albert y Susana, que estaban de pie, balanceándose de forma tímida al ritmo de una de las canciones que sonaban y que, por extraño que parezca, no pude reconocer. “Me has fallado, Dj”, pensé mientras buscaba de nuevo el equipo de música con la mirada.

–¿Eres amigo de Sonia? –me preguntó Albert.

–Apenas. Bueno, más bien no –le contesté algo avergonzado, sin que tuviera tuviese realmente ningún motivo para estarlo. Me pareció extraño que yo estuviera en aquella fiesta, como si fuera un intruso en el paraíso. Como era normal, a Albert apenas le importó mi respuesta. –¿Vosotros?

–De casi toda la vida. Bueno, ella más que yo –me contestó señalando a Susana. Su novia apenas me miraba, parecía extremadamente tímida.

–¿Y la otra chica? –dije buscando sacar un tema de conversación, sin darle mucha importancia.

–¿Lorena? No sé. La he visto hace unos minutos por aquí, pero no sabría decirte dónde está ahora. Es una chica muy maja.

“¿Maja? ¡Ja! Ahora me río con ese comentario. Loquito, que os llevaba loquitos a todos”.

Nos quedamos como embobados viendo a la gente bailar mientras bebíamos nuestras cervezas. Rafa, tal y como me imaginaba, había desaparecido de nuevo junto con Sonia. No me importaba, pues no me encontraba tan nervioso como antes y simplemente me dediqué a disfrutar el momento, observar las cosas que sucedían en la fiesta y escuchar la música con tranquilidad. Beber. Emborracharme. Dejarme llevar por las horas que aún me quedaban antes de que el sueño y la resaca se apoderasen de mí al día siguiente. En ese momento, no sabía que quedaba muy poco tiempo para conocerte. Para que me vida cambiase para siempre.

Pudimos haber viajado a Islandia...

Estoy sentado en el avión, con la mirada fija en la densa oscuridad que asoma más al otro lado de la ventanilla que cubre un manto de nubes grises. Miro el asiento de al lado y te veo acurrucada en una de las mantas que nos han repartido las azafatas. Se te ve deliciosamente frágil mientras estás

dormida. El monótono ruido del motor no sale de mi cabeza, haciendo que me sea imposible poder cerrar los ojos y descansar como estás haciendo tú desde hace bastante rato. Siempre me pasa lo mismo en los viajes en avión: cierro los ojos unos minutos, me muevo de forma compulsiva por el asiento tratando de encontrar una postura que no me rompa la espalda y el cuello, hasta que finalmente vuelvo a abrir los ojos y me pongo a mirar a mi alrededor, dando por imposible la posibilidad de dormirme. Me coloco los auriculares y abro la aplicación de Spotify para reproducir “Holocene” de Bon Iver. Al escucharla tengo una extraña sensación, un torrente de emociones me invaden, emociones que me recuerdan de golpe todo lo que viví realmente en aquel viaje a Islandia. Pero ahora estoy contigo. Sigues a mi lado. Así que podremos disfrutar de todo eso los dos juntos.

Cierro los ojos y cuando los abro de nuevo, estamos abriendo la maleta en el hotel. Los dos sentimos ese cosquilleo y esos nervios al estar lejos de casa, en un sitio completamente desconocido. Aunque tú estás más habituada, pues en realidad no te he conocido estando en tu propio país, así que las cosas están más igualadas para nosotros estando en Islandia. Nos quedamos mirando por la ventana del pequeño hotel, sorprendidos por la sensación de familiaridad de la pequeña ciudad que es en realidad Reikiavik. Estamos en un lugar bastante céntrico, cerca de un hermoso lago llamado Tjörninn y de la calle más comercial de la ciudad, Laugavegur. A muy poca distancia queda también la famosa catedral de Reikiavik, conocida como Hallgrímskirkja. Nos quedamos embobados viendo la gente andar por la calle. A los dos nos fascina observar la vida diaria en otra ciudad, rodeados de otra cultura. Lo hablamos en voz baja, como si nuestras palabras pudieran alterar el curso del día a día, como si quisiéramos pasar desapercibidos. Para nosotros, los auténticos monumentos y centros turísticos son las calles, los bares, los autobuses, las briznas de hierba que crecen en las grietas de las aceras... Nos

invade a los dos una profunda sensación de nostalgia que combatimos con besos apasionado. Me siento más unido a ti que nunca y espero que tú sientas lo mismo por mí. Pienso que Islandia va a ser nuestro refugio. El motivo por el que realmente nos queremos. Nos empezamos a desvestir, pero con tranquilidad. Atrás quedó aquel polvo alocado que echamos en la fiesta.

Te beso todo el cuerpo cuidadosamente, saboreando cada rincón, cada milímetro de carne. Mis manos van acariciando tus pechos, mientras te tumbo sobre la cama. Cada vez me son más familiares las formas que hace tu piel al moverte, tus músculos al tensarse, tu piel suave y blanquecina. No tenemos prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo para disfrutar el uno del otro entre aquellas cuatro paredes, que nos miran con envidia, mientras empezamos a hacer el amor.

–Reikiavik huele a caldito de pollo –te digo mientras olfateo el aire. Me miras con cara divertida, como si hubiese dicho una locura. Pero no me lo parece. Realmente me parece una ciudad sacada de un cuento de hadas.

–A mí me huele a frío –me dices, pese a que hace buena temperatura en verano. Eres algo friolera, lo que me parece bastante divertido.

Pasamos el resto del día en la ciudad, visitando tiendas y bebiendo café en un par de librerías mientras hojeamos algunas revistas extranjeras. Me encantan los escaparates de las tiendas de Reikiavik, pues parecen sacadas de la imaginación de un libro infantil de dibujos. Me parecen pequeñas casitas, que dan la bienvenida a todos los peatones que transitan a su lado, con esa familiaridad y ese cariño que no se puede explicar con palabras. Siento que pertenezco a ese lugar, como si todo fuera amable, alejado por completo del bullicio y la agresividad de otras capitales más grandes. En el interior de una tienda de ropa, vemos que están dando un concierto que nos quedamos mirando desde fuera. Pese a que miro el reloj y veo que son más de las diez de la noche, el sol ilumina como si fuera todavía mediodía. Los largos días de

verano en Reikiavik.

Antes de regresar al hotel nos tomamos una cerveza en el Kaffibarinn, pues la recepcionista nos explica que Damon Albarn es medio propietario del club o algo así y que a veces te lo puedes encontrar allí tomando unas cañas, porque es todo más tranquilo, alejado del bullicio que se formaría en Londres. Pero como nos temíamos no hay ni rastro del cantante de Blur y Gorillaz. Estamos rodeados por un grupo de chicos que charlan animadamente. Me sorprende al notar que el carácter de los islandeses se parece mucho al nuestro. Son más joviales y animados de lo que habría imaginado teniendo en cuenta únicamente el clima.

–¡Damon Albarn! ¿Dónde te metes? –bromeas sin parar haciendo que miras debajo de la mesa, como si estuviera allí escondido. Te ha hecho gracia la anécdota y no dejas de repetirla. –A lo mejor vemos a Björk. O a Jonsi. ¡Jonsiiiiii!

–¿El cantante de Sigur Rós?

–¡Ese! Aunque por lo que he leído no tiene pinta de ser un tipo muy alegre.

El grupo de al lado se ríe a pleno pulmón y empezamos a hablar sobre lo extraño que nos suena el islandés. Te digo que para mí tiene la misma sonoridad que un insecto bien gordo moviendo las alas con fuerza, lo que te hace reír tan alto que rivalizas con los islandeses de la mesa de al lado.

–No, en serio. A veces pienso que van a ponerse a frotarse las patitas y que les van a salir dos pares de alas membranosas de la espalda –casi se te sale la cerveza por la nariz de lo que te ríes. –De hecho, creo que estamos sentados al lado de un grupo de grillos. Aunque espera, ahora están intentando ligar con los saltamontes que acaban de entrar.

Le vuelvo a dar un momento al pause para quedarme mirando tu sonrisa unos instantes. Miro alrededor. Quiero retener este momento durante

más tiempo en mi cabeza. Como si realmente hubiera pasado. Como si las cosas hubieran sido distintas. Pero cuando me desconcentro un instante, todo sigue igual. Play. Terminas tu cerveza y tenemos que salir del bar. Pocos minutos antes, nos habían echado la bronca al ver que nos íbamos a sacar una foto. En inglés nos explican que está prohibido. Así que regresamos al frío de la calle, algo achispados y sin nuestra foto. Y ni rastro de Damon Albarn ni de Jonsi.

Al día siguiente recogemos el coche que habíamos reservado para recorrer la isla, que es esencialmente lo que se hace cuando se viene a Islandia a hacer turismo. Reikiavik es una ciudad muy pequeña, casi un pueblo, y en un día hemos recorrido prácticamente todas las zonas que queríamos visitar. Antes de salir de la ciudad, vamos a un supermercado a llenar el coche de provisiones y así poder ahorrar en comida. Me quedo embobado viendo el cerdito que la cadena Bonus tiene como imagen comercial, la que he visto más veces en la ciudad. Me fascinan sus ojos, pues en ese momento me da la impresión de que el cerdo esté colocado de tripis o algo similar.

Islandia tiene una única carretera que la rodea por completo, formando una especie de círculo, por lo que se la conoce también como Ring Road. Sencillamente se numera como la carretera número uno y pese a que en ciertos tramos es algo estrecha y serpenteante, al menos se puede conducir con cierta tranquilidad. Sin embargo, cuando quieres desplazarte por carreteras secundarias (lo que sucede casi siempre que quieres acercarte a una zona más interior de la isla), la cosa se complica bastante. Abundan las carreteras en mal estado, repletas de gravilla, hasta el punto en que se convierten en piedras del tamaño de un puño y con constantes desniveles que pueden destrozar los bajos de cualquier coche de gama media. Aun así, hemos cogido un coche pequeño, de ciudad. Porque somos muy temerarios y

porque no nos gusta conducir enormes jeeps que nos intimidan nada más verlos. Nos da la impresión de que es el coche quien nos lleva y no a la inversa.

Tras varios minutos en la carretera, comprobamos con nuestros propios ojos algo que nos habían comentado en el hotel: no hay ni un solo árbol natural que crezca en suelo islandés. Todos los que hay han sido plantados por las manos del hombre. Nos parece fascinante la propia esencia de la naturaleza de la isla, algo que se comprueba enseguida que sales de Reikiavik. Es un paisaje lunar, casi inhóspito, pero de una belleza fascinante que nos hace detener el coche cada pocos kilómetros para bajarnos a tomar cientos de fotos. Hay muy poco tráfico ese día, algo extraño teniendo en cuenta que son las fechas en las que el país recibe más turistas, aprovechando todas las horas de sol disponibles. Una vez pasado el verano, la isla se ve sumergida por un casi continuo manto de oscuridad y soledad. Nos sentimos fascinados por ese contraste, del júbilo del verano al sombrío invierno. Y creemos que esa dualidad se contagia en la personalidad de sus habitantes y de su cultura.

Me hablas de Sigur Rós y de lo mucho que te apasionan sus canciones. Miras el paisaje dibujando en tu mente una banda sonora formada con todas sus canciones. Desde el musgo que atiborra la tierra hasta las innumerables cascadas que vemos de forma continua junto a la carretera, todo parece formar parte de esa banda sonora geográfica. Me dices que son todo contrastes, como su música. Como un día de sol casi eterno y otro de oscuridad permanente. El agua chocando constantemente contra la roca. Como los misterios del alma humana, donde tristeza y felicidad siempre van de la mano. Pienso entonces en que eso es lo que siento al recordarte. Algo curioso, teniéndote a mi lado. Durante un instante te veo lejos, como si estuvieras escapándote de mi lado. Veo el asiento vacío, el mismo con el que

conviví durante varios días en mi viaje a Islandia. Pero de nuevo pienso en Sigur Rós y vuelves a aparecer. Me miras, con el rostro extrañado.

–¿Has escuchado lo que te he dicho?

–Apenas –te contesto sonriente.

–Que pares el coche. Quiero acercarme a esa cascada.

–¿Otra? Hemos pasado por unas veinte.

–No. Quiero ir a ESA cascada.

Detengo el coche en una pequeña explanada polvorienta y al fondo, majestuosa, veo la cascada más extraordinaria que podría haber imaginado. Me parece que ha sido la propia naturaleza la que ha creado de forma voluntaria un marco tan sólo para poder apreciar su belleza, destacándola de todas las demás por las que hemos pasado, como si fuera su ojito derecho. Los carteles nos indican que se llama Seljalandsfoss y sus proporciones nos dejan a los dos sobrecogidos. Sentimos que nos está observando, coqueta a la par que amenazante, invitándonos o retándonos a acercarnos lo más posible. Saludamos a dos parejas que regresan a sus coches, mientras nosotros andamos como hipnotizados hacia la cascada.

Cuanto más cerca nos encontramos, más nos damos cuenta de la gran altitud desde la que cae el agua con enorme virulencia. El sonido se hace cada vez más intenso, a la vez que una gruesa cortina de agua nos empieza a calar el cuerpo. Nos sentimos como dos niños que exploran por primera vez el bosque que hay cerca de la casa de sus abuelos. Esa es la sensación que en general vivimos todo el tiempo que estamos en Islandia, la de volver a sentirnos como niños. Todo lo que eres, todo lo que has vivido y todo lo que has sufrido, se queda en nada al vernos rodeados de la chocante fuerza de la naturaleza. Parecemos dos hormigas, mientras escalamos un sendero lateral que pasa por debajo de la inmensa cascada. Cada vez tenemos la ropa más mojada, lo que hace que nos riamos con intensidad. Te resbalas y estás a

punto de caer, pero te agarro la mano en el último segundo. Me besas, mientras te sigues riendo.

–Eres mi héroe, me has salvado la vida –dices entre risas mientras te llevas la mano al corazón, haciéndote la emocionada.

Seguimos andando con cuidado, pues las rocas que componen el sendero están terriblemente empapadas, lo que las hace muy peligrosas. Pienso en el continuo baño al que son sometidas, el flujo constante e inacabable de agua que es en realidad esa cascada. Esa idea me hace sentir más pequeño, justo cuando la estamos observando desde atrás, hipnotizados por las agresivas formas que dibuja el agua a caer desde más de sesenta metros. Nos acercamos al pequeño lago que forma la cascada, con mucha precaución, pues tememos caer en el interior en cualquier momento. Esa tensión nos hace reír aún más, nerviosos, nos obliga a jugar entre nosotros tratando de hacernos caer, mientras un grupo de turistas nos miran extrañados. Algo más calmado, le pido a uno de ellos que nos haga una foto, con Seljalandsfoss de fondo. Clic. Directa a mi cerebro, donde no podré sacar ninguna otra copia, ni subirla a Dropbox, compartirla en Facebook o twittearla. Esa se queda solo para mí.

Seguimos nuestro camino, mientras en la radio suena una bella canción, “Sloom” de un grupo local que está empezando a levantar la cabeza, Of Monsters And Men y al que comparan con Arcade Fire. Me fascina la capacidad que tienen los islandeses de generar cultura, aunque viendo el mundo que les rodea, lo difícil sería que no lo hicieran. La materia prima de los sueños y del arte, suele ser la naturaleza. Y no es que ellos tengan más sitios hermosos que otros países, pero es que cuando estás en este país, sientes esa convivencia dentro de tus huesos. Sientes que eres parte de ese mundo, que te arropa constantemente y te recuerda que, en el fondo, tan sólo eres un ser humano. Tampoco es gran cosa.

–¡Para! ¡Para! ¡Para! –gritas a mitad de camino, haciendo frenéticos aspavientos con los brazos.

Por fortuna, la carretera sigue sin estar muy transitada, con lo que mi frenazo no tiene más consecuencia que provocar la mirada curiosa de una oveja lanuda que come hierba unos metros más allá.

–Los duendes. Hemos encontrados a los duendes –dices mientras tu rostro se ilumina con tu sonrisa angelical.

Cuando miro al lateral de la carretera, veo un enorme montículo que sobresale de la tierra con gran majestuosidad. Debo fijarme con atención, hasta que finalmente descubro la primera figura de un duende. No puedo evitar unirme a tu sonrisa. En Islandia, por muy extraño que parezca, creen realmente en los duendes, como una parte más de ese mundo natural que les rodea. Aunque a priori suene como si fuera una locura cuando vives allí, te das cuenta de que el propio mundo que rodea a los islandeses está cargado de esa magia que les puede dar vida a los duendes, la misma que tienen los glaciares, las cascadas o los géiseres. La naturaleza de Islandia es lo suficientemente mágica como para que los duendes no resulten algo llamativo.

Por ese motivo, los islandeses colocan hermosas figuras de duendes en los montículos donde se supone que habitan, como ese en el que estamos y al que no paramos de sacar fotos desde todos los ángulos posibles. Marcar su hogar es una forma no sólo de respetar a esas criaturas de leyenda, sino a la propia naturaleza que los ha creado. Nos reímos al descubrir una pequeña chimenea en la parte más alta. Nos tumbamos en la roca, observando el cielo azul y las tonalidades casi doradas que genera en el campo que se extiende ante nosotros. Pienso que si fuera pintor, no podría acabar nunca de retratar todos los paisajes de Islandia y todavía me quedarían miles colores que representar de toda la paleta que nos encontramos a cada momento.

Sopla una ligera brisa que facilita que nos quedemos profundamente dormidos durante unos minutos, aunque en realidad pierdo la noción del tiempo pues el sol no se pone nunca. Cuando despierto, te veo de pie sacándole fotos a uno de los duendes. Me sorprendes mirándote embobado. Me ha pasado tantas veces que ni llevo la cuenta.

–No sé si a los duendes les gustará que les saques fotos –te digo.

–Les he pedido permiso, ¿qué te pensabas?

Sacamos algo de comida del coche y permanecemos sentados sobre el musgo, en silencio, saboreando los sándwiches que nos hemos preparado. Nos quedaríamos horas allí, en ese remanso de paz. Cierro de nuevo los ojos y cuando los abro, has desaparecido. Miro a todas partes asustado, escuchando únicamente el sonido del viento jugando coqueto con las rocas y el musgo.

–¿Lorena? ¿Dónde te has metido?

Me levanto, bastante preocupado. La soledad de ese inmenso espacio abierto que me rodea se me echa encima, como un martillo que cae con fuerza sobre un yunque. Miro hacia todas partes, pero has desaparecido por completo. ¿O acaso estoy recordando el día en que estuve allí solo? ¿O lo estoy viviendo realmente? Mi preocupación va en aumento, cuando empiezo a escuchar esos cuchicheos a mi alrededor. Como si varias voces estuvieran hablando a mis espaldas. Al girarme únicamente veo las figuras de los duendes, que parecen sonreírme con malicia. De nuevo resuenan los cuchicheos, esta vez más perceptibles, en un idioma que no percibo como islandés, es algo más antiguo. Siento cada vez más las miradas de los duendes sobre mí, me analizan, saben que en realidad estoy viviendo en un mundo de ficción, en un universo infinito al que no pertenezco. Ellos, en su enorme sabiduría, saben la verdad y se ríen de mí, de lo desgraciado que soy aunque quiera aparentar otra cosa. Me incomodan sus miradas, la forma en que me

juzgan. Ahora los cuchicheos han pasado a ser risitas desquiciantes.

–¡Callad de una vez! –grito desesperado.

–¿Qué te pasa? –la acristalada voz de Lorena me hace regresar a la realidad. Sea la que sea.

–Vámonos de aquí –te digo con urgencia, mientras recojo la poca comida que queda y sacudo un poco la manta que hemos colocado sobre el musgo.

–¿A qué vienen esas prisas?

–Los duendes, saben la verdad. Tengo que evitarlos.

No hace falta que te explique mucho más para que nos vayamos de ese lugar siniestro. Te cojo de la mano y te llevo hasta el coche prácticamente a rastras. Como si de esa forma pudiera escapar del hechizo al que estoy siendo sometido. Una vez en el interior del vehículo, me descubro a mí mismo llorando desesperado. Malditos duendes. Cuando pienso que estoy de nuevo solo, colocas tu mano sobre la mía y me sonríes de nuevo.

–Vámonos de esta mierda de montículo.

Las “noches” en Islandia (teniendo en cuenta que el sol se oculta más tarde de las tres o las cuatro de la madrugada por culpa del sol de medianoche) las pasamos en los pequeños hoteles y pensiones que vamos encontrando durante nuestro camino. Improvisamos, sin miedo a quedarnos en la calle, preguntando en todos los lugares que vemos resaltados en el GPS del coche. Hay un cierto factor de emoción en esa idea de no saber dónde vas a pasar la noche que hace que el viaje tenga todavía más encanto. Porque, en el fondo, sabemos que podremos apelar a la hospitalidad de alguno de los islandeses en caso de que nos veamos inmersos en una situación crítica, cosa muy poco probable. Pese a ello, aunque durante el verano las temperaturas no sean tan frías como el resto del año, tampoco es precisamente conveniente quedarse dormido dentro del coche. Por suerte, durante todo el viaje

dormimos sin problema en casas rurales, pensiones y hoteles.

Pero la mejor noche la pasamos en el hotel de *El resplandor*. Eres tú quien le pusiste ese nombre cuando vimos los enormes pasillos vacíos, con todas las habitaciones abiertas, que producen un efecto inquietante y fantasmagórico. Es un pequeño hotel situado en medio de la nada y que, pese a las fechas, se encuentra completamente desocupado. Los únicos habitantes que lo merodean son los empleados y lo que parecían ser algunos de los familiares de los propietarios.

Aunque llegamos bastante tarde, casi a medianoche, la luz sigue iluminando con intensidad nuestra habitación. Es muy extraña la sensación de estar en un hotel sabiendo no solo que no hay más inquilinos, sino que podrías entrar en cualquier habitación a pasar la noche y no pasaría absolutamente nada. Me miras con gesto cómplice, como si a ti también se te hubiera pasado esa idea por la cabeza. Con tu sonrisa maliciosa adivino que tienes todas las intenciones del mundo de llevarla a cabo. Al principio me muestro cauto y me echo en la cama. Cuando al fin me logro dormir y me despiertas a las dos horas, tengo claro que no hay vuelta atrás.

Ha empezado a anochecer, con lo que deben ser más de las cuatro de la madrugada. Cuando salimos al pasillo nos resulta todavía más tétrico que cuando lo vimos por primera vez, ahora que las sombras se proyectan en las esquinas, formando siniestros dibujos que hacen volar nuestra imaginación aterrorizada. Juegas conmigo, imitando a una de las gemelas de “El resplandor” mirándome con ojos vacíos.

–Ven a jugar conmigo... –no te sale el “para siempre” y lo entiendo. Es difícil pronunciarlo en este universo infinito sin que nos venga a la cabeza la verdad. Aquí la palabra “siempre” está prohibida. Porque todo es demasiado finito.

–¿A la 217? –digo tratando de llenar tu silencio.

Me miras extrañada, porque como es evidente tú también has pillado la referencia. Te señalo la puerta que tienes al lado y nos reímos cuando vemos que se trata precisamente de la habitación 217. Este hotel tiene una numeración bastante extraña, pues seguimos en la primera planta.

Entras en la habitación, riéndote como una niña que está haciendo una travesura. Es idéntica a la que nosotros ocupamos, con la salvedad de que las sábanas están colocadas sobre el somier, sin preparar. Está todo a oscuras y andamos con sigilo, tratando de forma absurda de no despertar a los inexistentes vecinos de habitación. Cierras la puerta, haciendo que la oscuridad sea aún más intensa, pero también la sensación de aventura. Debo reconocer que estoy pasando algo de miedo, en especial cuando noto que algo me agarra de las piernas.

Por supuesto, eres tú, que estás en modo divertido y tratas de asustarme. Te aparto de un empujón y vas a parar a la cama. Entonces, por los movimientos que realizas en la oscuridad, noto cómo te estás empezando a desnudar. Siento tu mirada puesta sobre mí, seductora y, sin dudarlo, te imito, aunque de forma bastante más torpe. Nuestros labios, húmedos y juguetones, se buscan durante unos segundos, hasta que al final se logran acoplar a la perfección como dos caracoles que hacen el amor. Estoy tumbado encima de ti y puedo sentir tu cuerpo desnudo contra el mío. Te abrazo, mientras que con las piernas me trato de quitar los pantalones, empujando con fuerza, sin conseguir que bajen del todo. Me acaricias la espalda mientras me susurras al oído.

–No tengas prisa. Tenemos toda la noche para nosotros.

Sigo tu consejo al pie de la letra y hacemos el amor con tranquilidad durante horas, hasta que vemos cómo el sol empieza a entrar por el ventanal. Nos quedamos sobre el colchón, entre risueños, cansados y sudorosos. Debemos estar alerta de no quedarnos dormidos en esa habitación, pues no es

la nuestra. Cuando miramos hacia la ventana, vemos a un chico observarnos atentamente, sorprendido de ver a una pareja desnuda en una habitación que está tan desnuda como ellos dos. Creemos que debe ser el hijo de los propietarios, pero más que avergonzarnos, nos da un ataque de risa de esos que nos dan a menudo sin venir a cuento. Ninguno de los dos hacemos ningún amago por vestirnos y el chico, tras unos pocos minutos, se marcha mirándonos con gesto contrariado. “Vaya par de locos”, debe pensar.

Seguimos nuestro viaje hasta llegar a una de las playas negras más conocidas, situada en Vik. Paseamos por ese paisaje terriblemente romántico, que bien podría formar parte de un cuadro de Friedrich. A lo lejos, mientras caminamos por esa arena negra y pegajosa, vemos cómo el mar choca con fuerza contra unas rocas, en formas de siniestras garras, que sobresalen del agua. Sobre el agua, sobrevuelan varias gaviotas, en busca de alguna captura que llevarse al pico. El paisaje nos sobrecoge, como si de alguna forma alguien hubiera rasgado con sus manos un armónico paisaje naturalista y, con unos brochazos de colores apagados, lo hubiese vuelto todo gris y desangelado. Islandia puede ser también un paraje yermo y duro para sus visitantes.

Sin embargo, a los pocos kilómetros, volvemos a una zona más verde y plagada del tan habitual musgo del país. Nos tumbamos, mientras miramos el sol que permanece permanente sobre el cielo y nos cogemos de la mano. Imagino que la imagen que recordaré de este país, con la que podría resumirlo, será una piedra negra cubierta por completo de musgo. Así es Islandia. Dureza y suavidad, las dos caras de la vida misma. La idea de que tú seas también así me atenaza durante unos instantes, mientras sigo palpando el musgo con mi mano y te acaricio el brazo con la otra. Me pregunto si descubriré algún día la piedra que se esconde debajo de ese musgo, del que me he enamorado tanto.

Esa idea me empieza a atenazar durante el resto del viaje. La idea de que todo ese sueño que estamos viviendo se acabe, de que nuestra relación se vea mermada, especialmente cuando toda esta magia que estamos compartiendo en Islandia se rompa al llegar al aeropuerto. Me quedan sólo dos días de vacaciones y en cuestión de horas tendremos que ir pensando en regresar a Barcelona. En definitiva, sólo nos queda un día más en el paraíso de Islandia antes de regresar a Reikiavik y dirigirnos al aeropuerto.

Conduces a través de un camino completamente cubierto de piedras que van chocando de forma continua contra los bajos del coche. Te percatas de mi gesto torcido, la piel de mi cara se ha vuelto blanca como la leche por el miedo que siento en ese momento. Miedo a que el coche se nos averíe en cualquier momento, en medio de la nada. Has tomado la carretera de forma instintiva, al poco de salir del hostel en el que hemos pasado la noche. Así eres tú, simplemente haces las cosas cuando te viene en gana. Eso es algo que me gusta, pero a lo que también le tengo miedo, pues mi carácter es más reservado y cauteloso, midiendo siempre todos los riesgos antes de lanzarme a la piscina. Pero ahí estamos, atravesando ese infierno de piedras que no dejan de recitar ese extraño musical basado en sonidos metálicos y que poco a poco me comienzan a sacar de quicio.

–He estado en decenas de países, pero creo que este ha sido un viaje especial –me confiesas, dejando de mirar el camino, lo que hace que me ponga todavía más nervioso y, por ende, que te rías aún más.

–Seguro que has estado con gente mucho más divertida e interesante que yo –me hago un poco el remolón, aunque en el fondo hay algo de cierto en lo que digo. Esa inseguridad que siempre me persigue.

–Es un viaje especial porque he lo he vivido contigo. Aquí. Ahora. No necesito nada más. Así que deja de quejarte.

Todavía conmocionado (y emocionado) por tus palabras, detienes el

coche en un solitario parking, cuando ves que el camino se corta en seco. Al salir del coche, vemos un cartel en islandés que indica que hay que seguir a pie un sendero que transcurre junto a una solitaria caseta. En su interior, se adivina algo de movimiento, pero tanto la ventanilla como la puerta principal permanecen cerradas a cal y canto.

Sin darle más importancia, empezamos a andar, atravesando un paisaje de piedras afiladas de diversos tamaños y colores. En el fondo, gran parte del paisaje de Islandia es como estar en otro planeta. Hay zonas que parecen sacadas de un fragmento de *Viaje al centro de la tierra* (de hecho, Julio Verne situó la entrada al centro de la tierra precisamente en Islandia, en el volcán Snæfellsjökull), mientras que otras partes te hacen sentir directamente que estás caminando por la superficie de la luna (lo que también nos podría llevar a Julio Verne). Esta zona es exactamente así, incluido el frío que debe hacer en el espacio. No hablamos mucho durante la caminata, dedicados como estamos a observar fascinados todo lo que nos rodea. Pero cuando me despisto, noto tu mano rozar la mía, hasta apretarla. Tengo la sensación de que es la primera vez que me siento realmente como si fuéramos pareja. Todo encaja en ese momento, perfecto y armonioso. Pero también frágil y delicado.

Cuando se acaba el lateral de la pequeña montaña volcánica que estamos rodeando, vemos con sorpresa y fascinación cómo al fondo, siguiendo el camino pedregoso por el que transitamos, se adivina la majestuosa y elegante silueta de un glaciar. Uno de los muchos que hay en toda Islandia. Es una imagen chocante, que me deja boquiabierto, más aún a medida que nos vamos acercando y vemos las proporciones reales de esa inmensa masa de hielo que acaba en un inmenso y caudaloso río.

Lo primero que me llama la atención es el leve sonido del hielo quebrándose. Del agua fluyendo con fuerza a medida que se produce el deshielo. Nos quedamos en un lateral, impresionados por la escena, a casi

medio kilómetro del lugar donde está la imponente masa de hielo, pues el río que se forma a sus pies es tremendamente ancho. Su oscuridad apenas permite adivinar la profundidad del mismo y con la fuerza con la que baja el agua es una locura intentar atravesarlo. Nos quedamos anonadados ante ese espectáculo de la naturaleza. Hasta que transcurridos unos minutos, empiezas a lanzar piedras como si fueras una cría contra las enormes placas de hielo que aún no se han descongelado del todo y que flotan por el río, como balsas que navegan sin rumbo. Lanzas una piedra de gran tamaño, pero no lo suficiente como para romper el hielo, con lo que se queda en su superficie, dando la impresión de que estuviera flotando sobre el agua.

La imagen hace que esté a punto de llorar. Por algún motivo, siento que soy esa piedra y que, tarde o temprano, el hielo sobre el que navego se acabará derritiendo, por muy grueso que me pueda parecer y me sumerja en las frías y oscuras aguas que hay debajo. Pienso que es inevitable que te acabe perdiendo de mi lado y que al final, la corriente nos arrastrará a todos de forma inevitable. La naturaleza nos rodea, majestuosa pero también indiferente a nuestros pequeños problemas.

Aprovecho para abrazarte, con el glaciar de fondo.

–No quiero perderte nunca.

Nos quedamos así durante varios minutos, con los crujidos del glaciar rodeándonos. Cuanto más pienso en lo transitorio que es todo lo que estamos viviendo, más fuerte debo agarrarte, más temo que te acabes derritiendo entre mis brazos.

–No me vas a perder. Siempre nos quedará lo que hemos vivido. Eso no lo vas a olvidar nunca, cariño.

Entiendo el doble sentido de tus palabras, pero el miedo a que te vayas de mi lado se sigue apoderando de mí, como si me estuviera arrojando en un frío abrazo que me hiela por dentro.

–Si alguna vez te tienes que ir no quiero despedidas. Por favor. Odio las despedidas.

Me miras con gesto extrañado, como si ya fuera tarde para hablar de despedidas porque saber que ya lo hemos vivido. Pero antes de que puedas hablar, prefiero abrazarte y darte un intenso beso.

–Te quiero –te digo en cuanto nuestros labios se despegan.

Me miras a los ojos. Te cuesta más decirlo que a mí. Valoras todas las opciones. No quieres hacerme daño.

–Yo también te quiero.

Escuchamos “Ekki Múkk” de Sigur Rós la noche antes de marcharnos, tomando un café en una de las librerías del centro de Reikiavik. Al menos es la canción que siempre me pongo para recordarnos, o para imaginarte. La que mejor recrea el tiempo que hemos pasado juntos en la isla. En el paisaje musical que recrea la canción, siempre apareces a mi lado y visualizo cada momento junto a ti. De cómo conseguimos alcanzar la perfección.

Dejo el libro a un lado y me quedo mirándote como embobado, hasta que te percatas y dejas también lo que estás leyendo. Los dos en silencio, con la música de fondo. Es entonces cuando te pido que no nos vayamos de Islandia. Que nos quedemos a vivir allí para siempre. Que ese es nuestro lugar, al que pertenecemos. Que allí podremos ser lo que nunca hemos sido y siempre hemos querido ser. Que yo seré tuyo y tú serás mía. Que aprenderemos islandés, aunque nos haya parecido un idioma muy raro de insectos alegres. Que tendremos una casita cerca de esa cascada que tanto te gustó. Que escribiremos cuentos y compondremos canciones los dos juntos por las noches. Que haremos el amor para celebrar la llegada del verano y también para despedirlo. Que las placas de hielo no se derretirán nunca y que la piedra que lanzamos llegará hasta el océano sin caer al agua. Que no te dejaré escapar de mi lado hasta que no crezca un árbol de forma natural en

Islandia.

Me acaricias la mejilla con tu mano, mientras sueltas una lágrima. O soy yo el que llora, apenas importa.

–Eso es imposible. Nunca podrás conocerme tanto.

Me invade el miedo de que después de Islandia no nos quede nada. De que nos hayamos vaciado tanto, que apenas nos reconozcamos al llegar. Nos besamos mirándonos a los ojos, sabiendo que cuando el avión empiece a despegar, una parte de nuestro corazón se estará desgarrando, pegado al suelo de Reikiavik. Y espero que no nos desangremos hasta morir.

2:00

Aunque me gustaría decir otra cosa, nuestro primer encuentro no fue especialmente romántico como me habría gustado. Muy distinto al que tuve en el universo infinito en el que estamos viviendo juntos y que acabó con un polvo salvaje en el aseo. En la fiesta real me encontraba charlando con Rafa cerca de la puerta de la cocina, cuando Sonia me miró con gesto divertido. Después, su mirada se dirigió a mi lado lo que me hizo girar la cabeza hacia donde te encontrabas. Creo que llevábamos varios minutos uno junto al lado del otro sin que nos hubiésemos hecho el más mínimo caso, indiferentes a nuestra existencia. Pero como había supuesto, en cuanto te vi, supe que nunca podrías estar conmigo. Lo sentí en lo más hondo de mi ser. Aunque en ese momento, aún no sabía cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

–¡Por fin os veo! ¿No te han presentado a Lorena? –dijo Sonia.

Nos quedamos mirándonos con media sonrisa forzada. No sé si te fijaste mucho en mí en aquel momento, pero yo sí que me quedé absorto, completamente hipnotizado por tus ojos azules. Como sabes, llevaba varias cervezas en el cuerpo y se estaba empezando a notar en el brillo etílico de mis ojos. Intenté poner la cara más sobria posible, tratando de ocultar mi máscara de borracho.

–No. Aún no hemos tenido el placer –dijiste mientras esbozabas una sonrisa diplomática.

Nos dimos dos besos en las mejillas y nos miramos brevemente, algo

nerviosos, sin saber exactamente qué decirnos.

–No eres de por aquí, ¿no? –te pregunté finalmente.

–Eres un lince. Soy de Venezuela –me contestaste, algo decepcionada por una pregunta tan manida.

–¿Llevas mucho en Barcelona?

En ese instante noté que la conversación no avanzaba por donde a ti te gustaba. Empezaste a mirar a todas partes, como si estuvieras buscando a otra persona.

–Nada, sólo unos días. Disculpa, es que no tengo nada para beber –dijiste mostrándome tus manos vacías.

–Si quieres puedes beber de mi...

Entonces, me dejaste con la palabra en la boca, aunque aún no sé si fue un gesto voluntario o porque realmente tenías sed. Tampoco me pareció extraño, pues una chica tan rematadamente guapa como tú no suele estar con tipos aburridos como yo. No sería la primera vez que me pasa, así que en aquel momento no le di demasiada importancia. Mala suerte, las cosas no habían salido como pretendía. Me bebí la cerveza de un trago, saboreando una nueva derrota en mi vida romántica.

–Es guapísima –le dije a Rafa mientras te veía alejarte hacia la cocina.

–Mejor para ti. Vamos al aseo, que me quema el bolsillo.

Cuando Rafa me decía que le quemaba el bolsillo siempre se refería al pollo de cocaína. Era una expresión muy suya que me recordaba al pasado. En ese momento empecé a dibujar de nuevo tu rostro en mi cabeza, fascinado por cada detalle y valorando las pocas posibilidades que tenía de acercarme a ti. No me sentía ni lo suficientemente guapo, ni simpático ni inteligente como para que me dedicases más de tres minutos de tu vida. Los que ya habías pasado conmigo. Ni toda la cocaína del mundo lo habría conseguido.

–¿Le das caña o no? –me preguntó Rafa.

Sin darme cuenta, mi mente había producido una elipsis temporal que concluyó cuando estaba dentro del aseo con una raya de coca delante de mí y con Rafa ofreciéndome un rulo. Me la esnifé de forma casi instintiva, mientras seguía pensando en aquel primer encuentro con Lorena.

–He quedado como un perfecto imbécil –le dije a Rafa.

–Mejor, así te conoce como eres en realidad y no se lleva sorpresas luego.

–Vete a tomar por el culo –le contesté dándole un golpe en el hombro mientras salíamos del aseo en un recorrido que habíamos hecho varias veces esa misma noche.

–No. Esta vez te lo digo en serio. Siempre te ha pasado lo mismo con las tías. Las idealizas como si fueran obras de arte y no te das cuenta de que son personas como tú y como yo, que tienen las mismas putas necesidades que cualquier otro ser humano. Ese es tu problema, tío. Siempre lo ha sido. Las tías también van a cagar, se tiran pedos y les entran calentones de vez en cuando. El caso es estar ahí cuando es el momento adecuado para echar un polvo y luego tratarlas como personas, no como si fueran la jodida Gioconda. Eso es lo que has hecho con todas las tías en tu vida y así te ha ido con Silvia.

Llegamos hasta la cocina. Antes de entrar, había echado un vistazo alrededor para buscarte, pero no había señales de ti.

–Con Silvia fue distinto...

–Con Silvia fue igual que con todas las demás.

–Las otras dos –le puntalicé. –Y tenían nombre. Julia y Virginia.

–Perfecto, tu vida romántica cabría entera en la punta de mi polla y todavía nos quedaría espacio para un par de golfas más. ¡Despierta! –me gritó dándome un vigoroso puñetazo en el hombro. –Vives en otro mundo. Deja de idealizar a las chicas si no quieres vivir amargado.

–Tú no lo entiendes...

–Lo que entiendo es que la vida real no es como el guión de la puta princesa prometida.

–Un respeto a esa película y a William Goldman.

–Mira, chaval, me voy a pasar esa película por el forro de los huevos. Esa mierda romántica te ha hecho mucho daño y lo sabes de sobra. Están muy bien para cuando tienes quince años, pero no cuando llegas a los treinta. Tienes que dejar de idealizar a las mujeres y empezar a pensar con la polla de una vez. De esa forma te irá mucho mejor en la vida. Empieza esta noche sin falta. Coges a Lorena, hablas con ella un rato y si ves que la cosa va bien echáis un polvo salvaje en el cuarto de baño. Así te quitas todos esos pájaros que tienes en la cabeza.

–Mira quién habla.

–Vete a la mierda y bébete esto.

Rafa me pasó una lata de cerveza, mientras yo le empezaba a dar vueltas a sus palabras. Sabía que se expresaba como un capullo pero, que en el fondo, tenía toda la razón del mundo. El máximo tiempo que había estado con alguna chica fue con Silvia y en total fue poco menos de un año, cifra que nunca he superado con ninguna otra. Supongo que tengo esa vena melancólica que me hace sentirme siempre un poco perdedor incluso cuando estoy con alguien que realmente me gusta. Como si no fuera merecedor de toda esa alegría que estaba sintiendo con ella y una parte de mí quisiera complicarse la vida con discusiones estúpidas, celos injustificados y una absurda sensación de hastío. También podía ser que en el fondo, como decía Rafa, fuera pura inmadurez. Que mi romanticismo fuera una forma de seguir siendo un adolescente.

Cuando regresamos al salón, mis ojos te buscaron otra vez de una manera tan involuntaria como compulsiva. Analicé cada una de las caras que había a mi alrededor, tratando de dar contigo entre toda esa gente

desconocida. Apenas te conocía de unos minutos, pero temía que hubieras desaparecido por completo, que al hablar conmigo hubieras visto que aquella fiesta no merecía la pena y te hubieras marchado de allí. Tampoco me habría extrañado mucho.

Nos acercamos al grupo de Sonia, que se había animado por fin y estaban todos junto a uno de los altavoces bailando al ritmo pegadizo y ultraailable de “Not In Love”, el tema de Crystal Castles. Por supuesto, se trataba de la versión cantada por Robert Smith, que le daba ese tono todavía más romántico a la par que melancólico. Pensé que el tema de la canción venía al dedo a la conversación que había tenido con Rafa y volví a darle vueltas a quién debía estar pinchando esa noche toda esa fantástica música.

—¿Dónde se ha metido Lorena? —le pregunté a Sonia, que me miró de reojo mientras bailaba.

—No sé, la última vez que la vi estaba contigo. No te preocupes, ya te he dicho que es una chica muy inquieta. No puede quedarse mucho tiempo en un mismo sitio.

Sus palabras me tranquilizaron en parte, haciéndome pensar que quizás no hubieras escapado por mi absurdo tema de conversación como había temido. Deberías estar por ahí cerca, quizás en el salón como yo. Me di cuenta de que, bien por culpa del alcohol o de la cocaína, me estaba empezando a obsesionar contigo, aunque todavía de forma muy sutil. Porque la idea de que todavía siguieras por la fiesta y que no hubieras huido hizo que me volviera a entregar al baile, permitiendo que mi cuerpo se dejara llevar por completo junto al resto de cuerpos sudorosos que no dejaban de bailar al ritmo de “Heartbeats” el maravilloso tema de The Knife.

No le dejaba de dar vueltas a las palabras de Rafa mientras el rostro de mis antiguas novias se me aparecía continuamente en mi cabeza. Sé que tres relaciones de cierta importancia en diez años es un bagaje algo pobre, aunque

es mucho más de lo que podría haber imaginado cuando era un crío y soñaba con rescatar a princesas de las garras de peligrosos dragones. No es que no hubiera tenido rollos ocasionales algún que otro sábado al salir de marcha, sino que yo, para estar con alguien, debía sentirme completamente prendado de aquella persona. Más o menos lo que me pasó contigo esa noche.

En todas aquellas relaciones siempre había pasado un periodo bastante largo de cortejo, el cual disfrutaba casi tanto (o más), que la relación en sí misma. En el caso de Silvia fue especial, pues ese cortejo duró casi los cinco años que estuve en la universidad. Al principio todo consistía en un juego de miradas, luego se produjo un acercamiento en varias fiestas gracias a nuestras amistades conjuntas. Después vinieron las primeras palabras. Más tarde, una esporádica invitación a ir al cine. Hasta que al final, en una de las fiestas de final de carrera, por fin nos enrollamos. Durante ese tiempo tampoco es que estuviera completamente parado, pues aproveché para salir con Virginia, una encantadora estudiante de medicina que conocí una noche. Pero con Silvia había algo especial. Era ese coqueteo que mantienes con una única persona durante varios meses y que te consigue cautivar desde el primer momento en que la ves. Pese a que otras chicas pasaran por mi vida, era Silvia la que siempre acababa reclamando mi atención: bien porque siempre nos veíamos en clase, porque descubría la punzada de los celos al verla con un nuevo novio o por el alivio egoísta de verla sufrir cuando cortaban. Pese a ello, siempre habíamos jugado el papel de “amigos íntimos de la universidad”, aunque en el fondo los dos sabíamos que aspirábamos a más.

Pero ni ella tuvo fuerzas ni ganas de pedirme nada, ni yo me atreví a bajarla del pedestal en la que la había situado. No sabría decir si era una cuestión de miedo escénico, al fracaso o una retorcida forma de marcarme retos que podía considerar como imposibles o desesperados para sentirme martirizado durante más tiempo. El caso es que esos cinco años juntos fueron

de los mejores de mi vida. Pero, una vez empecé a salir más en serio con Silvia, fue como si toda aquella magia se hubiera roto por completo. Como si el nuevo estatus de pareja con derecho a roce (¡y vaya si nos rozamos en los meses que estuvimos saliendo!) nos viniera demasiado grande. Teníamos la sensación de seguir siendo ese par de amigos que quedaban para comer en la cantina del campus para después ir a la biblioteca a estudiar. Y yo tampoco hice mucho por levantar la relación, abrumado por el hecho de tener para mí a una chica como ella, atractiva, lista y divertida. No sé si le ha pasado a más gente que el exceso de presión le haga dejar algo que estaba deseando desde hacía tiempo. Pero por muy extraño que sea explicarlo, fue justo lo que sentí con Silvia. Me retiré de la puja mucho antes de saber si tenía suficiente dinero en el bolsillo. Y ahora que lo veo, creo que tenía crédito de sobra.

Pero supongo que esas son las cosas que te dan la madurez. Si es que ese término se puede aplicar a los de nuestra generación. La generación X. La han estudiado desde muchas perspectivas, pero yo siempre he pensado que más bien era parte de una generación Patrulla X: jóvenes mutantes con poderes variopintos que, por lo general, viven aislados de su entorno, como en una burbuja. Lástima que mi poder fuera un poco mierda. El poder de agasajar a tu pareja hasta volverla loca. Y con Silvia fue al final lo que pasó. El eterno debate entre ser un capullo para seducirlas o un tipo agradable y simpático para mantenerlas lo perdí por goleada. Pero seré realista, tampoco podría ser un capullo con las mujeres, aunque me lo propusiera firmemente.

Pero al ver a Rafa junto a Sonia pensé que esa vez podría ser distinto. Que llegados a ese punto de mi vida podía actuar de forma más madura y confiada. De acuerdo, sabía que no podía evitar sentir cierta adoración por las chicas en las que me fijaba, pero había algo en ti que me hizo sentir que sería distinto. Apenas nos habíamos cruzado unas palabras, pero pensaba en ti con una extraña familiaridad que no había sentido nunca, con ninguna otra chica.

Pensé que podía ser una forma absurda de convencerme a mí mismo para seguir ligando contigo, pero cuando te volví aparecer, radiante y hermosa como nunca, charlando junto a Sonia y Jordi, tuve de nuevo esa impresión. Tras apenas unos minutos, sentí como si formaras parte de mí desde hacía tiempo. Una extraña sensación que me dejó intuir una especie de déjà vu, como si tu simple presencia fuera asimilada por todas las células de mi cuerpo como algo natural.

–Ese Jordi no me cae muy bien, está todo el rato pegado a Sonia –dijo Rafa mientras seguía bebiendo a mi lado. Lo había perdido de vista durante varios minutos y estaba seguro de que había regresado por su cuenta al aseo a meterse otra raya. Le veía con la mandíbula desencajada y me empecé a preocupar seriamente por su salud. Era como si el hecho de volver a ser el mismo tipo de siempre le hubiera superado a sí mismo. Me recordó a Jack Nicholson en “Lobo”, obligado a sobre interpretar su propio personaje hasta límites insaciables. Solo le faltaba mirarse al espejo y sacar la lengua mientras sonreía con cara de sátiro. Veía a mi amigo bastante desquiciado, bebiendo sin parar su cerveza, hasta que no quedó nada del preciado líquido dorado.

–Déjales, son buenos amigos –era extraño que fuera yo el que actuaba con seguridad, cuando era él el que siempre había ejercido ese papel. Yo era el tipo nervioso y él el tipo tranquilo que sabía manejar cualquier situación. Pero ahora las cosas habían cambiado.

–Estoy cansado de beber cerveza, como si fuera un maldito inglés en Benidorm –dijo lanzando sin consideración la lata que llevaba en la mano. – Vamos a por algo más fuerte. ¿Te hacen unos chupitos?

Esa había sido siempre la frase que significaba nuestra perdición: el ritual del chupito. Es increíble cómo, cuando eres joven, te dedicas a generar una serie de costumbres generalmente tremendamente absurdas y estúpidas.

Costumbres casi siempre ligadas con la idea de superarse a uno mismo y ver hasta dónde puede llegar tu límite. Estupideces que iban en contra de toda lógica y que no tuvieran como objetivo principal una mínima conservación del cuerpo humano. En nuestro caso, teníamos los chupitos de Jack Daniel's. No recuerdo de forma exacta cómo surgió toda esa historia, fruto probablemente de alguna de nuestras muchas noches de fiesta desmadrada. Aunque si no recuerdo mal, creo que fue porque uno de nuestros colegas se rajó en el último momento y nos rifamos su chupito entre los dos. La semana siguiente, ese chupito extra formaba parte de la tradición, así como el hecho de disputárnoslo. Al principio poníamos otros tres chupitos sobre la mesa y cada uno de nosotros empezaba por un lado, quien se bebiese antes el de en medio ganaba. Si es que esa patada al hígado se podía considerar una victoria. Después, los tres chupitos se convirtieron en cinco y los cinco finalmente en siete. El número mágico.

La tradición del GP Chupito se convirtió al final en el detonante que daba inicio a nuestras fiestas más salvajes. Muchas veces acababan todos los chupitos por el suelo, otras con nuestras cabezas chocando antes de coger el último y, en alguna ocasión, con los restos de vómito del vencedor sobre la barra del bar. Sí, no fueron pocas las veces que nos echaron de algún local por aquella tradición nuestra tan elegante.

Al ver la hilera de chupitos sobre la mesa de la cocina, todos aquellos recuerdos me vinieron a la cabeza de golpe, alejados como la luz de un faro en medio de una intensa tormenta. En mi cabeza todavía sentía tener que haber salido del salón y dejar de ver el maravilloso y delicado cuerpo de Lorena contonearse al ritmo de la música electrónica. Pero Rafa apenas me dio tiempo a recrearme en esa melancolía y empezó la cuenta atrás antes de que pudiera situarme correctamente.

–Diez... Nueve... Ocho...

Dos chavales estaban a nuestro lado, alucinando con la imagen de dos treintañeros actuando como auténticos gilipollas que quieren demostrarse hasta qué punto puede llegar su idiotez. Y lo que era peor, disfrutándolo. Creo que les oí apostar diez euros a que potábamos antes de acabar.

–Siete... Seis... Cinco...

Esboqué una sonrisa a medida que mi cuerpo se empezaba a tensar. Los siete chupitos estaban ante mí, formando una línea recta perfecta. No sabía si estaba realmente preparado para el festín etílico que nos habíamos preparado, ni si sobreviviría a este tipo de juegos a mi edad.

–Cuatro... Tres... ¡A tomar por culo!

Con sus habituales trampas, Rafa se lanzó sobre el primer chupito, con lo que cuando estaba dejándolo sobre la mesa yo acababa de empezar. El segundo chupito se le atascó un poco y se dejó un poco de whisky (éramos muy estrictos con el tema de dejarse siquiera un mililitro de alcohol en el vaso), mientras yo recuperaba con agilidad el terreno perdido. El tercer chupito se convirtió en un auténtico cara a cara, que logré ganar gracias a que Rafa había perdido algo de coordinación y no atinó a coger el último vaso a tiempo. Tras beberlo con rapidez, hizo lo propio con el cuarto, el último, tras lo cual levanté los brazos, eufórico. Al hacer el gesto, noté cómo el alcohol me subía con fuerza a la cabeza, como si me estuviesen golpeando con un bate de béisbol. Aun así, lo celebré, mientras me recreaba en la derrota de mi amigo.

–¡Tío, eres un puto *looooooser*! Has intentado coger ese último chupito con la misma habilidad que Stephen Hawking montando un castillo de naipes.

Rafa me miró concentrado, tratando de enfocar mi rostro, ya que el Jack Daniel's se le había subido bastante más que a mí. Le abracé, como hacíamos en los viejos tiempos. Todo muy hetero, aunque a los chavales de

nuestro lado les pareciera lo contrario. Nos miraron cabreados, probablemente alguno de los dos habría perdido su apuesta.

–No me seas maricón –me dijo Rafa mientras me separaba con los brazos. –Te he dejado ganar, para que te animes y te tires a la pava esa esta misma noche en el puto...

–...aseo. Sí, me lo has dicho. Oído cocina.

–Vamos a hacernos unos cubatas, que esto no sube –dijo Rafa con su habitual ironía. –Whisky con cola para mí y ginebra con limón para la señorita, ¿no?

–Como en los viejos tiempos, amigo.

–Como en los putos viejos tiempos, *motherfucker* –contestó Rafa sonriéndome.

Salimos de la cocina considerablemente más afectados de como habíamos entrado apenas diez minutos antes. A Rafa le costaba incluso trazar una línea recta con su andar, diezmado como estaba por los efectos etílicos, fácilmente apreciables gracias a la sonrisa bobalicona con la que los dos mirábamos al resto de la gente en la fiesta. Había dejado de llegar gente al piso, pero se podía decir que el local estaba a rebosar. Aquello parecía el Razzmatazz un sábado a las tres de la madrugada. Donde antes había espacio en el salón para sentarse en el sofá y charlar animadamente, ahora sólo había grupos de personas que chocaban las unas con las otras por falta de espacio. Pero eso a Rafa y a mí apenas nos importaba con el considerable ciego que llevábamos.

A empujones logramos regresar al mismo sitio donde dejamos a Sonia y el resto de amigos. La novia de Rafa nos recibió con una sonrisa radiante y dándole un empalagoso beso a Rafa, que casi provocó que los dos cayeran de forma bastante cómica al suelo. Entendí que ella también empezaba a tener un buen pedal y pensé que debía ir de algo más que alcohol. Lo más probable

era que se hubiera metido algo de M, la droga más habitual para salir a fiestas desfasadas de este estilo.

No muy lejos, me percaté de inmediato de tu presencia. Como para no hacerlo: llevabas puesta tu chaqueta vaquera mientras bailabas de una forma que me sedujo al instante. No es que bailaras excesivamente sexy. No, eso en realidad a mí no me gustaba mucho. Te contoneabas, agachando tu cuerpo y moviendo los brazos rítmicamente, en una mezcla entre seductora y algo patosa. Lo que me encantaba era ver cómo te movías, sin importarte lo que pudieran pensar los demás. Es exactamente la forma en que me gusta bailar a mí. Pero pese a todo ello y a las muchas ganas que tenía de conocerte, de estar a tu lado, de bailar contigo al ritmo pegadizo de “I Can Change” de LCD Soundsystem (¿quién demonios debía estar pinchando?), me quedé simplemente mirándote, fascinado. Me movía a cierta distancia, mientras tú seducías sin pretenderlo a todos los chicos que estaban a tu alrededor. Me excitaste cuando te quitaste la chaqueta fruto del sudor y me mostraste tu camiseta negra de mangas cortas con el logo de The Cure en matices dorados en la parte frontal. Me quedé petrificado, disfrutando del asiento en primera fila. Viendo la mejor película de mi vida.

Pudimos haber ido al Festival de Sitges...

Normalmente me doy cuenta de que me estoy empezando a enamorar de alguien cuando me descubro a mí mismo escuchando de forma compulsiva y en bucle en mi iPod “Something Strange Happens” de Allen Clapp And His Orchestra. Desde la época en la que coleccionaba sin parar casi todos los vinilos de Elephant Records me empecé a obsesionar con esa canción y con otras grandes joyas del pop de grupos como Le Mans, Spring, Nosotrâsh o Camera Obscura. Me encerraba durante horas en mi cuarto para aislarme del

mundo exterior sumergido en mi creciente romanticismo. Eso fue justo lo que hice en cuanto regresé de mi viaje a Islandia, a solas en mi piso, contando las horas que quedaban cada día para volver a verte.

Me parece extraño que, a mi edad, vuelva a sentirme como un estúpido adolescente, sin que pueda sacarte de mi cabeza en todo el día. Me doy cuenta de que son cosas que debía haber dejado en el pasado y que no son propias de una persona adulta como se supone que debería ser yo. Todas las cosas que antes me preocupaban en cuanto regresaba a casa del trabajo, o con las que me entretenía, han pasado por completo a un segundo plano, como si no existieran. El mando de la Xbox yace a mi lado, inerte, mirándome sin entender qué es lo que ha sucedido y por qué no estoy echando unas partidas *online* al FIFA o pegando unos tiros en el campo de batalla en algún Call of Duty. El reproductor de Blu-Ray parece imitar el gesto de su compañera electrónica, completamente relegado de sus funciones casi diarias para ver alguna serie o película. No. Hoy la estrella es el iPod y las fotos tuyas que tengo en mi ordenador.

Echo la vista atrás y recuerdo los años en los que las fotografías eran objetos casi de culto que cada uno conservaba o bien en una caja de zapatos o archivada en uno de esos voluminosos archivadores. Siempre que estaba enamorado de una chica (y tenía una foto suya, algo que era bastante improbable en aquellos tiempos), desgastaba cada una de esas fotografías observándolas de forma minuciosa durante horas. Estudiando cada detalle de la imagen hasta que casi los podía recordar de memoria. Ahora, tengo el iPhoto de mi iMac completamente atiborrado con los miles de fotos y vídeos que nos hemos sacado en el viaje a Islandia. Y de esa forma, las horas se pueden convertir con facilidad en días. Preparo un montaje del viaje, pero borro enseguida el proyecto, avergonzado del pastiche tremendamente cursi que me ha salido. Debo estar perdiendo la cabeza, como siempre me suele

pasar.

Al regresar de Islandia dejamos bastante claro que podíamos decir oficialmente que éramos pareja. Aunque también me di cuenta de que no tenía realmente a nadie a quien pudiera decírselo, o mejor, a quien me diera ganas de decírselo. Era como si siguiera soltero, incapaz de decírselo al mundo. Ni siquiera tenía ganas de comentárselo a mis padres. No fue hasta pasada una semana cuando el grupo de amigos cinéfilos del trabajo logró sacármelo pese a mi absurda reticencia.

–Tráetela a Sitges –dijo Carlos mientras me sonreía travieso.

Solíamos reunirnos en el trabajo los viernes, después de que acabáramos la jornada a las tres y todo el mundo se fuera del edificio dejando la sala de reuniones completamente vacía y disponible. Era uno de los mejores momentos de la semana, cuando los más frikis del trabajo nos congregábamos para jugar o bien a las cartas (“Munchkin”, “Ciudadelas” e “Illuminati” eran nuestros juegos favoritos), o bien a algún complejo juego de mesa (en ese caso yo siempre me decantaba por el “Arkham Horror” y sus lúgubres aventuras lovecraftianas). Además de Carlos, estaban Miguel Ángel, Anna, Kike e Irene. Todos buenos amigos, aunque no tenía con ellos la suficiente confianza como para poderles explicar lo que estaba pasando en mi vida sentimental. Eran los amigos del viernes.

Creo que ese día me han notado algo extraño, ya que no dejo de mirar el reloj y no presto gran atención a la partida, con lo que me tienen que recriminar en varias ocasiones que mi turno ha comenzado o que he lanzado una carta equivocada. Algo que puede considerarse como una terrible ofensa en esas sesiones. Es Irene, la más perspicaz de todas, la que enseguida capta que se trata de una mujer. Los demás me miran incrédulos, esperando a que les aclare algo sobre el tema. Ninguno de ellos está muy acostumbrado a que el tema amoroso sea el centro del debate los viernes de partida. Ahí se va a

jugar, no a hablar de mariconadas como esas. Irene es la única que parece atenta a mis explicaciones, mientras que el resto (especialmente Kike, el que más se sumergía en el fragor de las partidas) esperan impacientes a que acabe de hablar de mis tonterías para poder continuar con sus turnos. De hecho, creo que Carlos ha lanzado la propuesta sobre Sitges únicamente para concluir la conversación sobre Lorena. Pero de esa forma ha abierto otra posibilidad que a todos les deja más preocupados.

El Festival de cine de Sitges era nuestro refugio desde hacía años. No faltábamos nunca a nuestra semana intensiva de cine de terror y fantástico desde que nos conocimos al entrar en la empresa. Al principio éramos únicamente Miguel Ángel y yo, y al año siguiente se apuntaron los demás. Nuestros atracones comprendían más de cinco películas diarias, además de las celebradas maratones del festival que acababan a las seis de la mañana. Siempre que podíamos acudíamos a la mítica maratón zombie, todo un clásico para los aficionados al cine de terror.

Cuando eres aficionado al terror es muy difícil explicarle el motivo de tu pasión a alguien que no sienta tanto entusiasmo por ese género. Más que definirlo con palabras, es una cosa que hay que vivirla, como se suele decir. Casi por definición, el cine de terror es como un partido de fútbol: se disfruta mucho más en compañía. Cada vez que nos encerrábamos en alguno de los cines de Sitges y las luces se apagaban, un cosquilleo me empezaba a recorrer el estómago. A partir de ese momento me dejaba llevar para poder sumergirme en los cálidos brazos del celuloide, de esos mundos terroríficos de los que querías huir, pero a la vez de los que no querías salir nunca. Esa sensación de comunidad que se comparte en el festival, con el resto de aficionados al género, no creo que se pueda experimentar en ningún otro festival del mundo. Para mí, Sitges era cine en estado puro. Amor por el celuloide.

Estamos cerca de octubre y, como cada año, la programación del festival tarda en confirmarse y ni los horarios están disponibles ni las entradas a la venta. Aún no hemos hecho el ritual de reunirnos para acordar los horarios de las películas que vamos a ver ni, por supuesto, hemos ido a sacar las entradas a algún cajero, otro de nuestros rituales de cada año.

–Sí, no es mala idea –le contesto a Carlos que me mira con cara de arrepentimiento. Ya no le parece tan buena idea al final de todo.

–Pero entonces el hotel... –replica a los pocos segundos. Todos los años reservábamos un hotel con bastante antelación, pues el transporte entre Sitges y Barcelona durante esas fechas limitaba demasiado el número de películas que podías ver. En cuanto salías de una película que empezase algo más tarde de las diez de la noche, como no teníamos coche, teníamos que coger el horrible autobús que pasaba cada hora y solía estar atiborrado de gente. De esa forma, usábamos el hotel como base de operaciones para poder disfrutar mucho más intensamente del festival. Todo el día viendo películas. El paraíso.

–Pediremos que nos pongan una cama supletoria, eso no es problema –dijo Anna callando a Carlos.

La idea me entusiasma por completo. Que vengas a Sitges conmigo me parece una forma ideal para que me sigas conociendo. Al fin y al cabo, tengo que aprovechar que sigues a mi lado y descubrir todo lo que no supe sobre ti, y a la vez mostrarte todo lo que no te dije sobre mí.

–No creo que pueda quedarme mucho más tiempo en casa de Sonia –me dices con el gesto torcido.

“Mierda, te vas a ir. Me vas a dejar tirado por segunda vez. Bueno, todavía es la primera aquí. Pero te vas a volver a Venezuela, con tu familia. Te lo has pensado mejor. Como me temía, no hemos superado la vuelta de Islandia, nos hemos vaciado por completo”. Los pensamientos trágicos se

agolpan en mi cabeza, fatalistas, como siempre he sido yo. Pienso que es lo normal, que tarde o temprano te habrías dado cuenta de que eres demasiado buena para mí. Que sí, que soy tonto como siempre te he dicho.

–¿No puede esperar unos días más?

–Llevo casi dos meses en su piso. Además, está empezando a salir con Jordi y creo que quieren tener la casa para ellos dos. En plan parejita.

“Seguro que él no se queja de tener a dos tías en casa. De verte en albornoz cuando salgas de la ducha y que sin querer se te abra un poco y pueda verte un pecho, aunque sea de pasada”. Al notar mi erección incipiente, maldigo mi mente calenturienta.

–Bueno, siempre podemos... No sé... –Puede que sea evidente lo que está esperando que diga, pero de verdad que no me doy cuenta. Sigo con la idea de que se quieres marcharte a tu país y que estás cortando conmigo.

–Si supiera de alguien que vive solo y que no tuviera inconveniente en acogerme durante ese tiempo...

–Pues ahora no caigo en nadie. La poca gente que conozco o vive con sus padres o tiene el piso completamente abarrotado. No se me ocurre nada. – Ese soy yo. Todo un lince.

–...alguien que fuera agradable conmigo y simpático, que me trajera el desayuno a la cama y no le importasen mis imperfecciones, sino que le gustaran mucho... –en serio, soy un caso aparte. Sigo sin pillarlo, ni viendo la cara que pones de “tío, no te das cuenta de lo que te pido”.

–Lorena, estás pidiendo demasiado. Yo me conformaría con pillar una habitación mínimamente decente por el Born a buen precio.

–...alguien a quien pudiera follarme siempre que tuviera ganas...

–¡Ey! –sí, ahí es cuando me doy cuenta. Premio al listo del mes. –¡Ah! Vale. Ese soy yo, ¿no? –me avergüenza no sólo no haberme dado cuenta, sino todo lo que has dicho sobre lo que esperas de mí. Demasiada

responsabilidad. –¿Quieres vivir conmigo? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

–Es eso o regresar a Venezuela.

–Ya estás tardando en recoger tus cosas.

Todavía tienes los días completamente libres, pues aún no has empezado a buscar trabajo. La idea de viajar por Europa se ha alargado mucho más de lo que habías previsto en un primer momento, antes de que me conocieras. Porque esa es una de las primeras cosas que descubro en cuanto te mudas a mi casa y te veo charlando por teléfono con ese acento tan cariñoso tuyo con tu familia. Te echan de menos y tú les echas de menos a ellos y me siento algo mal, por ser el culpable de que no se produzca esa reunión. Pero por otra parte quiero retenerte todo el tiempo que pueda y pienso “que les jodan, ellos han disfrutado durante mucho tiempo, ahora me toca a mí”. Pero tú, cuando cuelgas, no puedes evitar llorar un poco hasta obligarme a que te prometa que iremos a Venezuela en cuanto nos sea posible. En menos de un mes. Nos besamos y “estrenamos” mi cama echando un polvo espectacular. Aunque ya habíamos follado ahí, esa vez es distinto, es el primero que echamos siendo pareja oficial. De las que viven juntos y se tiran pedos en el salón sin miedo a nada. De las que mean con la puerta abierta. De las que se pasean desnudos por la casa cuando hace mucho calor.

Te aprieto contra mi cuerpo, contento de tenerte a mi lado.

–Menos mal que echamos ese polvo salvaje en la fiesta –digo casi sin pensar en mis palabras.

–¿Menos mal? ¿Habría sido algo diferente si no hubiésemos follado? – noto que me contestas un poco a la defensiva. No eres consciente de lo mal que podrían haber salido las cosas. –¿Solo te gustan las que follan en la primera cita?

–¡No era una cita! Y no lo sé. Supongo que si te hubiese conocido un poco más tarde todo habría sido distinto.

–Si hubiese tenido novio también lo habría sido.

–Pero no lo tienes. Y todo salió bien.

–¿Acaso pudo haber salido mal? –dices risueña, seduciéndome a cada

segundo que me sigues mirando fijamente a los ojos.

Pienso en decirte exactamente cómo habría podido salir mal. Cómo te podría haber perdido antes de que lo nuestro pudiese ser una realidad. Explicarte todas las cosas que me llevaron a visitar este universo infinito. Pero dudo que me entendieses. No tiene sentido seguir llorando por las cosas que tengo ante mí, que puedo ver, tocar, lamer e incluso pellizcar.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

Suelto mis dedos de tu brazo y veo la marca roja que ha dejado mi pellizco en tu piel. Bien, sigues aquí conmigo. Te doy un beso en el brazo, en la parte dolorida. Pero no es suficiente y me apartas con la mano. Te digo perdón con la mirada, pero de nuevo eso no basta y sales de la habitación para ordenar las pocas cosas que te has traído de casa de Sonia y que esperan pacientemente en el salón para que las saques y las coloques en alguna parte de mi piso. Aunque debería decir nuestro piso. Debo acostumbrarme, aunque sea yo el que pague el alquiler a final de mes. Vivir juntos debe ser más un concepto moral que una realidad económica. O al menos eso sería lo ideal.

Abro un armario que apenas he usado en todo el tiempo que he vivido en ese piso de soltero. Empiezas a meter todas tus cosas dentro, cuando a los pocos minutos me llamas porque has encontrado una caja en el fondo. La abrimos, con cuidado porque está repleta de polvo y descubro en su interior varios CDs que escuchaba cuando era adolescente. Nos pasamos toda la tarde en el salón, rodeado de las decenas de discos que hemos sacado, mientras te pongo sin parar los grandes éxitos de esa época, salpicados con alguna que otra historia que recuerdo de aquellos tiempos, normalmente junto a Rafa o con una chica. Con “Jose y yo” de Los Planetas me acuerdo de la primera vez que una chica me dejó, justo en una cafetería al salir del instituto; con “Only Happy When It Rains” de Garbage recuerdo, no sólo el morbo que nos daba a los Rafa y a mí Shirley Manson sino también las fiestas en su casa celebrando

que por fin era viernes y nos esperaba un largo fin de semana por delante; o con “Just When You’re Thinking Things Over”, de The Charlatans te hablo de los veranos que pasaba con mis amigos fumando porros en los campings de la costa.

–¿Dónde te gustaría cenar? –te pregunto cuando veo que te estás empezando a cansar de tanta música antigua y anécdotas adolescentes.

–Donde prefieras. Sorpréndeme.

Genial, espero que no te pienses que soy de esa clase de tipos que se conoce los mejores restaurantes de la ciudad y que puede sorprenderte cada noche llevándote a uno distinto. O de los que se conocen todos los platos del menú y cuáles son los vinos más sabrosos al mejor precio. De hecho, siempre suelo ir a los mismos restaurantes y de ahí no salgo. Y pedir algo distinto a una Estrella de barril me parece una ocasión especial. Un tipo de costumbres, sí. La mayoría de las veces acabo en el barrio del Born, en el “Set de Born” o en el “La llavor dels orígens”. Si estoy algo más lejos suelo peregrinar al “Hai Cheng”, el mejor chino de Barcelona a un precio económico. Y si es fin de semana y quiero vivir al límite visito “El rincón maya”, donde sirven uno de los mejores postres de toda la ciudad, el Tres Leches. Pero de ahí no me saques. Nunca podré tener la seguridad y control de Don Draper.

Al final te llevo a otro mexicano que suelo frecuentar, “Rosa negra”, en plena avenida Laietana. Es un mexicano bastante frecuentado por turistas y jóvenes que aprovechan las margaritas baratas y excepcionalmente sabrosas que sirven en la parte de abajo. Pero la parte de arriba tiene unas mesas recogidas, con bonitos hules repletos de llamativas flores y un ambiente bastante romántico y resultón. En efecto, ha quedado claro que no soy Don Draper, ni falta que me hace.

A los dos nos apasiona la comida mexicana, aunque no lo habíamos hablado hasta que te llevé al restaurante. Miramos la carta y coincidimos en

la mayoría de platos que vamos a pedir, como dos buenos enamorados. Nos percatamos de que hay una pareja de nuestra edad que cena en silencio en la mesa de al lado. Uno de ellos observa su plato medio vacío con detenimiento mientras que la chica permanece con la mirada distante, más atenta al resto de clientes del local que a su pareja. Me dices que temes que nos convirtamos en ellos algún día y te digo que no, que eso es imposible que nos suceda a nosotros.

Mientras esperamos a que nos sirvan la comida, recordamos el viaje a Islandia, con un tono de nostalgia que me empieza a preocupar. Como si no viviésemos en el presente y estuviésemos más pendientes del pasado, cuando apenas llevamos unos meses juntos. Creo que lo estoy haciendo de nuevo y te pregunto demasiadas veces si te encuentras bien y si toda está a tu gusto. “Vale, no seas pesado. Si se aburre, te lo dirá. Porque me lo dirías, ¿no?”.

–Pues yo creo que las sábanas de ese hotel siguen igual que las dejamos. Con semen y todo –dices mientras empiezas a saborear los jalapeños rellenos con queso.

–¡Qué bruta eres! –respondo, aunque me gusta que seas así y no te cortes de decir la primera tontería que se te viene a la cabeza, por mucho que la puedas cagar. Es algo en lo que somos muy parecidos. –Seguro que lo grabaron todo con una cámara oculta y en estos momentos lo han subido a internet a una web porno de amateurs follando en sitios extraños.

–Mejor, el hijo lo grabó sin que los padres se enterasen y se masturba todas las noches viendo cómo follamos.

–Le dimos un buen espectáculo.

–Espera, aún mejor. Se masturba mirando tu culito peludo porque es gay y no se atrevió a tirarte los trastos cuando tuvo la oportunidad. Ahora está deprimido por no haberte conocido y llora todas las noches después de correrse. Es todo muy triste, ¿no crees?

–Vale. Tú ganas. Has dicho la historia más cerda de la noche –pese a ello. Una parte de esa historia me recuerda a algo. Me recuerdo a mí mismo cuando estás conmigo, en cómo pude haberte perdido esa noche. No te vayas, Lorena.

Levantas la Coronita a modo de trofeo mientras lanzas besos a las parejas de los lados, que nos miran con cara de extrañeza. Brindas por ellos y por nosotros sin que entiendan nada. A los pocos segundos siguen con sus miradas cruzadas, con ganas de largarse. Empezamos a discutir sobre si preferimos dejarnos lo que más nos gusta de un plato para el final o nos lo comemos al principio. El clásico debate gastronómico. Yo, por supuesto, me reservo las partes más apetitosas, pero tú, en cambio, las devoras sin piedad en cuanto te dejan el plato en la mesa. Vale, tenemos algo diferente. La primera cosa de muchas, me temo.

–Es absurdo dejarse lo bueno para el final porque tienes mucha menos hambre que al principio y lo disfrutas menos –dices convencida.

–Lo que es absurdo es comerse todo lo bueno al principio y luego ver el plato que te dan ganas de llorar. Piensa que dejarse lo mejor para el final que es como un premio por un trabajo bien hecho.

–Eso es una chorrada –en el fondo, sé que tienes razón. Hay que aprovechar las cosas cuando se te presentan, porque nunca sabes qué pasará minutos después. Vale, estoy hablando otra vez de lo mismo. De lo que nos pasó en la fiesta. Mierda.

Regresamos a casa andando y disfrutando de la noche barcelonesa, como sabes que a mí me gusta. Entramos en un garito del que apenas había oído hablar, donde nos esperan Sonia y Jordi. Se les ve muy acaramelados a los dos. Sonia te había enviado un mensaje minutos antes y nos acercamos hasta allí aprovechando que no estábamos muy lejos del bar, por la zona del Gótico.

Al principio se me hace algo raro estar los cuatro en la clásica reunión de parejitas. Hacía siglos que no me encontraba en una situación parecida y se me nota demasiado incómodo. Me miras preocupada todo el tiempo, pues te sientes en parte responsable de mi malestar. Eso hace que, a su vez, yo me sienta todavía peor, pues no me he dado cuenta hasta ese momento de lo cerrada que es nuestra relación. Llevamos varias semanas siempre los dos solos y me olvido que no es tu ciudad y que no conoces a casi nadie y que debería sacarte más a menudo para tener una vida social más intensa. Pero como he dicho, no soy Don Draper, ni me parezco lo más mínimo.

Con gesto contrariado, le dices a Sonia que debemos irnos, lo que me hace sentir incluso aún peor. Jordi es buen tío (mucho mejor cuando lo empiezas a conocer que con las primeras impresiones, que son siempre malas consejeras), pero no tenemos demasiadas cosas en común. Es un tipo algo pedante y bohemio, de los muchos que abundan en Barcelona. Yo, en cambio, soy más directo y me gustan las cosas más comerciales (salvo en la música, donde siempre intento escuchar todas las novedades que salen en Pitchfork). No podemos empezar una charla sin que el fantasma de una discusión nos amenace a todos, así que finalmente hemos decidido no tocar temas sensibles como si Fernando León de Aranoa es un cansino o si John Carpenter es uno de los mejores directores de la historia del cine. Simplemente lo hemos dejado en tablas.

—¿Te gustaría venir al festival de cine de Sitges? —te pregunto mientras caminamos hacia casa, aún algo avergonzado por haberte forzado a salir del bar. Por tu gesto, pareces algo disgustada, pero tratas de disimularlo como puedes. Estoy empezando a saber leer esos gestos invisibles que todos ponemos sin darnos cuenta.

—No sé, supongo. ¿Qué películas echan?

—Pues básicamente terror. Aunque ya proyectan casi de todo. Fantasía,

thriller, suspense... Pero lo mejor de Sitges es el ambiente que hay, con toda la gente dispuesta a pasárselo de lujo viendo películas todo el día.

–Suenan bien –contestas sin disimular tu falta de entusiasmo.

–Vale, sé que si no te gusta el género puede sonar un poco fuerte de entrada, pero verás cómo te gusta. Podremos ver alguna película de zombies o una de estas asiáticas tan locas. Un año vi una película tailandesa que hizo que me quisiera frotar los ojos con papel de lija con tal de no seguir presenciando semejante disparate. Bueno, para echarnos unas risas.

–¿No conoces el cine venezolano?

–¿Es que hay cines en Venezuela? –vale, lo reconozco, no es el momento de hacer chistes ahora que estás un poco disgustada. Y mucho menos ese tipo de humor tan gilipollas que me caracteriza. Tu cara lo dice todo.

–Me gustan mucho las películas de Román Chalbaud o *Postales de Leningrado* de Mariana Rondón –dices sin hacer caso a mi comentario.

–Ni puta idea –contesto rápidamente. –Pero hace un tiempo pusieron una película en Sitges de una familia mexicana caníbal...

–¿Caníbales? –de acuerdo, la propuesta no te entusiasma pues me lo preguntas con un sarcasmo que me hace sentir como si fuera un crío. –Te dije que no me gustan mucho las novelas de terror. No entiendo el sentido que tiene pasar un mal rato sin que haya ningún motivo. ¿Por qué no ver algo agradable, que hable sobre las personas y todo lo que sufrimos? Una película que hable sobre cómo somos y por qué hacemos las cosas que hacemos.

–Bueno, el terror habla un poco de nuestros miedos individuales y como sociedad. De lo que somos en el fondo y no nos atrevemos a reconocer –trato de convencerte, pero es en balde.

–Supongo que me lo pasará bien.

Y ese “supongo” se convirtió en el primer clavo del ataúd de nuestra

relación.

Una pareja no debe tener exactamente los mismos gustos. Es lo que me repito constantemente mientras el Cercanías recorre la costa en dirección a Sitges. Es una zona realmente bonita de Barcelona, pero apenas le presto atención al mar azul que no deja de reflejar destellos brillantes de luz. Es un paisaje idílico, en especial cuando nos acercamos a Castelldefels.

Te he presentado a mis amigos en la estación de Sants, con los que charlas animadamente durante todo el trayecto. La cosa ha ido mucho mejor de lo que pensaba, teniendo en cuenta que ellos son un poco raros. Temía que una chica como tú les dejase demasiado cortados, pero tienes el suficiente sentido del humor como para llevártelos al bolsillo en pocos minutos. Pese a ello, no dejo de darle vueltas a nuestra primera diferencia, puede que irreconciliable. Al principio, cuando estás con alguien, te parece que nada podrá interponerse en vuestro camino. Que los obstáculos están solo para superarlos. Hasta que de pronto, un día, descubres que la realidad te da una bofetada en pleno rostro. No muy fuerte, eso es cierto, pero viviendo como estaba haciendo en un mar de tranquilidad cualquier perturbación suponía un auténtico desastre para mí, hasta el punto de que me empecé a agobiar durante los días previos al festival. Sentía que me estaba ahogando en el mar que tenía ante mí, en lugar de estar en la orilla disfrutando de las vistas.

Llegamos a Sitges poco antes de la hora de comer. Las calles tienen algo de ajeteo, con una mezcla variopinta entre la gente que acude al festival (identificables por sus camisetas en honor a alguna extraña película) y los turistas típicos de un pueblo de la belleza de Sitges. Hace un día soleado y estupendo para dar un paseo, aunque por si acaso vamos bien preparados temiendo que, como cada año, acabe lloviendo algún que otro día. Recorreremos con una creciente ansiedad las estrechas callejuelas peatonales, con sus subidas y bajadas y su recorrido serpenteante. Es muy habitual

perderse en Sitges debido a la distribución de sus calles, las cuales te hacen pensar que estás andando en paralelo a la playa, el punto de referencia más claro del pueblo, cuando en realidad te estás alejando hacia el otro lado. Es un pueblo alegre y relajado, con una comunidad gay muy conocida y que le da ese puntito de color al pueblo que hace de Sitges un lugar realmente especial. Tras unos pocos minutos andando, llegamos por fin al hotel Subur, situado junto a la playa y pegadito a la calle del Pecado, donde están las principales discotecas de Sitges. Vamos todos en grupo, discutiendo sobre las películas que hemos elegido mientras devoramos con los ojos el programa de mano de ese año. En ese momento aún no me doy cuenta de que, algunos metros más atrás, permaneces del todo ajena a nuestra conversación. Estás más pendiente de descubrir Sitges que en nuestros enloquecidos intercambios de opiniones.

Al poco rato llegamos al Subur. En cuanto estamos todos instalados en nuestras habitaciones, vamos hacia el Wok, el restaurante chino que queda justo en la calle de al lado, otra tradición que venimos manteniendo desde el primer año que vinimos a Sitges. Veo que estás algo sorprendida y abrumada por todas nuestras manías y espero que no te sientas excluida con tantos chistes privados y tradiciones que tenemos en este grupo.

–Hace siglos que venimos a este mismo sitio para inaugurar el festival. Es una de nuestras más sagradas tradiciones –te digo mientras te cojo de la mano, tratando de esa forma que te mantengas entre nosotros.

–¿Recordáis cuando hace unos años era todavía más cutre de lo que es ahora? –dice Kike entre risas.

–¿Cómo lo vamos a olvidar? Cuando no dejaban de sonar esas canciones en chino en el hilo musical con sus mensajes subliminales.

–Deja ya el pescaadooo rebozaaaado en paaaz... –Carlos empieza a cantar a viva voz, parodiando una de las melodías pop chinas que sonaban en

ese mismo lugar años atrás. Otro de nuestros chistes privados que me obliga a mirarte. Atisbo una leve sonrisa en tu rostro, pero más por el ridículo que hace Carlos que porque entiendas de verdad cuál es el chiste. –Ya te has atiborraaaaaado demasiaaaaaaado a arroooooz con salsa de sooojaaaaa... Coge una de las tarrinaaaas de helaaaaado y lárgaaaaate yaaaaaaa, maldiiiiitooo gorróooooooooooooon... –esta última parte cantada en un irritante falsete sostenido.

–Es que es un bufet libre –te digo en voz baja para ayudarte a entender mejor nuestro humor. Pero la verdad es que cuanto más lo explico más tonto me parece. Y por tu cara entiendo que a ti te lo parece todavía más.

–Sí. Ya lo he pillado.

–Antes este sitio molaba mucho más –dice Anna mientras se sigue secando las lágrimas de los ojos del ataque de risa que le ha provocado la canción de Carlos.

–Entonces, ¿por qué seguís viniendo?

Se hace un extraño silencio entre todos nosotros, incapaces de responder a una pregunta tan elemental como esa. ¿Cómo te podemos explicar que funcionamos tanto a base de costumbres que si un año nos hubiésemos torcido un tobillo nos veríamos obligados a tener que torcérnoslo cada vez que volviéramos? Vale, no tiene ningún puto sentido, pero simplemente es así.

–¿Habéis traído el programa? –pregunta Miguel Ángel, dando por cerrado el tenso momento que has creado. Tú también te has percatado de ello, pues el silencio hablaba por sí solo. Y eso ha hecho que saques tu móvil para empezar a contestar algunos mensajes. Te miro algo angustiado, pero el ajetreo de papeles sobre la mesa hace que mi atención se desvíe, movido por la curiosidad del programa que hemos preparado para ese año.

Siempre aprovechamos esa parada para planificar los horarios que

vamos a seguir durante el festival. En Sitges es crucial distribuirse bien las películas para poder hacer una cola de por lo menos una hora antes de cualquier proyección. En total hay tres cines donde se proyectan las películas del festival (sin tener en cuenta la sala Brigadoon, situada en el Edificio Miramar). Está el Auditori, dentro del hotel Meliá, el más importante de todos y con un aforo de casi 1.400 personas. Ahí no hay problema para sentarse y, por muy tarde que entres, siempre puedes encontrar un sitio para ver la película con un mínimo de decencia. Sin embargo, tanto el Casino Prado como El Retiro son cines antiguos, con butacas con un cierto desnivel que en según qué sitios hace que sea imposible poder ver los subtítulos que colocan en la parte inferior de la pantalla (algo esencial dada la gran cantidad de cine asiático que se proyecta durante el festival). Por suerte, tras tantos años acudiendo a Sitges, nos conocemos los mejores sitios donde sentarnos y poder ver la película sin miedo a que una cabeza inoportuna nos impida seguir los subtítulos.

Sin que pueda impedirlo, te vas quedando apartada de esas decisiones que tomamos y únicamente Irene habla contigo muy de vez en cuando. Debería haber reaccionado en ese momento al darme cuenta de que no te estás sintiendo a gusto con nosotros, pero al fin y al cabo esa es mi semana especial y por mucho que lo intente siempre regreso a las viejas costumbres.

Nos agrupamos en el rellano del Casino Prado, probablemente el más incómodo de los cines. Como hemos calculado somos de los primeros en llegar, con lo que estamos casi a las puertas del casino, aunque no lo suficiente como para protegernos de la fina lluvia que ha empezado a caer desde hace unos minutos. A nuestra derecha, tenemos las ventanas que dan a la cafetería, repleta de gente que comenta las películas que han visto hasta ese momento mientras hojean el diario del Festival.

–Os dije que iba a llover, como cada año –dice Irene mientras se coloca

la capucha de su colorido impermeable rosa.

–Siempre llueve –afirma Miguel Ángel sin apenas mirarla. Los momentos de espera muchas veces nos producen momentos así, de ensimismamiento general. Estamos muy acostumbrados a eso, pero no tú, que sigues sin entender por qué esperamos tanto tiempo para ver una película. Mientras, la lluvia se empieza a intensificar por momentos, aunque no lo suficiente como para calarnos.

–Podríamos ir al bar a hacer una cerveza –dices mirando al grupo de gente que está en el interior. –Así nos protegemos de esta maldita lluvia.

–¿Y dejar este maravilloso sitio? Ni loca –comenta Anna.

–Si quieres vamos tú y yo –Irene sigue siendo la única que se preocupa por ti. Si el resto del grupo no lo hace no es porque te puedan tener algún tipo de manía, sino que sencillamente no se percatan. Es nuestro mundo. Son nuestras reglas. Así de sencillo.

–Tranquila. Puedo esperar.

Pasan los minutos y la conversación se va apagando por momentos, hasta que me percató que cada uno está su rollo. Por un instante me sentí incómodo, pero lo eché de menos en cuanto escuché el inoportuno comentario de Carlos.

–¿Qué ha sido de Silvia? ¿Crees que habrá venido a Sitges?

–No lo sé –le contesto algo apurado. –Ya no hablo mucho con ella.

De forma instintiva echo un vistazo hacia donde estás. Pareces ausente a nuestra conversación, pero algo en tu rostro me dice que estás bien atenta. No me engañas. Estás demasiado tensa como para que lo pueda pasar por alto.

–Es una pena. A ella sí que le encantaba todo esto –pese a lo que pueda parecer, sé que Carlos no habla con malicia. En realidad, la echa de menos, aunque no tiene el sentido común en reparar que estás a nuestro lado. –Creo

que es la única que se ha quedado despierta en todas las maratones en las que hemos estado. Seguro que debe estar por aquí.

–Voy al bar un rato. Necesito una cerveza –dices de forma seca. Estoy seguro de que tu paciencia se está empezando a agotar, pero no puedo hacer nada para solucionarlo. Estoy seguro de que si te siguiese no haría más que empeorarlo. Es Irene la que sigue tus pasos, después de lanzar una mirada asesina en dirección a Carlos, y se interna contigo en el bullicio del bar.

Cuando entramos al cine el silencio es la única respuesta que recibo al verte. Para colmo, se trata de una clásica historia de terror, sobre una casa encantada. Nada del otro mundo. Un rollo muy de Sitges, de película que en otros tiempos habríamos visto todos nosotros en VHS en el salón de nuestras casas. Ese es uno de los mayores encantos del festival, el sentir que volvemos a esa época, cuando ver películas de terror era todo un reto que compartías con algunos amigos. Pero esa vez estoy más tenso de lo habitual, pues no puedo dejar de mirarte únicamente para comprobar que te estás aburriendo soberanamente. Intento animarte, pero mis esfuerzos hacen que te pongas todavía más tensa, porque estoy demasiado pendiente de ti. Quizás fue mala idea eso de traerte al festival. Pero quería que me conocieras todo lo posible, que supieras quién soy en realidad. ¿Acaso no es eso lo más importante?

Al salir, comentamos con un entusiasmo moderado lo repetitivo del planteamiento de la historia, un plagio absoluto de clásicos como *Terror en Amityville* o *Al final de la escalera*. Acabamos concluyendo que el cine de terror es el género más incestuoso de todos. Siempre queda bien decir frases tan recargadas, aunque sea tras ver una basura como esta. Esa es otra característica, el cine de terror acepta mucho mejor la basura, como si fuera parte habitual de su ecosistema. A nuestro lado, permaneces absorta en tu móvil, ajena por completo a nuestra conversación. De pronto, me miras y dices con una sonrisa que Sonia y Jordi se han animado e irán esa noche a ver

la película del Auditori. Y me sueltas, como quien no quiere la cosa que a lo mejor regresas con ellos a Barcelona, que no sabes si te quedarás en Sitges más tiempo.

Me siento como si me hubieran drenado por completo la energía. Como si me hubieras dado una bofetada con la palma abierta en toda la cara. Confiaba que consiguiera transmitirte mi entusiasmo por el festival, pero todo apunta a que es imposible. A que como me temía, hemos encontrado una pequeña grieta en nuestra relación, que espero no se vaya haciendo más grande. A partir de ese momento sé que no disfrutaré ese año de Sitges como he hecho siempre que he ido con mis amigos. Como me pasó en la realidad, cuando el recuerdo que aún tenía de ti estaba demasiado fresco en mi memoria, cuando la herida de tu pérdida no había cicatrizado. Estuve muchos meses sin dejar de pensar en ti y en la noche en que nos conocimos.

Intento unirme a la conversación que están manteniendo Kike e Irene sobre los nuevos directores de terror franceses. Pese a que siempre he defendido a ultranza a Alexandre Ajá, en ese momento no digo nada cuando ponen a parir *Piraña 3D* su enésimo remake hecho en Estados Unidos. Ni siquiera levanto la mano cuando hablan de forma despectiva de *The Human Centipede* y de su propuesta tan voluntariamente maniquea e incluso cutre. No, yo sólo tengo la cabeza pendiente de Lorena y de intentar que el tiempo que pase en el festival sea lo más agradable posible. Y esas conversaciones no ayudan lo más mínimo.

Tras ver una nueva película (un *slasher* clásico en el que un tipo con un hacha acosa a una indefensa familia, sólo para descubrir al final que el asesino es en realidad el mismo hijo que tuvieron y dejaron abandonado en medio del bosque porque tenía un retraso mental y una deformidad en el rostro) me acerco para intentar comentarla contigo. Me respondes con una sonrisa que no ha estado mal, pero que no es el cine que va contigo. Por tu

mirada entiendo que no es sólo que no vaya contigo, sino que te desagrada profundamente. Carlos, que está pendiente de la conversación, empieza a hacer bromas contigo, diciendo que sólo te va el cine de mujeres que lloran porque tienen la menstruación. El tono es claramente jocoso, pero hace que te sientas todavía más excluida del grupo, pese a que Anna intenta defenderte como puede diciéndole de todo al bueno de Carlos. Al final, se hace un silencio que llena el sonido de tu móvil. Tu rostro se ilumina cuando lo contestas.

—¡Sonia! ¿Dónde estáis? ¿Cerca del Meliá? Sí, vamos para allá ahora mismo.

La película de la noche en el Auditori es normalmente la más importante de cada día. Esa noche se trata de una rareza nórdica, algo más fantástico y de autor que de terror, lo que ha hecho que Jordi y Sonia se animasen a venir contigo. En ese momento me entero que les has invitado a mis espaldas, lo que no me sienta muy bien. No es que me tengas que pedir permiso para todo lo que haces, sino que pensaba que era un fin de semana para nosotros. Para que me conocieras mejor. Y, en el fondo, tengo la impresión de que estás rechazando todo eso de forma muy sutil. Vale, le doy muchas vueltas, lo sé. Kike y Miguel Ángel perciben mi preocupación y noto una punzada de dolor en la espalda, como un fuerte pellizco. Al girarme, les veo cargados con las bolas verdes que brotan de los arbustos en los laterales de la carretera que conduce al Hotel Meliá, frente a las casas. Es otra de nuestras tradiciones, lanzarnos esas pequeñas bolitas en la espalda como si tuviéramos quince años. Lo que, en el fondo, es un poco la esencia de Sitges. Les devuelvo un par de bolas recuperando por momentos el buen humor, acertando a Miguel Ángel de pleno en la frente. Kike, como represalia y defendiendo a su amigo, me devuelve el proyectil, el cual logro esquivar, con la mala fortuna de que impacta con fuerza en el cuello de Sonia. La chica

grita de dolor y se gira entre asustada, enfadada y sorprendida.

–Parad un poco con las dichas bolas –me dices con tono de reproche mientras consuelas a Sonia. Jordi me mira con gesto serio, hasta que se percata que ninguna de las chicas lo está observando y nos sonríe, haciendo un gesto con las manos, remarcando la buena puntería de Kike.

Después de ese incidente, se nota claramente que el grupo se ha dividido en dos. Tú caminas charlando animadamente con Jordi y Sonia y nosotros casi pegados a vuestra espalda, pero como si estuviéramos en otro mundo. No puedo evitar desviar la mirada hacia vosotros, pero tú no tienes ojos para mí. De nuevo, me tienes olvidado, como aquella noche en el Primavera Sound. No sé si es cosa mía, pero siento que me cuesta mantenerte a mi lado. No quiero perderte aquí también, en este mundo. Todavía no. Me comprometo a hacer todo lo posible para seguir a tu lado y no ser tan egoísta.

Cuando nos sentamos en las butacas, permaneces algo seria. O quizás me lo parece a mí, que me encuentro demasiado susceptible a cualquier gesto tuyo. Antes de que comience la película y justo después de que aparezca el vídeo del Festival con la silueta de King Kong en la playa de Sitges derribando aviones y lanzándolos al mar (siempre recibido con multitud de vítores y aplausos enfervorecidos) te toco la mano y me sumerjo nuevamente en tus ojos azules. Me miras, sin saber qué quiero.

–Vamos a Venezuela unos días –te digo con un tono entre la súplica y la disculpa.

–Ya lo hablaremos –me respondes tras unos segundos, mientras me acaricias la mejilla con cariño.

Cuando acaba la película nos quedamos esperando unos minutos a las puertas del Meliá. Me dices que al final has decidido volverte con Sonia y con Jordi a Barcelona. Que son muchas películas para ti y que nos veremos en casa. Que tengo que disfrutar estos días con mis amigos sin que ella sea

una carga. No noto reproche en tu voz, pero siento que lo hay. Al fin y al cabo, es cierto que puedes haberte sentido algo excluida durante esos días.

–Puedes venir mañana si quieres. Aunque sea a ver una película.

Te despides de mí, sin hace caso a mis palabras, con un fugaz beso en los labios, como si no quisieras que nadie se diese cuenta. Creo que no has escuchado lo que te he dicho, aunque una parte de mí teme que sí lo hayas hecho y no quisieras contestarme con una negativa.

Al final del día, en la oscuridad de la sala del Retiro, me doy cuenta de que algo está cambiando entre nosotros.

3:00

–¡Perdona! ¡Te he dejado con la palabra en la boca! –dijiste algo avergonzada. Me pillaste por sorpresa, todavía afectado por los chupitos. Sin siquiera mirarme, me cogiste el cubata que tenía en las manos y te lo acabaste de un trago. –Me habías ofrecido bebida la última vez que hablamos, ¿no?

–Sí... Creo que sí.

Fue entonces cuando me di cuenta que no solo eras guapa, sino que tenías ese toque de picardía que me fascinaba. Y bebías sin parar, compartiendo todos los vicios que yo tenía. Como tiene que ser. Te indiqué con la cabeza que iba a ir a la cocina a prepararme otro cubata y después de sonreírme me seguiste, después de cederme gentilmente el paso. Creo que notaste cómo me ruboricé de inmediato, pues pensaba que lo que harías sería esperar en el salón bailando junto a Sonia. Pero, para mi sorpresa, nos quedamos los dos solos por primera vez en la cocina. En aquel momento seguía completamente intimidado por tus ojos azules, tu sonrisa angelical y tu cuerpo delicioso que pedía abrazos de forma continua.

–¿Has llegado hace mucho? No recuerdo haberte visto –me preguntaste.

–Tú tampoco me sueñas, querida –contesté mientras preparaba un par de cubatas. Me sorprendiste pidiéndome un whisky con Cola. Me dijiste que en tu país los preparaban mucho mejor que en cualquier sitio que hubieras visitado en los últimos meses.

–Eso está por demostrar.

Cada vez iba entrando más gente a la cocina, ansiosa por seguir bebiendo, ya que la fiesta estaba en todo su apogeo. Me sorprendió ver la forma en que se habían organizado todos ellos, pues en ningún momento noté que faltara alcohol. Todo el mundo traía alguna botella de vodka, ginebra o whisky, consiguiendo que en ningún momento faltara de nada. Aquella podía ser la mejor fiesta en la que había estado nunca y, el hecho de salir de casa pensando que no lo pasaría bien, no había hecho más que mejorarla. Todo el mundo sabe que las mejores noches son aquellas que se improvisan, que surgen de la nada. Como tú.

Sentí que tú y yo empezábamos a tener una extraña intimidad, antes incluso de que hablásemos más tiempo. A tu lado me sentía relajado, algo que no me había pasado con ninguna otra chica en toda mi vida. Ni siquiera con las que había salido algún tiempo como Silvia, Julia o Virginia. Empecé a valorar la posibilidad de que tú y yo acabásemos liados en algún momento de la noche. Lo peor que le puede pasar a un hombre me estaba sucediendo en ese momento y es que el pequeño germen de la esperanza había plantado su semilla dentro de mí. En aquel momento era una impresión que se ocultaba mientras te miraba. Tendría que haber aprovechado más el tiempo. Tendría que...

–¿Eres de Barcelona? –me preguntaste, sacándome de mis pensamientos.

–Sí, de toda la vida –te miré fijamente, tratando de adivinar cosas de ti gracias a tus ojos. –Así que eres de Venezuela...

Hasta ese momento no me había percatado de que tu delicioso acento venezolano me seducía por completo, haciendo que no pudiera dejar de escucharte, tratando de descubrir cómo dirías tal o cual palabra. Todas me resultaban fascinantes y maravillosas dichas por ti, con una sonoridad cantarina que hacía que la música de la fiesta apenas fuera un murmullo al

que no hacía ni caso.

–A ver, ¿qué sabes de Venezuela?

–Pues... No sé. Capital Caracas.

–Yo vivo en Maracaibo. Pero esa es fácil. Dime algo de cultura general.

–Hugo Chávez.

–Genial, buen ejemplo. Vaya imagen tenemos. Qué maravilloso es ser venezolana, gracias por recordármelo –tu tono no era de reproche, pues te reías mientras seguías bebiendo tu cubata.

–Vale, esta es mejor. Arango.

–¿El que jugaba en el Mallorca? ¿El que estuvo a punto de palmarla por el codazo del loco ese? ¿Cómo se llamaba?

–Javi Navarro. Jugaba en el Sevilla.

–Vale, estamos mejorando un poco. Juan Arango siempre me ha parecido buen jugador. Es el segundo futbolista venezolano que más partidos ha jugado con la nacional con 106 partidos, ¿lo sabías? Si no recuerdo mal ahora está en Alemania. En el Borussia Mönchengladbach.

No me podía creer que también supieras de fútbol. Me estabas dando sorpresas a cada minuto que pasaba. Además, no parabas quieta en ningún momento. Eras pura vitalidad envuelta en un saco de carne. Me transmitías tu entusiasmo de forma más directa que todas las rayas que me había metido hasta ese momento juntas. Poco a poco me iba soltando contigo, algo que me tendría que haber puesto en alerta. Porque es el momento en el que digo las mayores chorradas en cualquier fiesta. Nota mental: no dejar la lengua libre sin filtrar antes lo que genera el cerebro.

–Me caéis bien los venezolanos. Habláis como nosotros –dije acercando mucho mis labios a tu oreja, pese a que no había mucho ruido en la cocina.

–¿Nosotros? –dijiste con un gesto de extrañeza, mientras me alejaste

sutilmente con la mano sobre mi pecho. –¿Y yo que soy? ¿Ellos? ¿Es necesario diferenciar a la gente por su nacionalidad? Qué será lo siguiente, ¿meter a los sudacas en campos de concentración junto con todos los marroquíes para no tener que escuchar sus acentos de mierda?

–Perdona, no quería decir que... Es sólo que me gusta cómo suena cuando...

Empezaste a reírte mientras me señalabas con sorna usando el dedo índice.

–Tendrías que haberte visto la cara. Casi se te salen los ojos de las órbitas. Tranquilo, ya sé que hablo muy venezolana, me gusta que lo notes – también me apunté mentalmente que te gustaba hacer bromas a costa de pobres desgraciados como yo. Me lo tenía merecido, qué narices.

¿Era yo o era real la impresión que tuve de que estábamos físicamente cada vez más cerca el uno del otro? Se me hacía difícil describir la química que existía entre nosotros, como si nos conociéramos de toda la vida y hubiéramos estado una larga temporada sin vernos. Por extraño que pareciera, contigo a mi lado tenía la sensación de que podía ser yo mismo sin que me costara ningún esfuerzo. Porque lo normal es que en una situación similar nos cueste más ser como somos en realidad y no interpretar el papel que hemos desarrollado de cara a los demás. Me sorprendí a mí mismo mientras te hacía bromas espontáneas, mientras te miraba a los ojos con descaro o hacía unas muecas que no practicaba desde que tenía quince años.

–¡Oh, Dios! ¿Eso que suena es Ladytron? –dijiste repentinamente.

Fue como si súbitamente regresáramos al interior de la cocina, como si me hubieras suspendido de forma temporal todas las percepciones corporales durante el tiempo que estuvimos hablando y volviéramos a la realidad. En efecto, tal y como decías, desde el salón venían los ritmos pegadizos y tremendamente bailables de “Runaway”. Me fascinó que supieras tanto de

música, pues es una de las principales cosas que habría valorado en una chica. Y además, eras rematadamente moderna.

–Pensaba que en Venezuela sólo escuchabais...

Me cogiste del brazo, sin hacer caso a mis palabras. Acabaremos esa conversación inoportuna en otro momento. En ese momento únicamente me arrastraste por el pasillo, mientras ibas apartando a todas las personas que se interponían en nuestro camino hacia la pista de baile.

–¿Sabes quién coño está pinchando? ¡Le amo! –te grité cuando llegamos, pero tu rostro indicaba que estabas a miles de kilómetros de allí, aislada por completo mientras tu cuerpo se movía con gracia al ritmo de la música. Te imité, sin pudor alguno. Dos locos en medio de una multitud, a los que acabábamos de empujar sin compasión y que nos miraban entre cabreados y sorprendidos.

Cuando la seductora voz de Helen Marnie dejó de deleitarnos, te agarré por los hombros mientras jadeaba sin poder casi respirar, fatigado debido a la carrera que nos acabábamos de meter.

–Estás loca –te dije, tras lo cual me saqué un cigarro que me quitaste de inmediato de los labios para ponértelo en los tuyos. Antes de que pudiera sacar el mechero para encendértelo le habías pedido fuego al chico de al lado, que te dirigió un par de frases, tratando de iniciar una ceremonia de acercamiento contigo. Vamos, que estaba intentando ligar el muy cretino. Una extraña punzada de celos recorrió mi cuerpo, dando casi por hecho de que le seguirías la corriente, porque el chaval era bastante atractivo. Llegué a suponer que me abandonarías un poco, como habías hecho antes cuando me dejaste con la palabra en la boca. Pero tú, delicadamente, le hiciste a un lado y te acercaste a fumar conmigo.

–No me puede gustar más ese grupo.

–Yo les conocía desde que sacaron su primer disco, “604”. Me compré

el CD en la FNAC hace como que un siglo –dije con voz chinchona.

–Seguro.

–No, en serio. Me da rabia cuando un grupo que has descubierto se vuelva algo más conocido. Porque te da la impresión de que lo escuchas porque está de moda y no porque realmente los conocías de toda la vida.

–Menudo listillo estás hecho –me dijiste con sorna.

–¿Qué quieres que le haga si tengo buen gusto?

–Mira, chaval, si quieres luego te enseño mi iPod para que aprendas un poco de lo que es música de verdad –me respondiste con el mismo tono vacilón.

–Vaya... Nos ha salido guerrera la chiquita. Te propongo un juego. Yo digo un grupo que haya sacado disco o canción en los últimos dos años y tú me respondes con otro que empiece por la última letra del anterior y que también haya sacado disco. Así hasta que uno de los dos se quede en blanco. Quien pierda debe rellenar el cubata de quien gane y conseguirle un cigarro para fumárnoslo después. ¿Aceptas el reto?

–Vale. Déjame que piense... Chairlift.

–Tennis.

–Sigur Rós.

–Sun Kil Moon.

–Esa ha sido buena. Mmm, Neil Young.

–¿En serio?

–Sí, como Neil Young & Crazy Horse, pero cuenta como una ge. Te jodes.

–Mejor me lo pones, Gossip.

–Mierda, esto se complica... ¡Lo tengo! Perfume Genius.

–Cabrón, me encanta el disco que han sacado. Deja que piense. Con una ese...

–Tic, tac, tic, tac...

–¿Es que había tiempo para responder?

–Ahora sí. Cinco, cuatro, tres...

–¡Mierda! ¡No me pongas nervioso! ¡Slow Club! ¡Ja!

–¿Con una be? ¿En serio?

–El tiempo corre, cariño.

–Espera... tengo uno en la punta de la lengua...

–Tic, tac, tic...

–¡Burzum!

–¿Qué coño es eso?

–Black metal noruego.

–Cabrona, seguro que lo has mirado en la lista de críticas de Pitchfork y ni siquiera lo has escuchado –una amplia sonrisa en tu rostro me demostró que estaba en lo cierto.

–Es tu turno... tic, tac.

–Por pasarte de lista te acabas de meter en una trampa mortal de la que no vas a poder salir.

–A ver, ponme a prueba, chico listo de ciudad.

–M83.

–Te odio –dijiste segundos antes de coger los vasos y dirigirte hacia la cocina, sin apenas pestañear. Por una parte me sentí satisfecho de haber ganado ese estúpido concurso, mientras que por otra me sentí mal por haber permitido que te escaparas de mi lado aunque fuera tan sólo por unos minutos. Aquella era la hora más peligrosa de cualquier fiesta, en la que parece que todavía se tiene todo el tiempo por delante y que puedes continuar desperdiciándolo en cosas sin sentido, como si se pudiera alargar eternamente. Como si nunca me tuviera que despedir de ti. Bendita inocencia. Pero por suerte, al poco tiempo, regresaste con los cubatas y el rostro serio.

–Has hecho trampas y lo sabes. No dijiste nada de números. Maldito catalán tramposo.

–Tú en cambio no lo has hecho mal para ser una inocente venezolana – te contesté aceptando el cubata que me ofrecías.

–Te juro que al final de la noche se me ocurrirá una respuesta. Por mi orgullo venezolano que lo haré.

–¿Conoces el cartel de este año del Primavera?

–¿Estás de broma? Amo a Yo La Tengo y ver a Beach House sería como un sueño para mí. Aunque pensándolo bien evitaría a M83 porque me han hecho perder una apuesta.

–Genial. ¿Por qué no te vienes conmigo? Tengo muchas ganas de ir al Primavera después de tantos años. Si Rafa se apunta podríamos hacer algo con Sonia y el resto de la gente.

Tu rostro se ensombreció poco antes de darme malas noticias.

–Me voy mañana por la mañana de vuelta a Venezuela. Dentro de unas horas tengo que coger el vuelo. A las nueve debería recoger mis maletas en casa de Sonia para ir al aeropuerto. Lo siento, otra vez será.

–Otra vez será –repetí desanimado. “O en un universo infinito”. –Pero no te vayas aún. Tienes tiempo.

Te cogí de la muñeca tapando tu reloj y nuestros rostros se acercaron peligrosamente. La idea de abalanzarme sobre ti y besarte pasó por mi cabeza. Incluso creí que tu mirada me lo pedía pero, para mi desgracia, di un paso atrás temiendo que se rompiera en ese momento la magia que habíamos conseguido crear entre nosotros.

–Vale. Pero me gustaría dormir aunque fuera un poco. No sé si tardaré mucho en irme.

–¿Quién demonios está hablando de marcharse? –dijo Rafa cogiéndonos a los dos de los hombros, pillándonos por sorpresa. –Cuando se

acabe la fiesta, de aquí nos vamos a un *after* muy guapo que conozco.

–Sí, a El Prat –contestaste guiñándome el ojo.

–Ese no lo conozco, pero podemos ir luego. Tendremos tiempo de sobra. Y ahora si no te importa te lo robo un momentito –dijo Rafa mientras me apartó de tu lado. Te miré con mirada de cachorro herido a medida que me iba alejando entre la multitud sedienta de alcohol. –Necesito que me aconsejes. Pero antes vamos a meternos un tiro. Que un chochito no te desvíe de los caramelos de tito Rafa.

Cada vez teníamos que esperar más tiempo antes de poder entrar en el aseo, debido a la gran cantidad de gente que se había agolpado en el piso a esas horas de la madrugada. Al final, cuando conseguimos entrar, Rafa preparó un par de rayas sobre la cisterna del váter. Una imagen que había visto varias veces esa misma noche. Se metió la suya con una velocidad inaudita, lo que me hizo percatarme de que se le notaba bastante nervioso, con ansiedad. Mientras me metía el rulo por una de las fosas nasales, Rafa empezó a hablarme de forma atropellada e inconexa.

–Creo que le está tirando los trastos, ¿sabes? El puto Jordi ese lleva toda la noche tonteando con Sonia como si yo no estuviera allí. Como si no me estuviera dando cuenta de nada de lo que pasa. Será hijoputa. Creo que le he pillado intentando sobarle las tetas cada vez que la abraza con su cara de baboso y sus palabras bonitas al oído. El muy cabrón me está vacilando en la cara y se piensa que no voy a hacer nada.

–Tranquilo, hombre –le dije mientras me pasaba el dedo por la nariz y me miraba al espejo, comprobando que no quedase nada de cocaína que me pudiera delatar. Aunque bien pensado, era un secreto a voces que la mitad de la gente allí iba hasta el culo de coca o de M. –Estoy seguro de que Sonia pasa de él. Son buenos amigos, eso es todo. Déjales con su rollo y no le des más vueltas.

–¿Su rollo? Lo que está haciendo es meterle mano a una tía, como lo ha sido toda la vida. Ese es el rollo que estoy viendo.

Me acerqué al pomo de la puerta, dispuesto a abrirla.

–¡Espera! Voy a aprovechar, que con lo que vamos a tardar en volver se me va a pasar el subidón.

Cuando me quise dar cuenta, Rafa tenía otro par de suculentas rayas preparadas sobre su cartera.

–¿Otra? Pero si nos acabamos de meter una –le dije incrédulo.

–Venga tío, no seas nena y dale cariño a la tocha –contestó Rafa todavía más nervioso que antes.

–Paso. Estás llevando un ritmo muy fuerte, tío. Te va a dar algo como sigas así. Además, te estás empezando a volver paranoico con todo eso de Sonia y Jordi y esta mierda no te va a ayudar mucho.

–Eres una nenaza –dijo Rafa, tras lo cual se metió de golpe las dos rayas, una por cada orificio. Se quedó unos segundos con los ojos cerrados, asimilando toda la droga que se acababa de meter en el cuerpo. –¡Dios! Vamos a salir de aquí, voy a pillar a Sonia y le voy a decir dos cositas. Pero bonitas, no sufras.

En cuestión de pocos segundos, Rafa había salido del aseo y se encaminaba con paso firme por el pasillo, buscando a su chica. Yo le seguí varios pasos más atrás, pero me quedé en la zona de baile, donde te había dejado minutos antes. Te busqué con la mirada por todas partes, pero sin suerte.

–¿Dónde se ha metido Lorena? –pregunté a Rafa mientras no dejaba de mirar en todas direcciones. Los rostros se agolpaban a mi alrededor, pero ni rastro de la chica que me había deslumbrado todo este tiempo.

–¿Quién es el paranoico ahora? –contestó Rafa con una sonrisa irónica que me sacó de quicio. Aunque no tuve tiempo de prestarle más atención y

tan solo me llevé la mano a la nariz, haciéndole un gesto a Rafa para que se limpiara lo antes posible el vistoso borrón blanco que tenía bajo las fosas nasales.

A los pocos segundos se nos unió Sonia llevando unos cubatas en las manos.

–¿Has visto a Lorena? –le pregunté con voz algo temblorosa. Aunque quería mostrarme sereno, no había formo de ocultar mis nervios.

–¡Buf! Esa chica es impredecible. Puede que esté por aquí. O incluso que se haya cansado de esto y se haya marchado a casa. Vete a saber. Con esta chica nunca puedes saber nada. –Mi rostro debió ponerse blanco casi de inmediato, porque tras decir esas palabras, Sonia se vio obligada a rectificar. Debía temer que me desmayara de un momento a otro. O peor, que me pusiera a vomitar sobre su vestido. –Pero supongo que te habría dicho algo. Os he visto hablar bastante tiempo. Y eso quiere decir que le has caído bien, con lo que habría sido sincera contigo.

–¿De verdad?

–¿Es que te has enamorado de ella? ¿Tan pronto? –dijo Sonia con una sonrisa pícaro en su rostro.

–Como la mitad de los tíos que hay por aquí. Disculpa, se me ha olvidado una cosa.

–Si vas a buscarla como un desesperado por todo el piso me lo puedes decir sin problema. No te preocupes. Si yo fuera tío tampoco la dejaría escapar tan fácilmente.

Creo que aquel fue el primer momento real en que valoré la posibilidad de no perderte. De que era algo más que un verbo en el diccionario de la Real Academia. Era una realidad que me iba a afectar tarde o temprano. Pero lo mejor para mí era aparcar esa maldita idea que empezaba a retumbar en mi cabeza y confiar en que esa despedida que tuvimos minutos antes no hubiera

sido la definitiva.

–¡Viva Venezuela! –gritó Rafa cuando pasé a su lado. Le maldije por conocerme tan bien, pero sobre todo por haberme alejado de tu lado. De acuerdo, en ese momento no le di tanta importancia porque imaginé que estarías allí al salir. Pero no valoré lo frágil que es la vida y lo cambiantes que son las circunstancias. En mi cabeza, una y otra vez se repetía el mismo axioma televisivo: »si algo funciona, no lo toques .«Joder, y sentía que me había saltado la regla más básica de funcionamiento del universo. También la más conservadora, pero en aquellos momentos estaba convencido de que todo cambio solo podría ser a peor.

Empecé a realizar uno de mis tics más preocupantes: murmurar en voz baja. Iba analizando cada rostro que me rodeaba en cada milímetro de aquel maldito piso. Miraba todas las facciones, masculinas o femeninas. Las observaba con detenimiento una, dos y hasta tres veces, pues no quería cometer el error de que pasaras a mi lado y perderte. Me maldecía por mi estupidez, por no haberte dicho que me esperaras. Por no asegurarme de que lo estuvieras pasando siquiera la mitad de bien de lo que yo lo estaba pasando contigo. Quizás ese fue mi error, valorarme por encima de lo que te había ofrecido. Pero por otra parte las palabras de Sonia me impulsaban a seguir y dejar de lado mi habitual pesimismo. Debías estar por ahí, en alguna parte. No podías haberte marchado sin decir nada. Aunque quizás Rafa y yo habíamos pasado más tiempo en el aseo de lo que recordaba. O la cola que habíamos hecho antes de entrar había sido más larga de lo que me había imaginado.

El miedo se empezó a apoderar de mí. Un miedo amargo y pegajoso que me impedía respirar con normalidad. Entre el alcohol, la cocaína y la ansiedad que se apoderaba de mí, apenas era capaz de prestar atención a la gente de mi alrededor. La música sonaba atronadora en mi cabeza y sólo

podía pensar en una cosa. En ti, subiéndote a un taxi en dirección al aeropuerto. Esperando el embarque de tu avión mientras el recuerdo de mi compañía se empezase a desvanecer de tu memoria. En ti asomándote a la ventanilla, tratando de recordar el nombre de aquel extraño chico que conociste en tu última noche en Barcelona.

Pudimos haber viajado a Venezuela...

La azafata me sirve un pequeño vaso de vino sin apenas dirigirme la mirada. A mi lado, duermes como un bebé, al igual que hiciste en el viaje a Islandia. Yo, en cambio, me encuentro incómodo después de tantas horas de vuelo y escalas. Tras salir del El Prat hemos cogido otro avión en el Charles de Gaulle y finalmente un tercero con destino a Caracas, tras más de nueve horas de vuelo. Al igual que no me gusta viajar en metro, tampoco es de mi agrado el viajar en avión y este es el segundo viaje importante que hago contigo en cuestión de pocos meses, todo un récord personal. Puede que ambos transportes compartan esa claustrofobia que hace que me sienta como si estuviera dentro de una lata de sardinas sin posibilidad de salir al exterior. Estoy hasta las narices de aviones poblados de azafatas con la misma sonrisa de cálida indiferencia. Prefiero mirar cómo duermes, embelesado de nuevo por tu belleza. No creo que, como dicen los pesimistas, pierda esa fascinación nunca por tu rostro. Eso espero.

Con los meses que llevamos viviendo juntos por fin me puedo atrever a describirte un poco mejor, ahora que estamos viviendo las mejores cosas el uno del otro. Eres divertida, simpática y con muchas ganas de vivir aventuras. No tienes miedo a decir que sí a todo y luego pensar en lo que vas a hacer, porque eres muy impulsiva. Eso hace que te guste probar cosas nuevas y que sean auténticas, nada de rutas para turistas predecibles. Las cosas

excesivamente limpias te ponen un poco a la defensiva, porque no te fías de nada y nadie que quiera aparentar tanta perfección. Te gusta oler las cosas como huelen de verdad, lo que te hace ser un poco hippie, pero lo justo, sin pasarse. Eres muy directa y explicas las cosas tal y como se te pasan por la cabeza. Eso también se extiende a cómo defines tu vida, pues cuando estás a gusto me cuentas muchos detalles sobre tu pasado, sobre tu infancia en Maracaibo y tu familia. Amas tu país, aunque también quieres huir de él en cuanto tienes la mínima oportunidad. Me dices que los mejores amores son los más sufridos, pero no quiero darte la razón para que no nos afecte a los dos. Eres muy cariñosa, pero por el otro lado te gusta mantener una capa de cierta indiferencia en algunos momentos, cuando necesitas tener tiempo para ti misma. Eres agradable con todo el mundo que conoces y muchas veces también con los que no, lo que me suele poner bastante nervioso.

En Sitges estabas a las malas, defensiva, y eso se notó demasiado. Cuando regresé a Barcelona al final de la semana, me explicaste que habías pasado por un bache. Echabas mucho de menos tu país y estuviste pensando en volver durante unos días, pero que no me querías hacer daño y lo acabaste pagando con mis amigos, por lo que te sentías muy arrepentida. Me disculpé yo también, por no haber sabido entender por lo que estabas pasando. Así que planificamos mejor ese viaje a Venezuela y noté cómo volvías a ser tú misma. Que dejabas de lado ese carácter melancólico y algo depresivo que te estaba notando en las últimas semanas. Pensé que eso es lo que significa estar en pareja, ir descubriendo los matices ocultos de la otra persona, hasta llegar al hueso. La parte invisible que no muestras a nadie.

En mi regazo tengo una guía de Lonely Planet de Venezuela que apenas he podido abrir. Desde que la viste en mi mesilla de noche me has echado varias broncas cariñosas diciendo que no me hacía falta y que era una vergüenza que hubiese gastado un solo euro en ese libro teniendo a una

venezolana de pro a mi lado. Te das cuenta de que soy calculador en exceso y tú, en cambio, prefieres lanzarte al estanque sin haber medido la profundidad antes. Prefieres partirte una pierna viviendo, que conservarla sin haber experimentado la sensación de jugártela sin sentido alguno. Me quedo mirando fijamente el loro que aparece en la colorida portada, valorando las promesas de aventuras que albergan en su interior. Si no hubiera sido por ese libro, apenas podría hablar de todas las cosas que voy a vivir contigo en tu país. Pienso que todo es una farsa y la propia falsedad de esas promesas me hace apartar el libro de mi vista. La vida hay que vivirla, no leerla o recrearla en tu cabeza. Esa idea me pone triste. Debo intentar apartarla de mi cabeza, así que dejo la guía en la rejilla que tengo delante de mí, junto a las revistas de la línea aérea y los consejos de seguridad en caso de que el avión se vaya a estrellar. El lugar perfecto para guardarla. Cuando baje, me la dejaré allí sin querer. Aunque algunos dirían que se trata más bien de un olvido freudiano. Qué despistado soy.

La azafata se dirige hacia mí, pidiéndome que enderece el respaldo y que te despierte para que hagas lo mismo. El avión va a aterrizar en pocos minutos en el aeropuerto internacional La Chinita de Maracaibo. Miramos por la ventanilla y tus ojos brillan por la emoción del reencuentro. Me das un fuerte abrazo acompañado de un intenso beso en los labios. Yo, en cambio, empiezo a tener algo de miedo por lo que pueda descubrir sobre nosotros dos en este viaje.

Tus padres nos reciben entre la multitud de personas que se agolpan a la salida de la zona donde hemos recogido las maletas. Aunque me siento completamente extenuado, pongo la mejor cara posible, tratando a su vez de superar los nervios que me atenazan a cada paso que doy. Miro confundido a la multitud de rostros que se agolpan tras la barra de metal, esperando expectantes la llegada de sus seres queridos. Para mí, cualesquiera de ellos

podrían ser tus padres, pues se me da bastante mal eso de reconocer parentescos. Siempre la cago y esta vez prefiero no meter la pata y quedarme detrás de ti, a la expectativa. Al fin y al cabo, eres la estrella de la función y yo no soy más que un simple telonero. No tardas mucho en empezar a correr, dejando las maletas en el suelo, y abrazarte a una mujer con los mismos ojos azules que tú. Su rostro refleja la misma ilusión que la tuya, aunque con algunas arrugas de más. Ahora que me fijo mejor, sois como dos gotas de aguas. Quizás este parentesco lo habría adivinado sin necesidad de ninguna ayuda. A vuestro lado, veo a un hombre de porte estiloso que viste con un elegante vestido. Su rostro permanece inalterable pese a lo emotivo del momento, pero logro ver una ligera chispa de emoción en sus ojos cuando sueltas a tu madre y te abrazas a él. Según me contaste se trata de Martín, tu padrastro. A los pocos años del fallecimiento de tu padre, Martín supo consolar a tu madre, haceros sentir cosas especiales y cuidaros sin borrar en absoluto su recuerdo. Le quieres con locura y amas todo lo que has aprendido de él, su porte elegante y su caballerosidad inglesa.

Martín se dirige a mí y me aprieta la mano con fuerza. Lo típico que los jóvenes de hoy en día no sabemos responder sin sentir una punzada de dolor.

—Por fin nos conocemos —me dice con el rostro serio. Me recuerda a Sean Connery en *Indiana Jones y la última cruzada*, cuando en el zeppelin que les va a sacar de Alemania reta a Harrison Ford a sacar un tema de conversación. Esos ojos que están a punto de salirse de sus órbitas. Esa tensa calma que te hiela el alma. Tras unos segundos que se hacen eternos, me libera del apretón de sus manos y siento una doble relajación.

—No le hagas caso a Martín —dices sonriendo. —Le gusta hacer el papel de padre protector.

—Será mejor que no te hable de sus juergas de adolescente. Haría que te cayeras al suelo del susto. ¿Cómo estás? Soy Flavia, la madre de Lorena.

Me acerco para darle dos besos cuando me percato que me está extendiendo la mano. Nunca sé exactamente qué hacer cuando me presentan a una mujer, por muy absurdo que pueda parecer. En ese momento me siento un sexista de mierda por haberle dado la mano al padre y querer besar a la madre. O un acosador de MILFs.

Durante el viaje en coche no dejas de hablar con tu madre, poniéndola al día del viaje que has hecho por Europa. Se nota que tenéis una confianza especial y os explicáis todas las cosas, como si fuerais dos amigas de toda la vida. Si mi madre os viera se moriría de la envidia pues, como chico prototipo que soy, apenas intercambio palabras con ella y le explico en nuestras breves conversaciones, como máximo, lo que he visto por la tele la noche anterior. Tu padre, mientras tanto, no deja de echar vistazos hacia el retrovisor, sin disimular que van dirigidos hacia mí y hacia mi mano. Creo que voy a pasar un par de semanas con la patrulla de vigilancia en estado de alerta máxima. Estoy tenso, aunque en el fondo tiene su encanto, el clásico ritual de toda la vida que se produce al conocer a los padres de tu chica.

–¿Dice Lorena que eres de Barcelona? –me pregunta tu madre cuando hacéis una pausa tras no parar de hablar durante minutos.

–Sí, de toda la vida.

–Una vez tuvimos una pareja de amigos catalanes, ¿verdad cariño? –tu padre apenas hace un gesto con la cabeza como respuesta. –Eran muy majos. Tenéis bastante de nuestro carácter. Ya verás qué bien lo pasas.

–¿En qué trabajas? –pregunta tu padre.

–Bueno, estoy en una empresa en administración haciendo...

–Papá, ¿te has acordado de avisar a la abuela de que hemos llegado? – dice Lorena mientras me toca el hombro, disculpándose por la intromisión. Yo agradezco el gesto, pues no me apetece dar muchas explicaciones sobre mi vida anodina. Creo que les podría hablar más de Nueva York, los barrios

bajos de Baltimore o Poniente que de Barcelona.

–Está avisada y ha dicho que está como loca por verte. Al final iremos al pueblo dentro de un par de días, cuando acabe unas cosas en el trabajo.

Se olvidan de seguir preguntándome y lo agradezco. No sé qué imagen tendrán de mí, pero me da la impresión de que no me valoran como el chico definitivo de su hija, así que tiene sentido que no malgasten muchas energías. Para ellos no debo ser más que excéntrico su ligue barcelonés con el que viene a pasar unos días en el Caribe. Nada serio.

–Me encantan las historias de piratas y todo lo relacionado con el Caribe –digo sin pensar. O puede que por la idea que me estaba rondando por la cabeza sobre tus padres. Es una chorrada y la valoran como tal, sin apenas hacerme caso.

–¿Y Gabriel? –preguntas uniéndote a la indiferencia hacia mis palabras.

–Tu hermanastro vendrá a casa un día de estos a comer. Ha estado algo liado en la universidad.

–No le llames hermanastro, es su hermano –replica tu padre.

–¿Vas a ver a las chicas? –te pregunta tu madre ignorando el comentario de Martín en un gesto que parece habitual entre ellos.

–Es lo primero que haré en cuanto nos dejéis en casa.

–¿Nos? –pregunta tu padre con tono seco. –Pensaba que él se quedaría en un hotel. Tu madre y yo tenemos hecha la reserva.

Confirmado. Tienes un padre algo antiguo.

–¿En serio? Pero si vivimos juntos en Barcelona. Todo lo que tengamos que hacer lo hemos hecho cientos de veces.

“¿Cientos?”. Tu frase hace que me sonroje por completo, pues me doy cuenta de que tu padre me ha echado una mirada criminal que hace que esté a punto de salir por la ventana volando del susto. Creo que se ha imaginado los cientos de veces que hemos hecho el amor y no le ha hecho mucha gracia.

–Cariño, no es necesario que les expliques...

–¿Acaso te piensas que soy una cría, papá? –me doy cuenta de que es una discusión antigua, que debéis haber tenido multitud de veces con anterioridad. No tan solo por mi culpa. En el fondo de la discusión creo que está el motivo por el que saliste de Venezuela durante tanto tiempo.

–No se preocupe, Martín. No tengo problema, puedo quedarme en un hotel si con eso se siente mejor –digo tratando de calmar los ánimos. Pero sin quererlo estoy creando un nuevo problema.

–¿Lo estás diciendo en serio? –pregunta Lorena, que ahora también está enojada conmigo. –Veo que por muchos meses que pasen todo sigue igual por aquí.

Tras decir eso permanecemos en un tenso silencio durante el resto del trayecto. No me queda más remedio que quedarme observando por la ventanilla las calles ajetreadas de Maracaibo. Con todos los nervios que he pasado con Lorena y sus padres, apenas me he dado cuenta de que estoy en un país distinto. La sensación de que sea noviembre y haga tanto calor me resulta bastante extraña. Aunque Lorena ya me advirtió que Maracaibo es una ciudad tremendamente calurosa todo el año, sin que apenas haya variación ni cuando llega el invierno. Para algunos podría ser el paraíso, pero a mí me resultaría extraño vivir en un país sin frío. Me doy cuenta de que estamos en un lugar que es casi opuesto a nuestra querida Islandia. Hemos cambiado el frío paisaje de la isla por el caluroso encanto de los venezolanos.

Al final, tu padre consigue salirse con la suya gracias a que, principalmente, no encuentran un colchón que pensaban dejarme para dormir a tu lado, aunque fuera en el suelo. Martín sonrío victorioso y no quiero pensar que ha tenido nada que ver con esa pérdida. Nos trata como a dos adolescentes que empiezan en la vida, pero no me apetece corregirle. A pesar de tener más de treinta años, muchas veces me siento de esa forma. Quizás es

lo más cómodo. Quizás madurar es enfrentarse a un montón de incomodidades a las que no queremos hacer caso.

Tus padres tienen una casa sencilla, algo clásica, pero con mucho encanto. Está situada en pleno centro de la ciudad, cerca del sector Pilar. Te quedas con tu madre, mientras Martín recoge mis cosas y con el coche me acerca hasta el hotel más cercano. Durante el trayecto el único sonido que altera el silencio del coche es el bullicio de la calle que se filtra por las ventanillas. Por lo demás, trato de no hacer caso a las esporádicas miradas furtivas de tu padre. Sé que están cargadas de una mezcla de odio y desprecio. Puede que si yo tuviera una hija también pensara lo mismo que él. La llegada al hotel supone un alivio para mí. Con una rápida despedida me dirijo hacia mi habitación.

Me doy una ducha rápida debido al pegajoso calor que hace en la ciudad. Tras lo cual, me quedo sentado en la cama, observando la calle y el distinto ritmo de la ciudad, muy diferente del de Barcelona. Me pregunto qué hago yo allí. Cómo me has arrastrado hasta tu país para poder conocerte mejor. Me repito que todo esto podría haber pasado si las cosas hubiesen salido bien aquella noche. No me gusta quedarme a solas, precisamente porque me da por pensar en ese tipo de cosas. Así que salgo a dar una vuelta durante un rato, mientras espero a que vengas al hotel a recogerme. Has quedado con unas amigas para tomar algo esa misma tarde por la ciudad.

Me encanta pasear a solas por una ciudad desconocida. Sentir esa leve excitación que supone no conocer bien las calles que transitas, ni las costumbres de las personas que te rodean. Que con el simple hecho de mirar a tu alrededor, puedas descubrir algo fascinante, alguna actitud que te sorprenda y te haga pensar. Te imagino recorriendo esas mismas calles cuando debías ser una niña, experimentando algo similar a lo que siento en esos momentos. Puede que comprases unos dulces en la tienda esa de la

esquina mientras en el otro extremo del mundo yo me estaba lavando los dientes para irme a dormir. Si en aquel instante nos hubiesen dicho que podríamos haber acabado juntos, nos habríamos reído sin parar por lo disparatado de la idea. Eso si no hubiese preguntado antes dónde demonios estaba Venezuela, que habría sido lo más probable. Me paro a pensar, valorando las decenas de personas que no conozco y lo que estarán haciendo en ese momento. Y si en algún momento coincidiremos en nuestras vidas.

Deambulo por las calles de Maracaibo, maravillado por un ritmo de la vida tan distinto al que estoy acostumbrado. Tener la sensación de estar en otro país tiene algo de espiritual, que te permite experimentarlo incluso con los ojos cerrados. A todas partes a las que mire, sé que me encuentro en otro país, inmerso en otra cultura. Pocas veces había tenido la fortuna de viajar y me encontraba tan emocionado, que apenas me percató que se acerca la hora para que me recojas en el hotel. Por suerte, tengo buena memoria visual y he podido crear un plano mental de las calles que he recorrido en esas horas. Me hace gracia acordarme de ti y de los cientos de veces que te has perdido por Barcelona y que has acabado subiendo hasta la Diagonal cuando querías venir a mi casa. En ese sentido somos bastante diferentes.

Finalmente, logro encontrar con facilidad la fachada del hotel. Te veo en la puerta, mirando el reloj, algo nerviosa. Cuando me acerco y te doy un beso, noto que no estás enfadada por mi retraso, más bien te encuentras ansiosa. Hace muchos meses que no hablas con tus amigas. Y encima tienes que presentarme ante ellas. Me llevas de la mano, aunque lo mejor sería decir que me arrastras por las calles de Maracaibo. Tras varios minutos, llegamos a una cafetería de estilo europeo, amplia y con los techos altos. No hace falta que mire más por si están tus amigas, pues emites un estridente grito que hace que se giren todos los clientes menos un señor calvo que hay al fondo y que creo que debe ser un poco sordo. Os abrazáis y soltáis alguna lágrima. De

nuevo, estoy algo apartado sin que nadie se percate de mi presencia.

Pasados varios minutos de abrazos, más gritos y palabras atropelladas, me las acabas presentando. Se llaman Valeria y Adriana y las conociste en la universidad. Tras varios años de estudios, finalmente optaste por viajar y salir de Venezuela, aprovechar los años de juventud que te quedaban. Ellas, sin embargo, decidieron quedarse y no seguir tus pasos. Me recuerda mucho a Rafa y a mí, así que simpatizo con ellas. La primera hora la dedicáis en exclusiva a poner os al día de todas las cosas que han pasado en los últimos meses y que habéis comentado a través de Facebook. Pero en natural, hablándolo, suena más claro y apasionante, así que te recreas en muchas historias que conoces casi al dedillo. Que si Valeria lo dejó con el chico con el que llevaba más de cinco años saliendo porque le pilló con otra en la cama, o que Adriana se va a casar dentro de un año con el chico con el que ha salido durante casi toda su vida. Habláis también de viejos amigos y anécdotas en común. Aunque presto toda mi atención, me falta información vital con la que poder seguir la conversación, así que al final me dedico a observar a la gente por la calle. Cómo visten, cómo andan, cómo hablan entre ellos.

El camarero se acerca a mí y me sirve un cubata que parece mezclado con Coca Cola.

–¿Qué es? –le pregunto a Lorena.

–Preguntándome eso me vas a avergonzar delante de mis amigas –dices divertida. –Es ron, ¿qué va a ser?

Le doy un trago con gesto temeroso, pero su sabor me parece entre potente y delicioso. Por mi gesto deducís que me ha gustado.

–El mejor ron del mundo sólo lo vas a probar en Venezuela. Luego te pediremos algún combinado mejor que este –dice Valeria.

–Nosotros tenemos calimocho –les digo mientras le doy otro sorbo.

–¡Calla! ¡Qué asco! –dices enseguida. –Odio el calimocho.

–¿Y qué es eso? –pregunta Adriana.

–Coca Cola con vino.

–Ideal si quieres cargarte un buen vino.

–Brindemos, ¿no? Lo que ha unido el alcohol que no lo separe el hombre –digo alzando tu copa.

–Es muy raro tu chico –comenta divertida Adriana, mientras alza también su copa y choca contra mi copa pidiendo una buena estancia en Venezuela para nosotros. No me incomoda que piensen que soy algo extraño. Supongo que me ayuda a la hora de socializar con los demás. Hay un momento en la vida de cada uno de nosotros en la que de forma inconsciente empezamos a desempeñar un papel, una etiqueta que nos define hacia los demás y que nos ubica en el mundo. Supongo que me ha tocado el papel de raro. Tampoco me quejo, pues lo ejecuto a la perfección.

Les explicas que vas a pasar poco menos de diez días en Venezuela, pero que también quieres pasar por Chachopo para visitar a tu abuela y la casita de tus padres. Después tendrás que regresar a Barcelona conmigo, por mucho que te pese. Escucho las primeras quejas y peticiones de que no te vayas tan pronto. O mucho mejor, que no lo hagas nunca. Adriana y Valeria me miran con gesto de súplica pidiéndome que no te lleve de su lado, que me quede contigo en Venezuela. Que les dé más tiempo para disfrutar de tu compañía. La verdad es que tienen razón. Podría dejar mi trabajo y establecerme allí. Pero me siento incómodo, como si te estuviera secuestrando, cuando en ningún momento me has pedido que vivamos allí. De hecho, no creo que quieras regresar en un tiempo a Venezuela. Pero aun así, me parece que me tendré que acostumbrar a que todo el mundo me diga lo mismo durante varios días. Aquí soy el tipo malo que te está reteniendo en otro país.

Te das cuenta de lo que estoy pensando y me acaricias la cara para

tranquilizarme.

–No me quedaría con estas dos locas aunque me dieran todo el oro del mundo –tu tono es de broma pero sé que oculta algo de verdad. No por tus amigas, que son encantadoras (y creo que les he caído bien), sino por todo lo que te conlleva vivir en tu país. Y la libertad que pierdes al estar allí.

El primer ron con Cola da paso a otros dos cubatas y, cuando quiero darme cuenta, estamos cenando en un restaurante chino del centro de Maracaibo. Estos chinos han conseguido desplegar un marketing increíble alrededor del mundo, presentes en cualquier país. Les pregunto a tus amigas si hay algún restaurante de comida catalana, pero no pueden recordar ningún sitio. La comida me sabe exactamente igual a la de cientos de chinos que hay por Barcelona. Salvo por el Hai Cheng, claro. No digo nada para no parecer soberbio. Valeria mira su móvil y nos explica que han convencido al resto del grupo para reunirse más tarde en un club que hay cerca y que todas conocéis perfectamente salvo yo. Allí seguiremos bebiendo hasta que el cuerpo aguante. Me da mucha pereza conocer a más gente, más aún porque estoy seguro de que habrá varios chicos y puede que te hayas acostado con alguno de ellos en el pasado. No me he encontrado nunca en esa situación, la de estar en el mismo lugar con una persona que ha compartido un momento íntimo con mi pareja y no creo que me vaya a gustar. El propio hecho de definirlo como “momento íntimo” me hace sentir ridículo. Que hayáis follado, dicho más claramente. Pienso en preguntártelo, pero no quiero que pases tú también un mal trago y trato de no darle mucha importancia, como si fuera lo suficientemente maduro como para asimilarlo. Me reiría de mí mismo si no estuviera tan agobiado.

Cuando salimos del restaurante me percato una vez más del calor que hace realmente en Maracaibo, cuando una ola de bochorno me invade por completo. Por eso o porque voy algo borracho, pues el famoso ron

venezolano ha ido causando estragos en mi cuerpo con cada trago. Andamos durante varios minutos hasta llegar a un local donde hay varios jóvenes en la entrada. Imagino que será la zona de marcha por donde te has movido durante muchos años en tu juventud. Os acercáis a uno de esos grupos, compuesto por varios chicos que os saludan con amplias sonrisas. Vale, estos son los tipos con los que salías cuando vivías aquí. Me pongo en alerta cuando de nuevo apenas me prestas atención, mientras les das abrazos a todos ellos y repartes algún esporádico beso en la mejilla. Me fijo en las manos de todos ellos, que estén controladitas y donde pueda verla. Un poco como hacía antes tu padrastro conmigo. Después, me los presentas, aunque no estoy atento al nombre de casi ninguno de ellos salvo del último. Un chico de ojos verdes y bastante atractivo que responde al nombre de Hugo. Por la forma en que te ha mirado y os habéis abrazado creo que este es el chico con el que debes de haber tenido un romance. Siempre hay alguno en grupitos como el tuyo. Y una chica como tú nunca pasa desapercibida. Intento no pensar mucho en vosotros dos, tratando de despejar el fantasma de los celos del pasado.

Cuando conoces a alguien siempre existen esos dos tipos de celos. Unos te carcomen por lo que puede estar haciendo la otra persona mientras no estás a su lado. Son unos celos jodidos que cuando llegan al extremo pueden provocar que las parejas deban estar siempre unidas o que produzca un estado de paranoia que lleve a la obsesión a una de las partes. En cambio, existen otro tipo de celos mucho más peligrosos, y esos son los celos del pasado. Al empezar a conocer a otra persona de forma íntima siempre tienes la curiosidad de conocer todo lo que ha hecho en el pasado. Algo con lo que se debe andar con mucho cuidado pues siempre se tiende a pensar que las mejores experiencias en la vida de la otra persona fueron en aquella época. Si la cosa se complica, siempre tiendes a compararte con esos recuerdos de los

que no has sido partícipe y que has recreado en tu cabeza a través de un relato de la otra persona, como meros fantasmas contra los que no se puede luchar. Si no recuerdo mal eso lo explican muy bien en “Persiguiendo a Amy”, cuando Ben Affleck debe aprender a convivir con el recuerdo de un lujurioso trío que se montó su chica en el pasado junto a un par de desgraciados. Así que creo que es mejor no preguntar. No saber más de lo necesario, para que me afecte lo menos posible.

De nuevo, iniciáis esas conversaciones de grupo plagadas de anécdotas privadas, gente que no conozco y no está presente y lugares en lo que nunca he estado y obviamente no conozco. Por suerte (aunque en este caso sería más bien una desgracia), soy buen observador y cada vez me doy más cuenta de que Hugo sigue bastante pillado por ti. Cómo para no estarlo. Me pregunto qué es lo que os haría separaros. Si fue él porque conoció a otra chica o tú porque te cansaste de su superficialidad. O porque querías salir de Venezuela y él no quiso irse contigo. Tras varios minutos, algunos de los chicos parecen percatarse de mi presencia y me empiezan a preguntar sobre el tema universal de conversación para cualquier hombre del mundo: el fútbol.

–¿Has ido mucho al Camp Nou? –me pregunta uno de ellos. Un chico bajito y con gafas de pasta.

–Procuro ir un par de veces por temporada. Aunque con Pep Guardiola en el banquillo intentaba ir siempre que podía. Es de esos momentos históricos de los que podré decir a mis hijos, “yo vi jugar al Barça de Guardiola”.

–Me encantaría poder ver a Messi, aunque fuera solo en un entrenamiento –me contesta.

–También estuvo Jeffren jugando un tiempo en el primer equipo.

–Es verdad. Pero no ha jugado nunca con la vinotinto. Aunque tampoco hizo gran cosa en el Barça, ¿no?

–Metió el quinto gol en la manita al Madrid. La que le endosamos a Mourinho. Sólo por eso le llevaremos siempre en el corazón.

–Ustedes y su rivalidad con el Real Madrid.

Tras eso, agotamos el tema de conversación y nos unimos al resto del grupo. Seguimos con ese otro lenguaje universal que no es otro que el alcohol, presente en cualquier cultura del mundo. Presto más atención, ya que estáis hablando de anécdotas de la universidad, de antiguas juergas algo desmadradas cuando erais más jóvenes. Deduzco que al final, todos los jóvenes del mundo tienden a cometer las mismas locuras cuando tienen la suficiente cantidad de alcohol en el cuerpo: baños desnudos en la playa, llegadas a casa tratando de disimular la borrachera ante tus padres, alguna historia algo escatológica en una salida que te hace ruborizarte... Nada que no haya vivido yo mismo en Barcelona. Hasta que Valeria, algo achispada, habla sobre la vez en que tu padrastro te pilló en el coche follando con Hugo. La miras con gesto de reprobación y me quedo algo cortado cuando noto que algunas miradas se posan sobre mí. Hugo no lo capta y trata de seguir con la anécdota, pero le cortas a tiempo de que explique los detalles más escabrosos. Me siento algo solo cuando noto que nadie me dice nada o intenta cambiar de tema para ayudarme.

Tras el breve incidente, seguimos con la fiesta, pero me encuentro más aislado que antes y de forma involuntaria me encierro en mí mismo, incapaz de seguir hablando con nadie más. Me aparto un poco hasta que te das cuenta de lo que sucede y me pides que regrese con tus amigos. Hago todo lo posible para que estés contenta, pero no me sale y noto que te disgustas conmigo por mi actitud reservada. No me puedo quitar de la cabeza el sudoroso cuerpo de Hugo frotándose sobre el tuyo. Sus manos sobre tus pechos. Sus labios recreándose en los tuyos. Con el paso de los minutos te traslado esa incomodidad, hasta que finalmente decides que regresemos a casa. Noto que

te gustaría quedarte más tiempo con ellos, pero quedaría extraño que me dejases así en mi primer día en Maracaibo.

Tras andar en silencio por las calles de la ciudad, me dejas en la puerta del hotel. Intento explicarte que puedes volver con tus amigos si quieres, pero sabes que no es cierto, que prefiero que estemos los dos juntos y que las cosas no van a salir como esperabas. Casi nunca suele pasar.

Durante algunos días nos encontramos algo tensos. Aprovechamos para hacer algo de turismo y me muestras la ciudad. Visitamos las coloridas casas que hay en El Saladillo, la esbelta y llamativa Basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá o la modesta pero hermosa Catedral de la ciudad. Pese a la belleza que encierra tu ciudad, apenas estoy atento a todos esos monumentos, pues mi cabeza sigue en esa conversación que hemos dejado postergada sobre tu relación con Hugo. Aunque bien pensado, no tenemos nada de qué hablar, pues no tienes que darme ninguna explicación sobre lo que has hecho en el pasado. No me debes nada, pero aun así me siento incómodo, incapaz de disculparme por mi comportamiento infantil. Vamos a pasear junto al enorme lago de Maracaibo, pero nuestros serios semblantes hacen que sea todo mucho menos romántico de lo que podría haber sido, algo de lo que estoy seguro me arrepentiré en cuanto regrese a Barcelona. Por las tardes, cuando voy al hotel un rato, te reúnes a solas con tus amigas, lo que me hace sentir más incómodo y gilipollas. Soy una carga para ti, justo lo que he querido evitar todo ese tiempo.

Cuando ha pasado casi una semana, volvemos a comer en casa de tus padres. Poco a poco, sin darme cuenta, me he empezado a cansar de tu acento venezolano. Lo que antes era divertido y agradable, empieza a resultarme agobiante, incluso cargante por momentos. En Barcelona era algo especial, pero aquí, en tu ambiente, cuando la gente habla de la misma forma, suena menos interesante. Tengo miedo de que estemos perdiendo la magia, de que

poco a poco me esté desenamorando de ti, de todo lo que me transmitiste cuando te conocí. De que te esté transformando sin querer en algo que realmente no eres. Necesito volverte a sentir como aquella vez en la fiesta en el piso del Raval. Te echo de menos aunque te tenga a mi lado. Así que te agarro la mano con fuerza, hasta que sin querer te hago daño y exclamas, mientras me lanzas una mirada desaprobatoria. Algo parecido a lo que hace tu padrastro, a quien tengo enfrente. Junto a él está tu madre y en una esquina, en silencio, Gabriel nos observa con una sonrisa en la cara. Disfruta viéndome sufrir, aunque no le culpo. En su lugar yo estaría haciendo lo mismo.

–Como te decía, será complicado que vayamos al pueblo. Así que tendrás que visitar a la abuela en otra ocasión –dice Martín con gesto serio.

–¿Lo estás diciendo en serio? Y todo por tu estúpida obsesión con compararte con...

–¡Vale! No hace falta que nos lo expliques todo.

–Cariño, piénsalo mejor –tu madre saber manejar a su marido a la perfección y empieza a jugar el papel comprensivo con el que tratar de convencerlo. –El chico ha estado un tiempo en el hotel como le pediste. No tiene sentido que la niña no pueda ver a la abuela por tu cabezonería.

–No es cabezonería, es que no me gusta dejarles solos.

–¡Por dios, que tengo casi treinta años! –tu padre sabe sacarte de quicio. Es normal, tienen esa habilidad altamente desarrollada, que parece formar parte del cargo. Saber sacar de quicio a un hijo. Aunque hay que reconocer que es algo que funciona en ambas direcciones.

–Cariño, ¿por qué no nos dejáis a solas un rato? –dice tu madre, algo alterada por tener que intermediar entre vosotros dos, un papel que se nota que se ha visto obligada a ejercer en multitud de ocasiones.

Tras varios minutos junto a tu padrastro, finalmente sale del salón y nos

confirma que podremos ir solos a la casita que tenéis cerca de Chachopo. Que no puede ser que regreses a Venezuela sin visitar a tu abuela Rosa. Así, de paso, podré ver el lugar donde creciste cuando eras pequeña.

Al día siguiente, bien temprano, recojo las cosas del hotel y nos subimos a un destartalado autobús regional, junto a una decena de personas de rostro serio. La idea de volver a ver a tu abuela hace que recuperes la emoción de los primeros días y me lo contagias. Durante el trayecto, el autobús bordea todo el rato el lago de Maracaibo, el cual me sirve como referencia para reconocer que nos estamos dirigiendo hacia el sur. Durante un tramo atravesamos el maravilloso Parque Nacional Sierra de La culata sin que dejes de explicarme las veces que has estado allí junto a tu padre. Cada kilómetro que recorremos arranca mil recuerdos de tu memoria, de los cuales me explicas una pequeña parte porque si no tendríamos que estar varios días montados en ese autobús. Me hablas del aroma de la tierra mojada, del calor en las tardes de verano, de todas las veces que jugaste al escondite con tu padre e incluso una en la que pensaron que te habías perdido y llamaron a los guardas forestales. Me explicas que cuando tu padre se fue de vuestro lado, aquel lugar ha significado para ti siempre el sitio donde lo enterraron en espíritu. Aunque su cuerpo estuviera en otro sitio, aquellos helechos y coloraditos (los árboles más abundantes en el parque), son los que realmente albergaban su recuerdo y sus momentos más alegres. Me dices que para ti, cuando dejamos de ser cosas físicas, nos convertimos en recuerdos. Y que esos recuerdos se personifican en objetos y otras cosas que nos hacen traer de vuelta a esos seres queridos, aunque sea durante unos segundos. Te miro a los ojos, sin ver el recuerdo que realmente eres. Me pregunto qué objeto me hará recordarte, en qué te habrás convertido.

Tras una larga espera, el autobús nos deja en Chachopo, pero me explicas que la casita de tus padres está algo alejada, con lo que tenemos que

coger un taxi para que nos acerquen hasta allí. Como es tarde, piensas que será mejor visitar a tu abuela Rosa al día siguiente, puesto que no quieres cansarla, porque es mayorcita e incluso puede que esté durmiendo. En poco menos de media hora, el taxista nos acerca a una zona algo alejada del pueblo, montañosa y rodeada por completo de frondosos árboles. Hay pocas casas junto a la carretera. Todas tienen aspecto rústico y sencillo, de paredes blancas y a veces hormigón visible. Son casas de campo auténticas, no como las de ahora que más bien son imitaciones o bien de casitas de cuento o de pequeños palacetes. Estas son construcciones básicas y sencillas, pero eficaces, que transmiten tranquilidad y la promesa de miles de recuerdos. La casita de tus padres tiene apenas tres habitaciones y un pequeño jardincito que se encuentra cubierto de malas hierbas. Se nota que hace meses que no pasan por allí, pero todo eso le da un mayor encanto romántico, de cierta decadencia, que me atrapa por completo.

–Hay una cosa que no te he dicho –me adviertes antes de entrar. –Puede que encuentres insectos por la casa. Pero por suerte ninguna araña. Te he dicho que odio a las arañas.

–¿Cómo? –sabes que le tengo un pánico atroz a cualquier insecto que sea más grande que el ojo de una aguja. Si es alado, la cosa se pone más tensa.

–Sí. Son grandes como puños. Pero no sufras, no se comen a nadie. Que yo sepa.

–No se comerán a nadie, pero seguro que pican, se posan sobre mi brazo, me rozan con sus alas, me acosan o me miran con sus asquerosos ojos de monstruos de película de terror de los cincuenta.

–Es cierto. También pueden violarte –contestas divertida.

A mí no me hace ni puta gracia.

El interior de la casa es fresquito, contrastando con el calor que impera

en el exterior. Los muebles son antiguos y en general hay un exceso de retratos antiguos de tus padres cuando eran jóvenes o de ti cuando apenas eras un bebé. Me doy cuenta de que no hay fotos de Martín, con lo que entiendo que aquello debe ser una especie de santuario de recuerdo a tu padre. Puede que incluso Martín lo respete y por eso casi no decida ir allí con vosotras casi nunca. Es el lugar de recuerdo, donde habláis sobre los años que pasasteis junto a él y todas las anécdotas que os dio tiempo a compartir a su lado. Me quedo mirando un retrato suyo, bien vestido, sonriente y con aspecto de pillo. Me parece que contrasta mucho con Martín, más serio y recto. Me acerco a una esquina, donde en una mesita pequeña y sencilla veo un marco con una foto tuya junto a tu padre. La cojo para observarla con detenimiento. Estáis en el campo, sonrientes, y tu padre te coge la cabeza con cariño, como si fuera una pelota de baloncesto.

–Hacía siglos que no volvía –noto tu presencia a mi lado. Me pasas los brazos por la cintura, pegándote bien a mi espalda. Creo que estás llorando, pero te dejo algo de intimidad y no me giro para comprobarlo. Necesitas tiempo para asimilar esa intensa bocanada de recuerdos. –Esa foto nos la hicimos durante una de nuestras aventuras. Seguro que te habría caído bien. Además, te protegería de todos esos insectos malvados que nos rodean. Una vez me salvó de un oso de anteojos. Bueno, pasaba cerca y lo espantó. Aunque creo que era un oso viejo y no quería pelea. Pero para mí era un héroe. Y ahora esos osos están en peligro de extinción. Pobres.

Empiezas a abrir todas las ventanas para dejar que pasen los últimos rayos de luz que ofrece el día. Una ligera capa de polvo se levanta con nuestros movimientos y me percato del olor a cerrado que hay en el interior de la casita. Es un olor intenso, agradable por lo reconocible, pero a la vez melancólico. Recorres cada centímetro de la casa con la mirada, reflejando en tus ojos cada uno de los recuerdos que te empiezan a asaltar a cada segundo.

Por suerte, nos hemos detenido un momento con el taxi para comprar algo de comer en una tienda del pueblo. Entro con las bolsas en la antigua cocina que me hace sentir como si estuviera en la posguerra española. Saco la comida con la idea de prepararte una tortilla de patatas, de las pocas cosas que sé preparar. Me gustaría ser mucho más cocinitas, pero hay algo en todo ese misterio de la cocina que me supera. Soy bastante incapaz de generar sabores combinando alimentos, a menos que sean cosas sencillas, de fácil preparación. Patatas y huevo: tortilla. Espaguetis, agua, salsa de tomate, bacon, queso: espaguetis a la carbonara. Pan, jamón y queso: bocadillo de jamón y queso. Sin misterios.

Mientras, escucho de fondo cómo sigues revisando todos los cajones y armarios de la casa, como si fueras una ladrona desvalijando la casa. No paras quieta de un lado para otro, pese a que la casa es pequeña y me extraña que pueda albergar tantos misterios escondidos. Pero para ti, en ese momento, hasta el detalle más pequeño está cargado de significado.

Saco la tortilla de la sartén, cuando me percato de que llevas un buen rato sin hacer ruido. Noto tu presencia, detrás de mí.

—¿Cómo me queda?

Al verte en el quicio de la puerta, con el vestido verde turquesa del que me hablaste en l'Ovella Negra puesto, siento que me podría morir en cualquier momento y no pasaría nada. Me recuerdas a una actriz sacada de una película de los años cincuenta, elegante, pero a la vez terriblemente seductora. Infantil, pero también coqueta y adulta. Dos tirantes gruesos desvelan un pequeño y divertido escote que te sienta de maravilla. El vestido continúa hasta acabar en una falda que acaba sobre la altura de tus rodillas, bajo la cual puedo ver tus preciosas piernas, suaves como dos majestuosas piezas de porcelana.

Sin que me diera cuenta, has conectado una de las viejas radios de tu

padre que teníais en el salón, de esas con un enorme dial redondo y el crepitar de los objetos antiguos. Suena una vieja canción venezolana que no reconozco, lenta y sencilla, pero con una letra profunda que me llega al corazón. Apenas estoy pendiente de la letra, pues sigo embobado observando tu cuerpo, cubierto de la suave tela del vestido, pero creo que habla de un amor imposible. De lo que estamos viviendo sin que lo sepamos. Nos abrazamos mientras nuestros labios se vuelven a fundir, tratando de atraparse los unos a los otros con insistencia, como las primeras veces que estuvimos juntos. Te aprieto fuerte contra mí, observando nuestra imagen reflejada en un gran espejo que hace las veces de puerta de un armario. Siento que tenemos una relación bipolar, que unas veces eres la chica alocada y vitalista que conocí en la fiesta y otras una chica que se queda sumergida en la melancolía y en la tristeza. Empezamos a bailar al son de la música, lentamente, y consigo que nos apartemos del espejo, para que no pueda ver en lo que te estoy convirtiendo. Debo recuperar a la Lorena que conocí aquella noche, y para ello tengo que conocerte mejor, saber quién eres, de dónde has venido. Cómo es que alguien como tú apareció en mi vida. Miro a mi alrededor, a ese lugar que nunca llegué a conocer, pero que siento que es parte de ti, de lo que eres.

Me arrastras delicadamente de la mano por el pasillo, hasta llevarme a lo que era tu dormitorio cuando eras pequeña. La decoración es sencilla, con las paredes desnudas y apenas un escritorio en una de las esquinas. Pero con estar allí, imagino los cientos de tardes que habrás pasado sentada en el colchón, esperando aburrida, o jugando con alguna de tus muñecas, la llegada de tu padre. Quizás fue en una de esas ocasiones cuando, en lugar de recibir su cálido abrazo, recibiste la fría noticia de su muerte. El vacío que te deja la despedida inesperada. El desgarró en el alma, al saber que nunca verías una nueva sonrisa suya. El miedo a que todo aquello que fue, se haya convertido

únicamente en un recuerdo vaporoso.

Nos seguimos besando cada vez con más pasión, lo que me hace recordar a Hugo. Que se joda, ahora eres mía. Qué ciego he estado estos días al olvidarme que te tenía a mi lado. Todavía mejor. Que te tenía de mi lado. Te saco el vestido con suavidad por los hombros, dejando que tus suaves curvas lo recorran con seductora elegancia. Me sorprende nuevamente que pueda poseer cada centímetro de ese cuerpo menudo, delicioso. Que pueda besarlo, acariciarlo, tomarlo tantas veces como quiera. Y eso es lo que hacemos toda la noche, en la misma cama en la que creciste. Hasta que al final, cansados, nos quedamos dormidos.

Las palabras se me quedan cortas para descubrir la emoción que inunda tu rostro cuando te reencuentras con tu abuela Rosa. La emoción es algo que hemos visto en muchas películas, con muchos tipos de actuaciones, pero en general medimos todo eso por la intensidad con la que se vive el momento. Nos da la impresión de que sin un rostro desgarrado o un grito de desamparo, esas emociones no están lo suficientemente bien expresadas o sentidas. Pero vuestro rostro, completamente sereno, desvela mucho más que cualquier lágrima. La abrazas durante varios minutos, sin que ninguna palabra pueda ensuciar ese momento de comunión, en el que vuestras almas gritan de alegría en el silencio de vuestro reencuentro. Vivo ese gozo que supone no tener que expresar nada, porque no es necesario. Y es gracias a esa mirada en tu rostro, cuando me doy cuenta de lo mucho que la has echado de menos, y lo que las dos echáis de menos a tu padre. Su hijo.

La abuela Rosa vive en una casa similar a la vuestra, pero mucho más cubierta de plantas, enredaderas y flores perfectamente cuidadas. Es una mujer coqueta, con un punto presumido pese a su avanzada edad, y tremendamente vitalista. Se nota que es autosuficiente, que ha tenido una vida marcada por el sacrificio y que nunca ha emitido una palabra para

quejarse por nada. Que lo que tiene lo ha conseguido porque se lo ha ganado, y no porque se lo haya quitado a los demás. Entiendo que sea un referente para ti, y que separarte de ella cuando volvamos a Barcelona sea el peor dolor que puedes experimentar.

Me presentas, tras varios minutos de silencio. Rosa me abraza con cariño, como si fuera su propio nieto. Me envuelve entre sus brazos, con seguridad, y me da dos fuertes besos en las mejillas. Me agarra de los hombros y se me queda mirando a los ojos, desnudándome por dentro, de esa forma en la que solo las abuelas saben hacer. En ese instante me doy cuenta de que me ha descubierto. De la misma forma que hicieron los duendes en Islandia, tu abuela sabe quién soy y lo que hago allí. Lo que es realmente ese universo infinito que estoy explorando y del que no quiero escapar nunca. Con su mirada, me ayuda, me anima a seguir a tu lado, porque ella ha vivido algo similar en su vida. Sabe lo que es el amor sufrido, el no vivido e incluso el olvidado. Rosa tiene la experiencia de cien vidas. Me desea suerte sin palabras y me pide que te cuide todo el tiempo que pueda, porque eres lo más valioso que existe en el mundo para ella.

En la mesa nos ha preparado toda una serie de manjares venezolanos que ha cocinado durante la mañana. Me siento halagado ante semejante recepción y aprovechas para repetir que tu abuela es la mejor anfitriona del mundo. Me parece imposible que podamos comernos todos los platos que ha cocinado: hay frijoles negros, carne de ternera deshilachada con arroz blanco, plátano frito y las famosas arepas venezolanas que tanto te gusta comer. Me dices que las arepas de tu abuela son las mejores de toda Venezuela, preparadas con queso, jamón, pollo y parte de la ternera deshilachada. Me explicas que es una variedad de Zulia, el estado que queda más al oeste del país. Todo, regado con unas buenas cervezas casi congeladas, “vestiditas de novia”, como las llamáis.

Con tu abuela la conversación es distinta, pues apenas mencionáis el pasado, todo hace referencia al futuro, a nuestros planes. Me pregunta sobre el tiempo que me voy a quedar y si tenemos tiempo para visitar El Salto Ángel, el famoso salto de agua del estado de Bolívar. Pese a que me encantaría poderlo ver, apenas nos quedan días en Venezuela y el viaje hasta allí resultaría excesivamente largo. Nos dice que volvamos la próxima vez, porque está segura de que habrá más veces. Tras decir eso me guiña el ojo de forma entrañable.

Cuando la noche se apodera del cielo, te abrazas por última vez a tu abuela antes de que nos marchemos a la casita de tus padres para dormir y regresar a Maracaibo. Es una despedida triste y emotiva, pero de nuevo, carente de palabras y de exageradas emociones. Os decís simplemente un hasta luego y ni siquiera miras atrás cuando cogemos el autobús que nos alejará de ella, sin que sepamos por cuánto tiempo. Nunca te han gustado las despedidas.

–Siento que te estoy secuestrando –te digo al ver cómo observas con nostalgia a través del sucio ventanal del autobús.

–Soy yo la que quiere irse, cariño. Conozco el precio que tengo que pagar y hace tiempo que lo he asumido. No es la primera vez que me pasa. Solo déjame tragar el dolor, solo necesito unos minutos para digerirlo bien.

–¿No echas de menos todo esto? Lo que eres de verdad, lo que está encerrado en esa casita.

–Mi vida está ahora en Barcelona. Contigo. Y no, no quiero mirar atrás. Tampoco deberías hacerlo tú, porque por mucho que lo hagas no me vas a conocer lo suficiente y lo sabes. Sólo te va a provocar más dolor.

Regresas la mirada al exterior del autobús, a las estrellas. Entonces me doy cuenta de que el cielo aparece borroso, por culpa de las manchas que cubren el cristal.

La última noche en Maracaibo logro por fin conectar con tus amigos y me siento mal por el tiempo que he perdido debido a mis estúpidos celos. Cenamos en casa de tus padres y escucho con agrado las anécdotas que os contáis. Al prestar mayor atención a lo que dicen, empiezo a reconocer los nombres y pregunto sobre todos ellos. Hablan de varios profesores del instituto en el que estudiabas, de vuestra primera borrachera en la facultad pocas horas antes de hacer un examen que encima aprobaste, de aquella vez que con Hugo (sí, ya no me importa imaginar según qué cosas, al menos no tanto como antes) regresaste borracha a casa y estuvisteis más de una hora tratando de entrar en la casa del vecino o de un día con Valeria y Adriana en el que estando en la playa perdisteis vuestros bikinis en el mar y tuvisteis que recorrer el camino hasta el coche completamente desnudas tropezando con algún profesor de la universidad. Escucho las anécdotas y las saboreo como tendría que haber hecho desde que llegué a Venezuela, porque son parte de ti, de lo que eres. Me trago mi estúpido orgullo e intento actuar de forma decente, pese a que aún hay una parte de mí que está celosa por lo que escucho y que intento acallar como puedo.

Me doy cuenta de que, en el fondo, he perdido una oportunidad preciosa para seguir conociéndote, para saber quién eres. Pero es tarde y lo único que puedo hacer es dejar una imagen mínimamente decente de mí antes de que regresemos a Barcelona. Incluso acabo descubriendo que Hugo es un buen tipo, que si ha estado contigo y le guardas cariño es por algo y eso debo respetarlo. Es algo que nos asemeja y de alguna forma nos une. Aunque eso no evita que me siga costando estar a su lado, sin imaginarle sobándote todo el cuerpo. Tus padres se encuentran más abiertos que en los últimos días y en general el ambiente es de una despedida festiva. Todos confían en volver a verte pronto y me repiten que vuelva o que me vaya a vivir a Venezuela, que estarán encantados de recibirme. Me emociona saber que, pese a

comportarme un poco como un idiota, esa gente me empieza a querer. Y yo a ellos.

Con todo eso, tu padre nos deja por fin dormir juntos en la misma habitación, aunque se nota que el esfuerzo para él es terrible. Y todo por nada. Esa noche he bebido tanto que en cuanto mi cuerpo se coloca en horizontal, acabo rendido a los brazos de Morfeo.

Al día siguiente, en el aeropuerto, vivimos una despedida completamente distinta a la que tuviste con Rosa. Allí, rodeados de gente y con mucha menos intimidad, tu madre no deja de llorar mientras repite que eres su niña y que quiere verte pronto. Se te nota incómoda y prefieres el abrazo algo seco de tu padre. Me sorprende que seas tan espontánea para algunas cosas y tan contenida para el tema de las despedidas y para demostrar tus emociones reales.

Así que, de nuevo, estamos los dos solos esperando a embarcar rumbo a Barcelona. Esos lugares me recuerdan a un hospital. Siempre esperando a que pase algo, sentado en inhóspitas salas de espera. Porque eso es siempre lo peor, la espera.

–Tendrías que encontrar un trabajo –te digo mientras hojeas una revista de moda.

–No estoy segura.

–No es que quiera obligarte o que te lo diga por tema de pasta. Quiero decir, que si lo de vivir en Barcelona va en serio, sería importante que buscaras un trabajo.

–Sabes que soy una nómada...

–Sí, y que nunca has estado más de un año con una misma persona. Que lo máximo que has estado con alguien fueron 364 días y que era todo un récord para ti. Pero necesito saber si lo nuestro es real. Si puedo contar contigo.

–Amor, en la vida no puedes contar realmente con nadie.

–Eso es muy triste.

–No es triste. Es real.

–A estas alturas no sé lo que es real y lo que no.

Me miras con gesto triste mientras levantas los hombros como diciendo que no puedes responder a eso. Regresas de nuevo a tu lectura, ausente al torbellino de dudas que me asaltan en ese momento.

Afuera, en la pista de despegue, un avión empieza a coger altura, dispuesto a surcar el cielo y recorrer miles de kilómetros a un distante lugar del mundo.

3:40

Cuando finalmente te encontré en la cocina, preparando dos nuevos cubatas, suspiré aliviado al descubrir que no te habías marchado de la fiesta como temía. Te había imaginado en el interior de aquel avión que tenías que coger en unas horas, de regreso a Venezuela, antes de que nos pudiéramos conocer algo mejor. Empecé a soñar despierto, esperando que mi apreciación inicial respecto a nuestras posibilidades hubiera sido demasiado fatalista. Al fin y al cabo, era evidente que teníamos química y nos lo habíamos pasado bien durante todo el (poco) tiempo que habíamos coincidido. Nos vacilábamos como si lo hubiésemos hecho durante toda la vida y, por la forma en que me mirabas, deduje que te atraía aunque fuera un poquito. Al verte sonriéndome, con las dos copas en la mano, consideré realmente la posibilidad de que tuviera alguna posibilidad contigo esa noche. Aunque fuera para disfrutar de ti durante unas horas. Puede que me atreviese incluso a pedirte un polvo en el aseo, como me había dicho Rafa un rato antes. Estaba que me salía.

–¿Has visto a Rafa? –te pregunté.

–Se ha acercado donde estaba Sonia y casi han protagonizado una película porno antes de que entraran como animales en el dormitorio.

–Pensaba que estaba enfadado.

–Entonces os enfadáis de forma muy extraña por aquí –comentaste divertida.

Nos quedamos mirando a los ojos, sin tener nada que decirnos por primera vez. Dos completos desconocidos que se conocen en una fiesta en la que están rodeados por más desconocidos.

–¿En qué trabajas? –me preguntaste.

–No creo que sea muy interesante. Me aburro sólo con explicarlo.

–Exagerado. No puede estar tan mal.

–No, lo está, en serio. Trabajo en una aburrida empresa de importaciones y estoy todo el día con números, Excels e informes para otros departamentos que me importan bastante poco.

–De acuerdo, tú ganas. Suena muy aburrido.

–¿Y qué es lo que te ha traído a ti por Europa?

–Estoy cursando unos estudios sobre cultura europea. Os analizo a todos y cada uno de vosotros para después llevarme esa información a Venezuela y conocer mejor vuestros puntos débiles. Me manda Chávez, pero es un secreto, no se lo puedes decir a nadie. Ni se te ocurra ir diciendo que lo que queremos es conquistar a todo el mundo y convertirnos en seguidores fanáticos del socialismo. Porque si lo haces me veré obligada a matarte.

–O sea, ¿qué me has estado utilizando todo este tiempo? –te dije con un tono claramente insinuante. Estaba coqueteando contigo y por lo que pude notar no te importaba mucho. Hasta me sonreías.

–En tus sueños, cariño.

Pasaron un par de parejas ante nosotros, entre bailando y enrollándose con los calentones que a esa hora provocaban el exceso de alcohol y la necesidad de no irse solos a la cama. Me los quedé mirando y después te miré a ti descaradamente, mientras te lanzaba besitos provocadores. Pero tú los entendiste más como una broma, algo que me suele pasar a menudo. Seguro que a Ryan Gosling no le harían nada así. Cuando él se insinúa todas las chicas entienden que es para echar un polvo loco, salvaje y apasionado. En

cambio, cuando yo me insinuó con alguna chica, lo máximo que puedo provocar es una sonrisa fugaz. No saben captar el mensaje. Pero dentro del fracaso que suponían mis absurdas provocaciones eróticas, tu sonrisa era el mejor regalo que podía obtener.

Agachaste la cabeza mientras levantabas el brazo, dispuesta a mirar tu muñeca. Reaccioné con rapidez, tapando la esfera de tu reloj con tal de que no pudieras ver la hora.

–¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre mirar la hora cuando aún falta lo mejor de la fiesta?

–¿Y se puede saber qué es lo mejor de la fiesta?

–Cualquier cosa que suceda a partir de este momento.

Te cogí de la mano y, con decisión, te arrastré hasta la zona de baile, donde seguía habiendo la misma cantidad de personas arremolinadas alrededor de un par de enormes bafles que no dejaban de convulsionarse al ritmo de los bajos de “Civilization”, el temazo de Justice. Era esa hora en la que la gente más que bailar empezaba a entrar en trance, con los ojos casi en blanco mientras fusionaban el contoneo frenético de sus cuerpos con la música que nos envolvía a todos en ese momento. El olor a sudor que nos rodeaba, en lugar de asquearnos, nos hacía sentirnos más partícipes de ese ritual, gracias también a la considerable taja que llevábamos los dos en el cuerpo. Pese a nuestros frenéticos movimientos, no soltábamos en ningún momento nuestros cubatas cuyo contenido oscilaba de forma peligrosa en su interior, como si se estuvieran produciendo varios maremos.

Empecé a imitar tus bailes algo desacompañados y divertidos, lo que provocó una fingida ira en tu rostro. Me diste un ligero empujón, haciendo que mi copa estuviera muy cerca de volcarse por completo encima mío. Aun así, te seguí imitando, exagerando más todavía tus movimientos y haciendo que parecieran una mezcla entre un ritual vudú y una coreografía del ballet

ruso. La gente a nuestro alrededor nos miraba con preocupación, pensando que debíamos estar tarados, y quizás estaban en lo cierto, pues nos comportábamos como dos adolescentes que se han emborrachado por primera vez en su vida.

–Creo que es el momento de que conozcas mi baile sexy –te dije con gesto serio, tratando de imitar nuevamente a Ryan Gosling en *Drive*, todo un referente para el heterosexual de nuestros tiempos. Por supuesto, lo que me salió no llegó ni a parodia, quedándose simplemente en un gesto extrañamente anguloso de mis labios.

–¿Tienes un baile sexy? Y yo que pensaba que no eras un profesional.

–No tienes ni idea de lo que dices.

Acto seguido, empecé a contonear mis hombros y mis caderas de un lado para otro, tratando de forma torpe de seguir el ritmo de la música. Mis articulaciones parecían romperse en ángulos absurdos. Iba meneando la cabeza de un lado para otro, mientras ponía morritos seductores. La clásica “cara de pato” que ponen las chicas en las fotos que hay siempre por internet. Se puede decir sin ningún complejo que estaba haciendo el payaso para ti.

Normalmente hago algunas tonterías para socializar con los demás, más aún cuando estoy con gente que no conozco del todo, pero en tu caso era distinto. Contigo me sentía más suelto y natural que de costumbre, con la extraña necesidad de sacarte una sonrisa continua cada segundo de mi vida. Siempre he pensado que hay personas que han nacido para sonreír, debido a la belleza que con su sonrisa aportan al mundo. Es responsabilidad de las personas que las rodean el conseguirlo el mayor tiempo posible, para que no se desperdicie ese valioso bien. En tu caso, tu sonrisa era un asunto nacional. No hacerte sonreír debería estar considerado como un delito grave que tuviera incluso pena de cárcel. O por lo menos una ejecución graciosa, para que también te ayudase a hacerte sonreír.

–No está mal –dices riéndote cada vez con más ganas.

–Esto vuelve locas a las nenas.

–Sí, ya lo noto.

–¿No me crees? Mira, –te dije señalando a una chica que me miraba con gesto contrariado –esa se acaba de correr.

Estallas en una sonora carcajada, impropia de una señorita. Sigo bailando de la misma forma, dando vueltas a tu alrededor.

–Y ahora ese chico, que está detrás de ti. ¿No ves la mancha oscura en su entrepierna? También se ha corrido con sólo ver mi baile sexy. No me importa. Cuando uno domina el baile sexy no conoce fronteras. Debe ser generoso con su sexualidad.

–¿Y cuándo me correré yo? –me preguntaste entre risueña y coqueta.

–No, tú eres la kriptonita de mi baile –aunque visto ahora podría haber intentado continuar tu coqueteo y dejarme de risas por una vez. Las chicas no siempre quieren reírse con alguien al que acaban de conocer. A veces quieren algo más. El humor está bien, pero ante todo hay que ser lo suficientemente seductor como para no acabar siendo un colega. –Tu forma de bailar me hace perder todo mi poder. Por eso seríamos una pareja perfecta y podríamos bailar sin corrernos todo el rato –al menos pude corregirlo un poco al final, lanzando una velada, aunque insuficiente, insinuación.

–Tampoco estaría mal bailar sin parar de correrse.

–¿Qué dices? Menudo coñazo. Hay que estar a una cosa o a otra.

–Déjame ahora que te muestre mi baile sexy.

Empezaste a contonear tu cintura de forma suave, realzando tus glúteos y tus piernas finas y estilizadas. La forma de los vaqueros no hacía más que aumentar el poder seductor de tu baile, el cual se remataba con el vaivén rítmico de tus hombros. Habías dejado atrás el baile desenfrenado y algo patoso de unos minutos antes, para tratar de noquearme con cada figura que

dibujaba tu cuerpo en el aire. Y a buena fe que lo conseguiste, pues fuimos varios los que nos quedamos estupefactos observándote, aunque únicamente tuvieras ojos para mí.

Tal fue el impacto que provocaste en mí, que hice un intrépido gesto de efusividad para demostrarlo. Con tan mala fortuna, que el cubata que tantas veces había jugueteado con el destino, se acabó derramando por completo en la camisa del chico que estaba junto a mí, acompañándome en el espectáculo que suponía el verte bailar. El tipo, sorprendido por encontrarse empapado de arriba abajo del contenido de mi vaso, reaccionó con cierta violencia, agarrándome del brazo mientras me zarandeaba y me gritaba que si estaba borracho o qué me pasaba. ¿Es que acaso no era evidente que lo estaba?

Por suerte pude reaccionar a tiempo y evité un puñetazo que iba dirigido a mi cara. Debido al brusco movimiento realizado, caí al suelo, también en parte porque mi cabeza empezaba a dar vueltas como un peonza, lo que dificultaba todavía más el equilibrio de mi cuerpo. Apenas tuve tiempo a hacer más, esperando a que empezaran a lloverme golpes por todas partes. Pero en lugar de eso, se produjo una extraña tranquilidad. Aunque la música seguía sonando a todo trapo, el bullicio de la gente se había detenido, lo que generaba un contraste bastante extraño. Al abrir los ojos, te vi ante el tipo, tratando de calmarlo. Por lo que parecía, lo estabas consiguiendo. Puede que estuvieras utilizando el factor de seducción que habías demostrado minutos antes. O puede que me dejases tirado en el suelo como un perdedor y te fueras con el gallito que me había vencido. El líder de la manada. El macho alfa.

Pero, tras varias palabras, finalmente el tipo se marchó hacia el aseo, no sin antes dirigirme una mirada asesina acompañada de una peineta. A través de sus labios entendí que me echaba en cara que me hubiera tenido que salvar una chica. Pero en cambio, estaba encantado de que así fuera. Ni mi cuerpo ni

mi espíritu estaban preparados para las peleas. Siempre que había visto una me quedaba bloqueado por completo e intentaba alejarme lo máximo posible. Y eso siendo testigo, las pocas veces que había participado me quedaba tieso como una estatua.

–Venga, levanta, que de buena nos hemos librado –me dijiste mientras me ayudabas a incorporarme. El resto de la gente que estaba a nuestro alrededor se nos quedó mirando unos instantes cuando pasamos a su lado algo apresurados. Después, continuaron con su baile, como si nada hubiera pasado.

Regresamos a la zona de los sofás, donde no había rastro de ninguno de los amigos de Sonia. No vimos ni a Jordi, ni a Albert ni al pesado de Marcos. Supuse que se habrían ido a casa, viendo cómo estaba el ambiente con su amiga y con Rafa. Nos sentamos por primera vez en muchos minutos, aunque apenas notaba ningún cansancio con toda la cocaína que llevaba en el cuerpo. Ni tampoco noté ningún dolor en las nalgas.

Me pediste un cigarro. Comprobé que me quedaban tan solo cuatro y a ese ritmo tendríamos que empezar a pedir o bien bajar a la Rambla del Raval a ver si con suerte encontrábamos algo abierto a esas horas. Pero no importaba, cuando estás en esa situación te conviertes en una puta chimenea que no deja de soltar humo sin que apenas te importe encenderte el siguiente cuando acabas de apagar el anterior. Damos varias caladas en silencio, únicamente con la música de fondo. Paladeo ese momento de plenitud, tratando de evaporar el fantasma que me recuerda de forma constante que estamos más cerca del final que del principio.

–Llevan un buen rato estos dos ahí dentro –dijiste mirando hacia el dormitorio, donde Rafa y Sonia continuaban encerrados.

–Conociendo a Rafa seguro que están probando todas las posturas posibles del kamasutra.

–¿Todas? Eso es un mito. Lo importante no es hacer gimnasia, sino la intensidad con la que practicas el sexo. Puedes hacer tan solo dos posturas y que sea mil veces más pasional que estar haciendo piruetas como un trapecista y acabar con más sudor que orgasmos –dijiste con seguridad.

–¿Orgasmos? ¿En plural?

–Una, que es exigente.

–Entonces lo tendré complicado.

–Eso sí que es extraño, un chico que no trata de impresionar a su ligue explicando lo superdotado que es para el sexo.

–¿Su ligue?

Te quedaste en silencio, al darte cuenta de que habías verbalizado demasiado lo que estaba sucediendo en esos momentos entre nosotros. Normalmente, cuando las cosas están pasando de forma natural, explicarlas hace que pierdan su gracia. Es como despertarse de un sueño con un jarro de agua fría.

–Seguro que están haciendo la posición del perro –me dijiste mirándome directamente a los ojos. –Es la mejor cuando uno va borracho y hasta las cejas de coca –te percataste de mi sorpresa cuando escuché esto último. –¿Pensabas que no me había dado cuenta de lo que hacéis en el aseo? Eso o que sois muy bisexuales. Cuando uno va como Rafa le cuesta más concentrarse para poderse correr y lo mismo le pasará a Sonia. Además, ella tiene buenas tetas y seguro que Rafa estará encantado de poderse agarrar a ellas, no como las mías.

Enseguida notaste que mi rostro se puso rojo como el tomate. Me encantaba la franqueza y naturalidad con la que hablabas del sexo, pero uno no es de piedra y mucho menos teniéndote delante.

–¡Ay, perdona! Te he hecho sonrojar. ¿Te da vergüencita que hablemos de esas cosas? –tu tono era de burla, tras lo cual empezaste a descojonarte en

mi cara y de mi cara. –Pobrecito, que no está acostumbrado a que una chica le hable de sus tetas. ¿Prefieres que hablemos de otra cosa que no sea para adultos?

Al final, cambiamos realmente de tema y te expliqué que en unos meses será el Festival de Sitges y que es uno de los eventos del año a los que no fallo nunca. Te hablé también del grupo de compañeros de trabajo con los que paso allí una semana y de lo divertido que es ver películas de terror en grupo. Me respondiste que el terror no te apasionaba, que tú eras más de cine latinoamericano. Que en esas películas solo lo pasas mal y no ves el sentido que tiene, que si sufres, aunque sea viendo una película debe ser porque te expliquen algo real. O porque puedas comprender los sentimientos de personas que son cercanas y lejanas a la vez. Pese a ello, te dije que si vinieras conmigo a Sitges conseguiría que te lo pasases bien, que ese era el objetivo. Para finiquitar el tema, me dices que si vuelves por Barcelona lo tendrás en cuenta. Pero en ese momento, los dos nos damos cuenta de que eso no va pasar nunca. Que cuando te vayas al día siguiente será para siempre.

De nuevo, un jarro de agua fría se vierte sobre nuestras cabezas. La idea de que esa iba a ser nuestra única noche juntos nos dejó algo descolocados, aunque de forma diferente. Para mí quedaba menos tiempo para conocerte o bien para que estemos juntos. En cambio, para ti debía ser una noche extraña, una anécdota agridulce que aprenderías a olvidar con el tiempo.

Me quedé mirándote, con la cuenta atrás sobrevolando en mi cabeza. Hice un atisbo de mirar el reloj, pero entonces fuiste tú quien me lo ocultó con la mano. Noté el roce de tu piel sobre mi muñeca. Creo que fue la primera vez que nos pasó, pues sentí un calambrazo recorriendo mi espalda. Nuestras miradas se cruzaron durante lo que me pareció una eternidad. Ojalá lo hubiese sido.

–¿Te he dicho que eres sospechosamente guapa?

Sonreíste, pero sin responderme. Aprovechaste el silencio para beber de un vaso que alguien se había dejado sobre la mesita. No te importaba lo que hubiera en su interior y encima te lo bebiste de un trago. Así eras tú.

–Caliente. Genial –dijiste, tratando de cambiar de tema. Pero yo no pude evitar seguir con mis palabras. Necesitaba soltarlas o iba a reventar si las guardaba dentro de mí.

–Corrijo. No eres sospechosamente guapa. Eres dolorosamente guapa. Debería cobrarte daños y perjuicios por lo que me estás haciendo sufrir cada vez que te miro.

La nota de humor hizo que te relajaras algo más y te reíste con más ánimo.

–No te rías, es en serio. Es grave y me duele la puta retina. ¿Quieres hacer el favor de dejar de ser tan guapa aunque sea tan solo durante quince minutos? Sólo Dios sabe cuántas lesiones córneas habrás provocado a toda esta pobre gente con tu mirada acero azul.

–¡Ese sí que es un halago, compararme con Ben Stiller en *Zoolander*! Ahora empezamos a entendernos, guapetón.

De nuevo, nos quedamos mirando a los ojos y me sentí capaz de lanzarme sobre ti para besarte. Cogerte la cara con delicadeza y no soltarte hasta que te hubiera secado por completo los labios con los míos. Tú notaste también que aquello podía suceder y, durante una millonésima de segundo, tuve la impresión de que pudo haberse pasado.

Pero, en un tiempo tan breve que no podría haber recogido ni la photo finish en una carrera de Fórmula 1, tus ojos se iluminaron al ver a Sonia y a Rafa salir del dormitorio. Imagino que te alivió poder librarte de aquel momento tenso, que era mejor poder tener una excusa en la mano que inventarte otra. Fuera como fuera, te levantaste de golpe, dejándome solo en aquel triste sofá.

Pudimos haber discutido...

Es una verdad universalmente reconocida, que la industria más desarrollada que existe es la del porno. Ni la militar, ni la farmacéutica ni ninguna otra puede aproximarse lo más mínimo al grado de sofisticación que se ha llegado a alcanzar en esa industria del entretenimiento principalmente masculino. Todo lo que uno pueda imaginar se ha rodado en alguna parte del mundo, por muy extraño y bizarro que pueda parecer en un primer momento. Sexo con dos mujeres, con cuatro, un bukkake, con un perro o un caballo, “Two Girls, One Cup”, con un grupo de ancianos o enanos, sin derramar una gota, en una despedida de soltera, en una fiesta de estudiantes, con juguetes eróticos e incluso con lluvia dorada. No es sólo que alguien haya cogido una cámara y se haya decidido a grabar algo de eso, sino que lo podrás encontrar en internet con una facilidad meridiana. Únicamente necesitas entrar en portales del estilo de YouPorn o PornTube para tener a tu disposición toda una serie de vídeos a la carta. Todo el mundo, por muy enfermo o desequilibrado que esté, necesita porno.

Me encuentro en esa fase en la que, casi sin proponérmelo, he regresado a mi querida y fiel pornografía. No lo hago porque nuestra vida sexual sea especialmente aburrida, de hecho me encuentro bastante satisfecho con todo lo que hacemos, pero en el porno siempre puedo satisfacer todas esas necesidades que no te puedo pedir directamente. No es que sean cosas especialmente estafalarias ni grotescas, nada más lejos de la realidad. Se trata simplemente de la necesidad masculina de ir más allá de lo que uno está haciendo. Si follas con una chica, quieres hacerlo con dos. Cuando la metes por la vagina, quieres practicar sexo anal. Si lo hacéis siempre en tu casa, quieres echar un polvo salvaje en un parque o en la playa. Si te corres normalmente entre sus tetas, luego quieres hacerlo como en las películas

porno, en la cara. Y no es algo que siempre te apetezca pedir. Y es cuando empiezas a regresar al porno, la amante que nunca se va a quejar de tu falta de atenciones y caprichos.

Aunque no me dices nada, e incluso te resulta divertido, me siento extraño la primera vez que me pillas masturbándome en el dormitorio. Como cuando tu madre entraba por sorpresa y te tapabas con el pijama o la almohada, poniendo la mirada absorta hacia un punto en el infinito, o bien cambiabas de canal rápidamente solo para descubrir una maravillosa, y sospechosa, oferta de peladoras eléctricas de patatas en el canal de la tele tienda que debes mirar con gesto fascinado. Peladoras de patatas. Y también sirve para pepinos, qué oportuno. Me miras la bragueta con gesto divertido, mientras dejas en el suelo la bolsa de la compra. Pese a que me espero algún tipo de comentario negativo del estilo “¿acaso no soy suficiente para ti?” y cosas similares, me preguntas qué es lo que estaba viendo. Tras mi reticencia inicial, me dices que puede que te guste a ti también, que no me haga el interesante. Así es como acabamos viendo un trío en el que dos descomunales negros practican una doble penetración a una chica que es la mitad que ellos. Temo a cada segundo que la partan por la mitad, pero por suerte acaba todo en el final feliz que supone la corrida en la cara. Esa noche hicimos el amor viendo toda clase de vídeos y tratando de imitarlos en la medida de nuestras posibilidades.

Pese a ello, y a que el sexo seguía siendo fantástico, empiezo a notar que no es lo mismo que durante las primeras semanas, cuando cada polvo nos parecía como el final del mundo. Empiezo a conocer cada vez más y mejor todos los rincones peculiares que forman la piel en todo tu cuerpo. Cada día que pasa, hay un secreto menos entre nosotros y, por extraño que parezca, me empiezo a acostumbrar a tener una belleza como tú en casa. Estoy viviendo el peor momento de todos, aquel en el que eres consciente de lo que está

pasando y no puedes hacer nada por evitarlo. Cuando todavía el recuerdo de los primeros días se mantiene caliente en tu cabeza, pero a la vez estás empezando a sufrir de la comodidad de la costumbre del día a día en la convivencia. Creo que lo peor es dar por sentado que alguien va a estar a tu lado y que no tienes que hacer nada por conseguir que no sea así. Viviríamos más estresados, pero podríamos valorar realmente lo que tenemos a nuestro alcance, todo aquello con lo que tenemos la suerte de convivir todos los días. Como hago yo contigo desde hace unos meses.

Esas primeras semanas viviendo juntos son tan espontáneas y maravillosas como el sexo que practicamos. Tras volver de Venezuela, fue como si realmente sintieras que aquella era tu casa, que era el lugar donde habías elegido vivir de una vez, tras haber sido nómada durante tantos años. Descubrimos con los días que mi lado de la cama era el izquierdo y pude comprobar el mal despertar que tienes. Sólo me faltó ver tu mirada asesina cuando te pregunté qué ibas a hacer esa mañana justo antes de que fueras al aseo por primera vez. Ese momento tan delicado en el que, como me dijiste una vez, te estabas reconciliando todavía con el mundo por haberte sacado del paraíso que hay entre las sábanas.

Es también el momento de la convivencia cuando la casa cambia de aroma, cuando empieza a tomar matices nuevos que me fascinan por completo. El aseo se llena de tus cremas y tubos de maquillaje. Las mañanas ya no huelen a tío sudado, sino que se pueblan de aromas frescos y femeninos. Descubro mejor tus costumbres diarias y lo que te gusta ponerte cada día al salir de casa. No te gusta ir muy recargada, pero por otra parte quieres que se fijen en ti. Eres un poco insegura en ese sentido, pues te aseguro todos los días que podrías ir vestida del Carrefour que tendrías a todos los tipos cegados con tus ojos azules y tu cuerpo menudo y sensual. Pero eso a ti no importa, la opinión de un tío no vale para esas cosas. El

armario, por su parte, se ha dividido en dos partes, dejando paso a toda tu ropa. Lo que antes era un montón de camisetas, camisas y pantalones distribuidos de forma anárquica, ha pasado a ser como una representación visual de los pabellones de una prisión. Todo en su sitio, bien alineado. Mi ropa vendría a ser como los presos más peligrosos: menos abundantes y confinados a una celda de alta seguridad. Me acostumbro a gritarte todas las mañanas dónde has puesto mi camisa favorita o la camiseta del Bada Bing, la de nuestra primera cita. Tú te acostumbras a decirme que si me pongo esa mierda de camisa me dejas por el pescadero.

Cada vez que regreso a casa, aún me sorprendo de ver las luces encendidas y de escuchar ruido de movimiento en el salón. Después de estar tanto tiempo viviendo solo, me parece maravilloso que alguien me reciba y si ese alguien eres tú la sensación se multiplica por mil. No te gusta cocinar, así que normalmente te recojo y cenamos algo por el barrio. Aunque solemos ir solos, muchas veces nos encontramos con Jordi y Sonia, con quienes charlamos un rato antes de regresar a casa. Aunque nos vemos más a menudo que antes, nuestros encuentros se reducen a esos momentos y alguna visita ocasional a los Renoir Floridablanca, para ver alguna película en versión original. Una vez dije de ir a verla doblada y casi me lincháis en público, así que desde entonces me abstuve de proponerlo. Incluso una vez se apuntó Marcos, el aburrido chico de la fiesta, que seguía teniendo una vida igual de gris pero que, por lo menos, permaneció más callado viendo la película.

Pero pese a todos aquellos encuentros con tus amigos, siento que ninguno de ellos tiene que ver con mi vida. Que les conocí en el pasado como una forma de acercarme a ti, pero que ahora que he sacado todo lo que quería de ellos no les necesito para nada. Salvo a Sonia, la única por la que siento auténtico cariño, la única que podría ser una amiga de verdad. Me sorprendo a mí mismo por lo maquiavélico de mis actitudes, pero no puedo evitar poner

cada vez peor cara cuando me dices de salir con ellos a tomar una copa. Los temas de conversación se nos van acabando y apenas comentamos nada nuevo cada vez que nos vemos. Ellos me resultan demasiado pedantes y estoy seguro de que ellos se han dado cuenta de lo aburrido y simple que soy. Así que, poco a poco, consigo escaquearme cada vez más de esas quedadas, bien porque quiero ver alguna serie en la tele, o porque tengo que despertarme pronto para ir a trabajar.

Las cosas en el trabajo me van bastante mejor, algo que supongo estará relacionado con la tranquilidad que me produce vivir contigo en casa. Pese a que sigue siendo igual de aburrido, me comentan que se está empezando a mencionar mi nombre como posible sustituto del responsable del departamento de administración. Serían más horas y una mayor vinculación con la empresa, pero a cambio tendría un sueldo mucho mejor. Mientras, empiezas a buscar trabajo por varias tiendas de Portal del Àngel y los alrededores. Pero como ves que la situación está complicada, los vas dejando de lado, hasta que un día veo tus curriculumms tirados en un cajón, completamente olvidados desde hace algunos días. Me da de nuevo la impresión de que te estoy secuestrando, de que será imposible que iniciemos una vida normal los dos juntos, pero me tranquilizas. No tienes prisa por encontrar nada, aparecerá algo de tu agrado con lo que te podrás instalar definitivamente en la ciudad.

Mientras, me insistes con la idea de volver a viajar juntos, pero cada vez está más claro que el cobarde que llevo dentro se está apoderando de mí una vez más. Te hablo siempre de que tenemos que ahorrar, que llegará el momento y que lo mejor será que te acostumbres a la ciudad. No hemos vuelto a hablar de la posibilidad de irnos los dos juntos a vivir a Venezuela, pero sé que lo tienes siempre en mente. Que ese viaje a tu país te dejó más tocada de lo que habrías podido imaginar. Yo, como buen cobarde, evado el

tema, sin dar la cara. La posibilidad del ascenso me suena como una prometedora excusa para evitar ese traslado definitivo a tu país. Cobardía y algo de egoísmo juntos, mala combinación. No estoy orgulloso de actuar de esa forma, pero es la que me sale instintivamente para protegerme, para tratar de retenerte el mayor tiempo posible. Lo que no conseguí hacer la noche en que nos conocimos.

Cada vez son menos habituales los días en los que estamos los dos juntos en casa por la noche. Nos estamos habituando a tener un ritmo distinto. Me resulta extraño imaginarte actuando a mi voluntad, haciendo las cosas que te pido y de la misma forma en que las hago yo. Tú no serías así, estoy seguro.

En ese momento estamos en el salón, yo terminando unos asuntos de trabajo en el iMac y tú leyendo en el sofá. De fondo suena una canción de Capítulo 7, el grupo de unos amigos que me han pasado un CD que se han producido ellos mismos hace unos meses. Escuchamos el primer tema, “Nos estamos acabando”. La letra habla de lo funesto de un destino anticipado, que lucho por evitar. Que nunca pueda sucedernos a nosotros. Porque nos queremos y confío en que nuestro amor nos haga inmunes al paso doloroso del tiempo.

*Sabes bien que tus silencios no se curan con besos.
Sabes bien que mis misterios no te provocan celos.
Que las miradas ya no llegan al cielo. Al cielo.
Nos estamos acabando. Decían los ojos cansados.
De silencios pronunciados, de recuerdos anulados, de sentimientos frustrados.
Lo nuestro ya está enterrado.
Sabes bien que los azules han pasado a ser negros.
Sabes bien que ya las tardes no se alegran de vernos.
Que nuestras noches ya no tienen remedio. Remedio.
Nos estamos acabando. Yo ya no juego a tu lado.
Y tú ya no tienes dados, que al lanzarlos hagan daño.
Porque ya está todo hablado.
Lo nuestro ya está enterrado.*

*Quédate solo con el recuerdo de lo que fuimos en aquél puerto.
Donde tomamos la última copa y me robaste sal de mi boca.
Ahora escuece todos los días.
El cielo ya no nos tiene envidia.*

Detengo la canción al final y dejo que el silencio nos acompañe. Me miras de reojo, pues te has percatado del miedo que me ha entrado con la letra de la canción. Tras ese momento de silencio, continúas con la lectura de uno de mis libros favoritos, “El terror” de Dan Simmons, la historia de un grupo de marineros que a mediados del siglo XIX se quedaron atrapados en las frías aguas de Alaska cuando trataban de cruzar el continente americano por la parte norte. Todo ello con un monstruo de fondo, una licencia del autor añadida a los hechos reales. Por tu rostro intuyo que estás entregada a la lectura (todo el mundo al que se lo he recomendado acaba fascinado por las terribles desventuras que se narran), pero te veo doblarlo de una forma excesiva para mí. Esa situación en la que la persona que está leyendo el libro, lo abre tanto que hace que la cubierta se tope con la contracubierta, destrozando por completo la encuadernación y creando molestas estrías en el lomo. Al menos, yo, maniático hasta extremos inusitados, lo veo siempre con ojos aterrorizados. He pensado mucho en mi obsesión y he llegado a la conclusión de que es básicamente miedo a alterar la perfección de los objetos, a intentar mantenerlos impolutos como el primer día. Como si el tiempo no pasara para ellos, generando la falsa impresión de que son eternos.

–¿Qué haces? –te pregunto algo molesto.

–Leer, ¿acaso no se nota? –tú no parece entender a qué viene mi comentario. O puede que sí, pero parece cansada de mis pequeñas manías cotidianas.

–Estás abriendo demasiado el libro.

–Es un libro muy gordo, si no lo abro así apenas lo puedo leer.

–Yo pude en su momento y si sigues haciendo eso lo vas a acabar

rompiendo.

–Los libros no se pueden romper. O están usados o no.

–Pues a mí me gusta conservarlos en buen estado.

–¿Te has planteado que es absurdo pretender que las cosas se mantengan como si no se hubieran usado? ¿Como si estuvieran inmaculadas desde el primer día hasta el último? Debes aceptarlo, por tu propio bien. Nada se queda como al principio. Nada es para siempre. Ni siquiera tus malditos libros.

Tras decir eso, lanzas la voluminosa novela sobre la mesa, haciendo caer dos vasos que teníamos llenos de cerveza. Apenas prestas atención al líquido que se empieza a derramar por todo el suelo cuando te marchas del salón, no sin antes decir unas últimas palabras.

–No puedo ser siempre lo que quieres que sea.

Mierda. Tienes razón. O puede que no. Puede que en este universo sí puedas ser como yo quiero que seas. Al fin y al cabo, ¿quién eres realmente?

Pasan varios días y los ánimos tras esa discusión se van calmando. Pero siento que algo se ha roto entre nosotros desde entonces, que te escabulles de mí, como quien intenta atrapar a una anguila con las manos embadurnadas de aceite. Algo está fallando y cada vez me doy cuenta de que estás cambiando. O puede que sea yo, apenas lo puedo asegurar. Le escribo un email a Rafa, pues hace tiempo que no sé nada de él, después de su ruptura con Sonia. Es la única persona que me podría ayudar en estos momentos y no tengo ni idea de dónde puede estar. Espero que ponga un poco de orden en mi vida, porque te tengo a mi lado y pese a ello siento que hay algo que falla. ¿No nos dijeron que después del primer beso, cuando conquistabas a la chica de tus sueños todo se volvía mágico y fantástico? ¿Por qué hay más dudas cuando se supone que uno sólo debe estirarse en la cama y disfrutar de la felicidad de tu vida con la chica de tus sueños?

–Putas películas de Disney –digo en voz alta tras enviar el mensaje.

Rafa no tarda mucho en responder. Me dice que está en Irlanda, pero que se siente hasta los huevos de recorrer Europa. Que el disgusto por Sonia se le ha pasado, aunque prefiere no verla bajo ningún concepto. Que intuye que estoy enchochado con Lorena y que necesito un poco de tito Rafa para recuperar la poca hombría que todavía me queda. El típico mensaje de Rafa. Al final, me asegura que volverá en pocas semanas y que nos pegaremos la fiesta padre para compensar tantas semanas de amariconamiento.

Me sonrío. Puede que lo que necesite sea tan sólo eso. Puede que el problema no seas tú, sino yo. Que haya cambiado mucho desde la famosa fiesta. Si vuelvo al punto de origen, puede que te vea de nuevo como te vi esa noche, que te desee igual, que no me comporte como un idiota, que lo nuestro sea posible para siempre. Que tengamos hijos juntos y nos casemos. Genial. El plan Disney en marcha.

Cada semana me doy cuenta de que pasas más tiempo con Sonia y el resto de amigos del grupo que conmigo. Llega un momento en que paso todas las noches solo, pegado al ordenador para avanzar cosas del trabajo. Hago todo lo posible por conseguir ese ascenso que nos permita poder vivir más holgadamente. En el fondo, cada minuto que paso así te lo echo en cara en secreto, mientras pienso que lo único que haces tú es irte a beber hasta las tantas y regresar en silencio cuando crees que yo me he dormido. Pero siempre te escucho llegar. Todas las noches.

La idea de que puedas estar con otro chico me pasa todo el rato por la cabeza, pero también de que sería culpa mía. Debería estar contigo algunas de esas veces, para que sientas que todavía estoy a tu lado. Se me olvida siempre que apenas conoces a gente en Barcelona y a los pocos que te tienen cariño tienes que aferrarte a ellos con fuerza. Pero, al igual que sucedió en Venezuela, mi ego me impide ver las cosas con tanta claridad. No tan pronto.

Lo peor de todo es que empezamos a vivir en horarios diferentes. Apenas coincidimos en casa y cuando lo hacemos estamos siempre serios y en silencio, callándonos una situación que apenas nos atrevemos a verbalizar.

–Eso es... ¿bueno? –me preguntas sin apenas levantar la vista de la tostada con mantequilla que te estás preparando en la encimera de la cocina. Como siempre, lo dejas todo cubierto de migas y restos de cualquier cosa que estés empleando para cocinar. Me saca de quicio, pero actúas como si no te importara, lo que hace que me ponga aún más nervioso.

–¿Te importaría? –digo con tono de cansancio cuando abro uno de los estantes para sacar un plato que coloco bajo la tostada.

El desorden que dejas en la casa era otra de las primeras diferencias graves que descubrimos al poco de empezar a vivir juntos. Yo había pensado toda la vida que éramos precisamente los tíos los que no nos preocupábamos por esas cosas, pero me sorprende a mí mismo, aterrado por ver el estado en el que dejas la cocina o el salón, como si un torbellino se hubiera presentado sin avisar para la cena. O con detalles absurdos como cuando aprietas el tubo de la pasta de dientes por la mitad, con lo fácil que sería hacerlo por el final para aprovechar más el contenido. Son varios los detalles de la convivencia contigo los que me molestan e imagino que tú puedes sentir lo mismo con mis manías, como el tema de la limpieza en la cocina.

–Pero si luego lo limpio.

–Luego va a ser más difícil.

–¡Pues pasa un trapo!

–¿Has escuchado algo de lo que te he dicho desde que he entrado en la cocina? –digo con un tono de enfado considerable. –¡Me han ascendido!

–Bien por ti, yo no te lo he pedido.

–No me lo has pedido, pero lo necesitamos. ¡Yo lo necesito! –cada vez subimos más el tono de nuestra discusión.

–¿Me puedes explicar qué sentido tiene que te asciendan en una empresa en la que estás quejándote cada dos por tres porque no le ves futuro o porque no consideras que te vaya a aportar algo interesante a tu vida? ¿No ves que te están cogiendo por los huevos con eso del ascenso y las mejoras económicas?

–Ahora me dirás que no es bueno que cobre más cada mes.

–Te digo que las cosas que realmente importan no cuestan dinero. Y nosotros tenemos suficiente para vivir. Incluso nos sobra para un tiempo.

–Lo dices tú que no paras de salir de marcha para beberte nuestro dinero.

–¡Oye, tranquilo! Estoy usando mi dinero para mis cosas, lo sabes de sobra –intentas mantener la calma, pero es imposible. El desastre está servido desde que empecé a hablar.

–¿Y si algún día me quedo en la calle? ¿Crees que podría ahorrar algo con este sueldo de mierda que tenía?

–Pues nos buscaremos un piso más barato. Nos adaptaremos a las circunstancias. Tienes que tener más confianza y no estar tan ansioso con el tema del dinero.

–Para ti es fácil de decir. Te ponen la casita y la comida y no tienes que hacer más. Sólo irte de fiesta hasta las tantas con tus amiguitos y actuar como una malcriada cuando hablamos en serio. Si estás en Barcelona es gracias a mí, no lo olvides.

No te hace falta decir nada, pues tu rostro es suficiente insulto para mi miserable actitud. Estás decepcionada, porque no esperabas que nunca te echara en cara eso. Con lo que estás renunciando por estar a mi lado, debería ponerte una alfombra roja cada día. Maldito cretino. El sonido del portazo que das cuando sales de casa, me duele más que si me hubiese dado un puñetazo el mismo Mike Tyson.

4:20

Por mucho que uno no quiera pensar en ello, siempre hay un momento en que se acaba la cocaína, el tabaco o el alcohol. En el que la fiesta empieza a recorrer los peligrosos momentos que vienen después de haber pasado la cima, y únicamente queda un lento pero firme descenso que conduce al amanecer, a la ruptura de esa ilusión que la noche y el alcohol han conseguido crear con el transcurso de las horas. Es entonces cuando el final se encuentra mucho más próximo que el principio, el cual es un lejano recuerdo del que apenas hablamos. Es ese momento en el que actuamos como vampiros, sedientos de sangre y de sexo, pero temiendo que en cualquier momento la luz del día acabará con nosotros. Es la triste sensación de ver que se acerca el final y que no puedes hacer nada para evitarlo, por mucho hechizo que se haya conseguido crear. Nada de eso importa cuando se acerca el final.

A cada uno de nosotros nos estaba sentado de forma diferente ese pequeño momento de crisis. Rafa no dejaba de mirar a todas partes, ansioso por la gran cantidad de cocaína que había esnifado. Tú empezabas a mirar el reloj a escondidas, entre nerviosa por el viaje y algo triste por tener que abandonarnos después de una fiesta tan memorable. Sonia era la única que estaba realmente cansada y no se levantaba del sofá desde hacía varios minutos. Cerraba los ojos de vez en cuando, tratando de echar una cabezadita. Para mí era un momento terrible, pues no dejaba de mirarte, sabiendo que

quedaban muy pocas horas (incluso podía contarse en minutos) para que te fueras definitivamente de la ciudad y no te volviera a ver nunca más.

Era el momento en el que o definitivamente te contagiabas del gesto extenuado de Sonia, o bien decidías quedarte y agotar las pocas fuerzas que nos quedaban. Poco importaba el tiempo que pudieras descansar antes de coger el avión. Porque, en el fondo, yo sabía que estabas decidiendo hasta qué punto te podía interesar. Así que, cuando te vi alejarte hacia la cocina y me guiñaste el ojo prometiéndome que harías lo posible por conseguir tres cubatas, el corazón me dio un vuelco. Todo rastro de amago de depresión había quedado eliminado con tu gesto. Así de simple. Sonia, en cambio, empezó a farfullar unas palabras a Jordi, que estaba a su lado en un estado similar. Al menos Sonia tenía a alguien con quien compartir las penas, lo que probablemente me daría una hora más contigo.

–Se nos ha acabado la coca, tío –me dijo Rafa con gesto preocupado. – Nos hemos esnifado casi dos gramos entre los dos en poco más de cinco horas. Parecemos el puto Tony Montana.

–Perdona, no es a mí a quien le ha empezado a sangrar la tocha –le contesté, recordando que, tras salir del dormitorio, nos volvimos a meter en el aseo para hacernos la última, volcando toda la farlopa que quedaba. Tras esnifar la raya, la nariz de Rafa empezó a emanar sangre, obligándole a usar casi un rollo entero de papel higiénico.

–Eso le puede pasar a cualquiera. Me habrá reventado un vaso sanguíneo. Meterse esta mierda tampoco es que sea sano, por si no lo sabías.

–Sí, nueve de cada diez otorrinaringólogos recomiendan esnifar la coca por el ojete, no te fastidia.

–No me jodas con tus bromitas. Necesitamos algo de temita. Pero ya mismo. He estado preguntando a algunos pavos por aquí y me han dado el contacto de un tipo que pasa M por el Raval.

–¿M?

–A estas horas es lo mejor. Venga, que estoy viendo como le tiras la caña a la venezolana. No me digas que quieres pirarte a casa con el calentón que llevas encima sin darte una alegría.

Pese a que el comentario de Rafa no era precisamente poético, en el fondo resumía de forma visual la necesidad que tenía de estar a tu lado. De no desperdiciar ni uno solo de los pocos minutos que nos quedaban para poderlos pasar juntos. Antes de que pudiera darme cuenta, Rafa me pasó la notita con un número escrito. Iba a decirle que yo pasaba de encargarme de pillar la droga, cuando apareciste con dos cubatas en la mano. Rafa estaba saboreando el suyo con enorme placer, mientras me lanzaba guiños, como retándome o a llamar al camello o a lanzarme sobre ti.

–Aunque parezca increíble se han quedado secos en la cocina, así que ya podéis disfrutar estos cubatas porque me ha costado sudor y sangre conseguirlos. Además, me vendría de lujo poder fumar un cigarro ahora – dijiste apenada. –Voy a conseguir alguno aprovechando mis armas femeninas. No te vayas sin despedirte, guapetón –tras guiñarme el ojo, desapareciste entre la gente que todavía atiborraba el piso, pese a la hora que era.

Te esperé, observando al resto de la gente mientras bailaban. Apenas había hablado con ninguno de ellos pero tenía esa falsa sensación de comunidad que se siente en cualquier fiesta que sale bien. Como si pudiese acercarme a cualquiera de ellos y darle un abrazo fraternal para celebrar lo bien que lo estábamos pasando. Rafa se había acercado de nuevo a Sonia e intentaba levantarla, sin obtener mucho resultado. Al final, se acabaron enrollando sobre el sofá, provocando que Jordi se levantara casi al instante y viniera en mi dirección.

–Me largo –me dijo con gesto serio una vez llegó a mi lado.

–Tío, ¿estás seguro? Es una buena fiesta.

–No estoy para historias.

–¿Te ha pasado algo? ¿Ha sido por Rafa? –pese a que casi no le conocía, el tipo me caía un poco simpático. Parecía que debajo de esa fachada de modernidad barcelonesa se escondía un tipo tranquilo y sencillo con el que podría haber congeniado si se hubieran dado otras circunstancias. O puede que no. Jordi era un misterio para mí, el típico que no sabes exactamente cómo te termina de caer hasta que le has visto durante al menos un par de semanas.

–Pregúntale a él –dijo y tras lo cual me dio una amistosa palmada en la espalda para después perderse entre el gentío. Tú te cruzaste con él y por tu rostro deduje que también le habías intentado convencer de que se quedara, obteniendo el mismo resultado que yo.

–¿Qué le pasa? –me preguntaste, pero apenas pude mover los hombros como única respuesta. Tenías dos cigarrillos encendidos en la boca, aspirando como una experta. Colocaste uno en mis labios, como lo habrías hecho con un amigo de toda la vida.

–¿Bailamos? –te dije ofreciéndote mi mano, como si estuviéramos en plena corte de Versalles.

En vez de seguir mi gesto, me golpeaste la mano con sorna y te uniste al grupo de gente que estaba en éxtasis. Miré a mi alrededor por si reconocía entre todos ellos al tipo que casi me había dado una paliza momentos antes, pero debería haberse ido a casa. O por lo menos eso espero que haya hecho.

–Tranquilo, yo te protegeré –me dijiste con cierta sorna. –Te he salvado la vida una vez, podré hacerlo otra.

Empezó a sonar “Are You Gonna Be My Girl” de Jet, provocando que me desatase por completo. Era uno de mis temas favoritos de cuando salía de marcha con Rafa y lo empecé a cantar a pocos centímetros de tu cara. Cuando

uno va borracho tiene la extraña sensación de que cantar a pleno pulmón debe sonar mejor que cuando uno está sereno, lo que es, por supuesto, una impresión equivocada. Por suerte para mí, el gesto no te pareció cansino, sino que te reíste mientras te tapabas los oídos con los dedos. Tu risa estaba hecha a pruebas de bombas y de borrachos, genial. Cada vez me gustabas más.

–Esta canción me trae miles de recuerdos –te grité para que pudieras escuchar mi voz por encima del ruido de los altavoces.

Vi que te habías acabado tu copa y te ofrecí de la mía. La aceptaste sin rechistar y casi te la acabas del intenso trago que le diste. Todas las chicas deberían ser como tú.

–Me he pegado muchas juergas con esto que suena. Y con The Strokes, Blur, Shed Seven, The Charlatans, Gigolo Aunts, Los Planetas, The Stone Roses, Manic Street Preachers...

–¿Acaso piensas que yo he vivido debajo de una piedra?

–Estamos viejos.

–Habla por ti, algunos aún no hemos cumplido los treinta años.

–No me jodas –no había pensado en ningún momento qué edad podrías tener, aunque por tu forma de actuar y por tu madurez supuse todo ese tiempo que debías rondar la mía. Con tu comentario me dejaste bastante descolocado. –Vale, ¿cuántos años tienes?

–¿En serio lo preguntas? Aún no mereces que te lo diga, guapito.

Seguimos bailando y de nuevo nos quedamos sin bebida. Nos miramos pensando lo mismo: tenemos que conseguir más. Justo en ese momento Rafa apareció en la pista con Sonia de la mano, que según parecía se había animado un poco al escuchar la canción de Jet. Supongo que hasta que no se deshizo de la trampa mortal que eran los labios y las manos sobonas de Rafa no pudieron llegar hasta aquí.

–¿Has pensado en lo nuestro? –me gritó Rafa.

–Vale, tío. Lo voy a conseguir. No me des más la brasa –se produjo entonces un juego de miradas entre todos nosotros. Yo te miré suplicándote que me acompañaras, pese a que no creía que supieras a dónde (pensarías que únicamente buscaríamos bebida y tabaco). Rafa me miraba tenso, esperando conseguir la droga. Tú observabas a Sonia pidiéndole permiso para acompañarme, pues llevabais un buen rato separadas y ella, a su vez, te miraba pidiéndote que te quedaras para bailar con ella y librarla durante unos minutos del sobeteo al que Rafa la estaba sometiendo. Finalmente, como piezas de dominó que van cayendo una tras otra, Sonia aceptó, tú me dijiste que sí y Rafa sonrió al ver que conseguiría el M para redondear la noche.

Al salir del piso, una mano me cogió del hombro, haciendo que diera un brinco del susto. Escuché tus risitas a mi espalda, las cuales traté de ignorar mientras ante mí vi aparecer a Marcos, el amigo aburrido de Sonia con el que había hablado hacía un rato.

–¿No te habías marchado a casa?

–No encontraba la puerta de salida –le contesté haciéndome el gracioso.

Marcos se quedó mirándote, deduciendo que estábamos los dos juntos. Me miró con una sonrisa en los labios, como dando a entender que entendía el motivo de mi mentira. Después se giró y regresó en silencio a la fiesta.

Por suerte, encontramos un veinticuatro horas cercano donde pudimos comprar un par de paquetes de Marlboro Light. Por primera vez en toda mi vida agradecí la presencia de los inmigrantes que venden cervezas por la calle, precisamente a tipos borrachos como nosotros. Durante los fines de semana normales, el “cerveza beer” es un fondo sonoro algo molesto que se te cruza cuando vas de camino al metro al regresar a casa. Pero en aquel instante para nosotros era como si nos estuvieran ofreciendo Moët & Chandon a precio de saldo. Al hombre casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando le dijimos que queríamos las veinte latas que llevaba en las

manos. Con el botín en nuestras manos, te detuviste durante unos instantes, maravillada por la corriente de ajeteo y de vida que a esas horas poblaban la Rambla del Raval. Las luces anaranjadas alumbraban la calle que a esas horas no recuerda en nada al aspecto que tiene durante el día. Como si se tratara de un Doctor Jekyll y Mister Hyde, la rambla cambia por completo tanto su aspecto como el tipo de personas que la recorren. Varios grupos de jóvenes achispados pasaron a nuestro lado y, no muy lejos, se podía oír el bullicio de alguno de los bares cercanos. Desde donde estábamos, se podía ver al otro lado de la rambla el balcón que daba al piso donde se estaba celebrando la fiesta. Varias figuras se iban moviendo ante la cristalera, haciendo que echásemos de menos el sumergirnos en su ambiente.

Pero entonces recordé el otro motivo que me había hecho salir a la calle. Me saqué la nota del bolsillo. Jugando con los pliegues del papel, dudé durante unos segundos antes de marcar los números en el móvil, valorando todas las posibilidades. En muchas de ellas acababa en la cárcel recogiendo pastillas de jabón en las duchas. Te diste cuenta de mi gesto y me quitaste el papelito de la mano.

–¿Qué es esto?

–Bueno... Rafa, que quiere pillar algo de M –te dije algo avergonzado. Tampoco quería pasar por un drogadicto después de que me hubieras pillado con lo de la farlopa.

–¿M? ¿Por qué no me lo has dicho antes, idiota? –entonces con un rápido movimiento me quitaste también el móvil y empezaste a marcar el número de teléfono. Antes de que me pudiera dar cuenta, ya te habían cogido. –¿Hola?... Sí, un colega me ha pasado tú teléfono... Sí, M... ¿Qué por dónde estoy? –me miras preguntándome cómo se llama ese lugar. Me olvidaba todo el rato de que no eras de por aquí.

–La Rambla del Raval.

–Pues eso, la Rambla del Raval... ¿Ah, sí?... Sí, lo veo... Por ese callejón y a mano derecha... Genial estamos allí en tres minutos –me pasaste el móvil con una sonrisa en el rostro. –El camello vive aquí al lado. Lo podríamos haber sabido antes, ¿no? Cuánto tiempo desperdiciado.

Caminamos por el callejón que te había indicado el tipo del móvil. Me encontraba más animado que un rato atrás y empecé a tararear las primeras estrofas de “Kaputt”, el maravilloso tema de Destroyer. Me preguntas qué es y te explico que estoy cantando la parte en la que habla de pasarse toda la noche buscando cocaína por los aseos y persiguiendo mujeres. Me dijiste que te parecía un buen plan, pero apenas te hice caso, pues a medida que nos adentrábamos en la callejuela estaba más pendiente de los tipos que poco a poco nos empezaban a rodear. Tipos altos y de aspecto peligroso, mucho más acostumbrados a la vida en el Raval a esas horas que nosotros. O que yo, porque tú apenas eras consciente de lo que sucedía y mirabas los portales, hasta que tu rostro se iluminó al llegar al que correspondía al del camello.

Te hice entrar en el portal con urgencia, para alejarnos de las miradas de aquellos tipos. Era una entrada estrecha de paredes desconchadas y suelo sucio, cubierto por una capa gris de mugre que debía tener más años que tu edad y la mía juntas. Tengas los años que tengas. Ante nosotros vimos una pronunciada escalera, junto a la cual había un estrecho espacio en el que alguien dejó una vez una bicicleta tiempo atrás y que a partir de entonces se había usado como basurero del edificio. Nos tapamos la nariz cuando una bocanada de pestilencia nos invadió por completo.

–¿Te ha dicho el piso? Tenemos que salir de aquí cuanto antes –te dije con la voz amortiguada, ya que me había tapado la boca con la manga de la camiseta.

–No, pero no te quedes parado, que moriremos intoxicados –nos reímos mientras ascendíamos los escalones de dos en dos. Nos sentimos como si

estuviéramos viviendo una aventura. Al llegar a la primera planta, vimos que una de las puertas se encontraba abierta de par en par. Se trataba de una de esas antiguas puertas macizas, de por lo menos dos metros de alto. Pero parecía destrozada, como si en algún momento del pasado la hubieran reventado a patadas. Del interior de la casa salía una música suave, como de chill out, acompañada por una iluminación anaranjada y tenue. Nos quedamos mirando unos segundos, hasta que diste los primeros pasos para entrar y me cogiste del brazo arrastrándome contigo.

–No hemos llegado hasta aquí para acojonarnos ahora.

El interior del piso estaba en penumbras, salvo por la luz de puticlub hortera. El recibidor estaba casi más sucio que la entrada del edificio, lo que quería decir que apenas se podía ver el suelo o la superficie de la pared. Cuando avanzamos unos metros, llegamos hasta un salón, completamente vacío de muebles salvo por un par de colchones en el suelo. Sobre ellos, había varios drogatas tumbados, completamente idos, en trance. Estaban semidesnudos y junto a uno de ellos pude ver la grisácea mancha de un vómito reseco.

–Deberíamos irnos –te dije algo acojonado. Como me imaginé antes de abrir la boca, apenas me hiciste caso y continuaste hacia el interior de la casa.

–Tiene que ser aquí donde vive el camello, no seas cagueta.

Pasamos junto al grupo de yonquis y empecé a pensar en la de veces que había visto “Callejeros” y lo distinto que era vivirlo en el lugar donde habitaban todas aquellas personas. Desde la comodidad de mi casa todo parecía muy distinto, pero estando allí sólo visualizaba mentalmente navajas clavadas en mi estómago o jeringuillas en mi cuello. Me pegué a tu espalda, como un auténtico cobarde. Tras andar unos metros, llegamos hasta la cocina. El fregadero contenía una construcción en perfecto equilibrio formada por distintos elementos de la vajilla: platos, vasos, tazas y algún que otro bol de

aspecto pegajoso. Me quedé absorto viendo la encimera, sobre la que habían repartido de forma extrañamente meticulosa toda una serie de drogas, como si fuera el puestecito de unos hippies. Había pastillas, cocaína, marihuana y otras drogas que apenas pude reconocer a primera vista.

–¿Sois los que habéis llamado pidiendo M?

–¡YIIIIIIIIHAAAAAAAAAAAAA! –grité de forma muy aguda, como si alguien hubiera estrangulado a una rata con unas tenazas al rojo vivo. Estaba tan absorto en la droga de la encimera que la presencia de aquel tipo en la cocina me cogió completamente por sorpresa. Eso y porque estaba realmente acojonado.

–¿Yiiihaaaa? –me preguntaste mirándome extrañada.

–¿Yiiihaaaa? –repitió el camello con el mismo gesto que el tuyo.

–No sé, me he asustado. Estabas ahí escondido.

–Claro, habrá sido eso –el tipo se rió un buen rato, sin dejar de repetir para sí mi esperpéntico grito.

En pocos minutos teníamos un gramo de M en el bolsillo y estábamos de regreso en la Rambla del Raval. Durante todo el camino no habías dejado de descojonarte, repitiendo el dichoso “yiiihihaaaa” cada dos por tres como había hecho el camello (su nombre era Tello, ya que al final cogimos algo de confianza con él y tú no le dejabas de decir “Tello el camello”. Por suerte se lo tomó de buen humor, debido a que iba tan colocado como nosotros o más). Me estabas chinchando sin parar y te respondía agobiado que me dejases en paz. Decidiste hacerlo, pero solo si te pasaba una de las cervezas. Nos sentamos en un bordillo y abrimos un par. A escondidas, aprovechaste para sacar la bolsita con el M. Nos humedecimos el dedo índice y lo metimos en su interior, dejando una buena cantidad de droga pegada en la punta. Al chuparnos el dedo, el sabor amargo nos invadió la boca, obligándonos a darle un buen trago a la cerveza.

–¡Dios, sabe a mil demonios! Nunca voy a acostumbrarme –dije poniendo la misma cara que si hubiera chupado un limón.

–Si pica es que cura.

Por sorpresa, aproveché para darte un fuerte pellizco en el brazo. Sin piedad.

–¡Ay, cabrón!

–Si pica es que cura –dije, a lo que me respondiste con un puñetazo en el brazo. Después, sacaste un par de cigarros y nos los fumamos con tranquilidad, haciendo tiempo antes de subir de regreso a la fiesta. Nos apetecía empezar a notar el efecto del éxtasis con tranquilidad.

Me quedé mirándote como atontado. Encima de tu cabeza vi un enorme reloj que marcaba la cuenta atrás que tenía. Debía darme prisa si quería aprovechar el poco tiempo que me quedaba a tu lado. No debía estar disimulando mucho, seguramente debido a lo drogado y borracho que iba y me miraste con tristeza.

–Tengo novia.

–¿Cómo?

–No, que tengo novio. Me he liado –aunque te hicieras la serena también llevabas un buen pedal.

–Claro, es lo normal. Siendo tan guapa e irresistible me parecería extraño que no hubiera alguien.

Me quedé mirando al suelo, supongo que esperando encontrarlo completamente empapado después del jarro de agua fría que me habías echado encima. Debía haber imaginado que no podía encontrar a la mujer perfecta y que no tuviera alguna imperfección, algo que me impidiera tenerte. Al fin y al cabo, lo supe desde el momento en que te vi por primera vez.

–Scarlett –dije.

–¿Cómo?

–Eres como Scarlett Johansson en *Lost In Translation*.

–¿Y eso te convierte a ti en Bill Murray?

–Qué más quisiera, no soy tan gracioso. Solo soy un poco tonto y por eso a veces me parezco a él. Pero él es un genio de la comedia, un humorista de verdad, del que te crees estar riéndote, cuando es en realidad él el que se ríe de todos nosotros.

Puede que, debido a la impresión de la noticia, en mi cabeza resonó de forma insistente la estrofa de “More Than This”, aunque la versión que hicieron 10.000 Maniacs. Creo que llegué a ver ese videoclip unas cien veces después de que lo grabara en mi VHS en el programa ese que hacían en Canal+ a mediodía con una hora de vídeos musicales. Me siento como en esa película, como si estuviéramos viviendo exactamente lo mismo que hacen Scarlett Johansson y Bill Murray. Es en ese momento cuando realmente me di cuenta de que más de aquello no iba a haber nada.

Te supliqué con la mirada que cometieras una travesura conmigo esa noche, que lo dejases todo de lado aunque fuera tan solo durante unas horas, las pocas que aún teníamos para nosotros dos. Pero sutilmente, me dijiste que no con la cabeza, confirmándome que eso sería todo lo que iba a haber entre nosotros.

En cuanto regresamos a la fiesta, Rafa nos abordó nada más pasar por el quicio de la puerta, como si nos hubiera estado vigilando todo el tiempo por el balcón. Cogió las cervezas con entusiasmo, pero sobre todo nos preguntó si habíamos conseguido el éxtasis. Cuando le mostramos discretamente la bolsita, sus ojos se pusieron como platos y nos apartó el brazo para meter el dedo en el interior. Se le quedó pegada tal cantidad de M que apenas le podíamos ver la piel, pues tenía toda la yema del dedo cubierta de los polvos grisáceos. Se lo llevó a la boca e incluso creí ver que estaba disfrutando ese terrible sabor amargo.

–Dios, necesitaba esta mierda.

Los dos nos quedamos mirándole, asombrados por su poca conciencia. Cuando Rafa iba a tope se desmadraba por completo.

–¿Qué hacéis mirándome ahí parados? ¡Vamos a darle caña al cuerpo!

El genio que estaba pinchando parecía estar coordinado con nuestros movimientos, pues en ese momento empezó a sonar a todo volumen “Time To Dance”, el trepidante megahit de The Shoes. En cuanto reconocimos los primeros compases, nos pusimos a gritar como locos mientras nos uníamos al frenético ritmo del baile. El éxtasis empezaba a hacernos efecto y nos sentíamos flotar entre la gente, los tres juntos, sin pensar en las pocas horas que nos quedaban para poder disfrutar. Y yo, sin pensar en el novio que te estaría esperando en Venezuela a tu regreso.

Te agarré de la cintura y saqué mi iPhone. Nuestras caras aparecieron en la pantalla, sonrientes, desinhibidos, dispuestos a disfrutar del tiempo que estuviéramos juntos. Saqué una foto y, pese a que no era de muy buena calidad (yo salía con una cara de borracho que tiraba para atrás), era todo lo que me iba a quedar de ti al día siguiente. No quería olvidar tu cara nunca y dejar que todo aquello que estábamos viviendo pudiera pasar a un lejano rincón de mi memoria.

Después de esto, no habrá nada.

Pudimos habernos dado un tiempo...

Creo que desde que tengo uso de razón, he sentido una fascinación especial por las neveras. Me obsesiona la idea de meter algo caliente en su interior, con la seguridad de que en unas horas se habrá enfriado casi por arte de magia. Es una idea fascinante la de que, en los tiempos que corren, todavía haya cosas que no sean inmediatas y que requieren de un tiempo para que se

lleven a cabo. En cambio, si esas mismas cosas las dejas fuera de la nevera aunque sea durante cinco minutos, se pierde todo lo conseguido con tanto esfuerzo. Es un equilibrio difícil de conseguir, entre la paciencia y las ganas por conseguir algo de inmediato, al igual que sucede con una relación sentimental. La clave, siguiendo esa comparación, reside en no dejarse las cosas mucho tiempo fuera de la nevera. Y en no ser tan impaciente como para sacarlas antes de que se hayan enfriado del todo. Pero tampoco tan tranquilo como para dejar algo mucho tiempo en el interior, haciendo que se enfríe por completo durante demasiado tiempo. El equilibrio, como todo, reside en la variedad.

Afuera nieva de forma tenue sobre Barcelona, lo que me ha llevado a pensar en todo este tema del frío y de las relaciones. Me vienen a la cabeza recuerdos de nuestro viaje a Islandia, así como de la gran nevada que vivimos en Barcelona un par de años atrás, cuando incluso la playa se vio cubierta de un sorprendente manto blanco. Aquel día recorrí la ciudad de punta a punta, disfrutando cada rincón nevado, redescubriéndolo como si fuera un niño. Es increíble cómo nos acostumbramos a las cosas y acabamos quitándole todo su valor. Ese día, la ciudad entera, era como un regalo continuo para todos los barceloneses, cuyos rostros se veían iluminados por la emoción de ver su ciudad completamente cambiada. La ilusión de volverse a enamorar de ella.

Pero por desgracia, tú y yo no hemos llegado a tiempo para valorarnos de otra forma. Hace varios días que no pasas por casa y apenas me importa. También he dejado de pensar con quién podrías estar a cada momento, pues asumí hace semanas que te habrías liado con alguno de los amigos con los que salías. En el iPod, la lista aleatoria empieza a reproducir de forma bastante oportuna "Listen, the Snow Is Falling" la melancólica, pero potente, canción de Galaxie 500. Sin que nos diéramos cuenta la nieve ha estado cayendo sobre nosotros desde hace varios meses, pero no nos hemos dado

cuenta. No llegamos a escuchar nunca su mudo sonido al caer sobre nosotros.

Repaso mentalmente las últimas semanas que hemos vivido juntos. Después del ascenso, me he visto obligado a pasar más tiempo en el trabajo, sin que mi ausencia continua pareciera importarte mucho. Al contrario, creo que te has sentido más cómoda evitando el contacto diario. Cada vez nuestros horarios se iban diferenciando más, tanto, que al final lo único que quedaba de ti al llegar a casa era la cama revuelta y tu aroma en el aseo, pues yo llegaba escasos minutos después de que terminaras de arreglarte. Tuvimos una nueva discusión en la que me dejaste claro otra vez que no ibas a buscar trabajo, que no querías atarte a ningún sitio de esa manera. Y aunque no lo llegaras a decir con palabras, deduje que tampoco querías atarte a mí. Esa actitud por tu parte fue alimentando mi desidia, que a su vez te hizo separarte aún más de mí, y así hasta ese momento en el que estaba viendo la nieve caer, con tu mensaje de WhatsApp abierto en mi iPhone.

“Tenemos que hablar. Imagino que ya sabrás sobre qué”.

Por mucho que pienso en ello, no llego a saber qué es lo que nos ha llevado a ese momento. Puede tratarse del hecho de haber vivido juntos algo prematuramente. O que tú no fueras de aquí y yo me sintiera responsable por retenerte a mi lado. O puede que nuestras personalidades no fueran realmente compatibles. Fuera por el motivo que fuera, es difícil identificar el momento, y el motivo concreto, por el que una relación se enturbia. Encontrar un motivo por el que no ves a la otra persona de la misma forma que hacías la noche en que la conociste. Pienso en aquella fiesta en la que nos conocimos y en la suerte que tuve de que no te fueras al día siguiente. O de que no tuvieras novio. Pero en ese momento, apenas puedo apreciarlo como se merece. Porque, con el paso de los meses, he traicionado tu recuerdo y te he ido convirtiendo en una sombra de la persona que realmente conocí, para transformarte en una vulgar parodia, alimentada por mis miedos y

melancolías. Por mucho que me esfuerzo, no queda nada de todo aquello que fuiste una vez, porque he pervertido por completo tu recuerdo.

Entras en casa, pero no me giro para mirarte. Sigo observando cómo cae la nieve en el exterior, sin decir nada. Aunque apenas se pueden ver los pequeños copos que oscilan suavemente gracias al leve viento que se ha levantado. Pienso que, una vez más, la nieve no va a cuajar y que no disfrutaremos de otra gran nevada en la ciudad. Puede que no lo vaya a vivir de nuevo en mi vida, lo que me entristece un poco.

–Creo que será mejor que te quedes las llaves –me dices con tono neutro, tratando de aparentar frialdad, alejada de cualquier emotividad de la situación.

–Aquella noche, cuando nos conocimos. ¿Por qué te fijaste en mí? –dejo de mirar a través de la ventana y por fin me giro hacia ti. Ahora, que está tan cerca el final, vuelvo a verte tan guapa como siempre. Incluso un poco más, si es que eso es posible. Has cambiado un poco en esos meses y tienes el look moderno y aparentemente espontánea de una buena barcelonesa. Ahora, justo ahora, es cuando valoro lo que es tenerte a mi lado. Lo que hemos creado juntos.

–Fuiste simpático y divertido. Me parecías guapo.

–Supongo que no sé valorar la suerte que tuve de haberte conocido. De que todo hubiera salido bien.

–¿Has pensado en lo que podría haber pasado para que no saliera bien?

–Claro, cada día. Podrías haber tenido novio. O tener que regresar a Venezuela al día siguiente. Son tantas cosas que podrían haber pasado que me parece un milagro que hayamos acabado juntos.

–No te tortures. Esto no ha salido como esperábamos. Esas cosas pasan.

–No. Creo que este universo no está marchando como habría deseado.

–¿Este universo? –dices confundida.

–Da igual. Ya te lo explicaré –digo extendiendo la mano y aceptando las llaves que me estás devolviendo. Las acaricio ensimismado, recordando todos los momentos que hemos vivido en aquel piso, usando esas mismas llaves para entrar en casa: cuando regresamos de Islandia, las veces que hemos salido a cenar juntos, con Sonia y Jordi o la agridulce vuelta de Venezuela. –Hemos sido felices, ¿verdad?

Te acercas a mí y me acaricias la cabeza, de esa forma que sólo puedes hacer tú. No encontraré otra mujer en el mundo que haga ese gesto exactamente como tú y eso me hunde aún más en la tristeza que estoy sintiendo. He estado obviando ese momento durante varios días, como si no fuera una posibilidad real, haciéndome el loco de forma inconsciente. Pero lo inevitable, acaba pasando. Lo mejor en esos casos es estar preparado para el momento, algo que yo no había hecho.

Te cojo la mano y la empiezo a besar con devoción a modo de disculpa por todo lo que he hecho. Pero es tarde y mi gesto es más patético que otra cosa. Debes sentir aún algo de lástima por mí, porque me quedo huérfano de tu presencia y porque será la última vez que estemos juntos.

–No lo hagas –dices tratando de evitarme todo el dolor.

Pero no te hago caso y subo mis besos por tu brazo, hasta llegar a tu hombro. Te devoro con cada uno de ellos, mintiéndome a mí mismo y pensando que podremos seguir juntos después de eso, que al día siguiente despertarás a mi lado como siempre has hecho. Que seremos felices porque por fin he aprendido a valorarte, a no obligarte a ser quien no eres, a recordar cómo era la Lorena que conocí en aquella lejana fiesta. Pese a ello, un fogonazo de sentido común me recuerda que en realidad vamos a echar un último polvo antes de romper. De los que disfrutas a la vez que te hacen sufrir. De los que recuerdas toda tu vida.

Te beso la oreja, porque sé que es uno de tus puntos débiles. Te agarro

de uno de tus suaves y pequeños pechos mientras con la otra mano consigo que la camisa que llevas puesta se deslice por tu piel hasta caer al suelo. Noto cierta piedad en tu respuesta, pero también que con la inminente despedida, te estás excitando de verdad. No mucho, pero lo suficiente como para que todo eso no resulte tan lamentable que te haga ponerte a llorar. Después, te saco el sujetador usando una mano, por primera vez desde que estamos juntos. Pero ninguno de los dos lo aprecia, con las risas con las que lo habríamos celebrado semanas atrás. Ahora sólo queda el sabor amargo de la despedida sobre tu piel. Te beso los pechos, despidiéndome de ellos. Después me despido de tus muslos, de tus nalgas, de tu vientre...

Follamos de forma apasionada e intensa, pero acabamos demasiado rápido. Como un último acto de piedad, no quieres alargar el momento tan triste. Me dejas tumbado sobre la cama y no dices nada, porque no hay nada más que decir. Te vistes de nuevo, en silencio. Sin mirar hacia atrás, dejas atrás una habitación llena de recuerdos y de olor a sexo y sudor.

Pasan los días y el tiempo se vuelve todavía más frío que durante las navidades. Se acaba el mes de enero de forma más fría que nunca, incluso por debajo de los cero grados. Pese a mi amor por las bajas temperaturas, esta vez me hacen sentir más triste y solo que nunca. Rafa no ha respondido a ninguno de mis mensajes y cuando vuelvo del trabajo apenas tengo ánimos para hacer nada. Poco antes de las diez de la noche estoy metido en la cama, esperando a que llegue un nuevo y vacío día de trabajo.

No me acostumbro a tu ausencia, si es que eso es posible, pese a que las últimas semanas antes de romper la situación fuera muy similar a lo que estoy viviendo. La diferencia es que en aquellos días todavía tenía la esperanza de recuperar la normalidad, de verte aunque fuera muy de vez en cuando. Ahora, todo eso ha desaparecido por completo y se ha convertido en un enorme vacío en el interior de mi corazón. Vuelvo a tener la misma vida que hacía

antes de conocerte, sólo que ahora tu recuerdo me invade a cada momento: cuando atravieso el Portal del Àngel, en cada rincón de casa, al atravesar la Rambla del Raval, en el trabajo o cada vez que escucho alguna de las muchas canciones que compartimos juntos, bailando como lunáticos en el salón una alocada coreografía que solo nosotros podíamos ejecutar. Por supuesto, se me han quitado todas las pocas ganas que tenía de salir de casa y me encierro a cal y canto, especialmente durante los fines de semana. No me importan los demás y, por lo que percibo, yo tampoco le importo al mundo. Mejor, así me dejarán hundirme en mis recuerdos masoquistas del tiempo que pasamos juntos.

Voy descuidando el piso a marchas forzadas. Aunque soy consciente de mi dejadez, me siento a gusto sin lavar los platos durante varios días o sin conservar apenas el recuerdo de lo que debe ser dormir en una cama con las sábanas limpias y bien colocadas. De la misma forma, dejo de prestar atención a mi cuidado personal y para cuando me quiero dar cuenta luzco una frondosa barba que me hace parecer un cantante folk pasado de rosca. Soy como un ermitaño que ha renunciado a vivir en el mundo, satisfecho con lo que tiene en su cueva.

Pero, una de las pocas veces que decido salir de casa por la tarde para comprar algo de comida congelada para la cena, escucho una voz a mi espalda.

–¿Eres tú?

Cuando me giro, veo a Sonia, tan sonriente como siempre. Su imagen me sacude por completo y me devuelve a la cabeza tantos recuerdos que hemos compartido con ella. De nuevo, tu imagen se me hace presente golpeándome con fuerza. Yo que estaba aislado en casa evitando cualquier posible contacto humano, como el hombre de negocios en la última historia de la película de *Creepshow*, tengo la mala suerte de intoxicarme en mi

primera y única salida.

–Estás... Cambiado –dice Sonia tratando de ser educada.

–Estoy que doy pena. No hay problema con que seas sincera.

Me convence para que nos acerquemos a una cafetería cercana para tomar una clara. Una de las cosas más agradables de Barcelona son precisamente sus cafeterías, especialmente las del barrio de Gràcia, hasta donde había subido para dirigirme a una pequeña bodega donde venden una mis cervezas preferidas, La Chouffe. Quería atiborrarme a beber a la hora de la cena, porque también he empezado a alcoholizarme más de lo debido durante esos días. A esas horas, el local al que entramos está bastante tranquilo, con dos clientes que se nota que son muy del barrio y charlan animadamente con el camarero, a quien parecen conocer.

–¿Sigues mal por Lorena?

Mi silencio remarca lo obvio de la pregunta. Tan solo mencionar tu nombre me da miedo, porque podría ponerme a llorar en cualquier momento. Me encuentro bastante sensible y verbalizar todo lo que ha sucedido no hará más que empeorarlo.

–Ella también lo pasó mal. Lo llevaba pasando mal desde hacía varias semanas.

–Seguro que cuando os ibais de marcha no dejaba de llorar por mí – digo enfadado como si fuera un crío.

–¿Qué piensas que hacía ella? ¿Follarse a todos los tíos a los que veía? Cómo sois los hombres, malditos posesivos de mierda –más que insultarme me está recriminando mi actitud de esos últimos meses. –No dejaba de hablar de ti, ¿no lo sabías?

–No hablábamos mucho en las últimas semanas.

–Pues que sepas que te quería mucho más de lo que puedas imaginar. Pero odiaba con todas sus fuerzas tu actitud triste y melancólica. Me dijo que

se sentía consumida por vuestra relación. Que le daba mucha pena, pero que no veía más opción que dejarlo antes de que la cosa empeorase para los dos.

–Imagino que se habrá ido a vivir a tu casa –mi afirmación provoca un silencio eterno en Sonia, que me mira a los ojos con la triste tarea de darme una mala noticia. De esas que nadie quiere decir.

–Lorena se ha ido.

–¿A Venezuela?

–No. Por Europa. Dijo que quería aclararse las ideas antes de regresar junto a su familia. Estaba realmente dolida por cómo acabó todo.

No puedo aguantar por más tiempo y me acabo derrumbando ante Sonia. Las lágrimas brotan de mis ojos, templadas y haciendo que mis mejillas se vuelvan algo pegajosas. Siento algo de vergüenza por la gente que hay a nuestro alrededor viéndome en ese estado. Un barbudo roñoso llorando como una niña pequeña.

–¿Qué he hecho? –le digo con la voz descorazonada. –¿Qué es lo que he hecho? La he perdido.

Sonia me abraza de forma maternal, colocando mi cabeza sobre su hombro, mientras me da tiernos besos en la coronilla.

–La echo de menos, Sonia. La echo tanto de menos y ahora no volveré a verla nunca más.

Una auténtica canción de amor, por definición, siempre tiene que sonar algo triste. Porque desde el momento en que nos enamoramos, empezamos también a afrontar la lenta agonía del abandono. En el hecho de amar, veo que tiene que estar la certeza de la ruptura. Como cuando uno nace, que va descontando minutos al momento en que debe morir. Es lo que siento cada vez que escucho “Ten Storey Love Song”, el tema de The Stone Roses. Y en estos últimos días la he escuchado centenares de veces.

Recibo un mensaje de Rafa en mi ordenador mientras estoy viendo de

nuevo el episodio de “Mad Men” en el que Don Draper acaba varios días en Los Ángeles, teniendo una breve aventura con una adolescente interpretada por Laura Ramsey. No lo he dicho todavía, pues tampoco había encontrado el momento, pero estoy completamente enamorado de Laura Ramsey. Y todo desde que la vi por primera vez en ese episodio. Cuando aparece un primer plano suyo en pantalla le doy al pause y me quedo embobado, observando su enigmática sonrisa. Me fascina que su belleza deslumbrante pero sutil, pueda transmitir de forma simultánea tanta paz y tristeza, como si mostrara las dos caras de una misma moneda. Del amor y de la vida en sí. Para mí, Laura Ramsey es la mujer perfecta.

Puede que en el tiempo que estuvimos juntos yo te haya transformado sin quererlo en una versión más realista de ella. Que haya envenenado tu sonrisa y tu personalidad jovial y aventurera para hacer que fueras algo que en realidad no eras. Te dejé escapar, y ahora eres un recuerdo, una imagen en una pantalla como la que en ese momento tengo en el televisor. Estuve con una Laura Ramsey y no lo supe valorar. No te supe dar todos y cada uno de los días lo que necesitabas. Llegué a olvidar por completo el milagro que suponía haber acabado contigo.

Leo el mensaje de Rafa, en el que me explica que ha regresado de nuevo a Barcelona y que quiere que nos veamos. Me propone repetir un encuentro como el de la anterior vez que regresó de su anterior periplo europeo, la noche en que te conocí. Pero que esta vez me hará más caso, que estaremos juntos como en los viejos tiempos. Me explica que aprovechando esa semana podríamos ir a alguna fiesta de las que le han invitado. No será en el mismo sitio al que fuimos, pero está seguro de que lo pasaremos bien y así me contará sus experiencias. Aunque no tengo mucho ánimo para fiestas, Rafa es insistente como solo él sabe serlo y me escribe sin parar hasta que consigue que acepte. Al fin y al cabo, voy a necesitar desconectar un poco de

todo lo que me ha sucedido últimamente. Así que me dedico esa semana a recuperar mi humanidad perdida: me afeito con esmero la espesa barba que me había crecido, limpio la casa llenando varias bolsas de basura repletas hasta los topes y me aseo de forma más habitual.

Hay señales que te indican que una noche no va ir bien, y aquella las reunía casi todas. En el fondo creo que estaba intentando repetir todos los elementos que me llevaron a conocerte, pero cuanto más quieras que dos noches se parezcan la una a la otra, más distantes serán. Recuerdo otra vez a Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, cuando intenta seducir de nuevo a Andy McDowell, pero sin la espontaneidad de no saber lo que le va a suceder. Para mí, la experiencia que tuve contigo está perdida en el limbo del tiempo, aislada únicamente en mi memoria como una obra de arte en un museo. Se puede apreciar con gusto, pero no podrás acercarte a tocarla.

Rafa no para de darme la brasa preguntándome por Sonia. Que cuando se enteró que había empezado a salir con Jordi le entró una pequeña depresión. Pero que con el paso de los días ha sabido canalizarlo y que está mejor. Dice que ya no le importa, pero por otro lado no me deja de preguntar por ella. Intento explicarle que no tuvimos mucho contacto durante todo ese tiempo y evito así decirle que ella es ahora bastante más feliz con Jordi y que lo mejor será que no se entrometa entre ellos. ¿Me pasará algo similar a mí? ¿Habrás conocido a algún alemán, francés o italiano que te haya hecho olvidarme y con el que seas más feliz?

Rafa saca un par de gramos de cocaína que compartimos durante toda la noche. Estamos a gusto, pero no nos lo estamos pasando realmente bien. Estamos haciendo algo que es un poco falso y todo lo que nos rodea no es más que un escenario en el que tratamos de interpretar el mismo papel que hicimos aquella noche, en aquella fiesta. Cuando tanto Rafa como yo fuimos realmente felices. Pero me temo que no funciona esta vez. Ya no es lo

mismo.

Conocemos a un par de chicas, pasadas las tres de la madrugada, con las que empezamos a hablar. Es la hora del ligue, cuando el alcohol ha desinhibido a las mujeres y nosotros nos creemos más atractivos de lo que realmente somos. Ellas son divertidas y agradables y tras media hora charlando, finalmente las convencemos para que se vengán a mi casa junto con Rafa. Cuando llegamos, apenas nos da tiempo a que nos sirvamos unos cubatas antes de que cada uno se vaya con una de las chicas a un dormitorio. Me quedo mirando la silueta de esa chica morena que está conmigo, atractiva pero no demasiado. Lo justo para que te parezca un bellezón estando borracho como estoy en ese momento. La desvisto de forma torpe, pero me doy cuenta de que no me apetece mucho follar, aunque trato de disimularlo como puedo. Pese a mis esfuerzos, se nota demasiado mi desinterés y la chica me dice que no pasa nada, que no tenemos por qué hacerlo. Le doy las gracias y acabamos hablando de ti, desnudos sobre la cama. Es una situación extraña, pero al final me quedo dormido, abrazado a una chica que nunca me dijo su nombre.

5:45

Emborracharse en compañía de otros, es una cuestión de amistad y de confianza. De ir todos juntos, sin miedo, a explorar las oscuras cavernas que conducen de forma inevitable hacia el ridículo. Porque nadie quiere a un borracho solitario al igual que un borracho solitario no quiere a nadie. En ese momento, los tres estábamos metidos en ese barco, en medio de la noche, perdidos entre la niebla etílica y las personas que aún resistían a esas horas el cansancio acumulado. Seguíamos bebiendo, aunque se nos hubieran acabado las cervezas que subimos tú yo algunos minutos antes. Por suerte, algún alma caritativa había imitado nuestra experiencia. Pero de forma más drástica, llenando la cocina de decenas de latas de cerveza. Pensábamos que debían haber agotado por completo las existencias de “cerveza-beer” en los alrededores.

Como adolescentes, nos empezamos a retar con las latas de cerveza, viendo quién sería capaz de beberse la suya de un golpe. No nos sorprendió descubrir que ninguno perdió el reto, ya que cumplimos con eficiencia. Saturados de tanto alcohol, lanzamos las latas al suelo de la cocina, dispuesto a agotar los pocos minutos que nos quedaban antes de que la fiesta se diese por concluida. ¿Cómo era posible que ningún vecino hubiera llamado a la policía en toda la noche?

—A ver, parejita, que va siendo hora de que os deis una alegría —dijo Rafa agarrándonos a los dos por la espalda y juntando nuestros cuerpos. Nos

quedamos apretados el uno contra el otro, con cara de circunstancias, mientras él seguía haciendo fuerza, tratando de forzar nuestras cabezas para que nos diéramos un beso. De nuevo, la tentación de apoderarme de tus labios me invadió, hasta que te vi la cara de tensión. El maldito Rafa y sus ideas. Nos había puesto en un compromiso fruto de la cantidad de M que habíamos consumido hasta ese momento.

Pero ni toda la droga del mundo te habría hecho flaquear. Eso era otra de las cosas que me gustaban de ti y, precisamente, la que evitaba que hubiera estado contigo esa noche.

Nos deshicimos de la presa de Rafa, quien nos ignoró al ver cómo Sonia, con gesto cansado, se dirigía hacia la salida.

–¿A dónde te crees que vas? –dijo Rafa antes de salir tras ella.

Nos quedamos los dos solos en la cocina, todavía rojos de la vergüenza por la situación en la que nos había colocado Rafa. Murmuré algunas palabras sin sentido, apenas audibles, a las que no hiciste caso. Me cogiste del brazo y estoy casi seguro de que la idea de besarme cruzó por tu cabeza durante algunos segundos. O puede que fuera una ilusión mía. O incluso que el M estuviera haciendo su efecto y nos introdujese a los dos en un torbellino de lujuria. Pero antes de que pudiera suceder algo de lo que te arrepintieses, nos sacaste de vuelta al salón.

Ver la poca gente que quedaba bailando en el centro del enorme salón hizo que se me encogiera el corazón. Había llegado ese terrible momento en que se hace evidente que hay que ir recogiendo los bártulos y dar las gracias a todo el mundo por una noche divertida. Pero en mi caso era todavía peor, pues cuando la luz entrase por las ventanas, habría perdido muchas más cosas. Te habría perdido a ti.

Te diste cuenta del bajón que estaba sufriendo y me diste un beso cariñoso en la mejilla.

–Todavía nos quedan unos minutos. Vamos a disfrutarlos, ¿de acuerdo?

Te dije que lo intentaría, pero la sensación de estar tan cerca del final me invadía por completo y se reflejaba irremediablemente en mi rostro compungido. La idea de que la fiesta, como sucede la vida, se acababa cuando mejor me lo estaba pasando. Justo cuando por primera vez vi que sería posible que sucediera algo entre nosotros dos. Una vez oí decir que en realidad la vida era como una gran fiesta. Cuando llegas, ves a varios grupos de personas, hablando entre ellos sobre temas o personas que no conoces y de los que no has oído hablar antes. Pese a ello, te unes a uno de esos grupos y cuanto más hablan, más vas entendido lo que están diciendo. Cuando por fin te consigues agregar a una conversación e incluso participar en algún momento en ella, te das cuenta de que ha llegado el momento de irse de la fiesta. Así de triste me encontraba en ese momento y, en parte, era culpa de toda la coca y M que me había metido.

No dejaba de darle vueltas a la idea de que tienes novio. Imaginaba cómo debía ser esa afortunada persona. Si debía tener algún parecido conmigo o si era muy distinto a mí. Si trabajaba, si era de tu edad, cómo os conocisteis, cuánto tiempo llevabais juntos, si era el hombre de tu vida, si te iba a cuidar siempre o tú a él. Si en el futuro lo dejaréis al poco de que regreses a Venezuela o, por el contrario, os acabareis casando y tendréis dos hijos y una vida feliz y plena. Me preguntaba qué pintaba yo en todo eso, qué motivos tenía para cruzarme en tu vida y deshacer todo aquello que habías construido antes de conocerme. Te tenía a mi lado, con los ojos cerrados, bailando de forma algo cansada el pegadizo ritmo de “Sleepyhead”, el tema de Passion Pit. Pensé en el momento en que bailamos juntos un rato atrás haciendo el tonto y me pareció un recuerdo lejano, como si hubiera sucedido en otra vida. No podía apartar la vista de tus movimientos, los cuales respondieron a mi pregunta anterior. Verte bailar era la mejor razón que tenía

para interferir en tu vida, para poderlo disfrutar todos los días si fuera posible. Para no dejar de ver tus ojos azules cada mañana. Para no perderte.

Me invadió una peligrosa sensación de urgencia y pensé que debía hacer algo, porque si te habías quedado hasta ese momento a mi lado debía haber alguna razón de peso. En pocas horas tendrías que coger un vuelo y sin embargo continuabas aquí, dándolo todo para acabar la fiesta por todo lo alto. Pero, por otra parte, algo me retenía, supongo que el miedo a hacer algo que no debía y desmoronar todo aquello que habíamos conseguido crear esa noche. Temía el riesgo que podía suponer lanzarme a hacer alguna locura y destruir por completo el recuerdo que podía tener de ti, antes del posible premio que podía obtener a cambio. ¿Qué pretendía a esas horas? ¿Robarte un beso? ¿Echar ese polvo rápido en el aseo al que tanto le había dado vueltas desde que me lo dijo Rafa? Apenas podía concentrarme en lo que hacía por culpa de la borrachera, así que era absurdo pensar que nos quedaba tiempo para nada más. Debía asumir que el tiempo se había consumido, era el momento de los agradecimientos y las despedidas.

Sin embargo, seguía teniendo esa molesta sensación de que debía hacer algo, por pequeño que fuera. Superar esa cobardía que me había acompañado toda mi vida con las mujeres. Compartir contigo ese secreto a voces que estábamos viviendo, al igual que compartimos todos esos cubatas, cigarrillos, droga y bailes.

–Si no te digo algo creo que mañana me voy a arrepentir –te dije finalmente al oído.

–¿El qué? –me contestaste con cara de intuir lo que te iba a decir. Tuve la impresión de que tardaba en verbalizarlo. Y que nadie os mienta, siempre es necesario expresar lo que estás viviendo. Porque si no se hace, es como si no hubiera existido.

–Me gustas. Me gustas mucho –te solté de golpe, liberando una fuerte

carga que llevaba en mi interior.

–Tú también me gustas, pero...

Da igual, no necesitabas explicarme nada más. Lo entendía y me lo imaginaba. El famoso, “sí, pero”. Sin embargo, decirte que me gustabas no era una estrategia para convencerte y que cambiaras de opinión, sino más bien para que yo pudiera recordarlo en el futuro y asegurarme de que sabías que me tenías loco.

Un grupo de tres personas pasó a nuestro lado, se estaban marchando como habían hecho la mayoría de los invitados. Todavía quedábamos algunos valientes que queríamos exprimir los últimos minutos de fiesta en aquel lugar. Las últimas canciones que bailar.

A esas horas estaba completamente entregado a mi lado más pasteloso. Así que cuando Sonia se nos unió en la pista de baile, la abracé con intensidad y no dejaba de darle las gracias por haberte traído a la fiesta. Por haber aguantado tanto tiempo sin habértela llevado de allí. Le insistía en que era la mejor amiga del mundo y que nunca la iba a olvidar por lo que había hecho, porque gracias a ella te había conocido y pude vivir esa maravillosa noche contigo. Sonia me sonrió divertida, con los ojos cansados y sin parar de bostezar. Enseguida fijé la atención en un tipo no muy alto, con barba de tres días, un espeso pelo rizado y anchas gafas de pasta que tanto acostumbran a usar los modernos en Barcelona. Estaba inclinado sobre un portátil, no muy lejos de donde se encontraban los altavoces. Toda la noche buscando al tipo que pinchaba y lo había tenido ante mis narices todo el tiempo. Me acerqué a él y le di un fuerte abrazo, que recibió con sorpresa e incredulidad.

–Gracias, tío. Lo has hecho de maravilla.

Me observabas divertida, bailando con las pocas fuerzas que aún te quedaban, en el centro del salón. Un grupo de amigos estaban junto a ti,

aprovechando los pocos minutos que nos quedaban a todos. Te cogí de la mano y bailamos de forma calmada, mirándonos a los ojos.

–¿Te he dicho lo que son los universos infinitos?

–Has dicho muchas cosas durante toda la noche. Pero no me has hablado de eso todavía –dijiste con voz triste.

–Sin que lo sepamos, vivimos rodeados de cientos de millones de universos. Miles de millones. Se parecen al nuestro, pero en todos ellos hay algo distinto que hace que las cosas funcionen de otra forma. Pueden ser cambios drásticos, como que yo no haya nacido. O cambios más pequeños, como que tú no hubieras venido a esta fiesta. Si los juntamos todos, nos podemos dar cuenta de que el hecho de que tú y yo nos hayamos conocido aquí y hoy es un auténtico milagro. Imposible si lo piensas de antemano. Como cuando te cae una gota de lluvia en la frente y piensas en las probabilidades que había antes de que sucediera de que esa gota en particular, y no otra, te cayera precisamente a ti. Estoy seguro de que hay muchos otros universos en los que también nos hemos conocido, pero en los que ni tienes novio ni tienes que regresar a Venezuela mañana. Sólo quiero saber una cosa. Si estuviéramos en uno de esos universos esta misma noche, ¿crees que tú y yo podríamos haber estado juntos? ¿Que podría haber sucedido algo entre nosotros?

–No lo creo –dijiste mirándome fijamente a los ojos. –Estoy segura. Hay un universo infinito por ahí en el que tú y yo nos queremos mucho y hacemos todas las cosas que no hemos podido hacer esta noche.

Pudimos haber vuelto...

Como si de un milagro se tratara, Sonia me escribe a los pocos meses después de la última vez que nos vimos. Me explica emocionada que vas a

regresar a Barcelona durante unos días y que probablemente después regresarás a Venezuela, a recuperar tu vida normal. Que estás cansada de viajar por el mundo y quieres volverte a sentir venezolana durante una temporada junto a tu familia. No le dices nada sobre mí a Sonia, pero enseguida le contesto pidiéndole que se ponga de nuevo en contacto contigo porque quiero verte una vez más. No quiero dejar pasar esta oportunidad para poder seguir contigo. Incluso sería capaz de iniciar esa vida en Venezuela a tu lado, como tantas veces estuvimos hablando. Sé que llego tarde, pero por fin estoy decidido a tenerte conmigo para siempre, a acostumbrarme a nuestras grandes diferencias. A dejarte ser libre, la persona que realmente eres y no esa extraña imitación que yo había creado en este universo, a mi imagen y semejanza.

El momento más triste de darte cuenta de que no has olvidado a alguien se produce cuando te das cuenta de que llevas semanas durmiendo en el mismo lado que ocupabas en la cama que cuando vivías con esa persona. Durante semanas estuve utilizando, de forma inconsciente, la parte izquierda, respetando la derecha por si decidieras regresar mientras yo dormía. La única que lo había ocupado en ese tiempo fue la chica de la fiesta de nochevieja, aunque abrazado a su lado me di cuenta de que se trataba únicamente de un parche patético que me estaba inventando. Ese lado te pertenecía a ti, e incluso me arrepentí de mi decisión, cuando al día siguiente me percaté de que aquella chica había dejado parte de su olor impregnado entre las sábanas. Eliminando todavía más el recuerdo que me quedaba de ti.

Ahora, como al día siguiente después de la noche en la que nos conocimos, ando nervioso por la casa, esperando una respuesta de Sonia por WhatsApp. Confiando en que me pudieras perdonar por mi estúpido comportamiento y me dieras una segunda oportunidad. Llamo a Rafa, confiando en que me ayude con el momento que estoy viviendo, pero lo

único que recibo son toda una serie de impropiedades. Me dice que estoy loco y que lo mío con Lorena es imposible, que debo asumirlo. Aunque creo que únicamente está pasándome todo el enojo que siente hacia Sonia, creo que lleva algo de razón y que debería dejar esta relación de lado. Que hay algo en el fondo de mi corazón que me avisa de que todo va a salir mal y que voy a sufrir de nuevo. Pero no puedo dejarlo simplemente estar. No puedo perderte de nuevo sin luchar.

Segundos antes de que me empiece a desquiciarme, recibo por fin un mensaje de Sonia. Lo abro con el corazón en vilo y me pongo a leer. Me detengo, porque con los nervios y la ansiedad que tengo apenas me entero de lo que estoy leyendo. Vuelvo a empezar desde el principio, con más tranquilidad. Me dice que no tenías pensado verme, que lo has pasado mal este tiempo, pero que crees que me lo debes. Que te pasarás por mi casa esa misma noche.

Esta noche es muy pronto. No me he preparado y la casa aún está hecha un desastre. No quiero dar un aspecto lamentable, así que lo organizo todo lo mejor que puedo y me acerco al supermercado a prepararte una estupenda cena. La que nunca te ofrecí en el tiempo que estuvimos juntos. Preparo una lista en Spotify con las canciones que me recuerdan al tiempo que hemos disfrutado juntos y la llamo Universos Infinitos, en nuestro honor. Y en honor a lo que estoy viviendo.

Cuando suena el timbre de casa, los nervios casi me agarrotan y me impiden moverme. Había dado por imposible que ese momento se volviera a repetir y ahora estaba a escasos segundos de verte una vez más. En los altavoces suena "I Declare A Ceasefire" de My Latest Novel ya que me parece que encaja con lo que va a suceder o al menos expresa lo que siento. Nada me prepara realmente para el momento en que abro la puerta y te vuelvo a ver al otro lado. No sabía hasta qué punto me había acostumbrado a

ver tu rostro angelical hasta que vuelvo a tenerlo ante mí. Me parece increíble que una chica como tú haya estado siquiera una noche conmigo y sin embargo ahí estás, plantada en la puerta de mi casa.

–¿Me vas a invitar a entrar? –dices después de unos segundos.

–Sí, claro. Estás en tu casa.

Me doy cuenta de cómo analizas cada rincón del salón. Tú también estás recordando todos los momentos que hemos vivido allí juntos. Dejas tu bolso en la mesita que hay junto al sofá, exactamente tal y como hacías cuando vivías conmigo. Te sientas, sin dejar de mirar a tu alrededor.

–Está todo igual.

–Tú no. Estás todavía más guapa.

–Deja de halagarme tanto. No es bueno para mi ego. Ni para el tuyo.

Sirvo unas copas de vino y me siento frente a ti. Supongo que es normal que los primeros minutos sean bastante tensos, pues no nos salen las palabras para explicarnos como queremos. Para explicar la ausencia que hemos sentido durante esos meses. El silencio se alarga demasiado para los dos.

–Mira, no sé si ha sido un error que viniera.

–No. El error fue mío, por dejar que te marcharas.

–Supongo que nuestra relación es así. Agridulce, como las cosas buenas de la vida. Me recuerda a esa canción –empiezas a tararear el estribillo de la canción de The Verve, “Bitter Sweet Symphony”. Supongo que tienes razón, y que este es un universo agridulce en el que alargamos una agonía que viví en una versión reducida en otra vida. Con otra Lorena. Pero en este universo no te voy a soltar tan fácilmente, no sin pelear hasta el último momento. Te quiero a mi lado en esa sinfonía agridulce que es la vida.

–Podríamos intentarlo de nuevo. Nos merecemos una segunda oportunidad, ¿no crees?

–No lo sé. Quiero volver a Venezuela...

–Dame unos días. Quédate en casa de Sonia e intentémoslo.

Me miras a los ojos y sé que en el fondo tú también lo estabas esperando y que por eso has venido hasta aquí.

Tras ese día, nos vemos de forma ocasional, con tranquilidad y sin prisas. No hay necesidad de ir rápido después de todo lo sucedido, así que prefieres pasar más días con Sonia, entre poniéndome a prueba y relajando nuestra relación. Dos o tres veces por semanas quedamos para hacer una cerveza, e incluso en alguna de esas ocasiones vienes a casa y hacemos el amor. Nos estamos volviendo a descubrir, de forma pausada, intentando crear algo nuevo, sin necesidad de recurrir siempre al pasado. Es una tarea complicada, pues los fantasmas de lo olvidado siempre acaban revoloteando a nuestro alrededor.

Me escribes un día invitándome a ir al Razzmatazz aprovechando que hay un concierto de Lykke Li. Sonia tiene un par de entradas de sobra y ha pensado en nosotros para que la acompañemos. Me doy cuenta que Sonia es mi ángel de la guarda en este universo y que siempre me ha ayudado a estar a tu lado. Te contesto, diciéndome que me parece una idea genial, que podemos recuperar las viejas costumbres. De todas formas, sigues sin decirme cuándo piensas regresar, como si la espada de Damocles estuviera siempre pendiendo sobre nuestras cabezas.

Antes de entrar al concierto, vamos a l'Ovella Negra, como hicimos hace casi un año, en nuestra primera cita. Supongo que es la forma que tengo de reiniciar nuestra relación, de volver a recuperar lo que en algún momento fuimos. De que vuelvas a ser la misma chica que conocí, recorriendo los mismos lugares que visitamos cuando éramos realmente felices. Nos sentamos en la misma mesa que aquella noche, y me confiesas que recuerdas todas las cosas que te pregunté sobre ti. Pero ahora que ha pasado tanto

tiempo, y que me conoces mejor, es el momento de que respondas todo eso sobre mí. Porque sabes que nunca me ha gustado mucho hablar sobre mis cosas, porque sabes que todo este mundo gira a tu alrededor y puede que eso nos haya cansado a los dos. Me dices que no puedo llevar así una relación, que necesitas tu espacio y no es necesario que te haga sentir siempre como lo más importante del mundo. Pese a mi hermetismo, sabes algunos detalles sobre mis anteriores relaciones (en especial con Silvia) y no quieres que eso nos pase a nosotros.

Sabes que me gusta leer en la cama antes de dormir, ver series y películas de terror de los ochenta y jugar a la Xbox los domingos por la mañana.

Sabes que tengo miedo a quedarme viejo y solo, a que le pase algo grave a mis padres y a cualquier insecto que sea más grande que un grano de arroz.

Sabes que el recuerdo favorito de mi infancia es una noche de verano, cuando la hija de unos amigos de mis padres me dio mi primer beso, tumbados en la playa mientras escuchábamos de fondo la música de una verbena cercana. Con todo el tiempo del mundo por delante.

Sabes que quiero a mi familia, pero que no soy muy de expresar los sentimientos. Que espero que ellos lo sepan, pero que a la vez tengo miedo a no demostrarlo lo suficiente y que lo acaben dudando.

Sabes que mi prenda favorita son las Adidas azules que llevo puestas todos los días y que me hacen sentir bien en cuanto me las pongo, ya que forman parte de mi personalidad.

Sabes que tengo buen despertar, mucho mejor que el tuyo. Que no me importa ponerme a hablar cuando me pongo a desayunar y que eso nos ha hecho tener alguna que otra bronca.

Sabes que necesito que la gente sea puntual, lo que nos ha hecho tener

todavía más discusiones cuando alguna vez has aparecido una hora tarde en el sitio en el que habíamos quedado.

Sabes que mi libro favorito es “El guardián entre el centeno”, porque me siento un poco como Holden, incomprendido, sensible y mentalmente inestable.

Sabes que mi canción favorita es “Some Kinda Angel” de Mojave 3. Porque sus letras siempre me han llegado al corazón y me han explicado de la forma más sutil y maravillosa la bella tristeza que forma el mundo.

Sabes que tengo pocos amigos de verdad, de los que no te he hablado casi nunca. Que Rafa es uno de ellos, pero que no es el único. Que me habría gustado que los conocieras a todos, pero que me temo que pueda ser demasiado tarde para presentaciones.

Sabes que la tontería más grande que me han dicho nunca me la dijiste tú, cuando aceptaste salir conmigo.

Y sabes que cuando estoy triste me gusta que me susurren que estás a mi lado.

Me acabo la cerveza de un trago, abrumado por tus palabras. Nunca hasta ese momento había pensado que alguien me podría conocer casi mejor de lo que habría hecho yo mismo. Pero ahí te tengo, resumiendo mi vida en apenas diez breves frases. No hay nada más que eso, pero te gusta que sea así. Te gusta que sea tonto, aunque en el fondo sepas que no lo soy.

En la cola del Razzmatazz nos esperan Sonia y Jordi. El concierto ha causado expectación en Barcelona y hay bastante gente arremolinada alrededor de la entrada.

—¡Parejita, estamos aquí! —las palabras de Jordi provocan un siniestro déjà vu que me lleva a varios meses atrás. No sé si soy yo el que intenta repetir las cosas como sucedieron o es el propio mundo el que está jugando con mi cabeza. No sé si se me está agotando la imaginación o es que las cosas

deben suceder de esa manera. Esta vez, en cambio, la mirada de Sonia no es de alegría, sino de una serena tristeza al vernos aparecer. Por la forma en que tú y yo nos cogemos de la mano, debe intuir que las cosas no marchan del todo como deberían y que hay algo de cierto sobre lo que dicen de las segundas oportunidades.

Una vez ha comenzado el concierto, te rodeo con mis brazos. Pero no queda nada de toda la pasión de esas primeras veces. Es un abrazo más frío, como si mis brazos no reaccionaran igual al contactar con tu piel como lo hacían en el pasado. Incluso el ambiente del Razzmatazz es más tranquilo, menos bullicioso, algo que se remarca cuando Lykke Li interpreta uno de sus temas más hermosos, “Sadness Is A Blessing”. La letra me hace sentir melancólico, me recuerda lo lejanos que quedaron aquellos primeros días, cuando pensaba que nunca me podría cansar de todas las cosas que descubría a diario sobre ti. Pero era todo un engaño en el que me encontraba sumido. No te estaba descubriendo a ti, sino que me iba descubriendo a mí mismo a través de tu recuerdo. En realidad, todo lo que sé de ti lo perdí la misma noche en que te conocí.

Pasan los días y nuestra relación se estanca rápidamente. Tratamos de estar juntos el mayor tiempo posible, pero estamos casi todo el rato en silencio, observando nuestros platos. Como aquella pareja que vimos cenar a nuestro lado en la “Rosa negra” y que tanto temíamos ser meses atrás. Puede que hubiéramos sido nosotros y no me diese cuenta en su momento. Supongo que las parejas que hay a nuestro alrededor deben estar pensando lo mismo al vernos a ti y a mí cenar de esa manera.

El milagro de tu regreso se va disipando con el paso de los días hasta el punto de que ya no nos planteamos tu regreso a casa y damos por hecho que tu estancia en la casa de Sonia sea algo casi permanente. No vuelves a mencionar tu regreso a Venezuela, pero entiendo que no dejas de darle

vueltras al momento en que finalmente me lo vas a comunicar.

Sonia nos llama para que vayamos a una nueva fiesta en el mismo piso del Raval en el que nos conocimos. Según nos comenta van a celebrar el primer aniversario de la anterior fiesta y que quieren convertirlo en algo habitual cada año, debido al enorme éxito que tuvo entre el vecindario la primera edición. Como si de una broma del destino se tratara, vamos a celebrar nuestro primer aniversario al lugar de los hechos. La idea es bonita, pero también nos da miedo, porque es una forma demasiado clara y dura de comparar nuestras vidas tras un año de relación más o menos continuada.

Quedamos directamente allí y desde que pasamos por el portal sentimos el impacto de un intenso manantial de recuerdos. En mi caso, confundo las dos fiestas que he vivido: las rayas de cocaína con Rafa y nuestro primer polvo en el aseo, nuestro primer encuentro en la cocina y la competición de chupitos con Rafa... Como fantasmas, ambos mundos pululan ante mis ojos, aunque tú únicamente reconoces uno, el que has vivido en este universo. Me quedo pensativo, mirando a mi alrededor lo distintos que se ven los mismos lugares en los que estuvimos hace un tiempo. Todo está igual, pero al ambiente es diferente. No pincha el mismo tipo y eso se nota, pues no dejan de poner una machacona música electrónica. Durante varios minutos, por sorpresa, ponen "Rincón exquisito", de Second, aunque supongo que será una petición expresa de la novia del tipo que pincha, porque enseguida regresa al mismo rollo de antes. Durante la canción, me da tiempo a mirar el lugar donde nos conocimos y pensar que ese sería mi rincón exquisito.

Te miro y apenas te reconozco, esperando ver a la chica que conocí en ese mismo lugar. Me percató de hasta qué punto te he ido cambiando durante todos estos meses en mi cabeza. De cómo has dejado de ser la persona divertida y animada que conocí, para transformarte en esa versión confeccionada por todos mis defectos y deseos. Te he ido transformando,

hasta el punto de que tu recuerdo se ha visto por completo deformado. Te acaricio la cara, eres mi pequeña Frankenstein, un monstruo creado a base de los retazos de decenas de recuerdos que tengo de ti. No quiero dejarte marchar, pero una parte de mí me dice que no hay más alternativa. Que no puedo dejarte vivir de esa forma. Tus ojos añoran Venezuela y el pasado. Añoran aquel mismo lugar un año atrás.

Llega la medianoche y te abrazo con fuerza, pues temo que desaparezcas como la carroza de Cenicienta. Pero es un abrazo agridulce, como todo lo que nos ha sucedido después de esa noche de hace un año.

–Lo hemos conseguido, cariño –te digo. –Hemos superado el primer año estando con alguien.

–Sabes que no vale. Porque ahora somos como personas distintas. Ni me reconozco, ni te puedo reconocer a ti. Ya no sé quiénes somos.

–Pero estamos aquí. Ahora. Nos queremos. Podemos darnos un tiempo.

–Mi amor, estás persiguiendo un sueño despierto. Yo sólo seré el recuerdo de aquella noche en la que nos conocimos. Todo lo demás no será más que mi imagen en un espejo deformado.

Me siento hundido cuando, a los pocos minutos de que hubiese pasado la medianoche, abandonamos la fiesta. No le decimos nada a Sonia para no amargársela. La noche asoma por las ventanas, misteriosa y llena de posibilidades. Pero no para nosotros dos, porque estamos acabados.

6:30

Los rayos de sol se filtraban entre las cortinas, inmisericordes a mi sufrimiento ante su llegada. Producían una misteriosa sensación de ensueño cuando se reflejaban en tu melancólica sonrisa, la cual había disfrutado siempre en las tinieblas sinuosas de la noche. Estábamos los dos de pie, en mitad de la pista de baile que hasta hace unas horas se encontraba hasta abarrotada de gente. A nuestro alrededor, solo quedaban tres personas de aspecto cansado, otros dormían tumbados sobre el sofá. Jordi se había marchado minutos antes, completamente extenuado después de una intensa noche de fiesta al límite. Rafa apuraba una última lata de cerveza sentado en el sofá, mientras Sonia estaba a su lado, completamente dormida. Sólo quedábamos tú y yo en pie. Los supervivientes de una larga noche.

El chico que se encargó de pinchar durante la fiesta, estaba empezando a recoger el equipo de música. Me acerqué de nuevo a él y le pedí que nos hiciera un último favor y que nos pusiera una canción para nosotros dos. Gracias a eso pude poner “You Don’t Have a Clue” de Röyksopp, a un volumen bajito, íntimo. Solo para nosotros dos. Me agaché ante ti, invitándote de forma caballerosa a ese último baile. Pese al cansancio que asoma en tu rostro, aceptaste encantada, apurando nuestros últimos minutos juntos. Bailamos muy pegados, dándonos un fuerte abrazo que es más bien una triste despedida. Como aquella vez en el Razzmatazz, la que no vivimos, en aquel universo infinito en el que ni tenías novio, ni tenías que regresar a

Venezuela, ni tardamos tanto en conocernos. Pero en este lugar nos encontrábamos rodeados de gente dormida y cansada, a las que le resultábamos igualmente indiferentes. La música nos envolvía como aquella noche, con la voz de Anneli Drecker recitando una letra que define a la perfección lo que estábamos viviendo.

Permanecimos así un buen rato, hasta que me separé de ti y te miré a los ojos. No aguanté más y te robé un breve, pero intenso, beso en los labios. El mundo se detuvo para mí, como si aquel instante hubiese durado toda una eternidad. Pero la realidad fue que, a los pocos segundos, te separaste de mí y me dijiste que no con un movimiento de la cabeza, que no podía ser. No en este universo. Y entonces, cuando te libraste de mi abrazo, fue cuando supe que había llegado el momento y que te ibas a escapar de mi lado en pocos minutos. Cuando por fin me sentí desesperado de verdad porque te iba a perder. Cuando me di cuenta de que aquella fiesta se había acabado para siempre, pese a lo que dijera la canción.

Te acercaste a Sonia y la despertaste con un leve toque en el brazo. Rafa la ayudó a levantarse. Yo, mientras tanto, di un breve paseo por la casa, ahora completamente vacía, para intentar mantener en mi recuerdo cada ventana, cada mueble, cada rincón exquisito en el que vivimos una noche tan maravillosa. Porque a partir de ese momento, todo aquello iba a convertirse en un recuerdo, y no podía hacer nada ni por evitarlo, ni por alargarlo. Cerca de la puerta de entrada encontré mi chaqueta en el suelo, sucia y pisoteada. La misma que había lanzado Rafa de forma alocada cuando le dije que iba a marcharme a casa y que en cierta forma supuso el inicio de esa noche para mí. El pistoletazo de salida. La recogí, como un símbolo de lo que pudo haber sucedido si me hubiese marchado y no te hubiera llegado a conocer. Tú, a mi lado, encontraste un mechero en el suelo y me lo diste, diciéndome que me ayudaría a recordar lo que hemos vivido. Pienso en esa conversación que

tendremos en Maracaibo en el universo infinito cuando dijimos que las personas ausentes se convierten en recuerdos. Y que las cosas físicas nos recuerdan a ellos, haciendo que se convierten en esas personas.

–Vas a ser este mechero –te dije, a lo que me respondiste con una mirada de extrañeza. Al fin y al cabo, aquí no hemos mantenido esa conversación. Ni lo haremos nunca.

Salimos del piso junto a Sonia y Jordi. El sol golpeó nuestras caras, provocándonos unos quejidos como respuesta, como si fuéramos vampiros a punto de fallecer, aunque en este caso era por el cansancio que sentíamos. Jordi nos propuso de forma desesperada que podríamos acercarnos a un after que conocía no muy lejos de allí, pero le miramos como si hubiera perdido por completo la cabeza. Nadie tenía cuerpo como para continuar despiertos mucho tiempo. Además, el vuelo de Lorena salía en pocas horas y todavía tenía que recoger sus cosas de casa de Sonia. No quería ni imaginar la espera en el aeropuerto que tenías por delante, con toda la resaca y cansancio que empezábamos a sufrir.

Nos dirigimos todos hacia el metro, aunque os avisé que prefería ir andando. Pero no me hiciste mucho caso mientras caminabas a mi lado. Me di cuenta cómo poco a poco nos íbamos quedando rezagados de Sonia y de Rafa, quienes iban varios pasos por delante. No supe si era algo voluntario o no, pero al final nos quedamos los dos solos.

–3OH!3 –dijiste con gesto cansado.

–¿Qué narices es eso?

–El juego de hace unas horas, ¿lo has olvidado? Dijiste M83 y pensabas que ya me habías ganado. Pero me he acordado de ese grupo. Y han sacado canción hace un año. Jaque mate –una sonrisa de satisfacción asomó en tu rostro cansado.

–No tengo ni puta idea de quiénes son.

–Pues ahora no los olvidarás nunca.

–Te odio –te dije mirándote a los ojos. –Me caes fatal.

–A mí también me caes de pena, gilipollas.

Te hice una peineta, a lo que tú me respondiste con un corte de mangas. Éramos como críos que se niegan a reconocer sus sentimientos. O a los que les conviene mantenerlos ocultos.

Seguimos andando durante un buen trecho, hasta que localizamos la parada de metro. Entonces nos percatamos de que habíamos perdido de vista por completo a Sonia y a Rafa. Aunque seguramente se habrían metido en el interior de la estación, accedí a acompañarte hasta mi parada. Pese a lo mucho que lo odiaba el maldito metro. Me dijiste que no tendrías problema, porque sabías que Sonia te esperaría en vuestra parada, eso si no la pillabas en el andén. Pero insistí, tratando de exprimir los pocos minutos que todavía nos quedaban juntos.

Te cogí de la mano sin que me dijeras nada, y recorrimos de esa manera los túneles, repletos a esas horas de una extraña mezcla entre jóvenes con gesto cansado como nosotros y turistas dispuestos a iniciar una nueva jornada recorriendo los rincones más emblemáticos de la ciudad. Caminamos en silencio y sentí que aquél lugar era como una tumba. Un sitio deprimente repleto de despedidas, donde la luz del sol era un recuerdo lejano.

Llegamos hasta el andén y, como te imaginabas, no había ni rastro de Sonia ni de Rafa. El luminoso indicaba que el siguiente tren iba a pasar en ocho minutos, con lo que tendrían que haber cogido con casi total seguridad el anterior tren confiando en que os veríais en la parada de Sonia. O puede que nos quisieran dejar solos, intuyendo que podría haber sucedido algo entre nosotros. Nos sentamos en los bancos blancos, en silencio. Yo, observando mi mano sobre la tuya y tú mirando hacia el suelo, cansada y triste.

Recibimos al metro también en silencio y entramos en el vagón,

prácticamente vacío. Agotamos esos últimos minutos que me separaban de mi parada en silencio, lanzándonos furtivas y tímidas miradas el uno al otro. Como si de pronto, después de todo lo vivido durante la noche, nos hubiera entrado un sorprendente ataque de timidez. Como si nos hubiéramos dado cuenta de lo que sentíamos. Nuestras bocas se llenaban cada vez más con el agrisulce sabor de una despedida. Porque sabía que iba a ser para siempre, que por mucho que la vida sea larga y llena de sorpresas, no son siempre buenas. Y que este adiós es definitivo.

El piloto rojo de mi parada empezó a parpadear, marcando de forma visual el tiempo que nos quedaba, la alarma que había temido toda la noche. Acerqué mi cara a la tuya y aproveché para sorprenderte por última vez, robándote un último y furtivo beso en los labios. Apenas fue un suspiro en el que no pude ni saborearte. Te acaricié la cara, tratando de recordar para siempre esa sensación sobre mi piel. De anotar mentalmente la forma de tu cara. De retener tu olor en mis fosas nasales. De evitar que el olvido te arrebatase de mi lado.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron, indiferentes a mi desgracia. Me miraste por última vez a los ojos.

—Nos veremos en uno de esos universos infinitos —dijiste, mientras las puertas del metro se cerraron inmisericordes, ocultándome tu rostro para siempre.

Pudimos dejarlo para siempre...

Miro a mi alrededor y todo ese universo que me rodea me resulta extraño, como si yo no pudiera formar parte de él durante más tiempo. Es un mundo nuevo que me repele a cada paso que doy, insensible por completo a mi sufrimiento. Debe ser una sensación parecida a la que tú tuviste al llegar a Barcelona, al estar tan lejos de tu país durante tanto tiempo. Tengo también la

sensación de que las personas se me quedan mirando cuando voy por la calle, haciendo que me sienta como Jim Carrey en *El show de Truman*. Por mucho que me esfuerce me doy cuenta de que todo lo que he vivido en este universo es una especie de teatro que he creado para estar junto a ti, y que poco a poco se está empezando a desmoronar. No hay nada peor que un mentiroso consciente de sus mentiras. El que mejor mente es que las sigue tratando como si fueran verdades. A mi alrededor, el escenario está siendo retirado y los actores regresan de forma ordenada a sus casas. La función está llegando a su final. Quedan pocas páginas en el guión que he ido escribiendo y apenas nos restan unas cuantas frases por recitar en este universo infinito que he construido.

Durante los últimos días, apenas nos hemos visto. Sé, gracias a Sonia, que estás preparando tu regreso definitivo a Venezuela y que tienes tu billete comprado desde hace tiempo. Ella también es una actriz que ha interpretado a la perfección su papel, pero apenas puede reconocerlo cuando habla conmigo. Al igual que todas las personas con las que hemos convivido, meras extensiones de mi subconsciente, mezcladas con el recuerdo de aquella mágica noche en la que te conocí. He hecho todo lo que he podido al recrearlos, tratando de que sean lo más parecidos a la realidad. Pese a que el resultado final no es el que deseaba, sé que lo he hecho bien. Que en este universo no haya funcionado nuestra relación no quiere decir que no lo pueda volver a intentar. Puede que haya volcado demasiadas de mis obsesiones en ti. O que no haya conseguido que los secundarios nos apoyasen lo suficiente. O que, por mucho que lo tema, no estábamos destinados a vivir juntos y que nuestro amor ha sido imposible desde el momento en que nos conocimos.

Nos vemos en el parque de la Ciudadela. A esas horas está completamente vacío, ofreciendo un aspecto fantasmagórico. Es como si la ciudad se hubiera desmoronado por culpa de un ataque nuclear. Ese nuestro

mundo y ahora solo podemos estar los dos solos en él, disfrutando de las últimas horas que le quedan antes de que desaparezcamos por completo. Te estrecho las manos y las acerco a mi pecho. Me doy cuenta de que ya no puedo olerlas y de que casi no siento tu tacto. Estás desapareciendo a través de esos pequeños detalles de mi vida, como estuvo a punto de sucederle a Michael J. Fox en *Regreso al futuro* cuando sus padres están cerca de no haberse conocido y él se empieza a desvanecer en el aire. Pero esto es distinto, esta fantasía se me va acabando de forma irremediable. Las mentiras se filtran sin piedad por las grietas que ha ido creando mi ficción.

–Este universo infinito no nos ha salido bien, pero lo intentaremos en otra ocasión. Puede que las cosas sean distintas. Que todo nos vaya bien. Que por una vez podamos estar juntos para siempre.

Levantas los hombros, pues no me puedes dar ninguna respuesta. Al fin y al cabo, no eres más que parte de esta fantasía que he creado. Ya poco queda de la chica que conocí en la fiesta.

–Perdona por no habértelo dicho más a menudo, pero te quiero. Te he querido desde el primer momento en que te vi. Y no dejaré de quererte hasta el momento en que me muera.

Te ríes, pero no de mí, sino por algo que te ha venido a la cabeza al escucharme.

–¿Recuerdas cuando me preguntaste cuál era la tontería más grande que me habían dicho nunca y te contesté que la reservaba para ti? Pues tenía razón. Esa es la tontería más grande que me han dicho nunca. Y me la has dicho tú, chico tonto.

Salgo de casa, recordando todos los momentos que hemos vivido juntos en ese universo. Nuestro viaje a Islandia, la noche en la que bailamos en el Razzmatazz y el momento en que conocí a tu familia. Me acuerdo también de esa piedra que dejamos flotando sobre una placa de hielo en Islandia y pienso

que ahora debe estar en el fondo de ese río, incapaz de haber llegado hasta el mar. Me acuerdo de los duendes. Y de tu abuela Rosa. Los únicos que han sido capaces de ver lo que era en realidad aquel universo. Una farsa en mi cabeza. Al final, la magia se ha roto por sí sola, de tanto usarla. Como el amor. Camino por la calle, silenciosa y desierta. Es una imagen triste que me hunde a cada paso que doy. Me siento solo, hundido, miserable. Sin ningún sitio al que poder acudir para acabar con dignidad esa farsa. Me repito una y otra vez que mi fantasía me ha dejado de lado y me ha mostrado lo patético que he sido al vivir en tu recuerdo todo ese tiempo.

—Vamos, no te quedes ahí parado —estás a mi lado y me coges de la mano. Ante nosotros, la calle vuelve a estar bulliciosa, como si fuera un día normal. Me doy cuenta de que reconozco la mayoría de rostros con los que nos vamos cruzando mientras recorremos la parte central de la Gran Vía. Son ellos, los personajes de este universo que han hecho que todo esto sea posible. Pasamos junto a Rafa, Sonia y Jordi que charlan de forma animada sentados en un banco. Al darse cuenta de nuestra presencia nos saludan con la mano, contentos de vernos cogidos de la mano. Cerca de allí, cuando cruzamos por el Paseo de Gràcia, tus padres se cruzan con nosotros en un semáforo. Te mandan besos con la mano, mientras esgrimen una amplia sonrisa en el rostro. A su lado, tu abuela Rosa sólo te sonrío, sin necesidad de hacer más gestos. Estamos llegando a la altura de la plaza Tetuán, cerca del Paseo Sant Joan. Mis amigos del trabajo nos observan desde una de las terrazas. Y me abuchean, burlándose de mí como siempre hacen. Valeria y Adriana salen de una de las tiendas cuando pasamos nosotros. Ellas son más serias y emotivas. Atisbo unas lágrimas brotando de sus ojos. Y entonces, llegamos de nuevo a mi piso. El lugar donde, al despertar, descubrí que me había enamorado perdidamente de una chica venezolana.

Nos reclinamos en mi piso, para pasar los últimos días que le quedan a

este universo follando y recordando todas las cosas que hemos vivido en él. Las buenas y las malas. Quiero volver al principio, recordar quién eres realmente, extraer toda la parte de mí que te he inoculado en el organismo como si de un virus mortal se tratara. Intento rastrear a la auténtica Lorena, a la que conocí esa maravillosa noche, pero sólo para descubrir que apenas eres una sombra de lo que fuiste. Que mi recuerdo te ha transformado casi por completo hasta hacerte prácticamente irreconocible. No estoy ante Lorena, sino ante una mala copia de ella. Como si un falsificador hubiese falsificado un cuadro falsificado por un falsificador muy poco hábil.

Tengo miedo de que el tiempo me haga olvidar esos pequeños detalles que me enamoraron de ti. No sólo detalles de tu físico, como la forma de tu rostro, tu silueta, la carnosidad de tus labios o el color de tus ojos. Sino esas otras cosas que se sienten únicamente cuando estás en presencia de otra persona. La forma en que te mueves, cómo me miras cuando te hablo, el movimiento sutil de tu brazo al beber o al fumar, la caída de tu pelo cada vez que te giras para mirar algo, tu respiración pausada, tu manera de bailar cuando estás tan relajada que te has dejado llevar por la música, el giro de tu cabeza al mirarme de reojo... Te explico de nuevo lo que son los universos infinitos, pero los conoces de sobra. No me puedo engañar tanto a mí mismo. Al fin y al cabo, estamos viviendo en uno de ellos, uno que se va a acabar en pocos minutos, cuando la fantasía haya llegado a su fin.

Llega la hora de irte y sales de mi piso, en silencio. Sin decir ninguna palabra, como te pedí que hicieras cuando te fueras de mi lado hace ya una eternidad. No puedo recordar ni dónde fue ni cuándo. Debe ser un recuerdo demasiado lejano. Las despedidas son muy jodidas, en especial las que son como esta. Cuando sabes a ciencia cierta que son para siempre. Es curioso porque nunca nos damos cuenta de verdad cuando conocemos a alguien importante en nuestras vidas, pero sí cuando nos despedimos de ellas. Esa es

la maldición de las despedidas, que se viven de forma más intensa que las veces que le damos la bienvenida a alguien en nuestras vidas. Evitar las despedidas no es un gesto de cobardía, sino una forma de no cerrar las cosas. De dejar la herida bien abierta y que supure sangre y pus durante el resto de mi vida.

La habitación se llena de tu ausencia, mientras veo cómo se cierra la puerta a tu paso dejándome en penumbras. Miro hacia el techo y cierro los ojos, sumergiéndome en la oscuridad que ha invadido de forma definitiva ese universo infinito.

Es hora de volver a empezar. De visitar un nuevo universo infinito.

7:10

Me movía por los túneles del metro, solitario y todavía confundido por todo lo que había vivido junto a ti en las últimas horas. Iba pensando en que realmente no sabía cómo iba a poder contactar de nuevo contigo, que realmente esa era la última vez que nos veríamos en lo que me quedaba de vida. Que no aceptes mi invitación de Facebook, o incluso que no tengas. O que, si consigo una forma de contactar, no tenga sentido estar detrás de ti, haciéndonos sufrir a los dos. Porque en el fondo de mi corazón sentía que nuestra despedida había sido realmente para siempre. Mierda. Las cosas a veces no salen como deberían, como a uno le habrían hecho feliz.

Me puse los auriculares blancos de mi iPhone y escuché “True Romance” de Citizens! Su letra me recordó de inmediato a ti y a lo que habíamos vivido. Así como la forma en que nos habíamos separado minutos antes. Me recuerda al romance inexistente que hemos vivido durante varias horas. A todo lo que habíamos encerrado en aquellas miradas, en aquellos bailes, en la forma en que nos reíamos el uno del otro...

Un profundo dolor me recorrió el cuerpo cuando, durante unos segundos, me di cuenta de que no todo lo que vivimos, no sería más que un recuerdo que con los años se volvería cada vez más y más lejano. Hasta el punto de confundir lo que realmente sucedió con lo que no, lo que hicimos con lo que dejamos de hacer, lo que me dijiste con lo que te callaste, lo que sentimos con lo que no nos permitimos sentir. Y me dio mucho miedo perder todo aquello

que llevaba en mi interior. Me dio miedo pensar que aquel recuerdo no era más que un cuchillo clavado en mi corazón, que únicamente me provocaría dolor durante el resto de mi vida.

Miré la foto que nos sacamos con mi móvil y, aunque salías tremendamente guapa y yo con un gesto lamentable, supe que escondía muchos secretos que no iba a poder revivir. Que todo aquello que no estaba encerrado en aquel marco, se iba a convertir en un misterio imposible de resolver con el paso de los años. ¿Quién vino exactamente conmigo? ¿A qué hora te llegué a conocer? ¿Fuiste tú la primera en hablar conmigo o lo fui yo? ¿Realmente te di un beso o apartaste el rostro en el último momento? Tenía miedo de perder todo eso con el paso inexorable del tiempo, de la misma forma que te perdí a ti, encerrada entre las paredes del vagón de un metro que se interna en la densa oscuridad de un túnel. De que el vagón de la memoria que ocupas en mi dolorida cabeza, sufra tarde o temprano, de forma irremediable, el mismo y cruento destino.

“Never knowing where you came from / Or where to go, true romance”. Al escuchar la canción me pregunté si podría haber hecho algo distinto en lugar de quedarme mirando cómo se cerraban las puertas del metro. ¿Tendría que haberte convencido de que te quedases? ¿O de que yo fuera a Venezuela contigo? Tendría que haberte acompañado al aeropuerto, eso seguro, portarme de forma más caballerosa contigo. Puede que en alguno de esos universos infinitos de los que hablamos haya sucedido eso y me entraron un imperioso deseo de conocer cómo habría acabado todo. La idea de visitar esos universos me animó un poco, haciendo que la llegada a casa fuera algo menos dolorosa de lo esperado. De todas formas, lo único que sabía a ciencia cierta era cómo acababa aquí nuestra inexistente relación. La forma en que realmente nos dejamos de ver para siempre.

Llegué a casa, con la cabeza aún dolorida por culpa del alcohol y el cuerpo cansado por la droga que me había metido durante las últimas horas. En el interior del piso todo estaba tal y como lo había dejado horas antes. Repleto de recuerdos inanimados del momento en que salí de casa, inconsciente de todo lo que iba a vivir esa mágica noche. Sin saber que iba a conocerte, la criatura más maravillosa que se ha cruzado nunca en mi vida. Tenía la impresión de que a partir de ese momento casi todo lo que me fuera a rodear me iba a recordar constantemente a ti.

Sonreí, de esa forma que solo la tristeza puede dibujar en un rostro humano, al darme cuenta de que nunca te había dicho mi nombre. Mientras recorría los pocos metros que me separaban del dormitorio trataba de recordar el momento en que nos presentamos, o bien si en algún momento concreto de la noche te lo pude haber dicho. Pero la imagen de tus labios pronunciando mi nombre se escurría de mi memoria como si intentara atrapar un pez con las manos embadurnadas en mantequilla. Estaba seguro de que te fuiste de mi lado sin saber siquiera cómo me llamo.

Me tumbé en la cama, en silencio, con la mirada perdida en el color blanco del techo. Enchufé el equipo de música, pues me pareció que escuchar de fondo “Impossible” de Shout Out Louds sería una buena forma de acabar nuestra inexistente historia de amor. La canción empieza a sonar cuando la pantalla se funde a negro y los títulos de crédito van apareciendo, como en una película. Una de las buenas. La voz de Adam Olenius, que tanto me recordaba a los buenos momentos de Robert Smith en The Cure, me susurraba al oído lo que había vivido esa noche. El hecho de que no podré conocerte de verdad nunca. Al menos en este universo. La canción me empezaba a mecer, sumergiéndome en un sueño reparador.

Fue apenas un instante de consciencia, justo antes de que me quedase profundamente dormido.

El tiempo suficiente para pensar en todo lo que pudimos haber vivido, pero que no hicimos.

El tiempo suficiente para saber si te habría gustado ir a bailar al Razzmatazz y besarnos entre la multitud.

El tiempo suficiente para saber cómo habría sido ese viaje a Islandia.

El tiempo suficiente para saborear tu cuerpo y tus labios. De hacer el amor contigo.

El tiempo suficiente para visitar tu país, conocer tu pasado, tu infancia. De sentir que formo parte de tu vida.

El tiempo suficiente para saber si nuestro amor era posible.

El tiempo suficiente para imaginar todas las vidas que podríamos haber tenido juntos y que únicamente avistamos durante unos instantes, justo en el momento en que nos despedimos en ese vagón de metro.

El tiempo suficiente para pensar en todos esos universos infinitos que nos rodean.

F I N